

EL AMIGO INVISIBLE

A photograph of a road shoulder. On the left, there is a concrete curb. A dark, shadow-like shape is cast on the ground next to the curb. The ground is covered with dry leaves and twigs. The road surface is visible on the right side of the image.

D.J.57

David
Navarro

El amigo invisible

David Navarro

A mis padres

“El dolor es más llevadero si se convierte en una historia”
Hannibal Lecter

Prólogo

Los vasos y botellas se agolpaban en una mesa completamente empapada de alcohol y cubitos de hielo derretidos. Lucía se sirvió en un vaso de plástico unos cuantos cubitos y un generoso chorro de vodka. No tardó en empinar el codo dejando el vaso a la mitad de su contenido. Echó un vistazo a su alrededor, con la disturbada mirada de alguien que acumula varios tragos de alcohol y algún que otro complemento químico ilegal.

Las luces parpadeantes y tenues, hacían parecer aquel lugar más un club underground que una lujosa casa de campo, y ayudaba a la conciencia de Lucía a entumecer, todavía más, cual iba a ser la siguiente parada en aquella bacanal. Las siluetas de los cuerpos, que no dejaban de bailar, se empastaban unos con otros por el contra luz de los focos de colores.

Los techos poco altos de aquella planta baja oprimían aún más el ambiente, como lo haría el de una fiesta clandestina a las seis de la mañana. Las estancias se encadenaban por elegantes marcos sin puerta y el amasijo de cabezas parecía no tener fin salón tras salón.

Lucía sostenía su vaso a medio acabar con una mano mientras hacía espacio adelantando la mano que le quedaba libre; empezó a caminar entre la multitud. La música vibraba en el ambiente y se trasladaba al vestido negro de flecos que vestía, el cual se movía al ritmo de la música, regalando pequeños cosquilleos al ritmo de los sonidos más graves que viajaban entre humo, sudor y alcohol. El placer se apoderaba de ella. Necesitaba más estímulos, y sabía exactamente donde encontrarlos, aunque no tenía claro por cual empezar. Fue entonces cuando un pasillo empezó a abrirse entre la multitud, frente a ella, como por arte de magia.

Unas cuantas horas antes, entraba en el vestidor de su casa para elegir un vestido. Su abundante colección, que variaba de la ropa más informal, a la más elegante pasando por la de noche, estilo “ir a tomar unas copas”, eso sí, siempre con un prominente escote con el que poder encandilar a los más incautos. El vestido que había escogido para aquella noche ya lo había escogido antes de abrir el vestidor. Le quedaba como un guante. Sus curvas estaban talladas a la perfección, igual que su rostro; una belleza sencilla, de ojos enormes pero de rasgos suaves a la vista y con unos preciosos labios carnosos. Su cabello ondulado y castaño, le sobrepasaba los hombros por muy

poco, lo que hacía que su espalda pareciera mucho más sensual con aquel vestido. Era una preciosidad sobre dos zapatos de tacón, irresistible para cualquiera de los mortales.

La mano con la que iba abriendo paso empezó a bajar consciente de que el camino, como las aguas del mar rojo de Moisés, se abrieron como un acto divino.

Al final de aquel pasillo humano había una puerta roja que daba al servicio. Allí un chico más joven que ella la estaba esperando con la puerta entreabierta. La miraba fijamente esperando que cruzara su mirada con la suya. Lucía se detuvo por un instante para dar un segundo y definitivo trago al vaso que traía desde la mesa. El vaso cayó al suelo de aquella preciosa casa dejando las manos libres para que pudiera sacarse de la parte ceñida del interior del vestido, una cajetilla blanda de tabaco del que sacó un encendedor y un cigarrillo. La lumbre iluminó la preciosa tez de Lucía cuyos ojos miraban con lascivia al chico que sostenía la puerta de aseo. Avanzó los pocos metros que le quedaban marcando, inconscientemente, sus pasos al ritmo de la música. La puerta se abrió casi en su totalidad dejando a la vista a otro hombre, que aparentaba más edad que el otro, que sobre la cisterna preparaba varias rayas de cocaína. Lucía acarició el escaso vello facial del chico mientras éste acarició la parte baja de su cintura haciendo ademán de invitarla a pasar. Tras los tres, la puerta se cerró con lentitud.

En el interior la música sonaba, incluso con más presencia. Las bajas frecuencias hacían retumbar el espejo del aseo como los hacen los pendientes antes de abrir las pesadas cortinas de una discoteca. Allí dentro los flecos de su vestido palpitaban aún más.

Uno de ellos le ofreció un billete enrollado con evidentes restos de polvos mágicos. Lucía no dudó en aceptar la invitación y acercarse al trozo de espejo que descansaba sobre la cisterna. Posó su nariz sobre el cilindro de papel y no tardó en empolvarla a fondo. Ya incorporada, y mientras se restregaba la nariz con la mano, uno de los hombres empezó a besarla en el cuello por detrás de ella, a la vez que deslizaba sus dos manos desde la cintura hasta sus pechos. El chico de la puerta, lejos de ser un mero espectador, se había esnifado otra raya que tenía preparada en el lavabo mientras hacía lo propio. Sin demorarse ni un segundo, al ver a su compañero, se lanzó a comerle los labios sin previo aviso. Lucía se encontraba en medio de un baño de drogas, alcohol y placer del que no deseaba salir, dejando a sus dos nuevos amigos, explorar cada rincón de su excitado cuerpo. Con sus ojos

cerrados se dejaba llevar hacia donde quiera que los dos quisieran llevarla.

Aquellos dos tíos no eran, ni mucho menos, el objetivo principal para Lucía aquella noche. Ella no quería hombres, solo poder. Y si el poder se lo hubiera suministrado una pareja de chicas lesbianas también hubiera accedido, siempre y cuando el placer estuviera por medio; no sería la primera vez. Para ella no había nada mejor que follar con cocaína, fuera con quien fuera. Con cualquiera menos con su marido.

Los manoseos mutuos continuaron hasta que Lucía los detuvo de golpe. Los miró a los dos señalándoles el otro lado de la puerta. La abrió y los tres salieron. Los dos hombres seguían a Lucía que se introdujo en la farragosa multitud.

A los pocos metros del aseo un par de indiscretos ojos en la sombra observaban con atención cada paso que Lucía daba. Sus pasos no tardaron en seguir los suyos, con cautela, pero bien de cerca.

No paraba de decirse una y otra vez, mientras cavaba un hoyo a unos pocos metros de la carretera, que lo que hacía era lo mejor, no lo correcto pero sí lo mejor. Llevaba poco tiempo fraguando aquel plan, apenas tenía decidido cuándo lo llevaría a cabo, pero no podía demorarse más. Los acontecimientos habían sucedido demasiado deprisa y la rueda había empezado a girar aquella misma tarde cuando dejó a Lucía inconsciente al ponerle un trapo la boca bañado en un potente ácido. El agujero crecía en la tierra, el esfuerzo que tenía que hacer era demasiado con aquel frío y el vaho que exhalaba abrasaba su garganta. El termómetro del coche había marcado la bajada de temperatura a medida que se estaba acercando con el coche a aquel lugar que tenía en mente. Y allí estaba, a unos dos grados bajo cero, con una inerte compañera, como un peso muerto, sentada en el asiento de su coche.

-Aquella mujer merecía morir- pensó mientras reanudaba su labor. Al menos merecía desaparecer pero no encontró más opciones, ninguna le garantizaba que *ella* les dejara tranquilos a todos. No reparó en si alguien más podía estar mirando desde algún rincón de aquel bosque. Entonces oyó partirse una rama entre los árboles; se giró. Los ojos se le abrieron como platos; sus pupilas se dilataron rápidamente para intentar localizar el origen de ese sonido. Miró entre los matorrales y troncos, pero la oscuridad colmaba todo lo que la bruma le dejaba ver. No se movió nada. Aquel sonido furtivo volvió a dejar paso al silencio más profundo. *Tiene que haber sido un animal*, se dijo para tranquilizarse. No era una ruta transitada, era un camino que sólo se recorría para llegar a una torre de vigilancia contra incendios. Y encima estaba fuera de temporada y era de noche. Era el momento perfecto. Así que continuó con su tarea.

Tras treinta minutos de duro esfuerzo, el hoyo estaba casi acabado, era más que suficiente para meter el cuerpo de Lucía en su interior. Podría haber seguido un poco más pero eran demasiadas las emociones que le inundaban, demasiado cansancio, demasiada tensión. Cuanto más tiempo pasara allí, más opciones habría de que alguien descubriera aquel siniestro escenario, y solo quería acabar con aquello para siempre y lo antes posible. Se incorporó y echó un vistazo a su alrededor. Alguna lechuza o quizá algún otro bicho que paseara por allí, podría estar observando. Pero nadie más, aquel lugar estaba

desierto. Entonces la miró tumbada sobre el respaldo que rato antes había tumbado hacia atrás para que su cabeza no se golpeará contra el salpicadero. Conducir atravesando la ciudad, aunque fuera de noche, no era muy aconsejable con un cuerpo tambaleándose en cada curva.

Pensó cómo debía coger aquel amasijo de extremidades desparramadas en el asiento. Con cierto reparo la agarró del brazo derecho y tiró de ella hasta que cayó del coche dándose un buen golpe contra el asfalto. El ruido de su cabeza golpeándose contra el asfalto le provocó una sensación extraña. *Aquella mujer merecía morir*, volvió a pensar. Un sonido seco retumbó en su mente. Todo aquello era demasiado cruel para su rutinaria y tranquila vida. La arrastró hasta el hoyo, dejándola caer en el interior sin la menor delicadeza. La colocó dentro incrustándole los brazos y piernas en los huecos que quedaban entre su cuerpo y la pared de tierra. Los faros del coche, que había dejado encendidos minutos antes, iluminaban la dramática escena que miraba con cierto horror y a la vez cierto alivio. No podía dejar de mirarla, sería la última vez que lo iba a hacer. Cualquier remordimiento ya no tenía cabida, lo hecho, hecho estaba. La contempló por unos instantes. Su cabeza había quedado ladeada hacia la izquierda, como si intentara rascarse la oreja con el hombro.

¿Enterrarla viva o asestarle un golpe de gracia? Su alma no podría soportar un acto más de crueldad. Cualquiera de las opciones lo era. Pensó; volvió a pensar.

Aquel cuerpo inerte tembló. Un espasmo recorrió su columna vertebral erizando todos los vellos de su nuca. La miró con estremecimiento a la vez que tomaba consciencia de lo que podía estar a punto de suceder. Una segunda señal. La señal llegó con otro espasmo exactamente igual que el primero, aunque acompañado ahora de un leve gemido. No había reparado en ningún momento, desde que la dejó fuera de combate, que todavía seguía viva. Ésta vez, no dudó. Mientras Lucía empezaba a abrir los ojos y ser vagamente consciente de lo que estaba ocurriendo, aquella persona que los impotentes y drogados ojos de Lucía empezaban a reconocer, se encaminaba dándose la vuelta y recogiendo la pala con la que había cavado su tumba. Mientras agarraba a dos manos y fuertemente el trozo de madera de la herramienta, Lucía miró horrorizada aquellos ojos que no querían cruzarse con los de ella. Una leve y sutil negación salieron de los labios de Lucía. Entonces, no lo pudo evitar y la miró. Nunca los ojos de Lucía habían sido tan profundos. Sólo quería ver cómo el miedo la devoraba por primera y última vez. Un miedo que

duraría solo unos instantes.

Ya no podía echarse atrás. Sólo se detuvo unos segundos, y la golpeó sin compasión. Un certero palazo en la cara.

Lucía quedó atontada como si la droga en el pañuelo le hubiera insensibilizado la cara. Seguía consciente de todo. La sangre empezó a brotar de su nariz mientras su cabeza comenzó a tambalearse inconscientemente. Al verla tan indefensa, un brote criminal salió de su pecho y empezó a incrustarle el metal en su cara una y otra vez hasta dejarla inconsciente y desfigurada. Nada quedaba ya de aquella belleza de cabellos negros ahora lamidos por la sangre que no dejaba de brotar.

No pudo comprobar si tenía pulso, aunque poco le importaba. Se dirigió hacia el maletero de su coche con un incontrolable temblor en sus manos. Apartó una manta descubriendo una garrafa de gasoil de cinco litros que agarró con fuerza. Volvió hasta el borde del hoyo. La rosca empezó a girar resistiéndose a la presión que ejercían sus dedos helados. El inflamable líquido empezó a derramarse sobre ella, desde la cara hasta los pies y otra vez hasta la cara hasta que la garrafa escupió las últimas gotas. El pestazo de combustible le gustaba, ese olor que se adora o se detesta. En ese momento, le generaba más placer todavía. Una última mirada a aquel horror, otra a su alrededor y encendió la cerilla. Por un momento dudó del espanto que estaba a punto de culminar. Si la cara desfigurada era irreparable, soltar aquella cerilla encendida sería irreversible. Aquel era el momento definitivo para contemplar el crimen que estaba llevando a cabo. Los dedos se resistieron, pero al fin se separaron lo suficiente para que la cerilla se precipitara inexorablemente hasta el cuerpo de Lucía.

Tuvo que apartarse de golpe para no achicharrarse con las llamas que salieron de golpe de aquel agujero. Los arboles colindantes se iluminaron al instante, siendo testigos de aquel macabro espectáculo. El hedor empezó a hacerse tan insoportable que tuvo que taparse la boca y la nariz con el pañuelo de algodón que cubría su cuello, para no responder con arcadas a aquel espectáculo.

Cuando el rostro de Lucía se ennegreció, mezcla del carbón y la sangre que empezaba a hervir, volvió a agarrar la pala y comenzó a tirar tierra sobre ella, palada tras palada. El fuego empezó a remitir hasta apagarse bajo la tierra. Fue en ese momento en que empezó a tener prisa por terminar. Tuvo miedo. Miró el reloj; las ocho y cincuenta y cinco de la tarde. Intentó repartir bien la tierra para no delatar demasiado aquella parcela revuelta. Ya escogió

días antes un lugar que fuera difícil saber si la tierra había sido removida. Cargó sus enseres en el maletero, cogió una botella de agua que había preparado, la abrió y se lavó sus temblorosas manos para eliminar cualquier rastro de tierra y tras revisar que no se dejaba nada, subió al coche. Ya estaba hecho. Sus manos, heladas por el agua con la que se acababa de lavar, volvieron a temblar sobre el volante. Repiqueteando el llavero, arrancó. Dio marcha atrás dejando que las luces del coche iluminaran la tumba de Lucía. Efectivamente, costaba reconocer lo que allí había sucedido.

Lucía descansaba al fin. A partir de la mañana siguiente empezaba su particular función. Un espectáculo que nunca habría querido interpretar pero del que por supuesto, nunca hubiera querido ser la víctima.

Después de tomar ciento cincuenta miligramos de tetrazepam, principalmente, pueden suceder dos cosas; una, que si tienes un problema serio de salud, no te despiertes y entres en coma. Y dos, como le sucedió a Carlos aquella mañana, que te despiertes mucho más atontado que de costumbre. Carlos sabía que aquella mañana debía levantarse con el convencimiento de que en su vida había cambiado algo importante, y así se lo había propuesto. El asesinato de su mujer a sangre fría, había sido un sueño demasiado dulce para ser verdad. Como todo sueño, cada cosa que haces tiene una inhibición especial, eres capaz de todo siempre que decidas hacerlo. Como toda pesadilla, pasas un mal rato hasta que despiertas bañado en un charco de sudor, en ocasiones rezumando sensaciones oníricas durante el resto del día. El infierno que había supuesto su vida con Lucía los últimos meses, hacían que la ilusión del asesinato fuera hasta placentera. Aunque a partir de esa mañana, el asesinato debía desaparecer de su adormecida consciencia.

Abrió los ojos, pero no de golpe. La sobredosis del relajante muscular hizo que no tuviera apenas lucidez y no supiera donde se encontraba. La claridad que entraba por la ventana, quedaba frenada por el estor que la tapaba, y formaba una tenue atmósfera que, a pesar de serle familiar, le entumeció la visión. No consiguió discernir entre las sombras y las luces que inundaban su dormitorio. En su cama de matrimonio solo estaba él, más vacío que de costumbre, aunque posiblemente solo era una percepción del momento. Su dormitorio siempre fue elegante pero bastante austero; ningún cuadro ni otro elemento que colgara de las paredes, ni televisión, ni perchero. Solo un armario empotrado, y la puerta del baño en suite resaltaban el azul celeste que decoraban las paredes de aquel cubículo. El reloj de la mesita de noche marcaba las ocho y doce minutos. Lo miró durante un buen rato, incapaz de mover más músculos de los necesarios. Le costó arrastrar la pierna para dejarla caer por el borde de la cama mientras incorporaba el resto de su cuerpo. Los músculos de su cuello eran incapaces de mantener su cabeza erguida. Tras un esfuerzo intelectual bastante profundo consiguió meter los pies en sus pantuflas. Ya sentado, reunió fuerzas para levantarse apoyándose en la primera pared a la que alcanzaba. El sonido al arrastrar las pantuflas con el suelo, le provocó un atontamiento aún mayor. *Soy incapaz de levantar los pies del suelo*, pensó. Tras conseguir salir de su dormitorio, avanzó por el

pasillo como pudo, empujando el hombro contra la pared. Fuera, en el salón, estaba su amigo Pablo con el que habitualmente desayunaba antes de ir a trabajar. Carlos ni siquiera recordaba qué día era.

Llevaba varios minutos esperando mientras charlaba con Paula, la muchacha que tenía contratada para hacer las labores del hogar y que cada mañana preparaba el desayuno para Carlos y Lucía. Ella estaba preparando café mientras Pablo aguantaba el marco de la puerta de la cocina. Se giró al oír los pasos de su amigo.

-¿Qué coño te ha pasado?

Carlos ni siquiera había reparado en que no estaba solo. Al oír la voz giró la cabeza hacia él con los ojos entornados mientras iba a la butaca a sentarse.

-He dormido fatal –la ronquera era evidente.

-Joder tío –su aspecto era horrible-. ¿Lucía todavía duerme?

Carlos no supo ni cómo empezar a riesgo de la batería de preguntas que sospechaba que iba a recibir. Así que lo soltó sin titubeos.

-Se ha ido.

-¿Tan pronto?

No lo ha pillado, pensó.

-No Pablo. Que se ha ido, se ha largado –sus ojos se negaban a abrirse.

-¿Cómo que se ha ido? ¿Dónde?

Pablo no acababa de entender lo que ocurría. Carlos abrió uno de sus ojos y le miró fijamente.

-Pues no lo sé. Me dijo... -carraspeó y cogió aire- que necesitaba tiempo –Pablo se quedó mudo-. Ea, ya lo he dicho.

Pablo que todavía seguía en el marco de la puerta no tuvo más remedio que acercarse hasta la butaca.

-Pero, ¿cuándo pasó eso?

-Hace dos días, por la noche.

Pablo se sentó frente a él. Quiso arropar a su amigo.

-¿Porqué coño no me llamaste? ¿No te dijo nada más?

Carlos se quedó mirando fijamente por la ventana. Seguramente para disimular o para no enfrentarse a la mirada de su amigo.

-Tenía que pensar, me dijo. Tenía que pensar– repitió en voz baja. Su amigo guardó silencio, lo que le dio pie a tomar cierta iniciativa- No hace falta que te hagas el tonto. No me aguantaba, hace tiempo que no me aguantaba.

Pablo, sin saber como reaccionar, intentó consolarle, No sin antes

quedarse mudo, buscando las palabras más adecuadas.

-Oye tengo que ir a trabajar. Tu quédate aquí, ya le diré a Pérez que no te encuentras bien. No te preocupes por nada. ¿Quieres que venga a comer contigo?

Carlos no contestó. No necesitaba ninguna clase de compasión.

-Tómame la mañana para ti... –finalizó ante el autismo de Carlos.

-No te preocupes –cortándole-, solo dile a Pérez que llegaré un poco más tarde. Necesito trabajar.

-Hazme caso, quédate aquí y descansa que estás fatal...

-Te he dicho que necesito ir a trabajar –levantando la voz a duras penas-. Necesito despejar la cabeza y no pensar en ella. Luego te veo en la oficina. Gracias –dijo con sequedad.

-Como veas –respondió complaciente-. Luego te veo.

Pablo se fue de casa. Carlos se quedó un rato allí observando la pintura de la pared. *La desaparición de tu mujer no es algo que uno tenga ilusión de contar, pero vas a tener que hacerlo*, pensó mientras se hacía un esquema mental de qué decir y qué no decir.

Al otro lado del salón, estaba Paula, en la cocina preparando el desayuno de Carlos y Lucía. A pesar de no querer, lo había escuchado todo, cada palabra y cada respiración. No pudo evitar extrañarse por lo que Carlos le contaba a su amigo. Algo no le cuadraba. Tuvo que sacar de la bandeja, la taza de café de Lucía, que lógicamente no desayunaría aquella mañana. Tardó un poco pero al final salió de la cocina con la bandeja.

Paula se acercó a la mesita de las butacas del salón donde Carlos estaba sentado. Desde el primer momento que le conoció, sintió una afinidad especial por Carlos, una leve atracción que no le evitaba tener un trato normal con él, pero que en el fondo la incomodaba, sobretodo en momentos de estar a solas con él. Justamente un momento como ese.

-Aquí tienes el desayuno.

-Gracias –dijo sin mirarla.

Dejó la bandeja y se encaminó hacia la cocina de nuevo.

-Imagino que no hay que preparar nada para Lucía.

El silencio tras las palabras de Paula fue tremendamente incómodo para los dos.

-Exacto.

Paula cabizbaja prosiguió su camino hacia la cocina. Entendió que durante el resto del día, su presencia debía ser bastante sutil. Carlos por su

parte miraba el café con leche con un cierto reparo. Estaba todavía bastante aturdido, y era consciente que lo que debía hacer, por lo menos por su estado físico, era quedarse en casa y descansar.

La mesita de su dormitorio empezó a vibrar. De primeras no supo a ciencia cierta qué era lo que vibraba. Oyó un sonido grave e intermitente que no supo reconocer, pero a los pocos segundos lo descifró. Su teléfono móvil estaba recibiendo un mensaje de texto. Le costó levantarse y encaminarse hasta la cómoda. Tras unos cuantos tumbos logró hacerse con el móvil, se sentó en la cama, tocó el botón y leyó: Pablo; en serio, quédate en casa, lo necesitas. Un abrazo. Lo siguiente que se le ocurrió hacer fue recostarse y cerrar los ojos. El café de la mesita del salón quedó allí enfriándose el resto de la mañana.

Al día siguiente, y tras veinticuatro horas de compadecimiento recíproco consigo mismo, consiguió levantarse de la cama. Los efectos químicos de la mañana anterior ya habían desaparecido y su condición física le permitía conducir sin demasiado riesgo. Aparcó el coche en la calle, a pocos metros de su lugar de trabajo. Un moderno edificio más ancho que alto, pero de dimensiones considerables, que el padre de Carlos construyó hacía diez años para centralizar el grueso de sus empresas bajo un mismo techo. Solo la fachada cubría unos cuarenta metros y poseía un precioso patio interior con jardín para que los empleados pudieran disfrutar de una vista privilegiada, o eso decía él.

Mientras caminaba hacia la puerta pensaba; ¿cuánta gente sabría ya que su mujer le había abandonado? *Mejor que me miren con lástima que no con repugnancia*, pensó aliviado. Al salir del ascensor en el tercer piso, atravesó un largo pasillo que daba a las oficinas. Trabajaba en el departamento de administración, que aunaba la contabilidad de las empresas que, tras la muerte de sus padres, eran propiedad de Carlos y su hermana. A pesar de que las empresas funcionaban bien y tenían una gran solvencia y futuro, Ernesto Pascual hizo, hacía años, beneficiarios a sus hijos de un fondo fiduciario de tres millones de euros. Más que suficiente para protegerlos en el caso de que las empresas quebrasen.

Realmente no necesitaba acudir a trabajar por motivos laborales, sino más bien por motivos psicológicos. No debía quedarse en casa solo dejando que sus pensamientos le carcomieran más. Tuvo que cruzarse con todos los empleados. No parecía que nadie supiera nada. Saludos sencillos que no ocultaban ningún sentimiento extraño al habitual. Hasta que pasó al lado de Andrea, a la que todos conocían como la *hippipster*, no por su vestimenta que por supuesto estaba en consonancia con su tipo de trabajo, sino por sus comentarios despreocupados, y por soltar alguna que otra palabra soez cuando no venía al caso. Su notable atractivo para los hombres menguaba cada vez que abría la boca. Al pasar Carlos a su lado, ésta le regalo una mueca al estilo de; *lo siento tío*. Al menos tuvo la delicadeza de acompañarlo de un –Buenos días-. *Mierda, Andrea lo sabe*, no le molestaba en exceso, pero hubiera preferido ser él quien se lo contara cuando estuviera preparado para una de

sus charlas.

Esperaba ver a Pablo, pero no había llegado todavía. Se sentó y empezó a organizar su mesa como sino quisiera pasar ni un instante quieto. Andrea desde su mesa observaba inquieta a Carlos, estaba deseando saltar de la silla para ir a ver a su colega. Como caracteriza a toda persona hiperactiva, no paraba de mirar a todos lados, luego a Carlos y a todos lados, a Carlos y a todos lados otra vez. Se levantó de golpe haciendo un áspero ruido con la silla del que ella misma se sorprendió. Cogió una carpeta de su mesa y se dirigió hacia el dispensador de agua mineral mientras seguía mirando inquieta a todas partes. Tomó un vaso de plástico, se colocó la carpeta en la axila y con un gesto bastante torpe se sirvió el agua, luego como de soslayo, se acercó a la mesa de Carlos y le entregó la carpeta.

-Aquí tienes.

-Gracias. ¿No ha llegado Pablo? –dijo sin cruzarle la mirada.

-No, todavía no pero... ayer hablamos y me contó lo de tu mujer. –Se tomó su tiempo por no saber cómo afrontar una situación así. No era muy diestra en el trato emocional de sus semejantes. Carlos seguía con sus ojos clavados en la mesa- Pues eso, que lo siento, que... -empezó a dudar sin parar- si necesitas ir a tomar algo y hablar... pues eso, ya lo sabes –era incapaz de no repetir palabras cuando no sabía cuales usar.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y se fue hacia su mesa. Ninguna de sus palabras le tranquilizaron, aunque si que percibió lo más importante. Que Andrea iba a estar ahí para escucharle y animarle. Para eso, ella era la indicada. Al menos percibió que no le acosaría con preguntas que no tenía ganas de responder.

No podía quitar de su retina la imagen de Andrea comiendo alguna que otra excentricidad en las cenas de empresa, cuando se le iba la mano con el vino. Sin olvidar el extremado exceso de afecto hacia toda persona y evidentemente las descaradas tiradas de tejos hacia Carlos cuando estaba en esas condiciones.

La mañana fue tranquila. Pablo ni siquiera apareció, por lo visto había pedido la mañana libre para arreglar unos asuntos. No paraba de revisar números y hojas de excel. A penas tenía trabajo acumulado, pero su cabeza no disponía de la concentración necesaria para acometer ni una simple tarea. A eso de las doce Carlos tenía una visita programada y pensó que era un buen momento para la merienda. Descolgó el teléfono.

-¿Si?

-¿Te apetece ir a tomar algo?
Andrea se giró hacia Carlos y le sonrió.

Minutos más tarde Carlos y Andrea estaban en el bar de abajo de la oficina con un café con leche y un bocadillo de jamón serrano cada uno. Esa manía que tenía Andrea de pedir lo mismo que el otro delataba su necesidad agrandar a todo el mundo. No podía dejar de parlotear ni un segundo, parecía como si durante la mañana le hubieran dado cuerda y para la merienda la hubieran soltado.

-Yo dejé a mi primer novio a los veinte. La verdad es que me porté bastante mal con él. Le puse los cuernos tres veces; no cinco –después de mirar dudosa al techo-. Mis siguientes dos parejas me dejaron a mi, bueno uno me dejó cuando se enteró que estaba con el otro y el otro cuando se enteró que había estado con los dos a la vez, a mi último novio le pillé *in fraganti*. Mola ¿eh? –levantó una ceja-. Supongo que en ocasiones tienes que tomar de tu propia medicina.

Carlos, bastante más relajado, empezó a titubear sin demasiadas ganas de contarle su vida privada a nadie, aunque con la necesidad de compartir aquello con alguien no demasiado cercano.

-Yo llevaba... -*sigue viva*, pensó- bueno llevo con ella casi cinco años. Nunca he tenido la sensación de que pasara por un momento tan delicado, pero supongo que se le pueden cruzar los cables a cualquiera. –Notaba como Andrea por un momento dejaba de pensar en lo siguiente que tenía que decir y que le escuchaba de verdad- A veces la presión actúa poco a poco y no nos damos cuenta hasta que estamos a punto de estallar.

-Y estalló –afirmó Andrea-.

-Estalló.

-Ya, suele pasar. Como una palomita. Se acumula la presión y estallas, ¡plaff!

Algunos en la cafetería se giraron del susto. Esa era otra de sus irritantes manías; expresar a un volumen considerable cualquier onomatopeya que se le ocurriera.

Andrea se quedó mirando fijamente a Carlos esperando que éste acabara la frase. A Carlos le retumbó en la cabeza ese último “plaff” y por un rato se quedó pensando en todos esos “plaffs” que había sufrido con Lucía. Centenares de estallidos de ira que, durante los últimos tres años, había

sufrido. Andrea le ayudó a volver a la tierra.

-¿Te has planteado qué pasará si no vuelve?

Por supuesto que se lo había planteado, incluso lo había planificado.

-¿Debería?

-¿El qué? -Andrea estaba de vuelta de otro planeta.

-Planteármelo.

-Ah! Tu verás. Yo seguramente me iría a buscar a otro, pero tu no eres yo, y seguramente no eres de los que se van con la primera que aparece –Andrea aprovechó para relamerse los labios.

Carlos alucinaba con cada palabra que oía. Andrea no dejaba parar ni una sola ocasión para regalar algún detalle picante. *No hay desorden psicológico que catalogue a esta tía*, pensó. Tomó aire profundamente.

-Debería empezar de nuevo, supongo.

-¿Empezar el qué?

-Encontrar a alguien para empezar otra vez.

-¿Empezar de nuevo? -Andrea levantó su tono de voz- ¿A ti qué te pasa? Diviértete, sal, folla con muchas tías, haz las burradas que no has hecho por ella y luego... –hizo un aspaviento con las manos- vuelve a empezar.

Rieron, pero a Carlos se le pasó rápido al ver como varias mesas de la cafetería se giraban para observarles. Carlos se tornó pensativo.

-Sé que no estás para esto, pero cuanto más pienses en ella, más te dolerá.

Carlos sabía que pensar en ella era lo único que no debía dejar de hacer, su supervivencia dependía de ello. Tras levantarse, Carlos sacó un billete de cinco euros, lo dejó sobre la mesa y se levantó.

-Gracias- dijo Carlos mientras le echaba una última mirada a su amiga.

Andrea se quedó allí acabándose su café con leche, apurando su descanso para merendar.

Carlos atravesó la calle sin darse cuenta que había cruzado los cuatro carriles de aquella calle sin apenas levantar la mirada del suelo. Como cuando sales del coche y minutos más tarde te preguntas si lo has cerrado con llave. Completamente en otro lugar, así estaba Carlos, era incapaz de ordenar ningún pensamiento que no envolviera el halo de su mujer.

Habían pasado cuatro días, pero le daba igual. Cualquier mirada que se tornara hacia él, la interpretaba como una mirada condescendiente, lastimosa. Casi nadie en la oficina sabía nada. Al salir del ascensor en el tercer piso, Carlos no podía dejar de escrutar mentalmente cada una de las miradas, giros

de cabeza, rascar de pelo o tos que detectaba, incluso imaginaba las conversaciones que podían tener lo que hablaban en corrillo. Para él, todo el mundo ya sabía de la desaparición de Lucía. Era lo más parecido a un principio de manía persecutoria.

Al pasar por la puerta principal pudo observar a todo el mundo en sus asientos y aunque nadie levantó su mirada, Carlos sólo pudo ver ojos incriminadores por encima de los monitores de los ordenadores. Pablo desde su mesa fue el único que reparó en su presencia. Se levantó casi de un brinco y se acercó a su encuentro, en medio de la oficina.

-¿Dónde estabas? -le increpó Pablo.

-Tomando un café. ¿Porqué?

-¿Con quién?

-Con Andrea, ¿Qué pasa Pablo?

Parecía extrañamente incómodo.

-Nada, no pasa nada.- Pablo se toma su tiempo. –Oye, que he estado pensando en algo –parecía más inquieto que de costumbre.

-¿Qué has pensado?

-¿No crees que deberías ir a la policía y denunciar la desaparición de Lucía?

Al oír la palabra “policía” Carlos empezó a ponerse nervioso. Alguna cabeza, ahora sí, empezaba a girarse hacia ellos y rápidamente le agarró del brazo y llevó a Pablo a un lugar apartado de la oficina.

-No, ni hablar, ni de coña Pablo. Además, no ha desaparecido solo se ha largado de casa.

-Vale tío, ¿y si le ha pasado algo?, no sabes si se ha ido o si... -Pablo pensó en lo que iba a decir para no herirle- le han podido hacer algo. Deberías ir a la policía. ¿No crees? Yo te acompañaré.

Carlos empezó a respirar más aceleradamente.

-Pablo, me dijo que necesitaba tiempo y punto.

-Ya tío, pero ¿sabe alguien dónde se ha ido?

-No lo sé. Sólo han pasado cuatro días.

-Cuatro días puede ser demasiado tiempo. Y no sabes absolutamente nada de ella.

Los dos se quedaron pensativos. Carlos no dejaba de pensar cual iba a ser la mejor opción para él.

-No lo sé. Al llegar a casa lo pensaré –le respondió con mucha más tranquilidad.

Carlos arrancó a andar hacia su mesa, con el único pensamiento de llegar a su casa y poder descansar.

-Cuenta conmigo- le recuerda Pablo.

Carlos se detuvo y se giró discretamente, como sino quisiera que su amigo le viera la cara.

-Lo haré.

Y prosiguió su camino hacia su mesa. Solo tenía ganas de desaparecer, de teletransportarse a otro lugar.

La habitación era espaciosa y oscura. Las persianas estaban cerradas y las luces apagadas a excepción de un flexo que había sobre un escritorio, unos guantes reposaban sobre la mesa. Las delicadas manos de una mujer se disponían a enfundarse los guantes blancos de tela, como los de un mayordomo cuando disponen la mesa de sus señores. Así estaba ella, sentada frente a la mesa; unos guantes, unos folios, bolígrafos y varios documentos. Tras entrelazar sus dedos para fijar los guantes a sus manos agarró el bolígrafo y se dispuso a escribir.

Las palmas de sus manos sudaban. *Aquello no estaba bien*, pensó. Jugueteó con el bolígrafo esperando una inspiración que parecía no llegar. Los minutos pasaban y no sabía como debía comenzar. En ningún momento se había planteado qué era lo que quería escribir en el papel. Pero el bolígrafo dejó de temblar y la inspiración llegó; “Necesito tiempo...”, cogió el papel, hizo una bola con él y lo tiró a un cubo de rejilla que tenía preparado a un lado de la mesa. “Hola Carlos, lo siento pero tenía que...”, otra pelotita más y al cubo. “Hola Carlos, lo siento pero tenía que irme. Prefiero no decirte dónde estoy. Tengo que pensar y reflexionar. Volveré a escribirte. Te quiero. Lucía”. Parecía convincente, era el mensaje adecuado. Sus ojos quedaron atónitos frente al papel, pasmada por ser capaz de llevar a cabo aquello. Realmente lo había hecho, aunque sabía que escribir unas cuantas letras en un papel en blanco no significaban nada. Lo importante era lo que debía hacer después.

Esta vez no hizo una pelotita con el papel, lo dejó a un lado y se dispuso a escribir otra vez. “Hola Carlos, lo siento pero tenía que irme ...”. Las palabras salían solas, de memoria. El mensaje era exactamente igual que el primero. Sí, estaba perfecto pero no bastaba, debía seguir y hacerlo mejor. Pensar en Carlos no la ayudaba, le imaginaba frente a él abriendo la carta y leyendo aquel escueto mensaje. Intuir la inquietud que le inundaría no la animaba a seguir con aquello, pero debía seguir, y así lo hizo porque ya lo había decidido, y una persona como ella nunca se echaba atrás. “Hola Carlos, lo siento pero tenía que irme. Prefiero no decirte dónde estoy. Tengo que pensar y reflexionar. Volveré a escribirte. Te quiero. Lucía”. Así siguió durante media hora. Rellenó alrededor de cuarenta hojas con aquel mensaje sin saber cual de ellos sería el definitivo. Retomó su labor, esta vez con otro

mensaje diferente y repitió el proceso. Las pelotitas de papel se iban acumulando en el cubo cada vez que iniciaba otro mensaje diferente.

Las hojas escritas se habían acumulado a un lado de la mesa cuando sonó su teléfono móvil. Lo miró con detenimiento pero sin descolgar. Lo miró fijamente hasta que en vez de *llamada entrante*, apareció *llamada perdida* en la pantalla. Miró el montoncito de cartas que tenía sobre aquella mesa. A un lado de la misma tenía otro montoncito de sobres que cogió y colocó en frente. Escribió; Carlos Pascual. Y así lo hizo con varios sobres más, no parecía tener nada claro y mucho menos si iba a meter alguna de aquellas hojas manuscritas en uno de aquellos sobres y lo iba a enviar.

Las manos empezaron a temblar bajo aquellos guantes blancos. Lo que estaba a punto de hacer le podría costar caro. Revisó todos los papeles, examinando a conciencia cual iba a ser el elegido. Uno de ellos lo plegó dos veces y lo metió en uno de los sobres. Cuando se disponía a lamer el borde adhesivo se detuvo en seco. *Mejor con agua*, pensó. Hubo más sobres con más cartas en el interior, pero en ese momento no importaban, tan solo el primero era crucial. Tras enviarlo solo debía dedicarse a observar, eso la llevaría a enviar el resto o no.

Hacía un par de años que Paula se encargaba de las tareas del hogar en casa de Carlos y Lucía. Todo empezó como un favor entre amigos; en casa necesitaban ayuda con la limpieza de la casa y Paula, cuyos padres eran amigos de la familia de Carlos, quería independizarse. Necesitaba dinero y un trabajo acorde con sus obligaciones universitarias. Pero el descuido de Lucía por las labores caseras llevó a que Paula siguiera trabajando para ellos, a pesar de que Lucía trabajaba solo unas pocas horas a la semana. A Paula le iba de maravilla ya que no tenía muchas cuentas que rendir y le pagaban muy bien, lo suficiente como para pagarse la carrera y permitirse vivir con tranquilidad. En un principio se encargaba de la limpieza hasta que un día, Carlos llegó del trabajo y sin nada preparado para comer, decidieron Paula y él, ir a comer un menú cerca de casa. De ahí en adelante Paula se encargó de preparar las comidas siempre que no le dijeran lo contrario; sabía de donde podía coger algo de dinero para comprar, tenía libertad para cocinar e incluso para comer allí mismo antes de irse ya fuera mañana o tarde. La sutileza era una cualidad que Lucía había ido perdiendo con el tiempo, hasta convertirse en un martirio, al menos para Paula, a la que veía como una vampira chupándoles el dinero. Sabía que en cualquier momento podían mandarla a casa para que no volviera nunca más, aunque también sabía que era poco probable con Carlos de su lado. Para aquel entonces la relación entre Carlos y Lucía ya estaba muy deteriorada y Paula se había convertido en una especie de desahogo para él. No llegaron al punto de compartir intimidades, pero ya era rutina dedicarse un momento para contarse cualquier detalle sobre lo que les había ocurrido durante el día.

Siempre se protegían, como si se encubrieran el uno al otro. Huelga decir que mantenían en secreto alguna escapadita que se hacían algún restaurantucho de comida rápida cuando no les daba tiempo para preparar algo. Carlos sentía un profundo aprecio por ella que se acentuaría más sino se llevaran quince años de diferencia. Pero a Paula eso le importaba bien poco; estaba secreta y profundamente enamorada de Carlos, sentimiento que fue creciendo con el tiempo desde que a sus quince años, Carlos fuera invitado a cenar a casa de sus padres. Para aquel entonces, Paula ya era una chica encantadora, en todos los sentidos. Sus encantos femeninos estaban a la altura de su simpatía. Carlos solo podía ver en ella a una adolescente embelesada, repleta de hormonas.

Siete años más tarde, nada había cambiado para los dos. Paula tenía veintidós años y seguía manteniendo su fijación por Carlos, mientras él seguía viéndola como la chiquilla llena de vitalidad que era. O eso quería creer. La chiquilla ya no era tal, y se había convertido en una preciosa mujer que no daba a basto para rechazar solicitudes de amistad de desconocidos, de cualquiera de las redes sociales donde tuviera una cuenta abierta.

Paula no podía evitar quedarse mirándole fijamente cuando ocasionalmente Carlos miraba por la ventana, cosa que desde que Lucía empezó a cambiar, ya se había convertido en una costumbre. Se había transformado en algo platónico aunque en cierta manera, intuía que no siempre sería así. Era una chica lo bastante razonable como para solo escuchar a las mariposas.

Tras su primera mañana de trabajo después de la huida de Lucía, Carlos llegó a casa abatido de cansancio, sobre todo por el desgaste mental, más que por el físico.

-Hola, ¿ya has llegado? -preguntó Paula desde la cocina.

-Hola. No sabía si estarías aquí todavía.

-Sí –entrando en el salón-, esperaba que llegaras a casa para irme. ¿Qué tal ha ido?

Paula, vestía su habitual ropa informal, tejanos y camiseta ajustada, aunque parecía ligeramente más arreglada de lo normal; un poco de maquillaje y un sospechoso mechón de su pelo suelto de la coleta, que le daba un punto más atractivo de lo normal.

Carlos no respondió, no quiso escucharla. No estaba para escuchar a nadie.

-¿Te traigo la comida aquí?

-No. Déjala en la cocina, comeré más tarde –por no decirle que no iba a comer.

-Vale –le entristecía verle tan apático, pero aún más que no le prestara ni una pizca de atención. Era la primera vez que no compartían uno de sus momentos para charlar.

Miró fijamente el montón de cartas de la correspondencia, se quedó allí de pie sin saber que hacer.

-Te han traído una carta -dudó-, bueno unas cuantas.

Carlos no respondía, solo miraba a través de sus párpados cerrados mientras respiraba profundamente sentado en su butaca. Paula parecía inquieta

al no recibir respuesta.

-Bueno, te las dejo aquí.

Las depositó justo en el lugar de la mesa donde habitualmente comía Carlos. Se dirigió hacia la cocina a seguir con sus cosas ante su pasividad.

Carlos hizo un esfuerzo por abrir los ojos. Miró a lo lejos el montón de cartas y se levantó a por ellas. Las cogió después de muchas dudas. Las alineó una y otra vez en sus manos, mientras pensaba qué hacer. Ojeó una tras otra; el banco, la luz, el banco, el banco, el seguro, publicidad, una carta con su nombre escrito a mano. Su nombre escrito a mano, sin la dirección de la casa, solo su nombre. *Qué raro*, musitó. Se quedó un rato perplejo, como el que reacciona al ver un sofá en medio de una autopista. No recordaba haber recibido una carta similar. Le dio la vuelta para ver si había algún remitente y simplemente se quedó helado. En la lengüeta trasera del sobre, donde suele ir el remitente solo ponía un nombre: Lucía.

Carlos no pudo evitar recordar la última vez que hablo con Lucía. Había llegado del partido de fútbol semanal que jugaba con Pablo y el resto de compañeros de la oficina. Acababa de aparcar y se quedó allí esperando a que saliera Lucía, que apareció hecha una furia por la puerta de casa y dirigiéndose hacia el coche. Carlos se esperaba ya una de la habituales broncas de Lucía, que entró en el coche.

-¿Cuántas putas veces tengo que decirte que no quiero que cotillees mis cosas?, ¿eres imbécil? –le increpó a gritos.

Carlos miraba al frente, impasible. Para él era normal este tipo de comportamientos en ella. Tan solo se limitó a cerrar la ventanilla para que los vecinos no oyeran el estruendo de su mujer y apagar la luz interior del coche para que no vieran los aspavientos de Lucía.

-Puedo hundirte para siempre con una llamada. Si piensas que no puedo destrozarte la vida es que no tienes ni puta idea de con quién te la estás jugando.

Con toda frialdad la voz de Lucía empezó a bajar de volumen, aunque la intensidad de sus amenazas empezó a crecer.

-¿No vas a responder?, ¿qué crees que hará la policía cuando te denuncie?

Carlos la miró casi de reojo, aunque su expresión no varió, parecía que todo aquello se lo esperara. Bajo el volante, sus manos empezaron a retorcerse, desatando la poca ira que podía expresar.

-Que te den, voy a acabar contigo, imbécil –dijo con una sonrisa burlona.

Como al despertar de una pesadilla, volvió a la realidad con aquella carta en las manos. No dejaba de mirarla con cierto horror.

-Me voy fuera –vociferó con inseguridad para que le oyera Paula.

Carlos se dirigió hacia el ventanal que daba al patio. Salió y cerró desde fuera. Avanzó unos quince metros hasta la portezuela con barrotes que separaba el patio del frondoso bosque que había junto al vecindario. Allí empezó a mirar compulsivamente si alguien le observaba, incluso sobre los muros que separaban los patios de vecinos. Abrió con cuidado el sobre, como él solía hacerlo cuando no tenía un abrecartas cerca, intentando despegarlo. Dentro había una carta, la sacó y empezó a desplegarla. La letra era elegante y femenina:

“Hola Carlos, lo siento pero tenía que irme. Prefiero no decirte dónde estoy. Tengo que pensar y reflexionar. Volveré a escribirte. Te quiero. Lucía”.

Las manos, ahora sí, empezaron a temblar. Volvió a mirar de forma compulsiva todo lo que le rodeaba. Paula ya se había asomado desde la cocina, y avanzaba poco a poco por el salón para acercarse al ventanal, observando con curiosidad el ataque de nervios que estaba sufriendo. Situada de forma que Carlos no pudiera descubrir que le estaba mirando, se sacó del bolsillo el teléfono móvil y mientras se dirigía de nuevo a la cocina empezó a buscar un número en la agenda. Lo encontró y pulsó a “llamada”. A los pocos segundos, alguien no tardó en descolgar.

-Soy Paula, creo que deberías venir. Ya.

Al parecer, el asesinato de Lucía tan solo había sido un sueño.

Nada de lo que había escrito en esa carta tenía sentido. Sabía perfectamente que ella nunca habría escrito una carta así. ¿Por qué no le había enviado un e-mail o un mensaje a través del móvil? ¿Por qué la carta no llevaba su dirección? Alguien la debía de haber dejado directamente en su casa, y lógicamente no había llegado por correo ordinario. Las hipótesis empezaban a acumularse en su frágil raciocinio. ¿Y si Paula la había traído?, ¿la habría escrito ella?, ¿y por qué? Todo tipo de ideas y pensamientos le inundaron aquella noche en la que apenas había pegado ojo. ¿Acaso Paula sabía algo e intentaba que no fuera a la policía a denunciar su desaparición? Cualquier idea nueva que pudiera formular solo hacía que se devanara más los sesos.

Todo el camino que rutinariamente recorría hasta la oficina, se le pasó volando con tanta divagación. Tras llegar al aparcamiento del edificio y después de haber dormido dos horas escasas, debía empezar a averiguar algunas cosas.

No había salido todavía del coche y ya tenía en mente cada uno de los pasos que iba a seguir. La encargada de la tienda donde trabajaba Lucía no había llamado a casa en ningún momento. Lo primero que hubieran hecho es llamarla a ella. Quizá sabrían algo.

Ya tenía el teléfono descolgado y esperaba los tonos.

-¿Si? –respondió una joven voz femenina.

-Señorita, ¿está Lucía Catalá? –no tardó en pellizcar con sus dientes su labio inferior.

-No, de hecho lleva tres días sin venir –inquirió con cierto enfado-¿Quién es usted?

-Soy Carlos Pascual, el marido de Lucía. Precisamente por eso la llamo. Se fue de casa hace unos cuantos días y no sé nada de ella.

-Verá, le hemos enviado varios mensajes y la hemos llamado una cuantas veces y no tiene el móvil encendido.

-Señorita, llevo varios días buscándola y nadie sabe nada –Carlos intentaba que la dependienta empatizara un poco con él, aunque fuera solo por lástima-. Yo estoy más desconcertado que usted, no sé que más puedo decirle.

-Mire, tengo que justificar su ausencia de alguna manera –respondió la chica con sequedad.

-¿No puede esperar unos días a ver si aparece? En cuanto sepa algo de ella le diré que se ponga en contacto con ustedes.

-Sino aparece mañana –dijo con total brusquedad- tendremos que despedirla aunque no esté aquí. Tres días injustificados de ausencia en el puesto de trabajo es motivo de despido.

-Estoy intentando localizarla pero no hay manera. ¿Podría usted alegar enfermedad a la espera de que le traigan el parte médico? Y veré cómo lo puedo arreglar.

La voz femenina al otro lado de la línea empezó a impacientarse.

-Mire, sin un parte médico no se puede hacer nada –dijo tras resoplar-. A la empresa la pueden multar y a mi, despedir, ¿le queda claro?

-¿No hay nada que pueda hacer para ganar tiempo?

Para la dependienta, aquella conversación tendría que haber finalizado hacía ya un buen rato.

-Si Lucía no aparece mañana, será despedida inmediatamente.

-Pero es que ha desaparecido –le instó con cierta desesperación.

-¡Pues vaya a la policía y denúncielo!

-No puedo... –la chica había colgado-. Gracias –murmuró.

Carlos se quedó con la palabra en la boca. No podía creer la impotencia a la que se enfrentaba. Intentó retener toda esa rabia que se le había acumulado.

-Mierda –dijo entre dientes y en voz baja.

En ese momento Pablo apareció por el fondo de la oficina. Lo último que le apetecía era otro *¿qué tal estás?* Y efectivamente Pablo se dirigió directamente hacía la mesa de Carlos con aquella intención.

-¿Qué tal estás hoy, Carlos? –le preguntó tal como esperaba. Carlos era capaz de adivinar casi cada banalidad que a Pablo se le pudiera ocurrir.

Carlos se recostó en su ergonómica silla de oficina resoplando por la nariz y le miró altivamente sin muchas ganas de responder.

-¿Novedades? –insistió Pablo con un tono más suave.

Carlos negó con la cabeza llevándose las manos a la frente. Apoyó la base de sus palmas en las cejas, presionando fuertemente deseando que desapareciera todo el mundo.

-Oye Carlos –a modo de reprimenda-. Necesitas hablar de esto. ¿Has pensado en lo que te dije?

La mirada que le cruzó a Pablo podría equipararse a un bofetón. Aún así

decidió soltarle la bomba.

-Lucía me ha enviado una carta.

No se atrevió a mirarle a la cara mientras se lo decía.

-¿Una carta? ¿Escrita a mano?

Pablo esperó con los ojos como platos a que ampliara la información.

-Sí. Dice que necesita tiempo. Nada más.

-A ver Carlos. Cualquiera te puede haber enviado esa carta. ¿No crees que si te quisiera decir eso, te lo habría dicho a la cara antes de irse?

-No lo sé, la letra parece suya, no creo otra persona la hubiera escrito.

-Tienes que ir a la policía –dijo con seguridad.

-¿Y por qué debería hacerlo? –dijo alterado.

-Para cubrirte las espaldas tío. Al menos te dirán qué puedes hacer, o quizá ellos puedan hacer algo, hacer unas cuantas llamadas para averiar algo. Pero tienes que llevarles esa carta. Que sepan que estás preocupado.

-¿Qué van a averiguar Pablo? –Carlos empezaba a endurecer su tono de voz. Le empezaba a abrumar tanta presión.

Pablo al verle más alterado de lo que le gustaría, guardó silencio durante unos segundos.

-Quiero estar solo Pablo –dijo mirando su escritorio-. Ya hablaremos luego.

Pablo, resignado, acabó yéndose a su mesa sin mediar ni una sola palabra más. Solo pensaba en que a Lucía no le hubiera sucedido nada. No es agradable que tu pareja te abandone, si le hubiera sucedido a él también estaría bajo una gran presión, pero eso no lo tuvo en cuenta con Carlos. Como era costumbre, Pablo solo pensaba en Pablo.

El resto de la mañana transcurrió lentamente y Carlos solo pudo observar el paso del tiempo con resignación. Solo quería llegar a su cama y dormir, y que el resto del mundo se olvidara de él por unas horas, aunque no le importaría desaparecer durante unos días más. Cada gesto acumulaba impulsos controlados a punto de estallar, cosa que deseaba con todas sus energías.

Llegó a casa a las tres y media, fue directamente desde la oficina. No tenía ni idea que allí recibiría una sorpresa muy especial. Su hermana Carmen, con la que siempre había guardado una gran amistad, fue informada por Paula de lo ocurrido con Lucía. Carmen siempre había cuidado de Carlos a pesar de ser dos años menor que él. Siempre había sido la más fuerte de los dos hermanos. La muerte de sus padres un año atrás les había unido mucho más.

Pero la insistencia de Lucía por acaparar toda la atención de Carlos, había hecho que Carmen pasara a un plano inferior en su escala de prioridades. Raro le pareció a ella que su hermano tardara tanto tiempo en decirle que Lucía le había dejado.

Paula y Carmen estaban hablando en el salón esperando a que llegara. Al entrar en casa, Carlos se sorprendió al verlas allí de pie. Un vuelco de calidez le inundó por completo.

-¿Qué ha pasado Carlos? –dijo mientras se abalanzaba sobre él-, ¿porqué no me has llamado antes?.

La cadencia pausada y tranquila en la forma de hablar de su hermana le hizo bajar la guardia. Era como si por fin pudiera ser él mismo. Era una segunda madre para él y su mejor amiga. Sabía que era la única persona en el mundo que nunca le fallaría. Paula hizo mutis por la cocina, consciente de que allí ya no pintaba nada.

-Se fue, Carmen. No hay mucho más que explicar –Carlos no pudo evitar que se le humedecieran los ojos-. ¿Te ha avisado Paula?

Carmen asintió. Ella era la persona en la que más podía confiar para contarle toda la verdad, a pesar de que para eso, todavía era pronto. Cualquier paso en falso le podría poner en un aprieto.

-Querría haber venido ayer mismo, pero me fue imposible. –Se quedó mirándole intentando encontrar alguna respuesta en su mínima expresión. Carmen esperó que fuera él quien le contara algo- ¿Y ya está?, ¿ninguna explicación?

Carlos se quedó pensando y suspiró profundamente antes de acercarse a un mueble alargado que tenía en el salón, entre el pasillo y el ventanal del patio. Abrió el segundo cajón, y de él sacó el sobre que recibió el día anterior.

-Lee –Carlos alargó el brazo para darle la carta.

Carmen cogió el sobre y después de mirar el nombre del remitente, echó una mirada a Carlos con los ojos como platos y seguidamente, y con sumo cuidado, extrajo la carta del sobre. Empezó a leer atentamente, a la vez que mostraba extrañeza por el contenido de la misma. Le sonaba más a chino que a algo escrito por su cuñada. Paula apoyada en el marco de la puerta de la cocina miraba la escena con la cabeza gacha, la curiosidad podía con ella. Había esperado toda la mañana para ver como reaccionarían los dos.

A Carlos no le bastó una sola lectura de la carta para asimilar el contenido de la misma. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

-¿Seguro que es de ella?

-Es su letra –aseguró Carlos.

-Eres consciente de que ella no te escribiría nada parecido, ¿verdad?

-Lo sé –confirmó mientras agachaba los parpados.

Carmen se tomó unos segundos, pensando algo tranquilizador que decirle, mientras volvía a doblar con cuidado el papel.

-Vale Carlos, tu tranquilo. Averiguaremos donde puede estar. Pero antes que nada deberías hacer una cosa, solo por si acaso.

Carlos asintió con cierta desesperación, sabía exactamente a lo que se refería su hermana pero no se lo quería ni plantear. Dar ese paso no era lo que más le apetecía. Sacó su teléfono móvil y empezó a escribir con estrépito. Era el paso más desagradable de aquel asunto. O al menos hasta aquel momento.

Después de pasarle a buscar por casa, Pablo y Carlos aparcaron el coche y caminaron un buen rato. No hablaron prácticamente de nada durante el trayecto, parecía que se reservaban las palabras importantes para el momento de la verdad. Aunque Pablo no tenía claro a ciencia cierta cuales eran las mejores palabras que podía dirigir a su amigo, lo que tenía claro era que tenía que estar junto a él.

-Es lo mejor que puedes hacer, que te quede claro -afirmó Pablo.

-Cállate.

-Te lo dije.

-Cuando vean la carta me tomarán por idiota –replicó Carlos en voz baja.

-No lo sabes.

-Ya ¿y si mañana vuelve?, ¿y si vuelve diciendo “*cariño lo siento, no sabía qué hacía*”?

-Pues vienes, lo dices y listo Carlos, no pasará nada. Lo entenderán -le animó un tanto exaltado-. No lo compliques más, si alguien tiene que hacer esto, ese eres tú.

Tenían la comisaría justo en frente. A cada paso que daban Carlos veía el edificio cada vez más grande, como si estuviera mirando las fauces de un dinosaurio a punto de engullirlo. Carlos se paró y contempló la entrada con reticencia. Pablo un poco más adelantado se dio cuenta y le hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera. Los últimos escalones antes de las puertas de cristal de comisaría se le hacían, a cada paso que daba, más altos que los anteriores.

Ya era el vigésimo agente por cuyas manos pasaban las páginas de aquel

periódico. Los bordes de las hojas ya estaban un tanto ennegrecidas. El último de los agentes pasaba las hojas con bastante desgana. Por el umbral de la puerta asomó Carlos buscando con la mirada alguien a quien preguntar. En cuanto entablo contacto visual con uno de los agentes que estaba en una mesa cercana, disparó.

-Hola, quería poner una denuncia.

-Adelante, tomen asiento.

El agente les indicó las dos sillas que tenía en frente con el mismo entusiasmo con el que pasaba las páginas del manoseado diario. Los dos se sentaron.

-Quería denunciar una desaparición.

-Eso ya me lo ha dicho –dijo sin levantar la vista del periódico, era incapaz de atender a nadie sin antes acabar una mísera noticia de deportes.

Tras empezar con las típicas formalidades de formato, el agente empezó a preguntar.

-¿Nombre?

-¿De quién? –preguntó Carlos bastante disperso.

-El suyo, caballero, el suyo.

-Claro, es que como había dicho que era una desaparición, no sabía si se refería a la desaparecida o al mío –el agente no se lo podía creer. Un ligero balanceo de su cabeza se le acabó escapando-. Bueno es igual. Carlos Pascual Martínez.

El agente comenzó a repetir a modo de balbuceo cada una de las palabras que le iba dictando Carlos.

-¿Su DNI? –pregunto con total condescendencia.

-Cuatro, dos, ocho, cuatro, siete, dos, seis, dos, de.

El agente volvió a repetir, esta vez de una forma ininteligible. Prosiguió con otra ristra de frases propias de denuncia que no hacían más que incomodar a Pablo y mucho más a Carlos.

-¿Desaparecida?

-Lucía Catalá Bosch.

-¿Es su pareja ha dicho?

Carlos asintió.

-Es mi mujer.

El agente volvió a balbucear.

-¿Cuándo fue la última vez que la vio?

-El viernes –tras una breve pausa, suficiente como para dudar de lo que

iba a decir-. Me ha enviado una carta.

El agente levantó su mirada que no acompañó con la cabeza. Tras atravesar a Carlos con la mirada, el agente se separó del teclado del ordenador, agarró un bolígrafo y se recostó en su silla reclinable mientras le miraba inquisitivamente.

-A ver. ¿En qué quedamos? ¿ha desaparecido o le envía notitas?

Pablo en ese preciso momento lanzó una mirada letal al agente. Éste, un tanto cansado de la vida busca y al no obtener respuesta, buscó a alguien con la mirada por el fondo de la oficina. Uno de los inspectores le vio. Tras un juego de miradas y gestos el inspector colgó el teléfono por el que estaba hablando y se dirigió hacia la mesa del agente. A medida que se acercaba no quitaba la vista de los dos.

Carlos y Pablo no entendían nada, no se atrevían a dirigir sus miradas en el mismo sentido que el agente. El inspector finalmente llegó a la mesa.

-Este señor viene a denunciar la desaparición de su mujer y dice que ha recibido una carta suya.

El inspector se les quedó mirando fríamente a los dos como escrutando algún oculto motivo de su presencia allí.

-Si son tan amables, acompáñenme. Gracias agente.

Pablo y Carlos se levantaron y siguieron al inspector a través de la sala.

El inspector Duarte, de hecho era el inspector jefe de la comisaría. Llevaba casi cuarenta y tres años de servicio en el cuerpo y sus años de servicio estaban a punto de acabar. Tan solo le quedaba un mes antes de un retiro que venía deseando largos años. El comisario le había concedido su única petición antes de la jubilación: que su último caso no lo tuviera que traspasar a otro inspector y por ello tan solo le daban casos sencillos. De hecho llevaba semanas liquidando algún papeleo que otro que tenía pendiente. Lo que no deseaba era un caso que le tuviera enredado algunas semanas más. Un plácido paseo por la comisaría en su último mes de servicio.

Carlos y Pablo no podían apartar la mirada de las paredes con condecoraciones y recortes de periódicos en las que se elogiaba la labor de diferentes operaciones. Carlos se sintió tremendamente intimidado. Los agentes que había allí ni siquiera reparaban en la presencia de ellos, cada uno estaba a lo suyo. Mientras seguían los pasos del inspector que estaba a punto de llegar a su mesa, Carlos se dio cuenta que en la mesa del inspector no había fotos, cosa bastante común en el resto de mesas de aquella sala. ¿Un tipo solitario? El inspector no parecía el típico poli malo, con aspecto de ponerse

en su contra, más bien se parecía a su padre fallecido un par de años atrás. Quizá por ello le transmitió más tranquilidad.

Ya en la mesa les invito a tomar asiento mientras se dirigía a su mesa.

-Bueno, ¿cuándo fue la última vez que la vio? –preguntó mientras empezaba a buscar un bloc.

-El viernes por la noche cuando llegué ya no estaba.

-¿Cuándo llegó de dónde?

No se le escapa nada, pensó Carlos.

-De un partido de fútbol que juego cada viernes.

-¿No le dejó ninguna nota?

-No, pero ayer recibí una carta suya.

Carlos la sacó de la americana y se la entregó. El inspector la cogió con cuidado y la dejó sobre la mesa sin apenas mirarla.

-Todavía no le he preguntado por esa carta.

-Me ha preguntado si me había dejado una nota.

-Mi apasionado compañero –ironizó el inspector- ha dicho que la ha recibido, no que se la dejó. Intuyo que esta carta –dijo apuntando verticalmente la carta con el dedo índice- la ha recibido después del viernes.

-Así es *-joder, este tío es bueno*, dijo para sí Carlos.

-Bien. Cuando llegó a casa ¿ella debía estar en casa?

-Normalmente suele estar cuando llego.

-Ya. La llamó, no contestó, le envió mensajes e intuyo que no recibió respuesta alguna.

-Correcto –dijo Carlos asintiendo.

-No sabe dónde está –afirmó Duarte.

Carlos negó con la cabeza. El inspector no dejaba de mirarle a los ojos. Su experiencia le decía que los ojos de Carlos le dirían más verdades que sus palabras, aunque hasta el momento todo le parecía normal. Cogió la carta y la examinó. Miró el frontal y el reverso. Observó cada detalle de la misma. La olió. Carlos no pudo evitar pensar si podría ver algo que se le hubiera pasado por alto. Entonces levantó la vista y miró fija y largamente a Carlos.

-¿Es la letra de su mujer?

-Sí.

-Si tuviera que decirme en una escala del uno al diez cuanto se parecen ésta y la letra de su mujer, ¿qué valor le daría?

Carlos se paró a pensar para no precipitarse. Encogió los hombros y negó con la cabeza.

-Es que, esa es la letra de mi mujer.

El inspector mantuvo su fría mirada clavada en Carlos.

-¿Alguien más sabe de la existencia de ésta carta?

-No.

-¿Recogió usted la carta?

-¿Qué quiere decir? –dudó Carlos.

-Quiero decir si la recogió usted del buzón...

-Ah, no, me la dio mi asistenta al llegar a casa.

El inspector empezó a apuntar cosas sueltas en la libreta que encontró en una cajón. Abrió el sobre y sacó la carta, la desplegó y empezó a leer.

-Así que su asistenta recogió el correo del cartero –dijo sin apenas haber acabado de leer la breve carta.

-Pues no lo sé –respondió dubitativo.

-¿No se lo ha preguntado?

-Pues no, no le di más importancia a eso.

-En este sobre no hay remitente y solo pone su nombre en la parte anterior. Se supone que un cartero no se la ha dejado, sino que *alguien* se la ha dejado. Alguien que sabe donde vive usted, sea su mujer o no.

Pablo que miraba a Carlos absorto en sus respuestas miró de reojo al inspector, que a su vez los miraba a los dos a la vez. Pablo se sorprendió al ver como era objetivo de las miradas del policía. Venían a denunciar la desaparición de Lucía y se encontraba siendo vigilado no sabía todavía porqué.

-Me gustaría poder hablar con ella si es posible –el inspector le acercó un papel y un lápiz-. Apúnteme aquí el número de teléfono de su asistenta para poder ponerme en contacto con ella. De paso, apúnteme el suyo y el de su mujer, hágame el favor. Otra cosa...

El inspector comenzó a chasquear los dedos como si quisiera decir algo evidente pero no le saliera, hasta que empezó a mirar a Carlos directamente levantando las cejas.

-¿Carlos? –se pregunto a si mismo Carlos.

-¡Carlos!, le dejaré una tarjeta por si necesita algo o si hubiera alguna novedad. Póngase en contacto conmigo para lo que sea.

El inspector se levantó con la intención de darles la mano. Carlos y Pablo se quedaron sorprendidos por ese final tan abrupto.

-Disculpe, ¿y la denuncia? –preguntó Pablo.

-Al no haber pruebas fehacientes de desaparición no podemos formalizar

una denuncia. Usted ha recibido una carta de su mujer, aparentemente es suya así que no puedo hacer nada por ustedes.

-Ya pero ¿cuánto tengo que esperar?

-Usted verá, llame a familiares, amigos. Lo que no podemos hacer es actuar como en una desaparición porque no hay pruebas y los procesos como esos son caros para el departamento, así que nos ceñimos al protocolo.

Carlos pareció entrar en shock mientras Pablo mostró su resignación. Siempre había tenido una buena relación con Lucía y no quería ver a su amigo sufrir aquella incertidumbre. Mientras, Carlos no sabía si levantarse de la silla o esperar a que le invitaran a salir.

-Lo dicho, avísenme para lo que necesiten, o si tienen alguna información.

El inspector abrió la puerta y los dos amigos salieron.

-Gracias –dijo Carlos casi a cámara lenta. No acababa de entender muy bien qué era lo que había ocurrido

Hacía ya más de dos horas que llovía sin parar y el cielo estaba tan ennegrecido que el atardecer, había convertido lo que quedaba de día, en un prematuro y cerrado anochecer. Carlos sentado en una butaca, no apartaba la mirada de la ventana. Había apagado toda fuente de luz de su casa con el anhelo de dejarse absorber por la tormenta. Su cabeza daba tantas vueltas que le era imposible reaccionar al más mínimo resplandor del exterior. Estaba absorto en el ir y venir de sus pensamientos que apenas recordaba pestañear. Hacía ya cinco días que Lucía no estaba y a pesar de desear durante mucho tiempo que se fuera, sentía de alguna extraña forma, que parte de ella siguiera allí. Era el amor de su vida y la añoraba

-Carlos –susurro Paula desde el umbral de la cocina.

-Apaga la luz, por favor.

La frialdad con la que le contestó Carlos le heló la sangre. Estremecida, apagó la luz de la cocina. Se dio cuenta en ese momento de la oscuridad que imperaba en la casa. Verle sentado de espaldas y mirando la tormenta a través de la ventana, acabó de empequeñecerla. Era como estar con un completo extraño.

Se quedó allí parada sin saber qué más decir. Había olvidado por completo que Paula estaba en casa. Ya se había preocupado de que el puñado de calmantes que se había tomado tuvieran ese efecto.

Varios minutos más tarde, Carlos seguía en otro lugar mientras, apenas recordando el motivo, Lucía le gritaba sin parar;

Las luces estaban encendidas y frente a él se encontraba Lucía hecha una furia. Carlos ni siquiera recordaba en qué momento había comenzado aquella discusión, que más que una riña parecía un monólogo.

-¿Por qué coño crees que la gente se aleja de ti?, la gente no te soporta. Luego tergiversas todo y pones a la gente en mi contra. No sé si te das cuenta, pero haces que todo lo que podría acabar bien, acabe como el culo. Porque eres un blando. Tu padre no quería verte, ¿lo sabes?.

-Basta –casi sin poder interrumpirla. Su voz era como un leve ruido bajo el estruendo que salía de la boca de Lucía.

-Y encima la guarra de tu hermana es la favorita de los dos. No has sido capaz ni de reclamar un poco más de la herencia de tu padre.

-Cállate –intentaba hacerse valer pero Lucía elevaba cada vez más el tono.

-O sino ¿qué?, ¡qué?, ¿vas a pegarme?, ¿es lo que vas a hacer? Tu a mi no me tocas ni un pelo ¿te has enterado? O ya te puedes preparar para lo que se te va a venir encima. No me das ni lástima. Vaya chulo de mierda estás hecho, encima me vienes con amenazas –Lucía no paraba de mirarla de arriba abajo con desprecio.

-Estás loca –pudo susurrar Carlos.

Lucía empezó a desternillarse de la risa. Se apartó un poco de él hasta acercarse a la mesa del comedor.

-Me parto contigo, serás imbécil. ¿Loca yo?, ¿por qué no vuelves tú al psiquiatra y que te hinche a pastillas que es lo único que sabes hacer?

-Cállate –la increpó él con un grito.

-Cállate tú, puto maníaco.

El grito de Lucía parecía pronunciado por un ser superior que hubiera tomado su cuerpo para sacar una voz completamente distorsionada de la suya. En su ataque de cólera, Lucía agarró un jarrón de cristal que había sobre la mesa y lo lanzó con toda su saña contra Carlos. Para su suerte se encontraba a un par de metros, y la tensión le hizo reaccionar rápido y se agachó. El jarrón se hizo añicos contra uno de los cuadros que había en la pared justo detrás de Carlos. El cristal del jarrón junto con el del cuadro que protegía una litografía, se mezclaron viajando por buena parte del salón. Carlos no daba crédito al arrebatado de violencia que acababa de contemplar. Quedó en shock mientras dirigió la mirada hacia Lucía. A pesar de la relación tan degradada que vivían, nunca se había enfrentado a una situación así. Ella tenía los ojos clavados en Carlos, respirando agitadamente como si hubiese acabado de correr los cien metros lisos. Toda la belleza extrema que atesoraba Lucía en la integridad de su rostro, se transformó en una bestia a punto de devorar a su presa. Se había convertido en un ser incontrolable. Carlos no salía de su asombro más que para horrorizarse con aquella visión. La mujer de la que se había enamorado años atrás ahora era un monstruo que le odiaba a muerte. El nulo arrepentimiento por aquel acto le hacía entender que no le hubiera importado nada que aquel jarrón hubiera hecho añicos su cráneo, no le hubiera importado matarle. Si lo hubiera hecho, Lucía se habría inventado cualquier suceso de violencia doméstica en la que ella pasaría de agresora a agredida, en un intento de proteger su vida. Y eso cambiaría a Carlos para siempre.

Las gotas recorrían la integridad de los ventanales distorsionando la imagen del exterior. Quizá era así como veía el mundo que le rodeaba en ese momento, o quizá era como recordaba los días más amargos con su mujer.

Sostenía un vaso con whisky en una mano, en la otra un par de pastillas. Se quedó mirando fijamente las pastillas, no dudando, sino deseando poder entrar en un sueño tan profundo y duradero como le fuera posible. Se puso las pastillas sobre la lengua. Seguidamente tomó un sorbo del vaso. Al tragar se quedó mirando fijamente la distorsionada imagen tras el cristal.

-Carlos- insistió Paula todavía en el salón.

Carlos seguía en otro lugar, ausente de la realidad en la que se encontraba el resto del mundo. Se levantó con sumo cuidado y empezó a caminar hasta tocar con la frente en el cristal. Cerró los ojos, no sabía en qué quería pensar. Solo quería dormir y dormir, y no despertar. Paula sintió una profunda ternura y lástima por él. Dio media vuelta y empezó a caminar hacia donde se encontraba Paula. Esta se estremeció, no sabía como reaccionar y menos cuando Carlos llegara a su altura. Pero no fue necesario, al pasar por la puerta del pasillo Carlos se metió en él, no sin antes pasar por delante de un cuadro. Un cuadro sin cristal gracias a la ira de Lucía. Lo siguiente que se oyó entre las gotas de lluvia del exterior, fue la puerta de la habitación de Carlos cerrarse.

A la mañana siguiente, el chubasquero rojo de Paula no dejaba de resbalar gotas de agua que se le metían en el bolso al intentar sacar las llaves. Peleó un buen rato con la inmensa variedad de trastos con los que su mano tropezaba dentro del bolso. La lluvia no arreciaba y empezaba a impacientarse. No había parado de llover en toda la noche y aunque apenas había amanecido no tenía pinta de parar en unas cuantas horas.

El día anterior, con la melancolía propia de un día lluvioso, dejó a Carlos metido en su cuarto. Los veintidós años de Paula no le podían hacer entender con fidelidad cuales eran los sentimientos que se viven y sienten en una situación similar. Conocía a la perfección cómo era la relación de Carlos y Lucía, pero no podía comprender en su totalidad, los sentimientos contradictorios que le hundían tan profundamente. A pesar de ello, todas las emociones que rodeaban a Paula, cada vez que sabía que iba a ver a su “jefe”, la embargaban y la hacían estremecer. Ningún chico de su edad, ni de la universidad, ni nadie, le hacía sentir aquello, y más sabiendo que era un hombre con un anillo en el dedo. En lo más profundo de su ser solo quería que Lucía no volviera nunca más, que no volviera del lugar en el que estuviese. Fuera el que fuese. Que pasado el tiempo, aquella casa sólo fuera para ellos dos, aunque ella tuviera que conformarse con, únicamente, prepararle las comidas y él la saludara cada día al levantarse cuando le trajera el desayuno. La reminiscente adolescencia que guardaba la hacían fabular sin parar, quizá fruto de las mariposas que afloraban cada vez que estaba a punto de cruzar aquella puerta.

Si Carlos me lo pidiera, haría cualquier cosa por él, no dejaba de repetirse.

Por fin encontró las llaves, ya con las manos mojadas. Buscó la de la puerta de entrada y abrió. Con cuidado se quitó el chubasquero todavía en la entrada para mojar lo menos posible el interior. A la vez hacía malabares entre la bolsa de la panadería, su bolso y el chubasquero. Parecía un amasijo de trastos sobre dos perfiladas piernas vestidas con unos tejanos mojados por los bajos. Intentó sacudir el chubasquero con, un brazo todavía metido en él mientras seguía en el umbral, luego cerró la puerta. Ya en el interior y recuperándose del estrés que acababa de sufrir se giró para dirigirse a la mesa

del salón y dejar sus cosas. La inundó un aire de melancolía cuando vio la cena intacta que le dejó a Carlos la noche anterior en la mesa del salón. Bajó los hombros con un cierto desánimo. Quedó un tanto paralizada y sin saber qué hacer. No dejaba de entristecerla la desolación que le transmitía Carlos. Llevó sus cosas a la cocina para empezar a preparar el desayuno.

Mientras recogía los platos intactos del día anterior, el aroma del café de la cafetera italiana que tanto adoraba Carlos, empezaba a inundar la casa. No podía parar de darle vueltas a la cabeza sobre dónde podría haber ido Lucía, dónde se podría haber metido. ¿Con sus padres? Demasiado evidente, además Carlos ya les habría llamado para comprobarlo, ella lo habría hecho en su lugar. Hacía días que esa idea no se le iba de la cabeza. Entre viaje y viaje a la cocina y absorta en sus divagaciones, paró su atención en la mesita que hay justo al lado de la butaca donde Carlos reposaba pensativo el día anterior. Allí había un bote de pastillas. Se mantuvo un rato quieta sin saber si acercarse a echar un vistazo. Cuando se decidió, las pudo ver; un bote de Valium. Evidentemente el día anterior no parecía un tío nervioso o al menos no lo aparentaba. Le pareció más que aceptable que lo que quisiera hacer, fuese quedar fuera de combate por unas horas, ni tener que pensar más de la cuenta. Aquella idea la volvió a sumir en una profunda melancolía. No le gustaba que Carlos estuviera así ni que tuviera que recurrir a la medicación. Otra vez.

“Valium y alcohol”, escribió; y pulsó *buscar*. Su teléfono móvil dio unos cuantos cientos de miles de resultados a su búsqueda. Lógicamente no era una buena combinación y mucho menos con dos pastillas y sin comer nada. Posiblemente, llamar a Carmen otra vez sería la mejor opción.

Sonó el despertador, de fondo, en la habitación de Carlos y Paula dio un respingo todavía con el bote de Valium en la mano. Lo dejó de donde lo había cogido y empezó a caminar hacia la cocina, recogiendo de paso los cubiertos que todavía quedaban en la mesa. Eran las ocho de la mañana. Sabía que, como era habitual cada jueves, le acompañaría para desayunar alguien y no se trataba de su mujer.

Después de quince minutos desde que empezara a sonar el despertador, Paula seguía preparando el desayuno y la puerta de la habitación de Carlos todavía cerrada. Ya llevaba doce horas en la cama y era tiempo más que suficiente como para que se despertara. Y justo en ese momento apareció por el umbral del hueco que daba al pasillo. Apoyándose en el marco de la puerta y asomándose con cuidado de no quedarse ciego, a pesar de la poca luz que todavía entraba en el salón. Sin saber muy bien como había podido levantarse

de la cama, Carlos salió de su cuarto con el pantalón del pijama y una camiseta blanca. No se atrevía a dar más pasos, como si no estuviese seguro de si el próximo le llevaría de cabeza al suelo.

-Buenos días.

A pesar del hilo de voz que salió de las cuerdas vocales de Paula, Carlos cerró los ojos como si se hubiera mareado. Ni siquiera intuía de donde le venía aquella voz, ni de quién demonios era. En su aturdida conciencia sabía que solo podía provenir de un lugar. Paula, desayuno, cocina; y entonces, encajando piezas en su aturdida cabeza, se giró hacia su izquierda.

-Buenos días –dijo con una ronquera terrible que intentó apaciguar con un breve carraspeo.

-¿Qué tal te encuentras hoy?

A Carlos empezaba a costarle articular palabras y frases.

-Bueno... un poco menos jodido, pero jodido.

Carlos se dio un paseo a pasos minúsculos hasta apoyarse en la mesa del comedor. Entonces cayó en la cuenta.

-Oye ¿no habrás traído croissants?, hoy viene Pablo a desayunar –le costaba horrores mantenerse de pié y hablar a la vez.

-Claro, como cada martes –dedicándole una sonrisa a Carlos.

Carlos se la devolvió intentando mantener al menos uno de sus ojos abiertos.

-Eres la mejor –mientras se giraba para dirigirse al sofá.

Absorta en el halago, le costó reaccionar y se quedó un instante mirándole fijamente. *Era la mejor*, eso nunca se lo había dicho nadie, ni siquiera sus padres. Y se lo había dicho él. Mientras se dirigía hacia el interior de la cocina con una media sonrisa en los labios, una luz inmensa llenó la cocina de felicidad. Sonreía sabiendo porqué lo hacía y a la vez sin saberlo, intuyó que aquello que le recorrió toda la columna desde abajo hasta la nuca, era felicidad. Aquella mañana, como cuando se está enamorado, su vida ya había cobrado sentido solo por oír aquellas palabras tan simples; “eres la mejor”. En esos breves instantes no pensó en nada más y aunque era casi la rutina, con el sentimiento de que ese día no eran jefe y empleada, sino algo más, Paula preguntó a Carlos:

-¿Te apetece algo en especial para comer hoy?

En ese momento tocaron a la puerta.

Mierda, justo ahora tenían que llamar, pensó Paula.

-Algo ligerito, llevo unos días sin mucha hambre –dijo mientras hacía un

esfuerzo por levantarse e ir a abrir la puerta.

A Carlos le costó caminar hasta la puerta, que abrió con cierta lentitud.

-Buenos días piltrafilla –le inquirió Pablo debajo del paraguas.

Carlos con los ojos medio cerrados intentó mirarle a la cara, pero el contraluz en su cara no le dejó.

-Buenos días.

Pablo se quedó mirando a la cabeza de su amigo intentando descifrar su aspecto. Intentó quitar hierro al deplorable apariencia de su amigo.

-Veo que has cambiado de look –el no peinado de Carlos, estaba claro que no le favorecía.

-Anda, pasa y calla –le replicó Carlos sin hacerle mucho caso.

-Tantos años despeinado y por fin decide peinarse –dijo mientras entraba en casa.

-Que pesado eres, joder –dijo Carlos en voz alta.

Paula apareció por la puerta de la cocina con una bandeja en las manos.

-Muy buenos días –dijo Pablo en actitud galantesca y sobreactuada.

-Buenos días Pablo –le respondió ella con dejadez, con el aire de quien recibe piropos siempre de la misma persona-, aquí tienes tu café con leche.

-Gracias preciosa, este es el mejor café con leche del mundo –pasándose tres pueblos de empalagoso.

-Y un croissant para ti –acabando la frase que el piropo no le había dejado acabar.

-El mejor del mundo.

-Pelota –sonriéndole-, y para ti un zumo de naranja y tostadas con mermelada –poniendo el desayuno en frente de Carlos.

Paula tras echarle una sonrisita de cortesía a Pablo, le paso la mano por el hombro a Carlos como si le acariciara con una pluma. No era un roce casual, le devolvió el halago de hacía apenas tres minutos con un gesto cariñoso, impropio de ella pero aprovechado por la ausencia de Lucía. Algo así nunca hubiera sucedido, nunca con aquella zorra en casa. *Así te quedas donde estás para siempre*, no dejaba de repetirse a ella misma. Así, metida en sus propios pensamientos se encaminó de nuevo hacia la cocina mientras Pablo se quedó mirando donde la espalda de Paula perdía su nombre.

-A ésta la mojaba yo en el café con leche –dijo susurrando.

Carlos le miró fijamente esperando una rectificación en su comentario.

-Calla.

Pablo se quedó un buen rato sonriendo su propia gracia esperando que

Carlos se distendiera un poco. Aunque la mirada de Carlos seguía impasible con la misma expresión que antes.

-No me digas que no te la has... ¿no dejarías que te hiciera un favorcete? Porqué yo empezaría y no pararía. Te juro que ese culo respingón, me habla cada vez que me ve.

Carlos seguía con su misma mirada penetrante a pesar de ser consciente de que Paula podía presumir de un bonito, sensual y, a la vez, gracioso trasero.

-Pablo, ya –le instó definitivamente a su amigo.

Pablo cedió a las pocas ganas de bromas de Carlos y manteniendo las formas, empezó a ponerse serio.

-¿Has sabido algo de Lucía?

Carlos negó con la cabeza. Pablo no le veía con muchas ganas de nada así que empezó a comer.

-De todas maneras –empezó con la boca llena- si lo que te pide es tiempo, dáselo. No te comas el tarro. Solo necesitará un poco de tiempo y de espacio.

Carlos le miró sin mucho entusiasmo. No necesitaba una charlita de buena mañana. De hecho, no anuló el desayuno con Pablo, precisamente, porque el día anterior sólo podía pensar en el par de pastillas que le iban hacer desaparecer. La presencia de Pablo sólo conseguía irritarle. Hubiera preferido mil veces a su hermana o a la propia Paula. A pesar de ello, hizo un esfuerzo por darle conversación.

-En la carta, -dijo espaciando bien cada frase- era demasiado amable, hasta con un “te quiero”, como si ya hubiéramos hablado con anterioridad de tomarnos un respiro o un tiempo o lo que fuera –frente a él, su amigo parecía no convencerse mucho-. Pablo, nosotros apenas nos hablábamos, de hecho ya casi ni nos veíamos.

-No le des más vueltas tío, cuando todo esto pase lo entenderás. Todo volverá a su lugar.

Pablo no quería que su amigo se hiciera más daño.

-Pablo, me odiaba. No lo sabías ¿no? Nadie lo veía.

Pablo no acababa de encajar la información que estaba recibiendo.

-¿Sus padres saben algo?

-Todavía no.

-Y ¿si está con ellos?

-No está con ellos.

-¿Cómo lo sabes? –dijo engullendo el croissant de un solo bocado.

-No es tonta, sabría que iría allí a buscarla.

-Pero si no lo intentas...

Carlos empezó a negar levemente con la cabeza, mirando a través de la ventana como solía hacer cada vez que quería evadirse de la realidad. Pablo ya sabía, o al menos intuía que no volvería, así que qué más daba seguir hablando del tema.

-Carlos –insistió Pablo demandando una respuesta.

-Les llamaré pero no está allí.

-¿Y en el curro?

-Tampoco saben nada de ella.

Pablo no veía resquicio por el que poder llegar a Carlos, seguía metido en su propio convencimiento de la situación. Sin saber demasiado bien cómo continuar, prefirió irse. Quizá se diera cuenta que no podía presentarse en su casa como si nada hubiera ocurrido, que el día a día ya no iba a ser el mismo, y que esos desayunos de los jueves por la mañana iban a ser iguales por un tiempo.

-Bueno tío, ya hablaremos. Me voy a currar.

-¿Tan pronto?

-No todos tenemos el privilegio de pedirle un día libre al jefe, y que nos lo den. Aunque nunca he entendido bien si en la oficina, Pérez es tu jefe o al revés –Pablo percibió sin problemas que esa conversación no le interesaba lo más mínimo a su amigo-. ¿Estarás bien?

-Sí, no te preocupes –respondió sin quitar la vista de la palma de su mano derecha.

-Vale, descansa. ¿Vendrás a jugar hoy?

-Creo que hoy paso de fútbol –afirmó sin levantar la mirada.

-Venga ámate tío. Además me tengo que vengar por tu arañazo del último partido. ¿Paula? –Se giró hacia el donde estaba la cocina esperando la atención de la chica-. Adiós guapa.

Paula se apresuró en asomarse para despedirse y regalarle una sonrisa.

-Adiós Pablo.

Después de salir, Carlos y Paula se quedaron mirando la puerta a la vez. Paula cambió la sonrisa por una mueca de desaprobación. Giró sus ojos hacia Carlos que seguía mirando fijamente la puerta de entrada. Paula contemplaba su tristeza y melancolía. Cuando Carlos volvió de su mundo, reparó en que Paula le miraba. Ella le sonrió mientras él se vio avergonzadamente observado, y dedicándole otra media sonrisa le apartó la mirada. Paula sentía

como se acercaba y se alejaba sin querer, como un perro asustado. Carlos dirigió su mirada perdida a través de la ventana.

Era un paraje inquietante. Un bosque con árboles de hoja caduca, dejaban pasar la escasa luz de aquel nublado día de invierno. El aire que se respiraba era frío y húmedo. No había nadie, excepto un coche en la carretera que atravesaba aquel lugar y alguien que observaba. No había ningún sonido reconocible. Ni animales ni hojas movidas por ninguna brisa, todo era de un silencio tan inquietante como su aspecto. Atardecía por lo que la poca luz difusa que quedaba, dejaba mucho a la imaginación. Parecía una escena campestre de Poe, con toda su lugubridad.

Unos pasos avanzaban entre las hojas caídas que el viento no había arrastrado, hojas que crujían a cada paso. En una pequeñísima explanada, casi hecha a propósito, sobresalía un pequeño montículo de tierra removida, casi imperceptible por las hojas que lo cubrían. Fuera quien fuese que se había acercado hasta aquel lugar, quedó de pie frente a aquel montón de tierra removida, observando el lugar con curiosidad. A lo lejos podía verse el coche en que había llegado. Allí no había nadie. Un lugar en el monte, desamparado y solo transitado por los guardas forestales que, en verano recorrían aquella carretera hasta una torre de vigilancia. Nadie más. En ese momento, y casi llamada por la ocasión, una ráfaga solitaria hizo acto de presencia removiendo las hojas secas depositadas sobre aquella explanada. Todas ellas saltaban sobre los brotes que asomaban del suelo y quedaban retenidas por otros. Pero justo a sus pies no había brotes, sólo un montón de tierra removida que quedó al descubierto. Aunque en aquel lugar, nadie iba a prestar atención a un poco de tierra al borde de la carretera.

Eran las siete y media de la mañana de un domingo cualquiera. Carlos empezaba a abrir los ojos sin la necesidad de que sonara la alarma de su teléfono móvil. Aprovechó para desconectar la alarma que iba a sonar media hora más tarde. Estaba tumbado en el lado izquierdo de la cama. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que no estaba solo en la cama. Se giró hacia su derecha y allí estaba. Lucía durmiendo a pierna suelta. Por un momento se sobresaltó, ya que como era de costumbre los fines de semana ella no solía llegar hasta pasadas las once de la mañana y sin dormir. Desprendía un fuerte y desagradable olor a alcohol a cada bocanada que exhalaba de su boca, Con la poca luz que entraba del exterior podía observar que no se había quitado el maquillaje, a pesar de que parte del mismo yacía sobre la funda de la almohada. Seguramente aquella noche no le debió apetecer ver el amanecer y decidió llegar antes a casa para dormir. La noche pasada no le debió ser del todo grata. Carlos intentó levantarse sin despertarla y se puso su ropa de deporte sin hacer mucho ruido, aunque por la forma de respirar de Lucía, no se iba a despertar ni con una explosión termonuclear en el cuarto de baño.

No era de los que sudaban mucho haciendo deporte, pero una hora al sol de aquella mañana corriendo sin parar, no pudo evitar que el billete de cinco euros que llevaba en el bolsillo acabara chorreando. Como cada domingo el encargado del kiosco ya le esperaba.

-Hoy has venido pronto –le dijo sonriendo.

Carlos sonrió pensando la respuesta.

-Digamos que me han echado de la cama –respondió con una sonrisa ambigua.

Aquel día no pudo ponerse el periódico bajo el brazo. Incluso le dio vergüenza pagarle con aquel papel empapado en sudor. Aprovechó para adelantarse al aroma del café y las tostadas para empezar a ojear el periódico, camino a casa a paso ligero.

Un par de minutos después ya se encontraba en su calle, acercándose al portal. Empezó a cerrar el periódico para sacar las llaves del bolsillo cuando al levantar la vista vio algo que le era familiar al otro lado de la calle. A la par que extrañado, observó el coche de Lucía aparcado al otro lado de la calle. Habitualmente dejaba el coche en el parking privado que tenían los dos

y que tanto le había insistido a Carlos para poder usarlo ella. ¿Porqué lo dejó fuera la noche anterior? Estaba estacionado a unos dos palmos del borde y eso le llamó la atención. Nunca había sido una experta a la hora de aparcar coches pero aquello estaba fuera de toda lógica.

Cruzó la calle para echar un vistazo. El interior era un desastre; un galimatías de bolsas, ropa y demás chaquetones. Entre giros de cabeza, negando el comportamiento de Lucía, Carlos dio un último vistazo a un rincón del interior. En ese momento Carlos cerró los ojos, como si no hubiera querido ver lo que vio. El envoltorio de un preservativo descansaba entre el cambio de marchas y el freno de mano. Él ya lo sabía, lo intuía, lo imaginaba, pero no creía que fuera a ser tan evidente como para que cualquier persona del vecindario lo pudiera descubrir. Pero allí estaba la evidencia que esperaba encontrar algún día.

Unos quince metros le separaban del portal de su casa, e introducir la llave era lo que menos le apetecía sabiendo lo que le esperaba dentro. Cerró la puerta por dentro visiblemente aireado, posiblemente con una decisión tomada, y con la energía para empezar a tirar las pertenencias de su mujer a la calle, empezando por la ropa de fulana con la que salía, noche sí y noche también. Pero algo le contrarió. El ambiente estaba impregnado de aroma a café recién hecho. Lucía nunca se había hecho un café en aquella casa.

-Buenos días- se elevó una voz femenina desde la cocina.

Carlos no entendía nada. Se acercó hasta el umbral de la puerta de la cocina y allí estaba ella. Vestida con mallas azules, su color favorito, un top ceñido y deportivas, Paula estaba en buen domingo preparando café.

-Hola, ¿qué haces aquí en domingo? Creo recordar que no te pago para que vengas en tu día libre –simuló recordar.

A Carlos no había nada que le motivara más que una chica atractiva vestida con ropa deportiva y, que además, le estuviera preparando café; su fantasía masculina en sus narices. Parecía como si al cruzar la puerta de su casa hubiera vuelto a sus años de universidad y le esperara en casa su rollete semanal, que como solía ser costumbre, era una estudiante despampanante de la facultad. Todavía tenía buena parte del atractivo de sus años mozos. Con todo, le hizo rejuvenecer diez años de golpe.

-Ayer me dejé unos libros y como tenía que recogerlos, he aprovechado para traerte pan y hacerte café.

-Gracias.

-No hay de qué –Paula le dejó una mirada de reojo.

-Lucía está aquí -advirtió Carlos en voz baja.

Paula esbozó una leve sonrisa.

-La he oído roncar. Ayer tuvo que pillar una buena cogorza.

-Perdona, pero... -la incomodidad le hizo titubear- no creo que debas estar por aquí cuando se despierte.

-No te preocupes -dijo un poco azorada-. Imaginé que no estaría aquí como cada domingo.

-Tranquila, tampoco es que haya prisa. Sigue siendo demasiado temprano para que se despierte –dijo mirando su pulsómetro.

Paula metió los libros que había venido a buscar y los metió en la mochila.

-Me voy, te dejo el café hecho, no quiero molestar.

Paula salió de la cocina pasando frente a Carlos, sin mirarle directamente a los ojos. De hecho cuando se encontraba a menos de medio metro de él, nunca lo hacía. Se dirigió hacia la puerta principal con la celeridad que le caracterizaba cuando sabía que se avecinaba tormenta en casa de Carlos y Lucía.

-Ya sabes que a mi nunca me molestas –dijo Carlos desde la puerta de la cocina.

Paula paró en seco y se giró estremecida. Totalmente cohibida, no supo qué decir.

-Vale –susurrando lo suficiente para que le oyera Carlos.

Saliendo por la puerta solo pudo pensar; *¿por qué coño siempre me dice estas cosas cuando me tengo que ir?*. Ya tenía la dosis necesaria para vivir una semana más con ese suspiro de ilusión y quizá para correr un par de kilómetros más esa mañana después de estudiar.

Sentado en la terraza, Carlos apuraba un cigarro cuando oyó una puerta cerrarse en el interior de su casa. Se giró para ver cómo Lucía aparecía por el pasillo ataviada con una bata y dando tumbos. Ésta buscó de donde salía ese ruido sonido de pájaros cantando tan característico, que se percibe cuando una ventana está abierta. Desde allí y con el pelo recogido con una coleta vio a Carlos clavándole la mirada. Ni corta ni perezosa, le giro la cara sin mediar palabra para ir hasta la cocina. Carlos apuró el cigarro y lo apagó en la taza de café ya vacía. Se levantó tomando aire y fue directo a encararse a ella. El cabreo que le sobrevino frente a su coche una hora antes, sólo se había

atenuado en presencia de Paula. Ella conseguía, con su sola presencia, que la energía en aquella casa se equilibrara.

Lucía ya tenía un cigarro en la boca cuando Carlos la vio sirviéndose café que había sobrado antes.

-Esto está frío, joder.

Carlos tomó una profunda bocanada de aire.

-¿Qué hiciste anoche?

-Punto de cruz –dijo Lucía dando una calada a su cigarro y mirando al café.

-¿Dónde estuviste?

Lucía se giró hacia él clavándole su mirada fría y resacosa.

-Mejor dicho ¿qué te metiste y a quién te follaste?

-Seguro que te hubiera gustado mirar –le dijo con una media sonrisa.

A Carlos le empezó a hervir la sangre en su pecho. Uno de sus puños se apretó inconscientemente, pero se contuvo, como era habitual en él. Nunca demostraba en exceso sus emociones y aunque aquella era una situación completamente extrema y desconocida para él, pudo contenerse y pensar con frialdad.

-Ya te puedes buscar un abogado. Quiero que te largues de esta casa.

Su puño se relajó de golpe. Entonces ella soltó una carcajada excesivamente sobreactuada.

-¿Perdona? Yo no me voy a ningún lado imbécil. No pienso buscar un puto abogado y por supuesto, tu tampoco lo harás.

Lucía se fue directa hacia él y dándole un empujón salió al salón. Carlos reaccionó rápido y la siguió.

-Esta casa es mía, así que te puedes ir buscando un abogado y un sitio donde dormir. Esto no es una pensión donde puedes venir a descansar después de pegarte la fiesta padre. Me voy a divorciar de ti te guste o no.

-Yo me parto contigo, tío.

-Estoy harto de que te rías en mi cara...

Lucía le interrumpió mientras le volvía a encarar a gritos.

-Me seguiré riendo en tu puta cara el tiempo que me apetezca, y ¿sabes por qué? –esperó una respuesta que, sabía perfectamente, que no le iba a dar- Por que puedo y por que eres un mierda y un cobarde –Lucía hizo una ligera pausa y siguió con toda tranquilidad y casi susurrando- Te voy a destrozarte la vida, ¿te enteras? Estás acabado.

Lucía se marchó a la habitación dando un portazo. Carlos se quedó allí

quieto, pensando. Supo en ese momento que debía hacer algo. *Una denuncia por maltrato psicológico era una buena opción*, pensó. Pero no estaba en buena situación. Con lo chiflada que estaba ella, sería capaz de cualquier cosa. Podría denunciarle a él y más después de lo que acababa de decirle. *Espérate cualquier cosa, lo que sea*, pensó.

A pesar de que nadie le miraba, Carlos se sentía observado como cuando alguien detrás de ti no te quita los ojos de encima. Ese día, era Pablo el que no estaba en la oficina, así que no tenía con quien compartir un momento de desahogo. Aunque sinceramente, no sería el más indicado en una situación tan delicada. Necesitaba alguien que fuera capaz de mantener un silencio prolongado, salpicado de algún mensaje tranquilizador, y Pablo no era el indicado para eso. Siempre tenía alguna bravuconada preparada para escupir, aunque fuera en el momento más delicado. Siempre tuvo esa tirantez con él. Años atrás, cuando todo era fiesta y cachondeo, sin parejas a las que rendir cuentas, las conversaciones siempre rondaban los mismos temas superficiales entre dos chicos recién llegados a la edad adulta, nunca apelaban a una charla sobre sentimientos. En algún momento Carlos sí que necesitó de una oreja amiga para desahogarse al respecto de alguna ruptura o discusión con alguna chica. Carlos era una persona profundamente sensible, amagada en una tierna timidez. Pablo siempre obviaba los temas del corazón, como si careciera de él. No tenía miramientos a la hora de cambiar de tema o de, simplemente, hablar sobre él mismo. Con el tiempo Carlos aprendió que su mejor amigo le servía más bien para los buenos momentos que para los malos, y así dejó que la amistad prosiguiera por un solo sendero. Lógicamente, una amistad así no era para esa situación.

Bueno, estaba Andrea, pero claro; Andrea era mucha Andrea, y no tenía ganas de monólogos aquella mañana. A pesar de cómo era ella, era lo mejor que tenía a mano en la oficina. Echando un vistazo a su alrededor descolgó el teléfono y marco tres números, mientras dirigía su mirada a la mesa de Andrea.

-¿Puedes venir a mi mesa un momento?

Tras colgar, Andrea se levantó sin dejar de mirar su ordenador, absorta todavía en su tarea, hasta que por fin, despegó su vista de la pantalla y se dirigió hacia la mesa de Carlos. Andrea llegó hasta su mesa observando como Carlos la ignoraba por completo disimulando no prestarle atención. Tras unos segundos de ostracismo, Carlos volvió su mirada hacia el resto de la oficina como si se hubiera perdido algo.

-Dime –le dijo volviendo su mirada hacia Carlos.

-Toma esta factura.

Andrea quedó sin habla mientras levantaba su ceja izquierda.

-¿No me la puedes traer tu?, ¿me han hecho tu criada y no me lo han comunicado?

Andrea mostró su reprobación. Sabía perfectamente quién era Carlos en aquella empresa, y además, su nexo de amistad en el trabajo le permitía expresarse de aquella manera sin que Carlos se molestara. La retórica jocosa era su manera de comunicarse. Para los dos, el otro significaban el típico compañero o compañera de trabajo con el que nunca has compartido una cerveza al acabar la jornada, o con el que nunca has disfrutado de ninguna actividad fuera de la oficina, pero junto con el que puedes disfrutar de una merienda a solas hablando de temas personales y sin ninguna restricción. A decir verdad, al margen de Pablo, Andrea era la mejor amiga de Carlos en aquel edificio.

-Perdona. Es que me da vergüenza pasearme por la oficina –dijo Carlos sin levantar la cabeza del escritorio-. Todos me miran raro.

Andrea volvió para echar un vistazo al resto de compañeros de la oficina, extrañada al ver como todo el mundo andaba en sus cosas, sin prestar la más mínima atención a Carlos.

-Nadie te está mirando Carlos.

-Me siento observado.

Su actitud neurótica hizo reaccionar a Andrea.

-Oye –le dijo con un tono más elevado, a la vez que Carlos la miró sin levantar la cabeza- vamos a tomar algo.

-No puedo, tengo mucho lio.

Andrea soltó la factura en la mesa.

-Pues ya vendrás tu a devolvérmela –dijo antes de darse la vuelta para dirigirse a su mesa.

-Espera –dijo Carlos, levantando el tono-, no te pongas así.

Andrea volvió sobre sus pasos hasta la mesa de Carlos.

-¿Me puedes decir qué te pasa?

Carlos resopló y se apoyó sobre el respaldo con los hombros encogidos.

-Nada, que no me encuentro cómodo aquí.

-Ya te dijimos que te quedaras en casa más tiempo, ni siquiera ha pasado una semana. Y en lugar de venir a trabajar deberías estar haciendo llamadas para saber donde coño está tu mujer.

Carlos negó con la cabeza varias veces.

-Ya he ido a la policía para denunciarlo, era todo lo que podía hacer. No

se puede denunciar.

En ese momento, Pérez, supervisor del departamento, se acercaba a la mesa de Carlos con su caminar patizambo.

-Carlos ¿cómo andas?

Andrea aprovechó para deslizarse por un pasillo no sin antes guiñarle un ojo y hacerle un gesto con la mano a modo de “llámame”.

-Bueno, haciéndome a la idea –contestó Carlos.

Pérez era el supervisor de la sección donde trabajaba Carlos, Pablo y Andrea. Muchos años atrás, el padre de Carlos fundó la empresa y puso a Pérez, colega suyo de hacía muchos años, al mando en el departamento. El hecho de que Carlos fuera uno de los dueños de la empresa gracias a la mayoría de acciones de su padre, no hizo que quisiera tener un cargo importante, lo único que quería era tener un puesto de baja responsabilidad. Quizá demasiado bajo para sus estudios de dirección y administración de empresas. Pérez, como amigo de la familia, fue una de las personas que más cerca estuvo de Carlos cuando murió su padre. Insistía en no tener ningún tipo de privilegio por ser quien era.

-¿Porqué no te tomas unos cuantos días más?, el trabajo aquí, prácticamente, se hace solo –dijo Pérez.

-No, no hace falta, el trabajo me distrae. Gracias.

Pérez rebuscó en un bolsillo interno de su americana de pana. Sacó un sobre blanco y alargando el brazo se lo entregó.

-¿Estás seguro?

Carlos alargó también su brazo cogiendo el sobre. En la parte delantera estaba escrito a mano; “para Carlos”. Aquella carta le era notablemente familiar; el tipo de letra, el mismo sobre. Quedó paralizado, excepto por su mano que todavía pudo girar el sobre para leer lo que rezaba el remitente; “Lucía”.

-¿Haz lo que necesites? –dijo Pérez mientras se daba la vuelta, dejando a Carlos a solas.

Un latigazo de terror le recorrió la columna desde abajo hasta la nuca. Con sumo cuidado abrió el sobre y extrajo una carta escrita a mano como la anterior. La oficina desapareció, la gente, las mesas, las paredes; su mente se hizo desaparecer cualquier cosa que no fuera esa carta, todo lo que antes había a su alrededor quedó en silencio. Tan solo estaban aquella carta y él. Sus ojos recorrieron línea por línea, palabra por palabra todo el contenido de aquel texto que, exactamente, como el contenido de la anterior carta, no tenía el más

mínimo sentido. Sus ojos escrutaban cada una de las letras; *¿era su letra?* Se recordó para sí, tal como le preguntó el inspector dos días atrás. Al acabar de leer la breve carta, oyó el sonido apagado de un teléfono al final de la oficina. Poco a poco, los pasos, las voces y los habituales sonidos de la oficina, volvieron a hacerse presentes y sus ojos, poco a poco, volvieron a levantarse. La oficina volvió a hacerse corpórea. Andrea, en la lejanía, estaba sentada frente a su mesa mirándole fijamente. Carlos, que se percató de que, probablemente no le hubiera quitado ojo de encima, apartó su mirada, incómodo al sentirse observado en un momento en que tan desprotegido se sentía. Suerte que se trababa de Andrea, de ser cualquier otra persona, el ataque de pánico habría sido mayúsculo. Cogió su teléfono móvil de la mesa, buscó en la agenda un contacto y pulsó “llamar”. Los tonos tardaron muy poco en dar paso a una dulce voz de mujer.

-Dime.

-¿Puedes venir esta tarde a casa?

Unas horas más tarde, Carlos estaba sentado en el sillón del salón de su casa, con las manos abrazadas entre sí frente a su boca. Justo delante de él, Carmen, sentada en otro sillón, leía con atención cada letra de aquella carta, que horas antes le había entregado Pérez en la oficina. En la cocina, Paula había empezado a preparar la cena. La campana extractora, a toda mecha, no le dejaba escuchar nada de lo que ocurría en el salón a pesar de tener la puerta abierta.

Carmen, tras leerla una vez empezó a buscar algo entre líneas, como si buscara algún mensaje secreto; algo que se le hubiera escapado. Ciertamente no tenía sentido tampoco para ella. Giró la hoja buscando más detalles en el reverso, pero no había nada. Lejos de encontrar respuestas en el texto, acercó el papel a su nariz. No olía a nada.

-¿Cuándo te ha enviado esto?

Carlos, en la misma posición, no contestó. Se limitó a mirarla sin soltar palabra. Esa mirada mosqueó a Carmen, que empezó a intuir que algo más de la cuenta, y que aún no le había contado, se le estaba yendo de las manos a su hermano. Ladeó la cabeza a su derecha esperando una respuesta a su pregunta. Carlos se sacó un cigarro y lo encendió dando más suspense al momento. Carmen no entendía nada. Tras la primera calada Carlos miró fijamente a Carmen y sacó todo el humo por la boca.

-Lucía no ha escrito esa carta –susurró Carlos.

-¿Cómo que no?

-Hazme el favor de acompañarme a la terraza.

Carlos se levantó del sillón invitando a su hermana a hacer lo mismo. Carmen tuvo claro que no quería que Paula, que estaba en la cocina, oyera el más ínfimo detalle de lo que le iba a contar.

-Carlos no me asustes.

Paula, que afinaba el oído, consiguió entender esa última frase de Carmen. Lo siguiente que oyó fue el cerrar de la puerta corredera de cristal que, desde el salón, daba a la terraza. Se asomó levemente desde la cocina y pudo ver como los dos se alejaban. La curiosidad la pudo y no pudo reprimir el impulso de avanzar por el salón hacia la puerta de cristal, intentando no ser vista, para poder entender algo de aquella conversación.

-Nadie sabe lo que te voy a contar, y cuando lo haga entenderás lo

importante que es que guardes silencio –Carlos no podía evitar no dejar de tragar saliva. Carmen, inquieta, cruzó sus brazos.

-La noche que Lucía desapareció, yo venía del partido de fútbol que juego cada semana. Cuando aparqué el coche en frente de casa, vi como ella salía de casa echa una furia directa hacia el coche. Como ocurría cada dos o tres días, sabía que venía con ganas de bronca. Se quedó en la ventanilla del acompañante esperando a que la bajara. Pero no lo hice –hablaba pausadamente, pero con una tensión que necesitaba expresar-. Abrió la puerta y se metió en el interior. Cerró y allí empezó a descargar un chaparrón de insultos y reproches... Sinceramente, me importaba una mierda, ya me conocía todo su argumentario. Hasta ahí, todo normal.

Paula había entendido prácticamente tolo lo que le estaba contando a Carmen, desde su escondite detrás de las cortinas. En ese momento Carlos empezó a caminar alejándose de la casa y a hablar cada vez mas bajo. Carmen le seguía. No quería que ningún indiscreto vecino se enterara de la historia. A medida que iban avanzando, la conversación fue prácticamente inaudible para Paula, solo pudo quedarse observando cada una de las expresiones que brotaban de los dos. Minutos más tarde observó como Carmen se llevaba las manos a la cabeza en un claro gesto de desesperación. Paula se estremeció, ignorando qué debía significar aquel gesto. Carmen estupefacta hablaba a Carlos con cierta desesperación y este le contestaba de igual forma. Paula no entendía nada, y pensó que si conseguía abrir un poco la puerta corredera, quizá entendería algo. La curiosidad pudo con su miedo a ser descubierta. Los aspavientos cesaron justo cuando Paula, con toda la cautela del mundo, pudo abrir unos milímetros aquella puerta. Allí agudizó su joven oído, para empezar a entender algunas cosas.

-¿Cómo has podido mentir a la policía? –increpó a su hermano.

-No podía hacer otra cosa. ¿Querías que dijera la verdad?

Carmen se dio un respiro, aunque no tuvo que pensar la respuesta.

-No.

Paula no sabía de que hablaban exactamente.

-¿Quién sabe esto?

-Tu y yo. Y Lucía, claro –dijo Carlos con los ojos vidriosos.

-¿Dónde está?

Carlos sin querer, metió más miedo a su hermana.

-Ya aparecerá.

Desde dentro de la casa Paula solo se podía hacer una pregunta; Si Carlos sabía donde estaba Lucía ¿Porqué lo ocultaba a todo el mundo? ¿Y porqué mintió a la policía? Algo sabía Carlos que no quería que nadie supiera y que, gracias a la tensión acumulada la última semana, necesitaba contar a alguien. No pudo evitar desear que aquella conversación no acabara.

-¿Qué has hecho? –reflexionó Carmen con la cabeza hundida.

Carlos metió su mano en el bolsillo del pantalón y sacó un bote de pastillas. Lo abre ante la atenta e inquisidora mirada de Carmen, y saca dos pastillas que se mete en la boca.

-¿No te dijo tu psiquiatra que las dejaras de tomar? –le increpó con cierta delicadeza, casi con más lástima que saña.

-Ahora no Carmen, por favor. Tengo que averiguar quién me ha enviado estas cartas.

Carmen recupera el aliento mientras empieza a pensar con cierta frialdad. Toda su vida había ayudado a su hermano a tomar las decisiones más difíciles. Por eso Carlos sabía que debía estar allí.

-¿Tienes alguna idea?

-Ya te he dicho que no. Estoy en blanco. Nadie que conozca querría hacerme amargarme la vida de esta manera.

Carmen daba vueltas a su cabeza, intentando atar cabos y descifrar quién podría ser, cuando por un fugaz pero fuerte pensamiento paso por su mente. Esbozó una sonrisa que despistó a Carlos.

-¿Sabes que me decía mamá cuando éramos niños?.

Carlos levantó la cabeza y la miró con atención. Pocas veces, Carmen mencionaba a sus padres.

-“Para Carlos eres profundamente especial, tu le entiendes más que nosotros, y si nosotros no llegamos a entenderle como tu, no lo hará nadie. Protéjelo, porque siempre te va a necesitar”. Se pasaron tanto tiempo hablando de tus debilidades que lo que no sabían, era que yo era exactamente igual que tú. Simplemente me dieron a mi esa responsabilidad, sin preguntar si yo era realmente más fuerte que tú.

Los dos se miraron por un rato, hasta que Carlos dibujó una media sonrisa que despistó a Carmen. Dio un par de pasos hasta llegar a ella y le puso las manos sobre los hombros.

-Tranquila *Peque*, papá también me decía lo mismo a mi; “cuida de ella”. Pero parece que desde que se fueron, fue mamá la que tenía más razón.

Carmen sonrió.

-Eso ya se verá.

Carmen le coge la mano y se encaminan hacia la casa. Paula, absorta con la escena, se da cuenta de golpe que se están dirigiendo hacia ella, a pesar de que ellos no han reparado en ella. De un sprint consiguió plantarse en la cocina.

Ya dentro de la casa, Carmen cogió su bolso del sofá y se dirigió hacia la puerta principal. Carlos ya se había adelantado hasta la puerta para abrirla.

-Hasta luego, Paula –vociferó para que la escuchara. Paula se asomó a la puerta de la cocina simulando estar haciendo cualquier cosa menos escuchar.

-Nos vemos –respondió Paula.

Carmen le cogió la mano.

-Llámame; pase lo que pase, llámame –le rogó Carmen.

-Tranquila.

Carmen miró su mano mientras estrujaba la de Carlos. Seguía dando vueltas a lo que le acababa de contar, pero no podía decir nada sin repetirse en sus argumentos.

-Mañana hablamos –dijo él.

Una voz sin invitación apareció de golpe desde detrás de ella.

-¿Qué estáis trapicheando? ¿Negocios familiares?

Carmen volteó la cabeza y esbozó una ligera sonrisa. La que le permitía su estómago completamente comprimido.

-No esperaba encontrarte aquí cariño, ¡cuanto tiempo!

Carmen se fundió en un abrazo con Aída, la que fuera cuñada y gran amiga suya.

-Estás preciosa –enfaticó Carmen alargando su sonrisa, cada vez más sincera.

Tiempo atrás tuvieron una relación casi fraternal, en la que Carlos a veces hasta se molestaba. Lógicamente esa relación es la que querría cualquiera; que su pareja y hermana se llevaran a pedir de boca. Todo aquello se truncó cuando Lucía apareció en sus vidas cinco años atrás.

-¿Qué haces tú por aquí?

-Si quieres me puedo ir –respondió Aída burlona.

Carlos le dedicó una inmensa sonrisa.

-Os dejo. Carlos, intenta descansar.

Aída era una de esas bellezas naturales, proporcionadas, de las que no te cansas de mirar, y de las que desearías no desprenderte nunca. La relación que

mantuvo con Carlos duró unos seis años y casi al borde del matrimonio se truncó. Lucía apareció y le dio la vuelta a la vida de todos. Nunca tuvieron una discusión que les hiciera levantar la voz, nunca se perdieron el respeto. Quizá por eso su ruptura no acabó en una pelea incontrolable. Aída era libra, equilibrada hasta el extremo. Carlos era lo que ella llamaba *el caballito más manso de la manada*, un tío elegante, alto, con planta y atractivo, y a la vez tranquilo y afectuoso. Un regalo en su vida que ella cuidó y mimó hasta que se lo permitieron. Supo que era para ella, desde el día que le conoció, y a pesar de su ruptura y matrimonio con la arpía de Lucía, sabía que él seguía siendo la persona perfecta para ella. Y ella para él. Carmen la adoraba. De hecho, seguía adorándola.

-Tenía ganas de verte –le dijo abrazándole.

Aída media metro y medio, así que los abrazos con Carlos siempre habían requerido de un escalón o de un pequeño tirón lumbar. Ahora con la amistad de por medio, el abrazo hizo que Carlos pudiera oler el pelo de Aída, con su aroma familiar, que a pesar del tiempo transcurrido, no evitaba que Carlos se inundaran de recuerdos.

-¿Cómo estás? –preguntó con ternura.

-Bueno, acostumbrándome a que todo el mundo me pregunte que cómo estoy. Pero, pasa mujer.

Los dos entraron en el salón.

-¡Hola preciosa!, cuanto tiempo –exclamó cariñosamente Paula desde el umbral de la puerta de la cocina, lugar que casi podía considerarse suyo de propiedad. Siempre estaba allí.

-Tu sí que eres preciosa, cabrona.

Las dos rieron por un momento. Ciertamente las dos competían por una belleza abrumadora; la más elegante y sobria de Aída contra la más juvenil y desenfadada de Paula. Carlos siempre se las arreglaba para rodearse belleza. Hasta con la fría y calculadora belleza de Lucía.

-Yo ya me iba –interrumpiendo las sonrisas- pero volveré luego.

-Hasta más tarde –dijo Carlos.

-Te veo pronto –le dijo Aída cual confidente guardando un secreto a punto de ser revelado.

Carlos y Aída se dirigieron hacia los sillones en los que, minutos antes, se sentó con Carmen.

-Esta chica tiene que llevárselos a todos de calle. Vamos, como Lucía pero en buena chica. Justo el opuesto al Yin. ¿Cómo te encuentras?

-Jodido.

-Lo que imaginaba. Cuéntame. ¿Qué ha pasado? -Una buena parte de Aída estaba exultante de que Lucía hubiera desaparecido del mapa, aunque no supieran dónde se encontrara. El hecho de que la mujer que consiguió separarlos hubiera desaparecido, la llenaba de júbilo. Sin dejar de sentirse afligida por el mal trago que debería estar pasando Carlos. El mayor deseo que podría tener Aída en aquel momento sería el de volver junto a Carlos, a pesar de que ella era la actual pareja de su mejor amigo, Pablo. Si Carlos estuviera dispuesto, ninguno de los dos duraría en traicionar a Pablo.

Carlos coge aire, pensado que tenía que arrancar de nuevo para contar la misma historia otra vez.

-Una tarde llegué a casa, y ella ya no... -se vio interrumpido por su amiga.

-No Carlos. -Carlos la miró con extrañeza- Yo ya sé que no os llevabais bien. Pablo es un cegato o a lo mejor no se fijaba mucho, pero a mí no se me escapa ni una, así que, empieza a largar que no tengo mucho tiempo – respondió tajante levantando una ceja.

Tras una breve pausa, supo que no le podía mentir. Le iba a pillar la más mínima mentira que estuviera a punto de decir. Se la pillaría incluso antes de pensarla.

-Que se largara –tomando aire- fue lo mejor que me podría haber pasado.

-¡Ahora! Ahora empezamos a entendernos.

-Nadie se podía hacer una idea del infierno que estaba pasando. Estaba desesperado, ya no sabía que hacer. Y sin previo aviso se va.

-Ya se podría haber ido antes.

-Ya se podría haber ido antes –repitiendo Carlos la misma entonación que Aída mientras se quedó mirándola casi enfermizamente. A ella le hizo gracia verle así de atontado.

-¿Qué pasa?

-¿Cómo podéis tener esa habilidad?

-¿A qué te refieres?

-Esa extraña habilidad que tenéis las ex's. Es imposible que se os escape una. Sabes perfectamente mis puntos débiles, y lo que por supuesto nunca se te olvidará es el motivo por el cual te dejé, eso sí que no se os olvida nunca.

Aída le miraba con la convicción de que estaba diciendo la verdad. Para ella, Carlos era de manual. Un hombre sin malicia y fácil de predecir. Y sin cambiar de expresión, prosiguió. Tan solo con una leve caída de párpados que

a Carlos, por cierto, le derretía.

-Cuéntame eso de las cartas, porque tan buen rollo no me cuadra.

Carlos se levantó y fue hasta el mueble, el que descansaba bajo el cuadro sin cristal. Cristal que semanas atrás Lucía destrozó lanzándole un jarrón. Abrió un cajón y sacó los sobres.

-Aquí tienes.

Se los acercó a Aída que empezó a escrutarlos con atención. Por fuera y por dentro, por delante y por detrás. Los estuvo revisando un buen rato bajo la atenta mirada de Carlos.

-No sé de qué cojones va todo esto –dijo Carlos-. Eso no está escrito por ella.

Aída seguía leyendo sin levantar la vista para mirarle. No le hacía falta. Sabía de sobra la cara que estaría poniendo. Su nivel de observación era casi clínico. No hizo ni una sola mueca en los cinco minutos que estuvo releendo las cartas.

-¿De verdad te diste cuenta que algo pasaba? –insistió él.

-Esto no lo ha escrito ella y sí, claro que me di cuenta. Me dejaste por esa zorra, y ya por entonces no me daba buena espina, por muy amiga que se estuviera haciendo de todo el mundo.

La ironía de Aída, abofeteó a Carlos en toda la cara.

-¿Por eso te liaste con mi mejor amigo? –le cortó Carlos, aún aturdido, a modo de venganza.

-Ah ah ah por ahí no vayas –interrumpió Aída negando con la cabeza-. ¿La policía ha podido comprobar que la letra sea de ella?

-Ni se han molestado. Me preguntaron y tuve que decir que la letra es la misma o parecida.

-La próxima vez no le digas a Pablo que quieres estar solo –Aída tenía la habilidad de cambiar de tema a la velocidad del rayo.

Aída levantó la vista de las cartas y alargando el brazo se las devolvió.

-Vendré a ver a mi *amigo* cuando crea que tenga que verlo.

-Yo no le dije eso a Pablo.

-Es igual –repetiendo la caída de párpados.

Los dos se sonrieron. A pesar del tiempo que había pasado, seguían teniendo una gran complicidad.

-Te lo agradeceré.

-¿El qué? –preguntó extrañada Aída.

-Que hagas lo que te apetezca cuando... -dudó- lo consideres oportuno.

-Ay –dijo suspirando-, si tu supieras lo que me apetece y cuando me apetece... -sin acabar la frase.

-¿Qué me he perdido?

Aída tomó aire profundamente, tirando de nuevo de ambigüedad.

-Quiero decir que solo espero que Lucía no vuelva más a tu vida. Nada me gustaría más, que esa zorra nos dejara a todos tranquilos.

-Ya le dije en su momento que quería que nos divorciáramos –tomó aire antes de proseguir-. Me amenazó –Aída levantó una ceja como si no le extrañara lo que estaba oyendo-. La verdad es que no sé qué hacía a mi lado. Podría buscarse a otro y conseguir lo que quisiera.

-Te eligió a ti por qué eres fácil de llevar. Por qué sabía que podría hacer su vida sin que tu osaras meterte en la suya.

Carlos bajó la cabeza consciente de que le estaba diciendo una obviedad, de las que uno necesita que le digan para creérsela.

-Aunque lo que quería decir en realidad, es que esa zorra nos dejara tranquilos a los dos.

A Carlos le dio un vuelco el pecho. No le había olvidado y le estaba diciendo a la cara que quería volver a estar con él. Lejos de afrontar el revuelo de sentimientos que se podrían desatar en aquel momento, tan solo pudo susurrar una cosa.

-¿Y Pablo?

-¿Qué pasa con Pablo? –esa respuesta no era lo que deseaba oír, pero tampoco le extrañó viniendo de Carlos.

-¿Ese? Seguro que me la pega cada vez que me doy la vuelta.

-Pablo nunca te haría eso.

-Eso y mucho más.

Carlos sabía que Pablo era un tanto promiscuo, pero prefería no pensar así sabiendo que tenía pareja.

-¿Estás segura?

-Nunca dudes de mi intuición cariño –se tomó una pausa para contemplarle.

-Me ha gustado verte.

Aída se levantó del sillón colgándose el bolso en el hombro.

-¿Podrás perdonarme algún día? –le rogó Carlos con su cara más convincente.

-Algún día –acercándose a él-, me tendrás que regalar un buen revolcón, ese con el que nunca tuviste la decencia de despedirte de mí.

Se agachó para darle un breve beso en los labios, seguido de una caricia con la lengua en la de Carlos, que no opuso la más mínima resistencia. Un beso tan breve como el posterior suspiro que emitieron los dos a unísono. Aída no pudo erguirse de nuevo. Un lazo invisible la retenía a escasos milímetros de Carlos que quedó absorto con los ojos cerrados. Pocos segundos después lo abrió. Solo pudieron mirarse.

-¿Y esto? –mirando, sus succulentos labios recién humedecidos.

-Esto, espero que sea un adelanto. Como ya te he dicho, me debes algo.

El lazo se rompió y con un gran esfuerzo, y no precisamente físico. Aída se incorporó y comenzó a andar hacia la puerta de la entrada. Carlos no podía dejar que se fuera. Ese lazo todavía estiraba a Carlos hacía Aída. Su corazón latía intensamente y hacía mucho tiempo que eso no le ocurría con ella. No pudo evitar seguir sus pasos hasta la puerta, mientras la observaba de arriba abajo deteniéndose en cada tangente de sus curvas. Cada parte de su silueta se la sabía de memoria y de golpe no pudo evitar mirarla y recordar cada parte de su piel desnuda. Solo deseaba cogerla del brazo y abrazarla. Al llegar a la puerta, la abrió y se giró sabiendo que él se encontraba justo detrás suyo. Le miró fijamente a los ojos. Su mirada se despistó y fue a parar a los labios de Carlos que todavía temblaban. Le acarició la mejilla rozando con su pulgar los labios que acababa de volver a saborear, seis años después.

Siguen sabiendo igual, pensaron los dos al unísono.

-Adiós guapito. No prescindas de mí. Sabes que me necesitas.

Sin más, se giró y se fue. Carlos no dejó de mirarla hasta que la perdió de vista. Ella sabía a la perfección que Carlos no la dejaría de mirar hasta que girara por la esquina de la calle.

Las gotas de lluvia golpeaban con fuerza los cristales empañados del taxi que llevaba a Aída a casa. Cinco horas antes otro taxi la estaba llevando al aeropuerto para tomar un vuelo a la capital para una conferencia. El mal tiempo la había dejado en tierra. Un repentino temporal había provocado la cancelación de decenas de vuelos. Después de horas de retraso, le ofrecieron la posibilidad de tomar el vuelo de las siete de la mañana, el primero del día siguiente, pero a pesar de que eran ya la una y cuarenta y cinco de la madrugada, prefirió volver a casa. Al menos dormiría un par de horas en una cama decente y no en una de las aparatosas butacas del aeropuerto. La jornada de conferencias tenía una duración de diez horas y sabía que su cuerpo estaría más descansado de aquella manera. Una café cargado a primera hora y una buena bebida energética durante el día harían el resto. Afortunadamente le había tocado un taxista poco hablador que no la iba a calentar más de lo que ya estaba. Sacó el móvil del bolso para avisar a su pareja de que volvía. Pulsó la aplicación de mensajería, y empezó a escribir. Pero era ya muy tarde, seguramente estaría durmiendo. Decidió no enviar el mensaje y borrarlo, así tendría la oportunidad de sorprenderlo abrazándole cálidamente por la espalda mientras dormía. Aída aprovechaba cada oportunidad que le ofrecía la empresa para asistir a charlas sobre traducción e interpretación. A parte de aprender, tenía la ocasión de desconectar de su entorno y perderse en otra ciudad, recuperar un poquito de su soledad, que sin querer ni darse cuenta, había abandonado para vivir en una rutina que no la motivaba.

Haciendo hábiles equilibrios con el paraguas, la chaqueta y la maleta consiguió salir del taxi sin apenas mojarse. *Me cago en...*, refunfuñó. Tuvo, eso sí, la mala fortuna de meter el pie en un charco profundo justo antes de subir a la acera desequilibrada, además, por la maleta que tuvo que llevar a pulso para no mojarla demasiado. Ya en la acera y resoplando pudo echar un vistazo a los ventanales del adosado en el que vivía con su Pablo, para comprobar que debía estar durmiendo, ya que tenía todas las luces apagadas. Así que se acercó hasta la entrada, sacó las llaves y con sigilo, metió las llaves y abrió. Cerró el paraguas y entró con la maleta. El ruido de la lluvia era intenso y el de los truenos ocasional, por lo que si su pareja ya dormía, difícilmente lo despertaría hasta llegar a la habitación. A pesar de eso cerró la puerta con cuidado. Dejó la maleta justo en la entrada para dos o tres horas

después volver a cogerla. Se quitó los zapatos de tacón que estaban chorreando y los dejó junto a la maleta, y empezó a subir los escalones que llevaban al primer piso donde estaba el dormitorio. Avanzó a oscuras por el pasillo. La luz de la farola de la calle, atravesaba el ventanal. El agua que caía sobre el cristal dejaba reflejada, una distorsionada y sinuosa cascada que recorría el suelo de parquet del pasillo. Llegó a la puerta entreabierta del dormitorio y allí la escuchó.

Una voz femenina que, diluyéndose con el sonido de la lluvia y la tormenta, jadeaba en el interior del dormitorio. Quedó helada, aquello no entraba en su realidad. Aquello no podía encajar en ningún parámetro, pero allí estaba, esa voz que empezó a mezclarse con el inconfundible sonido del gemir de su pareja. No podía encajarlo, pero estaba a punto de vivir lo que alguna de sus amigas le habían contado por propia experiencia. Estaba a punto de contemplar la infidelidad de su compañero.

Hasta ese momento su vida en pareja era controlable, normal y incluso estable. Eso era lo que tantas veces le había pedido a Pablo; que él le diera estabilidad a su vida, era su única demanda y su único pacto. Al margen de eso no le haría las cuentas ni le demandaría más atención de la que Pablo le quisiera ofrecer. Al fin y al cabo, ¿cuántas parejas tienen pactos socialmente cuestionables? Los hay que tienen relaciones abiertas, bisexuales cuya condición para estar con otra persona del sexo opuesto es que le permitan tener relaciones con personas del mismo sexo, etc. Ella solo le pedía estabilidad. Quizá Pablo no entendió que aquello significaba no traerse a otra mujer a su cama cuando Aída no estuviera.

Diez segundos antes su mundo era otro, y en ese breve lapso de tiempo todo había cambiado. No, todavía no podía encajarlo. Podía irse y obviar aquello, o tomar una decisión lejos de contemplar lo que ocurría al otro lado de la puerta; pero no. Posó su mano sobre el pomo de la puerta y con su gélido pulso empezó a empujar la puerta milímetro a milímetro hasta tener el espacio para poder asomar la cabeza y tener a la vista su cama, hasta ese momento, nido de amor solo suyo. A medida que introducía su cabeza por el espacio entre el marco y la puerta, iba apareciendo poco a poco y entre más gemidos, la ropa esparcida por el suelo de esa mujer y de su hombre. Ella estaba a la sombra que le proporcionaba el cuerpo desnudo de su pareja que montaba encima de ella. Esta vez la distorsionada cascada de agua se reflejaba en su espalda. Él estaba sudado y no dejaba de empujar a ritmo de sus jadeos, mientras ella abrazaba con sus largas piernas su cintura.

Aída ya tenía su mano frente a sus labios, como si intentara evitar cualquier sonido inesperado que pudieran emitir sus cuerdas vocales. Estaba en estado de shock, quizá por ello pudo estar más de un minuto petrificada sin apartar la vista de aquella maldita lujuria.

Observaba en silencio las mesitas de noche, el despertador, unas pastillas, sus sábanas, las lámparas con sus tulipas. Todo aquello que era parte de su mundo y de su rutina, estaba ya sucio. Sabía que le costaría desde aquel momento volver a mirar su dormitorio de la misma manera. Quizá aquella no era la primera vez, quizá el cabrón habría reestrenado cada rincón de la casa con aquella furcia en otras ocasiones; la cocina, el cuarto de baño. Definitivamente aquella casa ya estaba sucia para siempre.

Entonces aquella mujer la vio, y Aída entró en pánico. La mujer a la que no pudo reconocer en la sombra no hizo nada, se quedó mirando a Aída, disfrutando del espanto que debía estar sufriendo. Sus ojos brillaron con luz propia en la oscuridad, una mirada que Aída nunca podría olvidar. Aquella mujer empezó a gemir cada vez más alto, mientras le aguantaba desafiante la mirada al témpano de hielo que había en la puerta. Gemía cada vez más fuerte hasta que salió de su boca un *córrete cariño*. Aída salió despavorida a través del pasillo pudiendo oír a su hombre emitir un último jadeo, el más fuerte, mientras bajaba las escaleras a toda velocidad.

Llegó a la puerta donde estaba su maleta y sus zapatos. Se los puso y salió de allí. Tras atravesar el jardín echó una última mirada a la ventana del dormitorio que seguía a oscuras. A pesar de que la lluvia ya la había empapado, abrió su paraguas y lo puso sobre su cabeza, para retomar los pasos que la llevarían a la calle, que recorrería pensando en todo menos en el avión que al día siguiente no tomaría a las siete y media de la mañana.

-Caso cerrado inspector –suspiró uno de los agentes a las órdenes de Duarte.

-Lleve esto al archivo –dijo entregando una carpeta el agente. Cogió la carpeta con dos dedos como si el caso, ya cerrado, hubiera sido arduo de cerrar o simplemente le produjera repugnancia.

-Sí señor.

El inspector Duarte quedó a solas en su despacho balanceando su silla giratoria de un lado al otro. Se hizo un profundo silencio que aprovechó para encenderse un cigarrillo. Miró fugazmente la pegatina del cigarrillo encerrado por un círculo rojo que había estampado en una de las columnas de la comisaría. Su mirada se perdió rápidamente en su cigarro y se recostó dando una buena calada. -¿Y ahora qué?- Pensó. Su mesa estaba impoluta de casos pendientes; solo uno reposaba en la bandeja de casos abiertos. Lo cogió y pasando hojas dio otra calada al cigarrillo. Ese caso estaba pendiente de unos análisis de sangre hallada en un coche y, absorto en el caso que acababa de archivar, se le había olvidado por completo. Pero los análisis no habían llegado. Levantó la vista buscando a algún agente a través de los cristales que le separaban del resto del departamento. Uno de los agentes le vio. Chasqueó los dedos con el brazo en alto y le hizo una señal para que entrara.

-¿Inspector? –dijo el agente asomando la cabeza al despacho.

-¿Hemos recibido los análisis del laboratorio?

-¿Los del coche de Arganzuela?

-Esos.

-No señor.

Pascual refunfuñó unos segundos.

-Llama a Moncadas y que... -se detuvo de golpe- es igual, ya le llamo yo. Retírese.

-Sí señor.

Duarte detestaba que le llamaran *señor*, era una costumbre propia de los novatos. Duarte, quería que le llamaran Duarte. No era un superior al que le gustara llamar la atención, ni destacar sobre el resto de su equipo, a pesar de ser de los más veteranos. Cinco años atrás había rechazado supervisar un grupo mayor en la central. Su sitio era ese despacho y la calle. Si hubiera aceptado, hubiera cavado su propia tumba profesional, emocionalmente claro.

Necesitaba algo de acción y salir de aquel cubículo. Descolgó el teléfono y marcó la extensión del laboratorio.

-Laboratorio –respondió una voz aguda, bastante estridente.

-Moncadas, soy Duarte. ¿Qué pasa con mis análisis?

-¿Los de orina?, esa es otra extensión.

Una profunda carcajada se oyó a través del teléfono. Duarte negó con la cabeza soltando una sutil sonrisa.

-¿Te vas a dejar de tocar las pelotas y enviarme los análisis?

-Ya te dije que tu próstata no pasaría la *ITV*.

Las carcajadas se prolongaron unos segundos más, lo suficiente como para que Duarte agrandara su mueca.

-Tengo a medio laboratorio de vacaciones y una pila de pruebas que hacer –dijo Moncadas desenfadado-. Si quieres te puedo hacer un hueco en mi mesa, así me echas una mano.

-Ya sabes que tu departamento me da grima con todos esos cachos de carne en formol. ¿Para cuándo te pondrás con lo mío?

-A final de esta semana te lo tengo preparado. Cuenta con ello.

-Estoy por ti. Date prisa.

-Hecho.

Colgó el teléfono resoplando de nuevo. Apoyó los codos sobre la mesa observando de nuevo la mesa vacía. Dio un empujoncito con el pie a la mesa para girar la silla y dar media vuelta. Tras de sí tenía un corcho con más chinchetas en paro que chinchetas cumpliendo alguna función. Una de las ocupadas, agujereaba un trozo de papel escrito. “Hombre abandonado por su mujer, Carlos Pascual”, debajo un número de teléfono fijo. En ese momento le picó la curiosidad y, a falta de otro entrenamiento, podría ver si tu mujer había vuelto.

Marcaba los números intentando recordar detalles de la conversación cuando los tonos empezaron a sonar. Esperó un buen rato sin obtener respuesta. A punto de colgar, alguien cogió el teléfono.

-¿Diga? –dijo una joven voz femenina.

Por un momento, Duarte tuvo el desliz de pensar que aquella voz era la de la esposa.

-¿El señor Carlos Pascual?

-No está en este momento.

-¿Sabe a qué hora podría encontrarle?

-Llegará sobre las tres. ¿Podría decirme con quién hablo?

-Perdóneme. Soy el inspector Duarte de la Policía Nacional. El señor Pascual vino hace unos días y quería saber si su mujer ya había vuelto a casa.

-Pues todavía no.

-No será usted su asistente, ¿verdad?

Paula tuvo un momento de duda. La policía sabía que ella era su asistente.

-Sí, soy yo –respondió Paula dubitativa.

-Me estuvo contando algunos detalles sobre la desaparición de su mujer y mencionó que tenía trabajando a alguien en su casa.

-Pues si quiere hablar con él, ya le digo, sobre las tres suele volver a casa.

Duarte estuvo escasos segundos en silencio.

-¿Señor?

-Verá, me gustaría poder hablar con usted sobre el tema.

-¿Conmigo? –respondió con cierto resquemor.

-Sí, tengo entendido que le dio usted la carta.

-Bueno, yo las recogí del buzón.

-¿Le parecería bien que pudiéramos charlar en persona esta tarde?

-Tengo clase, pero –dudó sobre si sería buena idea hablar más de la cuenta con la policía- dentro de una hora sí que podría.

-Perfecto, dígame usted donde le va bien que podamos tomar un café. Eso sí, le agradecería que no le comentara al señor Pascual que se va a encontrar conmigo, al menos hasta después de que podamos hablar.

Una hora más tarde estaban los dos sentados en una cafetería a escasos diez minutos de casa de Carlos. Paula miraba compulsivamente el té verde bien caliente que tenía entre las manos, no por tener frío sino por tener las manos ocupadas en vez de dejarlas temblar a sus anchas. El móvil descansaba a menos de un palmo de sus manos. El inspector observaba las manos intentando intuir algo de lo que le pasaba por la cabeza a la tímida chica que tenía en frente. Había presenciado esa actitud cientos de veces: demasiado inocentes como para creer que les iban a pillar por algo que desconocías, o quizá por ser demasiado culpables y no saber como salir de ahí.

-Bueno, ya le informé al señor Pascual que no podíamos considerar este caso como una desaparición, pero si pudiéramos aclarar algunas cosas, podríamos entender algo de lo que esta sucediendo.

-Sí, claro –respondió Paula intentando dar un sorbo al té.

-Bien –dijo sacando una libreta y un bolígrafo.

Aquel policía iba a apuntar en su libreta información que saldría de su boca. Sus pulsaciones aumentaron más todavía.

-¿Hace cuanto que trabaja para el señor Pascual?

Duarte observó como Paula vacilaba llevando su mirada hacia arriba.

-Escucha, esto es pura rutina –intentando tranquilizarla-. Solo intento saber un poco sobre la familia para la que trabajas. Nada más. Hago esto cientos de veces al año y no siempre acaba alguien detenido –dijo con una sonrisa cómplice.

Paula pareció tranquilizarse un poco mientras le devolvía la sonrisa.

-Hará un año y poco. Fue para un verano pero se alargó. Yo estudio en la universidad y la verdad es que el trabajo me va bien para pagármela. Prefiero hacer esto que trabajar en un bar y aguantar borrachos. Además, Carlos me paga bastante bien.

Normalmente el pago de una asistenta es algo pactado entre la pareja, pero que ella mencionara solo a Carlos le llamó la atención.

-¿Tienes libertad para entrar y salir de la casa cuando quieras?

-Él me dice cuando le tengo que preparar las comida y yo me adapto.

-¿Solo se las preparas a Carlos?

-Bueno hace semanas que sí.

-¿A Lucía no le preparas la comida?

-Hace muchísimo más tiempo, Lucía ya dejó de hablarme, así que solo recibía indicaciones de Carlos.

Ahí está, pensó Duarte. Las charlas con jóvenes inocentes eran mucho más fructíferas; tenían una facilidad mayúscula para dar información que creían intrascendente. O eso era lo que ella le quería dar a entender.

-Intenta describirme lo mejor que puedas la relación que tienen Carlos y Lucía.

-No puedo.

Duarte de quedó mirándola extrañado.

-¿Por qué no?

-Pues por que no los veía juntos en casa casi nunca. Y el poco tiempo que los veía juntos –respira profundamente-, no paraban de discutir. Por lo que he podido deducir, yo trabajo allí porque Lucía un día decidió no ocuparse de las cosas de la casa.

-Entiendo.

Poco a poco Paula fue soltándose mientras Duarte empezaba a apuntar

notas en la libreta.

-Creo que por eso, en parte, Carlos a veces se medica.

Al inspector se le activaron inesperadamente las alarmas en su cabeza. Algo empezó a olerle mal.

-¿Cómo dice?, ¿antes se medicaba?

-Después de que muriera su madre, empezó a ir al Psicólogo, y de ahí directamente al psiquiatra. No tardó en empezar un tratamiento para controlar su “principio” de depresión. Luego las dejó. Pero sé que de vez en cuando se toma alguna de esas pastillas.

-¿Tengo que imaginar que por su mujer?

Paula miró fijamente al inspector. Hizo una pausa y apoyó los codos en la mesa sin apartar su mirada de la del policía.

-Yo también las tomaría. La verdad, no sé por qué Carlos no la ha dejado ya.

El inspector esbozó una imperceptible sonrisa. Acababa de encontrar algo por lo que empezar. Debía hurgar un poco más en la percepción que tenía aquella chica de la pareja.

-Hazme el favor de describírmelos. Por separado.

Paula volvió a mirar hacia arriba mientras se recostaba en el respaldo de la silla.

-Lucía es fría. Sobretudo fría. –Tras pensar un poco más, le salió de carrerilla- Malhumorada, seca, seria, poco habladora, -en voz baja- y bastante estúpida. Él –alargando la frase- es amable, atento, muy agradable. Le gusta evadirse a su mundo, imagino que ella es el motivo.

Paula se quedó un momento pensativa.

-Él antes no era así. Hace años... de esto no le diga una sola palabra – dijo cambiando de tono.

-No se preocupe.

-Yo estaba completamente loca por él. Yo tenía catorce y él estaba a punto de cumplir los cuarenta. Era mi amor platónico. Nuestras familias se conocían de hacía mucho tiempo y claro, venía a casa con su antigua novia, Aída, y se le veía alegre. Yo me moría de celos por dentro pero a la vez me encantaba verle así.

Duarte escuchaba atentamente el relato de Paula.

-Describémelos con una sola palabra.

Paula volvió a pensar.

-Ella... una bruja. Él... un trozo de pan.

-Bueno, eso es más de una palabra.

Los dos ríen abiertamente.

-Bueno, pues pan –bromeó Paula riendo un poco más.

Duarte lanzó su mano hacia su ceja para empezar a rascarla mientras continuaba su condescendiente risa. Entonces frunció el ceño.

-¿Hay algo que no te cuadre en esta historia?

-Las cartas –respondió con presteza, volatilizand o la sonrisa de sus labios.

-Ni a mí –contestó el inspector-. ¿Cuándo se le ocurrió lo de escribirle las cartas?

La expresión de Duarte era afable, pero su tono de voz cambió por completo, acusando a Paula. Ésta se espantó, la había cogido completamente desprevenida, con la guardia bajada. Eso era exactamente lo que Duarte quería. La chica se vio, en decimas de segundo, atrapada por cualquiera de las respuestas que, ella misma, inundaba su mente. No sabía cual de las respuestas era la adecuada.

-¿Qué? –dijo casi sin voz.

Tuvo la mejor de las respuestas. La que le daba más tiempo. Su cara era un cuadro. Literalmente, se había quedado de piedra. No era capaz de articular ninguno de los músculos de su cara, ni del resto de su cuerpo. Los ojos del inspector le estaban sonsacando una repuesta, un simple “¿qué?” no le servían, porque sabía perfectamente que aquella niña tan dulce había entendido la pregunta a la perfección. No le hacía falta repetir la pregunta. A pequeñas fracciones de aire empezaron a articularse las consonantes y vocales que Paula podía soltar.

-Yo... no he escrito esas cartas. Espero –prosiguió aterrorizada- que no me esté acusando de nada.

Duarte no movió un solo pelo. Seguía esperando algo que le sonada a verdad.

-¿Por qué me mira así? –dijo Paula sin saber bien como reaccionar.

El inspector cambió su expresión para sonreír abiertamente en silencio.

-No, por nada, solo tenía que intentarlo. Perdóname –dijo a carcajada limpia-. Es una de esas cosas que le dan vidilla a uno. Pero te sorprenderías de las veces que preguntar las cosas así me han agilizado el trabajo

Paula esbozó una risa floja bastante absurda.

-Joder, pues me ha asustado que te cagas. ¿Esto lo hace siempre?

-No mujer. Solo era una broma pesada, perdóname. ¿De verdad que no te

imaginas quién puede haber escrito esas cartas?

-No, ni idea –dijo con certeza.

Duarte miró, pensativo, el café que tenía en frente.

-Me gustaría pedirte un favor. El señor Carlos Pascual no sabe que nos hemos visto hoy tu y yo ¿verdad?

-No, no se lo he dicho.

-Bueno me gustaría que siguiera sin saberlo. ¿Me harías un favor?

Paula asintió. Duarte se sacó un bolígrafo y cogió una servilleta del servilletero y empezó a apuntar unos números.

-Este es mi móvil. Si pasara alguna cosa que creas que puede interesarme, llámame. Todavía no se si hay caso como para ponernos manos a la obra, pero tener un par de ojos en esa casa podría ayudarme. ¿Te parece?

-Por supuesto –afirmó Paula.

El contador digital marcaba ciento cincuenta kilómetros por hora, las manos de Carlos apretaban con fuerza el volante y sus pulmones no daban a basto para la cantidad de aire que necesitaba. Desde la autopista podía ver toda la gama de colores que salían de la discoteca a la que, minutos antes, Paula le había dicho que se dirigiese con presteza. Redujo la velocidad bruscamente cambiando de marchas, elevando las revoluciones del motor.

Lo que no había reducido era su propio pulso, incluso con el coche detenido frente a esa amalgama de luces que salían del local. Todo lo contrario, el corazón estaba a punto de salirse del pecho. Intentó refrendar su temperamento, ese tan apaciguado que envolvía cada momento de su día a día. Intentó respirar a un ritmo más pausado mientras miraba el volante de su Audi, impregnado de luces de colores. Sonó el móvil. En la pantalla iluminada resaltaba un mensaje de texto; *en centro de la pista*. Volvió a bloquear el móvil decidido a dirigirse a aquel punto de la discoteca.

Ese sonido grave y apagado que se percibe justo cuando estás a punto de cruzar las cortinas que te separan del interior de una disco retumbaban en su pecho, lo que hizo que se le erizaran los vellos de la nuca, y se acelerara todavía más su pulso. Recordó por un momento aquellos tiempos en los que salía de noche, y esa emoción que sentía antes de cruzar las pesadas cortinas de una sala de fiestas.

Apartó los pedazos de tela que colgaban, cruzándose con varias chicas vestidas para la ocasión; excesivamente provocativas. La sala era inmensa; en el centro se intuía la pista de baile donde destelleaban luces al ritmo de la música dejando casi a oscuras el resto de la discoteca, de la que a duras penas podía ver donde acababa. Poco a poco empezó a avanzar por uno de los pasillos dejando a un lado una de las barras mientras miraba hacia el lado contrario, donde estaba la pista completamente abarrotada. Las luces parpadeaban sin parar y el amasijo de gente se movía al ritmo de la música.

Sentada en un taburete de la barra estaba Paula, con un vestido ceñido que realmente la hacía deslumbrar por sí misma. Una par de chicos, como no podía ser de otra manera, estaban revoloteando a su lado. Pero ella solo tenía ojos para Carlos que absorto en la pista, pasó de largo ignorando su presencia. Sin mirar a ninguno de ellos, les mandó a paseo con un simple “*que me dejéis en paz*”. Entonces puso su total atención en el centro de la pista, justo en el

momento en el que Carlos había encontrado una acceso del pasillo hacia la pista.

Sin saber exactamente hacía donde se dirigía, bajó un par de escalones y empezó a avanzar entre el montón de personas que no paraban de moverse. Buscaba aleatoriamente entre la gente mientras avanzaba hacia el centro de la pista, que intuía que estaba justo en frente de él. Su corazón todavía tenía un ligero margen para latir más fuerte, casi a cada paso que daba. Y allí estaba, esa cabellera suelta que tan bien conocía, y que dejaba asomar un sutil vestido azul oscuro que dejaba poco a la imaginación. Lucía contorsionaba sus caderas mientras unas manos agarraban su trasero con fuerza. Ella se giró bruscamente permitiendo que esas manos la rodearan por encima del ombligo. Carlos sin ningún temor a que le descubriera siguió avanzando sin saber bien si mirarle a los ojos o si seguir buscando quien era el hombre que estaba detrás de ella. La luz estroboscópica le daba a Carlos de cara, por lo que definitivamente no podía discernir ningún rostro detrás de ella. Así y todo Lucía estaba más pendiente de restregar su trasero con aquel tío que de mirar lo que tenía en frente. Ni más ni menos que a su marido.

Lucía volvió a girarse y empezó a besarse con aquel hombre. Carlos ya lo intuía desde hacía tiempo. Más que intuir, lo sabía. Verlo así y tan cerca, que casi podía tocarla, no hizo más que dejarle claro que todo lo vivido con ella ya había desaparecido. Como si aquellos cinco años hubieran sido un espejismo. Lucía no era ni por asomo la persona que conoció el primer día. No podía concebir una vida sin ella; hasta aquel momento. La traición le brotaba desde la boca del estómago hasta la garganta dejándole casi sin respiración. Esos pensamientos de reconciliación que, de tanto en tanto, le habían aterrizado en la cabeza, se esfumaron con aquel beso que acababa de presenciar. Aquello estaba muerto, a pesar de que su corazón aún latía con fuerza.

Carlos ya tenía el corazón del revés cuando decidió que ya había visto suficiente, no necesitaba permanecer en aquel lugar ni un segundo más. Empezó a retroceder paso a paso hasta volver a subir los escalones que había bajado un par de minutos antes.

Paula desde la barra pudo verlo todo, deseando ser ella quien, de la mano, hubiera sacado a Carlos de aquella bofetada que acababa de recibir. Esperó a que Carlos pasara de nuevo a por su lado para que, sin que él se diera cuenta, seguirlo con la cabeza gacha hasta la salida. Pensó en tocarle el hombro y acompañarle en su penitencia hasta casa, hacerle sentir el calor de

una amiga. Pero pensó que aquello debía digerirlo solo, por mucho dolor que aquello le estuviera provocando. Decidió que Carlos debía volver solo a casa.

Carlos entró en su coche y arrancó el motor. Extrañamente pudo serenarse cuando recibió un nuevo mensaje; *“ten cuidado con el coche, mañana te veo”*. Se detuvo entonces, mirando unos instantes hacia la disco por si veía a Paula. Pero no estaba. Miró fijamente el móvil durante un largo minuto. Metió la primera marcha, y con toda la calma se dirigió a su casa.

Mientras veía cómo Carlos se alejaba calle abajo, salió de la aplicación de mensajería de su móvil y llamó a un taxi. Hasta que no recibió el mensaje, Carlos había olvidado por completo que Paula estaba allí dentro, precisamente porque él mismo se lo había pedido.

Algo dentro de sí, le dijo al inspector Duarte a las cinco de la mañana, cuando le sobresaltó un inquietante sueño, que debía seguir los pasos de Carlos Pascual. Su punto de mira se cernía sobre Carlos aquella mañana. De todas maneras no tenía más que esperar al dichoso análisis que Moncadas se demoraba en realizar. Así que decidió levantarse de la cama y empezar el día antes de que el día empezara.

Después de salir del aseo fue directo a la cocina para tomarse un vaso de agua. No acostumbraba a desayunar en casa, ya le parecía bastante deprimente compartir su piso con Paco, un pez guppy que tenía desde hacía un año y medio. Un trueno lejano retumbó en los cristales del salón cuando a las seis en punto estaba saliendo de casa. Estaba prácticamente saliendo por la puerta cuando aprovechó para dar un paso atrás y coger el clásico paraguas negro que tenía en el recibidor; perfecto para pasar desapercibido. Bajó las escaleras y saliendo a la calle, las primeras gotas de lluvia hicieron acto de presencia. Entró rápido en su coche sin necesidad de abrir su paraguas.

En un semáforo de la primera avenida por la que pasó, aprovechó para comprar el periódico, calentito, recién sacado de horno. Paró en uno de esos bares abiertos las veinticuatro horas al día y compró un café con leche para llevar y un sándwich. Eran las seis y veinticinco, y puso rumbo al domicilio de Carlos. Ignoraba qué coche era el suyo, así que al entrar por su calle avanzó hasta localizar el portal de su casa. Era la típica zona de ciudad de dúplex adosados con jardín en la puerta de casa. La clásica zona residencial de familias acomodadas tirando a clase media alta. Una hilera de casas idénticas se alineaban a la izquierda. Tras localizar el portal avanzó hasta encontrar un lugar donde aparcar el coche. No fue difícil ya que la mayoría de vehículos estaban aparcados en el interior de los jardines. Eran las siete menos diez, dio un sorbo al café y lo volvió a dejar en la bandeja de bebidas del coche. Miró por el retrovisor un buen rato; el periódico iba a dar mucho de sí.

La mañana estaba muy húmeda, el cielo nublado propiciaba una estampa azulada y la ligera bruma evitaba ver más allá del bosque de la parte posterior de la casa de Carlos. De pie estaba él, bien vestido preparado para ir a

trabajar, observando las escasas y efímeras gotitas de lluvia que humedecían el césped del patio, al resguardo del balcón de la planta superior. Había pasado otro día y su mujer seguía desaparecida sin más noticias que las misteriosas cartas que recibía a su nombre.

Unos pasos se mezclaron con los de la lluvia, pero estos provenían del interior de la casa. Paula, con dos tazas de café en las manos abrió con el codo la corredera de cristal que la separaba del exterior para encontrarse con Carlos.

-Toma –dijo acercándole una taza de café.

Carlos se lo agradeció con una sonrisa. Ella dio un sorbo a su café mientras miraba como Carlos perdía su vista en la bruma. No sabía muy bien qué decir.

Le prometió al inspector que no le diría nada a Carlos sobre su encuentro. Se moría de ganas por abrir la boca pero era importante mantener aquella conversación en secreto. Además, aquel momento era demasiado bonito como para estropearlo con una charla sobre la policía. Así que decidió que quizá lo mejor era quedarse allí haciéndole compañía en silencio esperando a que fuera él el que abriera la boca.

-¿Qué hay para comer?

-Lasaña.

Lo único que no quería era ser una molestia para él. Y realmente no sabía si quedarse allí tomándose el café le iba a incomodar. Aquellos momentos eran muy propios de Carlos y le gustaba tomárselos en soledad, pero intuía que quizá debía quedarse allí, algo en su interior le decía que Carlos necesitaba saber que alguien, en aquella casa, estaba cerca de él. Puede que fuera intuición femenina o quizá era su propia necesidad de querer ocupar el sitio que, hasta ese momento, no había podido ocupar.

-¿Podrías prepararme algo para cenar?

-Claro, ¿qué te apetece?

-No sé, algo ligerito. Lo que se te ocurra.

Parecía que la conversación no iba a evolucionar demasiado más, así que tomó la cauta decisión de entrar en la casa y seguir con sus cosas. Al pasar por el dintel de la puerta. Carlos la detuvo.

-Un momento. ¿Te apetece cenar conmigo esta noche?

Espera un momento. ¿Paula había escuchado bien? Perfectamente, pero era incapaz de asimilarlo. Desde los muslos empezó a subirle a toda velocidad un escalofrío que erizaba toda su piel por la columna hasta llegar a

la nuca. Como era costumbre en ella, respondió rápido.

-¿Connmigo?

Carlos asintió.

-Bueno... vale, sí. Me va bien.

Paula se tomo una breve pausa mientras movía su cabeza de arriba abajo.

-No tengo nada que hacer esta noche. Vale –prosiguió.

Carlos esbozó otra sonrisa al percibir la incomodidad que había provocado en aquella chiquilla.

-Genial –dijo él volviendo su mirada hacia la bruma.

-Genial, vale –reconfirmó una vez más Paula haciendo vibrar el café que todavía llevaba en la mano.

Paula cerró la corredera y cruzó el salón hasta llegar a la cocina.

-Vale, sí genial, bueno, de puta madre. Cállate ya, idiota –se reprochó a sí misma en voz alta.

¿Dónde estaba aquello de no incomodarle?, no dejaba de pensar para sí. De repente le invadió un pánico súbito, una espeluznante sensación de frío; y el temblor de las manos se propagó por todo su cuerpo. No sabía que demonios debía ponerse. Iba a cenar a solas con el amor de su vida, aquel que desde jovencita la dejaba embobada nada más aparecer.

A pesar de su sencillez y capacidad para saber qué vestir en cada ocasión, aquello le produjo un dilema trascendental. Era su *jefe* y a la vez la persona a la que amaba. Nunca pensó que pudiera llegar aquella ocasión y menos en un momento personal como el que estaba atravesando Carlos. Para él cualquier cosa estaría bien; unos tejanos con una blusa o una camiseta. La chica tenía veintidós años, no podría esperar otra cosa más que algo sencillo, y realmente cualquier vestimenta le hubiera ido bien; tan solo quería la compañía de alguien cercano, alguien que no le juzgara y poder tener una velada tranquila, sin que nadie le preguntara por Lucía.

Acababa de darse cuenta de que no solo no le incomodaba su compañía, sino que además le era de agrado. Sabía que necesitaba una compañía femenina radicalmente diferente a la de su mujer, pero no imaginaba que iba a ser la de una chica con quince años menos que él. Pero allí estaba, de pie en la cocina con las manos temblando.

Carlos no tardó en acabarse el café y entrar en casa. Se acercó hasta la cocina para dejar la taza en el fregadero donde todavía estaba Paula inmóvil desde hacía unos minutos.

-Me voy, nos vemos a la noche –le dijo a Paula pasándole una mano por

el hombro.

-Hasta luego.

Carlos salió de casa dejando a Paula en la cocina con su mano sobre el hombro que él le acababa de acariciar. Fue en ese momento cuando le vino a la cabeza la pregunta decisiva: *¿Porqué yo?*

Pudo observar desde su coche aparcado en la acera de enfrente, como Carlos salía de su casa, bien trajeado, e iba directamente hacia el coche. Incluso pudo ver cómo su asistenta miraba a través de una de las ventanas de la fachada. Carlos se subió al coche y arrancó, al mismo tiempo que lo hacía el inspector.

Como era costumbre en un seguimiento, se mantuvo varios vehículos alejado del de Carlos para evitar la sospecha de que alguien le pudiera seguir. No sabía dónde trabajaba, ni siquiera que era propietario de la empresa en la que trabajaba. Así cuando Carlos estacionó su coche en una céntrica y amplia calle, el inspector hizo lo propio en una salida de vehículos y observó atentamente cualquier movimiento. Probablemente saldrá e irá a su trabajo. *Menuda pérdida de tiempo*, pensó. Pasó un minuto y Carlos no abandonaba su coche. Duarte esperaba pacientemente.

Carlos miraba la puerta de aquel edificio de seis plantas que era suyo. Aquel moderno edificio lleno de cristales que su padre compró años atrás para establecer allí las oficinas de todas sus empresas: gestión, informática, incluso un catering. Todo suyo. Realmente estaba fuera de lugar ya que la barriada era de esas que poco a poco va remodelándose, aunque a un ritmo bastante lánguido. Carlos se quedó pensativo, sin ganas de subir a trabajar.

-¡Qué cojones! –dijo en voz alta.

Arrancó el coche y se fue. Duarte, atento a cualquier movimiento, puso el intermitente y le siguió. Inmediatamente cogió su móvil y llamó. Una voz masculina contestó.

-Central.

-Ortega, soy Duarte. Necesito que me busques una dirección.

-Dígame.

-Arturo Soria, ciento tres –dijo mecánicamente para que se le entendiera correctamente.

-Lo tengo.

-Llámame y dime lo que tengamos. Sino hay nada, averígualo.

-Claro inspector.

En todo el tiempo que estuvo detenido en aquella salida de vehículos, no vio a nadie bien vestido entrando en otro lugar que no fuera aquel edificio.

Un rato más tarde, y ya fuera de la ciudad, Carlos circulaba por una pequeña carretera destartada, llena de socavones los cuales tenía que ir esquivando. Detuvo el coche en una pequeña explanada del cual salía un caminito. Salió y echó un vistazo al lugar. Un bonito bosque de encinas que dejaban pasar escasos rayos de sol entre las copas de los árboles en un día de cielo despejado. Aquel día, en cambio, la intensa niebla solo permitía observar un paraje bastante truculento. La altura a la que se encontraba aquel lugar producía un aire bastante denso. A penas podía ver a escasos diez metros de distancia. Avanzó hasta la parte delantera del coche y se perdió por el caminito.

Duarte vislumbró el destello reflectante de la matrícula de un coche estacionado a pocos metros en aquella carreterucha. Pudo parar el coche justo detrás. Efectivamente aquel era el coche que había estado siguiendo desde hacía una media hora, un Audi A3 de color gris metalizado. Bajó del coche y echó un vistazo al Audi. No había nadie en su interior. Avanzó hasta la parte delantera y sutilmente puso su mano en el capo para comprobar lo que ya sabía; estaba caliente. Miró hacia la bruma en silencio, esperando escuchar algún sonido. Fue entonces el móvil del inspector empezó a sonar en su bolsillo amortiguando bastante el estridente tono de llamada. A toda prisa descolgó la llamada aún con el móvil en el bolsillo. Luego se lo llevó a la oreja.

-¿Si? –contesto casi con un susurro.

-Edificio Altair. Básicamente oficinas, la gran mayoría pertenecientes al Grupo Altair: casi todo son departamentos de la misma empresa cuyos dueños son Carmen y Carlos Pascual Martínez. Tengo el teléfono de la central por si le interesa.

Duarte guardó silencio intentando encajar aquello.

-¿Señor? –dijo el agente.

-Gracias Ortega.

Colgó inmediatamente cuando vio aquel camino en frente de los coches. *Seguramente este tío está forrado*, dijo moviendo los labios pero sin emitir ningún sonido. No tenía más opciones. Así que se adentró con cautela, como

hizo Carlos instantes antes.

Avanzó con cuidado de no hacer ruido para no ser descubierto y para intentar escuchar algún ruido delator. Cinco minutos más tarde se hizo un pequeño descampado en el que pudo ver a Carlos de espaldas, frente a un árbol. *¿Qué demonios hará este tío aquí?*, pensó. Le estuvo observando unos instantes, pero no tenía más opciones.

-Buenos días, señor Pascual.

Carlos dio un respingo girándose a la vez, mirando un rostro que no reconoció a primera vista. Poco a poco, agudizando su mirada entre la bruma, su cara empezó a serle familiar y entonces lo ubicó en su memoria.

-¿Qué hace aquí? –dijo titubeante.

-¿A usted qué le parece? –contestó el inspector mirándole fijamente con una media sonrisa en la boca.

-¿Me ha seguido?

-¿Cómo sino iba a estar aquí y a estas horas? La verdad es que no hay mucho trabajo por comisaría. Además me queda una semana para jubilarme, y como buen jubilado no tengo nada mejor que hacer que seguir maridos con esposas desaparecidas. ¿Qué hace aquí?

La actitud chistosa del inspector le desconcertó. No sabía bien qué responderle.

-Me gusta venir por aquí. Me relaja. ¿Por qué me ha seguido? –insistió visiblemente intranquilo.

-Ya se lo he dicho, a una semana de retirarme ya no me dan casos –dijo acercándose hasta llegar a la altura de Carlos.

Duarte miró al suelo donde instantes antes miraba con atención Carlos.

-Y para el tiempo que me queda, paso el rato siguiendo posibles pistas de casos que... todavía no son casos. Por cierto, ¿ya ha aparecido su mujer?

Carlos no se creía ni una palabra. Empezó a sospechar que estaba allí por alguna razón de peso que, lógicamente, no le estaba diciendo.

-No, no ha aparecido.

Pensó por un momento si debía comentarle lo de la segunda carta.

-Pero iba a llamarle –prosiguió.

El inspector torció la cabeza como si no hubiera escuchado bien.

-Recibí una segunda carta.

-No me diga –dijo levantando una de sus pobladas cejas-. Y ¿qué decía?

-Más de lo mismo, que necesita tiempo.

Duarte apretó los labios y miró a su alrededor. Se quedó mirando con atención el árbol frente al que se había quedado mirando Carlos.

-¿Qué tiene de especial este lugar, señor Pascual?

-Era un lugar donde solía venir con mi mujer.

-¿Solía? ¿Por qué habla en pasado de ella?

Carlos intuyó que el inspector quería cazarle.

-Porqué hace mucho tiempo que no venimos. Nuestra relación se había enfriado mucho.

-¿Y hace mucho de eso?

Carlos no tuvo que pensar la respuesta, se la sabía de memoria.

-Hace dos años, poco después de morir mis padres.

-Quizá no es tan mala opción que su mujer se haya marchado una temporada –los dos mantuvieron un cómodo, aunque extraño silencio-. Permítame una pregunta personal señor Pascual, ¿usted ama a su mujer?

Carlos en aquel sitio solo podía recordar esos momentos especiales que vivió en ese lugar. Se apoyó en eso para recordar lo mejor de Lucía y soltarle al inspector una gran mentira.

-Por supuesto. Que pasemos por una mala racha no significa que no la quiera.

-Entiendo.

Carlos volvió a mirar a los pies del árbol donde había pasado tan buenos momentos con Lucía, a la vez, el lugar donde *ella* empezó a fraguar su gran mentira.

-Sé que haberle seguido hasta aquí le puede haber intimidado, pero no se asuste. Tan solo, es que hoy tenía ganas de salir de la comisaría. No esperaba que me fuera a llevar a un lugar tan bonito como éste.

-Pues ya ve.

Duarte tenía preparado un dardo más en la recámara y era el momento de lanzarlo.

-Una cosa más, si no es indiscreción. ¿Le permiten en su trabajo entrar y salir a la hora que le viene en gana?

-No exactamente, señor... -buscando el nombre del inspector.

-Duarte.

-Duarte verá, desde que Lucía desapareció, mi superior me dijo que me tomara unos días libres, indefinidamente. Pero yo no sé estar en casa. Demasiados recuerdos, ya sabe –Duarte asintió-. Así que intento no faltar al trabajo, pero si un día decido no ir, no me lo tienen en cuenta.

-Claro.

Duarte cogió su móvil, y envió una localización a Ortega.

-No quisiera molestarle más –dijo escondiendo el teléfono-. Me voy. No dude en acercarse a verme con la carta.

Duarte le mostró la mano que Carlos no tardó en estrechar mientras este asentía.

-Claro, cuente con ello.

Duarte arrancó a andar ante la atónita mirada de Carlos que todavía no se explicaba lo que acababa de ocurrir. Un inspector que no tenía caso, pero que husmeaba tan solo porque le había ido a hacer una visita. Carlos, ahora sí, sabía que estaba en el punto de mira de aquel policía. No le bastaba con recibir cartas a nombre de su mujer, ahora tenía a un madero olisqueando.

Duarte ya estaba lo suficientemente lejos y Carlos miró una vez más a los pies de aquel árbol.

17

Un agradable e intenso olor a reducción de vino tinto inundaba todo el salón. Paula quería prepararle a Carlos algo que le llamara la atención, pero nada que tampoco evidenciara que para ella significaba una cita especial. Su abuela había sido cocinera en algunos restaurantes importantes y al contrario que su madre, ella sí había mostrado un gran interés en aprender todo lo posible de ella, lo cual hizo que fuera la cocinera oficial en la casa de sus padres desde los doce años. A los trece le regalaron un libro de recetas de grandes chefs junto a un gorro de cocinera que no dudaba en ponerse para los fines de semana cuando venían amigos o familiares a comer a casa. Pasados los años guardaría aquel gorro en un pequeño cofre que tenía bajo la cama junto a decenas de recuerdos especiales de toda su vida; su último chupete, el primer libro que se leyó, fotos con amigas... Allí junto al gorro, estaba el anillo de casada de su abuela, la cual le pidió que guardara y regalara, en su momento, a su propia nieta. Y un último detalle; un mechoncito de su cabello que ella mismo se cortó antes de morir.

Y allí estaba Paula, aplicando cada minucioso detalle que recordaba para que ese puré de patatas al wasabi, el solomillo y la reducción fueran realmente

imponentes. Carlos no era de cenas ligeras así que esperaba haber acertado con la elección del menú. Atenta, como no podía ser de otra manera, miraba por la ventana por la ventana de la cocina para tener preparada una cerveza bien fría para cuando llegara Carlos.

Faltaban unos quince minutos para las nueve cuando el coche de Carlos apareció por la calle en busca de aparcamiento ya que el coche de Lucía descansaba en la plaza de parking de su jardín. La lluvia había amainado pero las calles todavía estaban húmedas, y el cielo amenazaba con seguir descargando durante la noche.

Y así fue como nada más entrar por la puerta, Carlos pudo ver a una preciosa muchacha con unos tejanos bien ceñidos y una blusa, tapados por un minúsculo delantal, que sostenía una cerveza mexicana helada. No pudo evitar parpadear varias veces antes de abrir la boca. Su maquillaje era muy sutil, una ligera prolongación de sus pestañas hacia la comisura exterior de sus ojos, brillo sin más color que el natural en sus labios y su pelo liso y suelto, solo recogido con una coleta, a excepción de dos mechones que, fortuitamente dejó sueltos rodeando su rostro.

¿Aquella chica trabajaba en su casa? ¿Cómo podía ser que no reparara en la belleza que cada día le preparaba el desayuno?

-¿Qué tal has pasado el día? –dijo Paula sonriendo e intentando disimular sus nervios.

-Bien. Eso huele genial.

-Gracias –respondió dándole la cerveza.

Paula se dio media vuelta, desapareciendo por la puerta de la cocina, no sin antes echarle un ojo a Carlos asegurándose de que este no dejaba de contemplar el lazo que los dos cabos del delantal ceñían su cintura. Una sonrisa recíproca brotó de los labios de los dos, sabiendo mutuamente a lo que acababan de empezar a jugar.

Los dos platos de postre rezaban mínimas trazas de chocolate del coulant que acababan de engullir. Los dos estaba sentados cara a cara frente a una mesa rectangular de madera oscura, que daba más calidez todavía a aquella velada.

-Una vez, antes de dejar la residencia de la universidad –relataba Paula-, me pase la noche entera durmiendo en un rellano porque mi nueva compañera tenía un ronquido horroroso y necesitaba dormir. Al día siguiente tenía uno de los exámenes finales.

-¿Cómo era?

-¿El qué?

-El ronquido.

-Horroroso.

Paula no podía dejar de asomar una sonrisa.

-Ya, pero ¿cómo? quiero que lo imites –dijo intentando ocultar la gracia que le producía.

-Nooo –contestó Paula riendo a carcajada limpia.

Carlos insistía intentando no dejarse llevar por aquella mirada tan profunda que Paula le regalaba cada vez que clavaba sus ojos en los suyos.

-Venga, ¿cómo era?

-¡Que no! –sin poder aguantar la risa.

-Vamos.

Paula se lanzó, tomó aire, arrugó exageradamente la nariz y emitió un profundo, extenso y desagradable ronquido. Los dos estallaron en una tremenda carcajada que duró bastantes segundos. Paula tuvo que aplacar su desternillante risa para no acabar atragantándose. Poco a poco la carcajada paso a sonrisa, dejando paso, únicamente, a sus miradas entrecruzadas. Paula ladeo su cabeza a la vez que emitió un imperceptible suspiro, prolongando así el juego. Carlos se levantó, ante la atenta mirada de Paula que le seguía con sus enormes ojos. Él cogió la silla y la acercó hasta su lado de la mesa y se sentó apoyando su codo en la mesa. El corazón de Paula empezó a acelerarse.

-¿Por qué te sientas aquí al lado? –dijo coqueteando.

Carlos se tomó su tiempo mirando al suelo, mientras buscaba mejor manera de decir lo que pensaba.

-Porqué por primera vez, en mi propia casa, tengo la sensación de que me están cuidando.

-Y ¿me lo agradeces acercándote?

-No. Me acerco a la gente que me protege y porqué es mi manera de agradecerlo.

Paula suspiró profundamente antes de lanzar su jugada maestra.

-Entonces –tomando aire antes de continuar-, puedes acercarte un poco más.

Carlos tomó aire pensando bien cada paso que daba.

-Vale –respondió.

Carlos se levantó de la silla y se alejó de ella. Paula, se pudo seria de golpe mientras le seguía con la mirada. Pulsó el interruptor de la luz principal

dejando tan solo la tibia luz de una lámpara que descansaba en un rincón. Apenas se podía ver nada. Llegó al equipo de música, sacó su móvil y enchufándolo al equipo, puso una canción. Se llamaba *Relief* de un tal *Sam Amidon*. Las notas empezaron a sonar mientras Carlos volvía a la mesa. Paula no le quitaba el ojo de encima, vigilaba cada uno de sus movimientos. Al volver justo a su lado, le tendió la mano.

-¿Vienes? -Paula no dijo nada, ni asintió. Levantó su mano hasta cogérsela. Se incorporó y dejó que Carlos la llevara dos pasos hacia el centro del salón. Levantó la mano que agarraba a la de Paula, mientras su mano derecha se deslizó suavemente por su cintura, intentando que todo fuera muy lento, para poder saborear ese momento hasta saciarse. Paula le acarició la mano que paseaba por su cintura, y continuó subiendo por el brazo. Los dos ya habían empezado a balancearse antes de que Carlos la envolviera por completo y ella le acariciara la nuca. La canción avanzó y ellos no podían dejar de buscar en la pupila del otro.

-Y ahora te preguntarás ¿por qué? –susurró Carlos.

Paula no respondía, solo bailaba sin dejar de acariciarle el pelo. Con un suave movimiento deslizó su mano derecha hasta encontrar la de Carlos.

-No –dijo ella negando con la cabeza.

-¿No?

Buscó con la punta de sus dedos el espacio entre los dedos de Carlos hasta fundir sus manos con delicadeza, como si temieran lastimar al otro. Poco a poco subieron sus manos entrelazadas, casi a cámara lenta, disfrutando de cada minúsculo movimiento que estaban compartiendo.

Paula no pudo evitar, casi buscándolo, llevar sus manos, reptando deliberadamente, sobre su blusa; quería sentir el dorso de la mano de Carlos recorriéndola desde la cintura sin caer en la cuenta de que él también podía sentir cada curva del recorrido por donde ella quería llevarle. Sus manos rozaron unos de sus pechos casi sin darse cuenta, hasta detenerse en su corazón. Carlos no pudo evitar sentir un golpetazo de emociones, ni obviar que aquello estaba pasando de un simple juego inocente a algo mucho más tórrido. Mientras los ojos de Carlos se elevaron hasta los de ella, Paula tenía los suyos fijados en sus labios.

-Ahora solo me dejo llevar –dijo Paula respirando agitadamente.

La mano que tenía en su espalda empezó a cobrar vida propia; dejó que se deslizara a su antojo. Subió suavemente por la columna de Paula acariciándola con la yema de los dedos hasta llegar a su nuca para, entonces,

volver a bajar con lentitud hasta el final de su blusa. Acarició su trasero con cierto temor a no parecer demasiado grosero. Paula solo deseaba que no dejara de recorrerla con sus manos, aunque Carlos no iba a ser tan directo. Su mano se deslizó entonces por debajo de su blusa acariciando su piel, provocando que todos los vellos de su cuerpo se erizaran. Hizo el mismo recorrido que hacía unos segundos pero esta vez lamiendo con su mano la piel de su espalda. Inconscientemente Paula apretó la mano de Carlos contra su pecho, como si intentara controlarse. *Espera a que él dé cada uno de los pasos*, se decía Paula para sí.

Carlos no dejaba de pensar la cantidad de curvas que acababa de recorrer con tan solo una caricia. Quizá no se cansaría nunca de acariciarla pero, aún en aquel momento, no sabía si debía probarlo; puede que nunca pudiera parar.

Minutos antes los muebles habían desaparecido, la mesa, los platos, las sillas, hasta las paredes. Solo existían ellos dos, la música y esa luz en la lejanía que les hacía brillar los ojos.

-¿Tengo que dejarme llevar? –dijo ella en un susurro.

-No dejes de hacerlo.

Los dos se sonrieron y siguieron bailando. Aunque lo de bailar, era ya lo de menos.

Carlos abrió los ojos con gran pesadez. Estiró el brazo hasta alcanzar el despertador. Eran las siete y cuarto. En quince minutos empezaría a sonar estridentemente como cada mañana. Empezó a estirarse para desperezarse. Había tenido un sueño profundo, del tirón, de esos de los que no te cuesta despertarte. Se giró en busca de alguien al otro lado de la cama, pero el otro lado estaba vacío. Alargó la mano para acariciar las sábanas esperando encontrar lo que sus ojos no habían logrado ver. Sintió un extraño vacío, como si esperara despertarse acompañado. Enfocó su mirada un poco más y se incorporó quedándose sentado, buscando las zapatillas con los pies. Se puso la camiseta y los pantalones del pijama que cada noche dejaba en el suelo y se levantó.

Llegó hasta el salón. Cualquier rastro de lo que ocurrió la noche anterior, había desaparecido. Solo había un café preparado en la mesa, junto a un croissant con mantequilla. Su móvil estaba conectado al equipo de música. Sus movimientos eran lentos y observaba cada pista con los ojos entreabiertos intentando comprender qué se le había pasado por alto. No tenía claro si Paula había dormido allí esa noche. Misteriosamente, recordaba la noche anterior a retazos.

Se acercó a coger el portátil como cada mañana para revisar las noticias mientras desayunaba. Se pasó un largo cuarto de hora entre noticia, sorbo y bocado de croissant. Fue cuando se estiró de piernas y brazos en la silla, acompañado de un amplio bostezo, cuando le dio por mirar a la puerta principal de la casa. Quedó ojiplático al ver la parte baja de la misma. Se levantó y poco a poco se acercó a la puerta. Pensó por un momento que todavía no había despertado de su sueño viendo lo que había allí tirado en el suelo. Esta vez la carta estaba girada mostrando el remitente de la misma, donde como en las otras ocasiones, rezaba el mismo nombre; Lucía. Cerró los ojos no queriendo ver aquello otra vez. Se levantó para recogerlo y con sumo cuidado empezó a abrirlo. La misma letra, el mismo estilo. No podía creerlo.

Fue hasta el equipo de música a por el móvil.

-Carlos, estoy muy confusa. No sé qué hacer con lo nuestro, por lo que estaré algo más de tiempo alejada de ti. Siento no poder decirte más. Te

quiero, Lucía.

Carmen había acabado de leer la última carta de Lucía en voz alta ante la mirada de Carlos y Paula.

-¿Qué vas a hacer con esto?

-Iré a ver al inspector. Le dije que le llevaría la segunda carta.

-¿Paula, nos puedes dejar a solas un momento? –rogó Carmen amablemente a Paula.

Paula se fue a la cocina cerrando la puerta tras de sí. Carmen miró fijamente a Carlos. Como ya era costumbre empezaron a hablar en voz baja.

-¿Y si lo que quiere es ayudarte?

-¿Quién?

-¿Quién Carlos? pues quién te está escribiendo las cartas –insistió Carmen-. Piensa, ¿quien te las escribe, sabe dónde está Lucía?

-Carmen, esta –dijo señalando la carta- es la puta letra de Lucía.

Carmen, pensativa, se sentó en unos de los sillones de la sala. Carlos vino detrás agachándose frente a ella.

-Pensemos por un momento. ¿Por qué te las escribe? ¿Para atormentarte? Sea quien sea se está arriesgando a que le pillen.

Carlos empezó a pensar en esas posibilidades no queriendo tener que decidir cual creerse.

-Sea quien sea, me quiere joder.

-Sea quien sea –le replicó Carmen-, o te quiere hacer daño o simplemente... te quiere ayudar.

-¿Ayudarme? ¿A qué? ¿A que me vuelva loco?

-Quizá esté evitando que la policía meta sus narices en tu vida. Piensa, sino hubiera cartas, ya estarían investigando. Y tú, serías el principal sospechoso.

Carlos la miró fijamente, valorando lo que le acababa de exponer. Cabía cualquiera de las posibilidades y no podía descartar ninguna de ellas. Carmen le hizo una seña mirando hacia la cocina.

-¿Y ella?

Carlos negó ligeramente con la cabeza, no estando del todo seguro de Paula. Sabía que podía fiarse de ella, sabía el aprecio que le tenía pero, ¿por qué iba ella a escribirle las cartas? Nada tenía sentido.

Carlos se incorporó.

-Me voy a trabajar.

Dio una vuelta sobre sí mismo con una de sus manos en la frente como si

se estuviera secando un sudor que no tenía.

-Tengo que pensar en ello. Tú quédate y acaba el café. Luego nos vemos. Le dio un beso en la frente a su hermana y recogió sus cosas.

-Paula, me voy –dijo casi gritando.

Paula apareció para despedirse.

-Nos vemos a la hora de comer.

-Hasta luego.

Carlos cerró la puerta dejando a Paula embobada en la puerta de la cocina. Y allí se quedó por un rato sin reparar en que Carmen estaba sentada en el sillón observándola. Como intuyendo un ente silencioso en el salón, Paula empezó a girar poco a poco la cabeza hacia el sillón. Y allí la vio, Carmen estaba dando un sorbo interminable a su café. La miraba con mucha atención, intentando escrutar como reaccionaba ante la ausencia de su hermano.

-Ay, ya decía yo –llevándose una mano al pecho-. Carmen no ha salido –dijo sonriendo-. ¿Te quedas?

-Solo para acabarme el café –respondió levantando la taza-. Muy bueno, por cierto.

-Gracias –le agradeció yéndose hacia la cocina.

Carmen no iba a dejar pasar la oportunidad de hablar con la *nueva compañera de piso* de su hermanito. Se dirigió a la cocina, una vez tuvo a la vista a Paula, se apoyó en el marco de la puerta.

-Carlos me dijo que ayer cenasteis juntos.

La chiquilla se hizo pequeña de golpe. ¿La protectora de Carlos venía a la carga?, ¿iba a comenzar un interrogatorio?, pensó.

-¿Te lo ha dicho?

-Ayer me dijo que iba a cenar contigo, pero hoy no me ha comentado nada. ¿Cenasteis entonces?

-Me lo comentó por la mañana y le dije que sí.

-¿Qué tal fue?

Paula prefirió centrarse en la parte terapéutica de la cena para no levantar suspicacias y de paso intentar metérsela en el bolsillo.

-La verdad es que creo que consiguió desconectar por completo. Ni Lucía ni su nombre salió en toda la noche –respondió Paula evitando mirarle a los ojos.

-Mi hermano es un tío muy sensible, a pesar de que no demuestra sus emociones. Le gusta sentir el afecto de la gente.

Paula no podía dejar de pensar en la mano de Carlos recorriendo con lentitud su espalda.

-Desde hace un par de años –prosiguió Carmen-, Lucía no era la mujer que Carlos conoció. Yo nunca me creí aquella fachada. Siempre tenía escondida alguna mirada que solo me mostraba a mí.

Carmen detectó desde el primer momento que Paula había empezado a soltarse con ella, y no quería meter la pata hablando más de la cuenta.

-Vamos Paula, Carlos me habla muy bien de ti –Carmen la miró con complicidad-. Y las dos sabemos que clase de mujer es Lucía.

Paula la sentía cada vez más próxima.

-No te cortes –apuntilló Carmen.

-Hacía tiempo que no le veía sonreír. Estaba relajado. Incluso me pareció ver como le brillaban los ojos. Bueno, o eso me pareció.

-No soy la típica hermana celosa de las novias de mi hermano. Aída y yo siempre nos llevamos bien. De hecho cuando mi hermano rompió con ella, las dos seguimos manteniendo el contacto. Y si Lucía –dijo cuidando sus palabras-, realmente, se ha ido, y Carlos quiere... abrirse más contigo –no sabía si esa era la expresión que estaba buscando-, yo no tendré ningún problema con eso.

Paula empezó a ponerse colorada y para evitar que Carmen se diera cuenta, se dio la vuelta buscando alguna cosa que esconder. Carmen, sorprendida por la embarazosa actitud que había provocado, intentó suavizar la situación.

-Sé que puedo confiar en ti, así que puedes estar tranquila conmigo.

Paula la miró, y asintió.

-No sé si hacerte una pregunta –dijo Carmen esperando permiso para formularla.

-Dime.

-¿De verdad era así Lucía?

Paula se lo pensó unos segundos. Tenía historias para aburrir.

-Muchas veces, yo estaba aquí en la cocina y la oía darle gritos, como si Carlos fuera un niño pequeño, pero por cosas absurdas que solo para ella tenían sentido –Paula seguía recogiendo cosas de la cocina mientras que, con sus ojos, buscaba en su memoria momentos que relatar-. Yo creo que se le fue la pinza. Cuando comencé a trabajar para ellos, ella simplemente tenía una actitud distante con él, pero con el tiempo, creo que se le acabó de ir la pinza.

-Cuando empezaron a salir juntos –relataba Carmen-, no le dejaba

tranquilo ni un segundo. Fuera donde él fuera, ella estaba allí. No podía permitir que él la perdiera de vista ni un segundo: iba a los partidos de fútbol de Carlos, cosa que no hacía ninguna pareja; si tenía que ir por el centro, ella estaba allí; y si por algún motivo ella descubría que los compañeros del trabajo le habían convencido para tomar una caña al acabar el trabajo, ella no tardaba ni quince minutos en plantarse allí. Siempre presente. Él y yo siempre hemos estado muy unidos y desde que ella apareció, todo cambió. Nunca más volvimos a tener intimidad. Aprovechábamos para comer juntos cuando él comía en el trabajo.

Carmen había captado toda la atención de Paula.

-Creo que no recuerdo una llamada suya que no fuera para desahogarse desde hace... no sé, mucho tiempo.

-Tu eres la única persona que tiene cerca de verdad.

Carmen la miró sabiendo que tenía razón pero evitando transmitírselo. No quería parecer más indiscreta de lo que correspondía con ella.

-Bueno –le dijo acercándose hasta Paula-, sea lo que sea que estás haciendo, sigue haciéndolo. Ahora eres tu la que está realmente cerca de él.

Carmen le puso una mano en el hombro, transmitiéndole su apoyo, mientras dejaba su taza en el fregadero. Volviendo hacia el salón se detuvo para hacerle una última pregunta.

-Tu... no te debes imaginar quien le escribe las cartas, ¿no? Bueno, está claro que no es *ella*.

Paula la miró con cierta gracia sabiendo perfectamente, cual era la respuesta que le iba a dar. La sabía incluso antes de que Carmen se la formulara.

-Pues, como no seas tú, no tengo ni idea.

Ahí me ha pillado, pensó devolviéndole una sonrisa picarona.

-Pero, ¿por qué le iba a escribir yo esas cartas a mi hermano?

-No sé, pero si no es Lucía, ¿tiene que ser alguien que le quiera tanto como para jugársela. ¿No crees?

Esas eran las mismas palabras que un rato antes le había dicho ella a su hermano en voz baja, y con la puerta de la cocina cerrada. A no ser que Paula supiera algo más de lo que decía saber. Carmen se hizo la sueca todo lo que supo.

-¿Me harías un favor? ¿podrías hacer como si esta conversación nunca hubiera sucedido? –se lo pidió como si se lo dijera a su mejor amiga-. Hasta luego Paula.

Antes de salir por completo de la cocina, la chica le regaló una sonrisa más.

Paula sabía que se había ganado una amiga más.

Las puertas del ascensor se abrieron. Carlos encaró el pasillo que llevaba hasta su departamento con una sonrisa suficientemente evidente como para atisbar una actitud diferente. Al llegar a las puertas de cristal, vio a Andrea observando con atención como Carlos entraba. Como un resorte, se levantó de su silla dirigiéndose hacia él con una preocupación incipiente en su rostro. Empezó a hacerle señas sutiles con las manos para que volviera por donde había llegado. No entendió por qué pero le hizo detenerse. Esos gestos le hicieron pensar que no quería que alguien a sus espaldas viera lo que le estaba indicando. Automáticamente sus ojos se pusieron a buscar por el resto de la oficina. No pudo ver nada sospechoso, pero la actitud de Andrea era de auténtica emergencia.

-Ven, sígueme. No te quedes ahí atontado –dijo mientras empezaba a darle empujones en dirección a donde había venido.

-¿Qué pasa?

Agudizando la vista pudo ver, al fondo de la oficina, junto a su mesa, a Pérez y al inspector Duarte con unos papeles en las manos.

-Calla y deja de mirar hacia allá.

Salieron por la puerta de cristal alejándose por el pasillo.

-Han estado buscando en tu mesa y han encontrado algo –dijo Andrea con cierta alarma y sin dejar de caminar por el pasillo-. No sé qué es pero el jefe está bastante nervioso.

-¿Qué han encontrado?

-No lo sé, pero ahora tienes que irte. Luego te llamo.

Andrea pulsó el botón de llamada del ascensor y dio media vuelta.

-No puedes preguntar ahora –dijo él elevando el tono.

-Vete, luego te llamo.

Andrea volvió con presteza a la oficina. Carlos se quedó de pie a las puertas del ascensor, pensando qué narices pintaba allí el inspector aquella mañana. Y entonces sonó su móvil. Carlos se apresuró a cogerlo.

-Me cago en la puta –exclamó al ver de quién era la llamada entrante.

En la pantalla apareció el nombre de Claudio, el padre de Lucía. Pensó por unos momentos qué le iba a decir. Las puertas del ascensor se abrieron y Carlos entró. Descolgó.

-Hola Claudio, ¿cómo estás?

-Bien. Oye Carlos ¿sabes algo de Lucía?

-¿No está con vosotros?

-No. ¿Por qué iba a estar con nosotros?

-Verás, me comentó que quería ir a pasar unos días con vosotros.

-¿No está contigo?, ¿por qué no nos avisaste?

-Porqué creía que os avisaría ella. Me lo comentó y un día, después de una riña, se fue. Imaginaba que habría ido a veros directamente. Me dijo que quería haceros una visita.

-Pues por aquí no ha pasado, Carlos.

-Llevo unos días enviándole mensajes pero no contesta. –Carlos improvisaba rápido- De hecho esta mañana me han llamado de su trabajo diciendo que hace días que no va a trabajar.

El ascensor llegó al hall y Carlos salió disparado hacia la calle.

-¿Por qué coño no nos has llamado antes? joder Carlos ¿cómo se puede ser tan irresponsable?

-Mira Claudio...

-Llama a la policía y denúncialo.

El padre de Lucía respiraba agitadamente.

-Está bien Claudio, ahora mismo llamo. Pero esto me es tan extraño como a ti...

La llamada se cortó. Le acababa de colgar el teléfono. La madre de Lucía estaba ingresada en el hospital, eran ya un poco mayores y su padre no podía irse de su ciudad así como así. Eso le haría ganar tiempo. Lo último que necesitaba era tener otra persona más tocándole las narices.

Llegó hasta el coche. Arrancó sin saber muy bien donde ir. El teléfono volvió a sonar, esta vez a través del manos libres.

-Dime Andrea, ¿qué ha pasado?

-¿Qué coño hacías con el teléfono? Estaba comunicando.

-Me han llamado. Dime.

-Han encontrado una factura en uno de tus cajones.

-¿Una factura de qué?

-De una tienda de bricolaje, creo.

Intentó mantener la entereza por teléfono a pesar de que estaba completamente espantado.

-¿Qué más ha pasado?

-Han estado hablando bastante rato antes de ir a rebuscar en tu mesa.

-Y Pérez, ¿qué ha dicho?

-No lo sé, no he oído lo que decían. Solo veía a Pérez muy convencido de lo que le decía el policía.

A pesar de que la alteración era el estado natural de Andrea, Carlos percibía demasiado nerviosismo en su compañera.

-Espera Carlos, calla.

Esperó intentando escuchar algo de fondo en el silencio de Andrea. No oía nada, lo que le puso todavía más nervioso.

-Carlos.

-¿Qué? –contestó impaciente.

-Creo que la policía va hacia tu casa.

Mierda, musitó nervioso.

-¿Pasa algo?

Si un minuto antes no lo tenía claro, ahora ya sabía dónde dirigirse.

-¿Carlos?

-No, tranquila, no pasa nada. Luego hablamos.

Carlos colgó sin despedirse mientras subía a su coche. Arrancó el motor y se fue en dirección a su casa.

Veinticinco minutos después Carlos entraba acelerado por la puerta de su casa.

-¿Paula? –vociferó esperando que hubiera alguien en casa.

Nadie contestó. Se fue disparado hacia la terraza trasera en busca del pico y la pala, a la que hacía referencia la factura que hacía menos de una hora había encontrado el inspector. Al llegar a la puerta corredera de cristal se quedó atascado, hecho un manojo de nervios, maniobró torpemente con el pasador. Por fin consiguió abrir la puerta y salir. El pico y la pala estaban dentro de una bolsa grande de basura, apoyada en uno de los laterales de la fachada de la casa. Se apresuró a sacarlos de la bolsa. Todavía estaban sucios, incluso con algunos pegotes de tierra con hojas verdes adheridas. Eran enseres bastante voluminosos y abarcarlos a la vez resultaba complicado, tuvo que hacer algunos malabares para acercarlos hasta la llave de paso donde tenía la manquera enrollada y colgada en la pared. Empezó a echar agua a toda la presión que le daba el regulador para quitar la tierra. En menos de un minuto pudo quitar toda la tierra de la pala y el pico.

Examinó con atención la pala, y observó las zonas desgastadas de las herramientas.

-Mierda –farfulló.

Era imposible poder demostrar que no habían sido usadas desde que se las compró. Así que tenía que empezar a pensar en algo para justificarse. Cogió uno de los trapos que tenía cerca, en una bolsa, y empezó a secar las herramientas para que no se notara que las acababa de limpiar. Cuando las tuvo suficientemente secas, las depositó donde estaban antes, apoyadas en la fachada. Sacudió sus zapatos en el escalón que daba acceso a la casa y entró para prepararse una tila y poner la cabeza en marcha para buscar una buena excusa. Buscó en el tercer cajón de la cocina, donde estaban los trapos limpios. Al fondo del cajón guardaba un paquete de tabaco al que en alguna ocasión recurría para apaciguar sus nervios. Lucía nunca iría a buscar en ese cajón, y si Paula encontraba el paquete pensaría que era de Lucía. Hasta eso tenía controlado. Sacó un cigarrillo y lo encendió con un mechero que guardaba dentro del mismo paquete. Dio una profunda calada.

Diez minutos. Fue el tiempo que estuvo mirando por la ventana de la cocina esperando al inspector, cuando apareció por la calle. Observaba con atención los números de las casas hasta que sus ojos se detuvieron mirando fijamente el de su casa. Carlos corrió las cortinas lo justo como para poder seguir mirando sin que se le viera desde la calle. Vio cómo entraba por el caminito de unos siete metros, atravesando en jardín, hasta llegar a la puerta. El timbre sonó y, entonces con toda la calma, dejó la tila en la mesa de la cocina y se dirigió a abrir la puerta. *Vamos allá*, pensó.

-Buenos días.

-Buenos días inspector.

Los dos se saludaron con una extraña naturalidad.

-Esperaba, al menos, una llamada si tenía intención de venir a verme.

-Bueno, estaba impaciente por ver esa carta que me dijo que recibió.

-Cierto. Pase por favor.

Carlos acabó de abrir la puerta dando paso al inspector que entró sin perder de vista el interior de la casa.

-He estado en las oficinas donde trabaja, pero no estaba.

-¿Ha ido expresamente para que le enseñara la cartas?

-Exacto.

-Si me hubiera llamado antes, le hubiera dicho que viniera aquí directamente.

-Si no hay prisas, prefiero ir a la aventura, como ya sabe.

Duarte miraba el resto del salón, obviando cruzar miradas.

-Bonita casa, por cierto.

-Hoy me apetecía quedarme en casa. De hecho ahora iba a adelantar algo de trabajo. ¿Le apetece tomar algo? ¿Un café?

-No gracias, de camino he parado a merendar. ¿Tiene la carta por aquí?

-Sí, venga.

Carlos se acercó hasta el mueble donde tenía los documentos importantes y las cartas de Lucía. El inspector le siguió sin perder detalle de nada. Carlos abre unos de los cajones y empieza a sacar algunos papeles. Duarte repara en el cuadro sin cristal, observando con detenimiento una hendidura bastante visible en el papel. Por la parte interior del marco todavía quedaba algún resto de cristal.

-¿Esto es una litografía?

Carlos levanta la cabeza perdiendo la mirada en el cuadro.

-No exactamente.

-¿Qué le ha pasado?

-¿Cómo dice? –preguntó Carlos sin volver a levantar una segunda vez la cabeza.

-Está roto.

-Sí, y el cristal que lo protegía también.

Duarte miró de reojo a Carlos.

-Mi mujer lo rompió hace unas dos semanas lanzando un cenicero.

-Y ¿por qué hizo eso?

-La verdad es que lo lanzó contra mi con la intención de que me diera en la cabeza, pero fui hábil y me agaché a tiempo.

A Duarte le asombró la frialdad con la que relataba el incidente. Carlos sacó las dos cartas que no había visto el inspector todavía.

-Aquí tiene la segunda, y esta es la tercera. La he recibido esta misma mañana.

Duarte todavía asimilaba la información de cenicero cuando tuvo escuchó “tercera carta”.

-¿Acostumbra a tirarle cosas a la cabeza?

-¿Mi mujer? –repreguntó Carlos-

Duarte asintió con la cabeza.

-No, pero... cómo se lo diría; hay días en los que es una persona bastante incontrolable.

Carlos hablaba con cierta tranquilidad sobre su mujer, cosa que no hizo

el día anterior en el campo. El inspector, cada vez, recababa más información útil, pero no le acababa de cuadrar nada.

-Y ¿era habitual esa actitud violenta hacia usted? –siguió indagando.

-Mi mujer... -se detuvo pensando si hablar en presente o en pasado- es una persona bastante celosa. Al principio de nuestra relación era diferente. Supongo que esperas que la gente cambie. Quizá ella nunca cambió y siempre me ocultó su desconfianza.

-No quiero meterme más de lo debido en su vida pero ¿le compensaba seguir con ella? Quiero decir que, si el amor se había acabado podía haber acabado su relación.

-Yo nunca le dije que el amor se acabara -*joder, claro que se había acabado-*, y no teníamos una relación; estábamos casados. Eso lo complicaba todo.

Empezó a sacar las cartas de los sobres. Y las leyó detenidamente. No perdió la ocasión de pasear su nariz para olfatearlas.

-Intento comprender lo de su mujer pero esto –dijo balanceando las cartas- esto no me acaba de casar –releyó por unos segundos el contenido de las mismas-. El contenido si que puede tener relación con esa actitud de la que me habla, lo de que todavía se querían quiero decir. Lo del lanzamiento de ceniceros, no.

-Ya la he intentado llamar varias veces al móvil pero el teléfono está apagado –cambió hábilmente de tema-. Hoy he hablado con sus padres y tampoco saben nada de ella.

-Y ¿qué le han dicho?

-Que hable con la policía.

-Buen consejo.

Duarte, sin levantar la cabeza miró de reojo la puerta corredera que llevaba a la parte trasera de la casa.

-¿Me permite que haga unas fotos a las cartas para enviárselas a nuestro perito calígrafo?

-Claro, de hecho aquí le he preparado una lista de la compra que hizo ella y un documento con su firma, para que puedan contrastar.

Duarte sacó su móvil y empezó a fotografiar los documentos.

-Gracias.

-Imaginaba que algún día querrían examinar las cartas, eso es todo. Ah también tengo una foto de ella. Es de hace unos años, pero apenas no ha cambiado. Quizá le interese tenerla.

Duarte observó la fotografía por un momento. Aquella mujer era una auténtica belleza de pelo y ojos oscuros. Pensó por un momento que Lucía podría enamorar con una mirada hasta el más frío de los hombres.

-No creo que la necesite, pero se lo agradezco.

-Al menos así, cuando hable de ella, sabrá de quién estamos hablando.

-Veo que sabe bastante bien como hacemos las cosas –dijo sin dejar de hacer fotos.

-Era una de nuestras aficiones –Duarte levanto la mirada-. Las series policiacas, no nos perdíamos ni una.

Carlos mantenía muy bien la calma.

-Ya veo. ¿Contésteme a una pregunta?, ¿compró usted una pala y un pico hace unos diez días?

-Sí –contestó aparentando no entender porqué aquel hecho le era de interés-. ¿Por qué lo pregunta?

-¿Para qué necesita un pico y una pala?

-La verdad es que quería tener un cuarto prefabricado en el patio, de esos que venden en los almacenes de jardinería. Y tenía que preparar un suelo adecuado.

A Duarte no le hacía nada de gracia lo que le contaba Carlos. El momento de incomodar a su interlocutor había empezado.

-¿Para que quiere un cuarto en la terraza?

-Para guardar el pico y la pala dentro –respondió añadiendo una sonrisa burlona.

La broma no le pareció adecuada al inspector que se le quedó mirando fijamente.

-Y para la manguera y otros enseres –añadió Carlos con un tono más serio.

-¿Sería tan amable de enseñarme su terraza?

-¿Es imprescindible? Es que la tengo un poco desordenada.

-No es imprescindible, pero como está colaborando con tanta amabilidad –dijo con sorna-. Además, el desorden no es algo que nos extrañe a la policía.

-Por supuesto. Sígame.

Duarte siguió a Carlos hasta el porche de la terraza, que aprovechó ese momento en que Duarte no le veía la cara, para exteriorizar parte de la tensión que llevaba acumulada desde que había entrado por la puerta.

-Esto es precioso. Lo tiene muy bien arreglado. ¿Dónde está el desorden?

La terraza estaba perfectamente ordenada y el césped cortado con

pulcritud.

-Bueno, siempre puede estar un poco mejor de lo que está.

Duarte le miró con descarada incredulidad.

-Dígame ¿dónde quería hacer su cuarto?

-Pues no lo sé todavía, con lo de mi mujer todo ha quedado en un segundo plano.

Duarte dejó a sus ojos inspeccionar el lugar con más atención, deteniéndose en la pala y el pico que quedaban justo a su derecha.

-Vaya, lo que andaba buscando. ¿Puedo?

Carlos le hizo un gesto con la mano mostrándole el camino. El inspector se agachó frente a la pala, y sin tocarla, la examinó observando que la zona de incisión de la misma tenía alguna muesca. Marca significativa de haber tropezado con una piedra al haberse clavado en la tierra. Sacó un pañuelo del bolsillo de la americana y la usó para cogerla por el mango de madera.

-Vaya, vaya, vaya. Tiene las herramientas muy limpias. ¿Dónde la ha usado? –dijo Duarte echando un vistazo buscando por el jardín.

-¿La pala?

-No, la cuchara sopera que tengo en la mano –respondió Duarte con sorna a la vez que levantaba la pala-. Pues claro que la pala.

-Yo no la he usado. Me la pidieron prestada antes de que la llegara a usar.

Duarte clavó su mirada esperando una respuesta más elaborada.

-Mi amigo Pablo, del trabajo, me la pidió hace una semana y se la dejé.

-¿El pico también?

-También.

El inspector vuelve a mirar la pala con atención. Levantó la mirada volviendo a revisar cada rincón del jardín. Señaló entonces un lugar cerca de la manguera.

-Ahí –dijo Duarte.

-¿Perdón?

-Ese es un buen lugar para su cuarto.

-Ah, ya. También lo había pensado.

El inspector volvió a dejar la pala donde estaba y sacó una libreta de su americana.

-¿Qué día fue el que desapareció su mujer?

Carlos se lo pensó un poco.

-El nueve de abril, ¿por qué?

-Hace poco más de una hora, he visto una factura del día siete por la compra de una pala y un pico, y su mujer se esfuma dos días después. ¿No le parece... –hizo una pausa balanceando la cabeza- un tanto curioso?

-No entiendo lo que quiere insinuarme.

-No pretendo insinuarle nada, solo resalto el hecho peculiar que eso supone. La compra de dos artículos que se usan para mover tierra, dos días antes de que su mujer, supuestamente, desaparezca misteriosamente sin dejar más rastro que su nombre en unas cartas.

Los dos permanecen en silencio. Uno esperando alguna salida brillante y el otro una acusación formal.

-Yo no le pedía a mi mujer que se fuera.

-¿No le parece curioso? –insistió.

-No sé qué decirle.

-No hace falta que diga nada más. Me voy.

Los dos entran en casa y se dirigen hacia la entrada. Pero Duarte, a medio camino se detiene y se da media vuelta.

-Antes de irme, ¿me haría un favor? –dijo con un tono más conciliador.

-Dígame.

-¿Sería tan amable de enseñarme el resto de la casa?

Carlos se quedó descolocado. No había pensado en eso. No tenía nada que ocultar, pero no tenía ni idea de en qué podría fijarse un policía.

-Por supuesto –dijo titubeante.

-¿Eso de ahí es la cocina?

-Sí.

Duarte se acercó hasta la puerta para echar un vistazo desde la puerta. Comprobó que todo estaba en orden mientras Carlos miraba por encima de su hombro.

-Su asistenta tiene la casa en perfecto estado.

-Sí, estoy muy contento con ella –dijo incómodo.

-¿Su mujer no está contenta con su trabajo?

-A mi mujer le da igual todo –a Duarte le sorprendió su sinceridad-. Al principio sí que se preocupaba de tener la casa en orden pero hace tiempo que le traía sin cuidado. Por eso está Paula aquí.

-Ya –dijo pensando en otra cosa-. Sigamos.

Carlos fue hacia el pasillo que daba al resto de la casa, con los ojos como platos, aunque sin saber qué buscar. Duarte le seguía sin perder detalle de nada. Entraron en el pasillo hasta llegar a la primera puerta, que daba al

dormitorio de los dos. Carlos le abrió la puerta. El inspector metió la cabeza.

-Vaya, esto es enorme.

Al ver el interior del dormitorio, Duarte no se limitó a mirar desde la puerta. Dio unos pasos para situarse en medio de la habitación.

-No sabría que hacer con tanto sitio.

El dormitorio tenía unos cuarenta metros cuadrados y tenía un gran ventanal que daba al patio de detrás. Duarte miraba a todas partes hasta dar con la puerta del baño en suite. Encendió la luz y metió la cabeza. Era espectacular; ducha en cascada, lámparas de LED estratégicamente colocadas y un espejo monumental. Apagó las luces y continuó por la habitación mientras Carlos esperaba al lado de la puerta, a que el inspector acabara. Entonces vio el enorme armario que ocupaba toda la pared.

-Vaya. ¿Puedo?

Carlos le hizo un gesto de invitación. El inspector avanzó hasta las puertas correderas y fue abriéndolas una a una. La ropa de Lucía ocupaba más de tres cuartas partes del armario. Toda la ropa, vestidos, chaquetas, chaquetones, cinturones, etc. estaban perfectamente colocados. Duarte miró con atención cada prenda buscando algo aunque solo fuera para inquietar a Carlos. Sus ojos bajaron hasta los zapatos, que examinó con atención. Nada le llamaba la atención a excepción del pulcro orden que reinaba aquel armario. Fue entonces cuando levantó la mirada y se observó algo que le llamó poderosamente la atención. Dio unos pasos hacia atrás y le hizo una seña a Carlos.

-¿Hay algo que le extrañe en este armario?

Carlos llegó hasta su lado y miró al interior del armario. Se lo conocía perfectamente.

-No, todo está en su sitio. ¿Por qué?

-Ese juego de maletas de arriba. ¿No le extraña que sigan ahí si su mujer se ha ido de casa tantos días?

Carlos pensó por unos instantes.

-Si se ha ido puede haber cogido una bolsa de deporte. No tengo ni idea.

-Déjeme que le pregunte una cosa. ¿Sabe si alguien querría hacerle daño a su mujer?

Carlos empezó a negar, sutilmente, con la cabeza.

-No sé si Lucía... no tengo ni idea.

-De la noche a la mañana, su mujer se esfuma. No le ha dicho nada a nadie sobre su paradero. Lleva casi dos semanas fuera de casa y ni siquiera se

ha llevado las maletas. Si yo sé que voy a estar tanto tiempo fuera, no me llevo una bolsa de deporte, y por su puesto no dejaría mi vestidor repleto de ropa y zapatos –dijo señalando el interior del armario-. Es la primera vez que entro en esta casa, e ignoro los hábitos de ustedes dos, pero hay demasiadas cosas que no me parecen del todo normales. A no ser que ocurra algo excepcional, sigo sin poder iniciar una investigación, cosa que, si le soy sincero, me encantaría hacer.

-Entonces, ¿qué está haciendo aquí?

Duarte no dejó de mirar en ningún momento hacia el armario.

-Ya le dije que tengo tiempo libre. ¿Sabe algo de su teléfono móvil?

-En casa no está, imagino que se lo habrá llevado.

-Entiendo. Creo que es hora de que me vaya y le deje tranquilo, una vez más.

Duarte salió del dormitorio camino de la puerta.

-¿No quiere ver el resto de la casa?

-No es necesario, tampoco estoy haciendo un registro.

Joder pues lo estaba pareciendo, pensó Carlos.

Al llegar a la puerta de la entrada, Duarte se detuvo y se giró.

-Por cierto, he visto que todavía hay rastros de cristal roto en el cuadro. Le recomiendo que los quite o ponga un cristal nuevo, da mala suerte. La energía no fluye ¿sabe?

Abrió la puerta y salió al exterior.

-Le mantendré informado, espero que usted haga lo mismo –le dijo en un tono menos informal.

-Lo haré, gracias –respondió Carlos.

Duarte se fue dejando la puerta abierta dejando ver a Carlos como se alejaba de su casa. Cerró la puerta con la mano izquierda dejándola apoyada. La respiración agitada empezó a hacerse presente por la tensión acumulada. Dio media vuelta y se apoyó llevándose las manos a la cara. Cogió su móvil del bolsillo. Debía decirle a Pablo lo que le había dicho al inspector, por si le preguntaba a él.

Esa tarde los tres amigos se reunieron para comentar la situación. Pablo quería hablar de aquello en persona y Aída no quería perder la ocasión para ver a Carlos. Ella estaba frente a Carlos y Pablo en una de sus cafeterías más recurrentes. La superación de todo lo que estaba pasando hacía que, más que nunca, necesitara el apoyo de su círculo más cercano. Aída y su pareja esperaban a que Carlos dijera algo. Llevaba un buen rato con los codos en la mesa y la cabeza apoyada en sus manos.

-Ya no sé que hacer.

-No pueden acusarte de nada –expuso Pablo.

-Cualquiera puede tener una pala en su casa –comentó Aída-, y más teniendo un jardín.

-Y yo lo compro justo dos días antes de que ella desaparezca –rebatía negando con la cabeza-. Con eso me pueden empezar a machacar.

Carlos volvió a agachar la cabeza, sabía que por mucho que parloteara, no tenía excusa. Las evidencias, siendo culpable o no, eran evidentes.

-Carlos, cada vez que te saquen lo de la pala y el pico, me mencionas a mí y ya está. Yo lo corroboraré. Además, ella está viva –aseveró con una media sonrisa-. Joder te está escribiendo cartas cada tres días. ¿Qué pasa?, ¿las cartas no son una prueba?

-¿Una prueba de qué Pablo? –reiteró Carlos-. Son una prueba circunstancial. No tienen matasellos, no me las puede haber traído el cartero. ¿Y quién coño me las trae? Si ella está bien podría mandarme un mensaje, un e-mail, llamarme por teléfono, algo que pueda demostrar que es ella. ¿Qué pasa si pueden demostrar con la caligrafía que la letra que hay en esas cartas no es la suya?

Carlos subía el tono a cada argumento que le daba a sus amigos. No quería oír hablar de excusas ni de consuelos.

-Carlos –suavizó Aída-, Lucía te ha dejado y eso es lo que hay. Si la policía quiere buscarla, que la busque, pero no pueden martirizarte si lo único que tienen son las cartas, que además te exculpan de cualquier cosa. Tienes que estar tranquilo. Preocuparte ahora de la policía no te servirá de nada más que para atormentarte. Preocúpate solo de encontrar a Lucía, y de que vuelva.

A pesar de los intentos de sus amigos, Carlos seguía sin tenerlas todas consigo. Pablo veía cada vez más claro que Carlos era una bomba de

relojería. Todo aquello le venía demasiado grande, y su rutina se había visto sobresaltada, bruscamente, de un día para otro. Decidió dejarle con Aída a solas. Sabía que ella tenía un tacto especial con él. Ver a su amigo así cada vez, empezaba a dejarle tocado.

-Voy al servicio –comentó Pablo mientras se levantaba-. ¿Os traigo algo de la barra?

Aída apartó su mirada de Carlos, que miraba por la ventana, para negar con la cabeza a Pablo.

-Vale -dijo mientras se alejaba de la mesa.

-Oye –exclamó Carlos.

Pablo se detuvo dándose media vuelta.

-Gracias por cubrirme.

-No hay de qué, amigo.

Pablo se fue directo al servicio. Al llegar cerró con el pestillo y apoyó las manos en el lavabo. Cabizbajo empieza a murmurar solo.

-Qué coño has hecho...

El espejo tenía una grieta que cruzaba de abajo a arriba, abriéndose en más grietas a medida que subía. Pablo recorrió la grieta en ese sentido hasta que pudo verse reflejado, totalmente fragmentado. Tal y como se veía a si mismo, era como se sentía por dentro. Siguió repitiéndose, con un poco más de voz.

-Qué coño has hecho...

En el resquicio de espejo en el que se podía ver, intentaba encontrar una solución a un problema del que todavía no era totalmente consciente, y que en parte era responsable.

Carlos seguía mirando a través de la ventana. Ese era su refugio desde hacia ya una semana. Intuyendo que Aída no le quitaba ojo de encima, llevó su mirada al encuentro de la suya. Allí estaba ella, contemplándole con esos enormes ojos marrones que años atrás le habían embaucado y atrapado. A medida que Aída le traía de nuevo a la realidad, iba dibujando una sonrisa cada vez menos sutil y más evidente. Pablo era un amigo, alguien con quien podía contar. Pero Aída había sido su amante, su pareja y en su momento su mejor amiga. Aída era especial, y el hecho de que su actitud hacia Carlos no hubiera cambiado lo más mínimo, propiciaba que no dejara de sentir un pequeño revoloteo en su interior.

Carlos decidió seguir su juego, pero Aída seguía callada esperando mientras le miraba.

-¿Hay algo que quieras contarme? –preguntó a su amiga.

-¿Contarte qué?

-Nada, nada.

-¿Contarte qué, Carlos?

-Nada, como me mirabas así no sabía si querías decirme algo.

Carlos no le sacaba nada. Así que decidió pasar al ataque. Miró hacia el baño como si buscara a su amigo.

-Mira, a lo mejor ha ido a pegártela al baño con la camarera.

Instantáneamente Aída se incorporó para propinarle un manotazo en el hombro mientras se mordía su carnoso labio inferior. Carlos por fin sonrió.

-Todo lo que tenía que contarte ya te lo conté el otro día en tu casa.

Carlos se puso serio por un momento.

-Desde que lo dejamos...

-Desde que tú me dejaste a mi, Carlos.

Aída no dejaba pasar la más mínima ocasión para restregarle en la cara a Carlos lo mismo. Carlos prosiguió a regañadientes.

-Desde que te dejé, ¿contenta? Nunca acabas una conversación sin dejarte algo en el tintero.

-No tengo nada más que decirte –afirmó Aída manteniéndose firme.

-Te conozco, y no siempre eres tan transparente. Hay algo en toda esta historia que me estás ocultando.

-Eres tú el que quería dejar a Lucía. Ella se va y tu solo te preguntas que *dónde se ha ido*. ¿No serás tú el que oculta algo? Vale que no sabemos dónde está, pero no va a volver. Lo único sabíamos todos era que irse de tu casa era lo último que iba a hacer en vida. Así que si se ha ido, disfrútalo.

Carlos la escuchó con atención.

-Siempre fuiste respetuosa con respecto a lo mío con Lucía, claro que siempre me decías que fuera con cuidado con ella, pero no pierdes nunca la ocasión para dejarme claro que te guardas algo en el tintero.

-Tú lo has dicho, soy respetuosa y por eso nunca te haré sentir mal por tomar una decisión tuya que no me agrade.

-¿Sabes una cosa?

Carlos preguntó con tanta sutileza que a Aída se le borró la sonrisa.

-A lo mejor, deberías haber intentado convencerme de que no te dejara.

Aída se descompuso, sabía que Carlos no quería hacerle daño con eso,

pero no pudo evitar sentirse dolida.

-¿Cómo has dicho? ¿me estás culpando de algo?

-No me malinterpretes. No veas la parte negativa de lo que te acabo de decir. Lo que quiero decirte es que, creo que deberías haberme dado un par de bofetadas –aseveró acercándose a ella-, en vez de dejar que tomara una decisión tan estúpida.

Aída sintió un cierto alivio.

-Estabas abrumado por ella, Carlos. Tu decisión estaba tomada.

-No. La decisión estúpida no fue irme con ella, sino dejarte a ti. No tenía claro lo que necesitaba en aquel momento y tu decidiste respetarme en vez de pelearme por mí. No te culpo, porque el idiota fui yo.

Aída no pudo evitar que los ojos se le humedecieran. Se apoyó en el respaldo de su silla completamente tocada.

-Nunca debí dejarte. Y eso lo tienes tan claro como yo.

No hizo falta que se dijeran nada más, los dos sabían que era cierto.

Al fondo de la sala Pablo salía del servicio. Carlos miró hacia él sabiendo que le quedaban pocos segundos de intimidad.

-Podría haberse quedado en el baño para siempre –concluyó lanzándole una mirada más a su ex.

Esa última frase era la puntilla para Aída que ya le costaba aguantar las lágrimas. Pero se contuvo a pesar de todo los sentimientos que Carlos le había conseguido sacar.

Pablo llegó con su inconfundible estilo y se sentó, esta vez, al lado de Aída.

-Lo dicho, que aproveches y folles mucho, con otras claro. Ya te lo dijo Andrea.

Pablo ni siquiera reparó en las lágrimas que todavía rezumaban los ojos de su compañera.

-Espero que te la hayas sacudido bien –dijo Carlos.

-Solo me he lavado las manos.

-Por cierto Paula cada día está más atractiva, y está coladita por ti. Tienes el recambio perfecto y lo tienes en casa.

-No seas bruto.

Aída empezó a sentirse incómoda con la nueva conversación y giró la cabeza hacia la ventana. Carlos la miraba de reojo.

-Solo tienes que invitarla a cenar y la tendrás en el bote.

-Pablo, no es momento...

-Claro que es el momento –dijo interrumpiéndole-. ¿Cuánto hace que no echabas un polvo con tu mujer?

-Bueno chicos os dejo con vuestras ordinariieces de adolescente.

Aída se levantó para sorpresa de los dos. Empujó con insistencia a Pablo para que la dejara pasar y se acercó hasta Carlos.

-Hablamos, ¿vale? –dijo dándole un beso en la frente-. Pablo, te veo en casa.

Carlos pudo ver de cerca los ojos vidriosos de Aída antes de que le diera el beso, lo que le produjo un profundo pesar. Salió por la puerta de la cafetería dejando a Pablo un tanto atónito y a Carlos con el corazón encogido.

-No sé tío, Aída está rara –dijo Pablo.

-¿Qué le pasa?

-Hace un par de semanas que hace cosas que no hacía.

-¿Por qué no te ha dado un beso de despedida?, ¿qué pasa, ahora estás celoso?

-No, idiota. Me esquivo. No es que me haga la cobra pero, me tiene moscas. Pasa por alto cosas que hacíamos juntos. Si estoy en casa, tiene una excusa para irse.

Realmente, a Carlos le traía sin cuidado el poco caso que Aída le estuviera haciendo. Solo tenía su atención puesta en los detalles que tenía hacia él. Su hermana y ella eran quien, de la noche a la mañana, se habían vuelto a plantar en su vida. Luego estaba Paula a quien le unía algo más.

-No le des importancia.

-Pero bueno, cambiando de tema; ¿vendrás mañana a jugar?

Pablo se refería a la liguilla de fútbol sala que jugaban cada semana contra otros equipos del mismo edificio de oficinas.

-No creo. No me apetece demasiado.

-Vamos tío, desconectarás un poco. No puedes seguir comiéndote el tarro continuamente.

-Ya pero no quiero estar con ellos. Tengo la sensación de que les doy lástima, y tampoco estoy en forma.

-Oye mira –dijo Pablo poniéndose realmente serio-, siento ser duro que te cagas pero, Lucía no va a volver. No tiene buena pinta. Y en cuanto antes retomes parte de tus rutinas, mejor te sentirás. Hazme caso por una vez.

Pablo vio como su amigo le miraba fijamente.

-Lo sé.

No supo leer bien en que sentido le estaba diciendo aquello.

-Exacto. Empieza a pensar en otras cosas. Aprovecha los días que te da Pérez y, no sé, vete de viaje, pero haz algo.

Carlos dejó de mirarle como si no le interesara nada de lo que le estaba contando su amigo.

-Tengo cosas que hacer –dijo Carlos-. Mañana te veo.

Carlos se levantó y se fue. Pablo se quedó allí recuperando parte de la lástima que sintió momentos antes en el servicio. No parecía que Carlos quisiera pasar más tiempo del necesario con él y se dio cuenta de ello. Quizá hablarle siempre en el mismo tono jocoso ya no le hacía la misma gracia de siempre. Lo que Pablo no sabía era que algo había cambiado para siempre para Carlos, y no tenía nada que ver con la desaparición de su mujer.

Aquella mañana, Pablo había tenido el impulso de acercarse a la mesa de Carlos para hablar con él, pero no podía, estaba cohibido. Carlos ni siquiera le había dirigido más que un saludo con la mano cuando llegó por la mañana. Incluso cuando decidió acercarse, Carlos estaba recogiendo sus cosas para irse. Esos días había estado llegando tarde y yéndose antes de hora, necesitaba su tiempo y Pablo tuvo la sensación de no haberle dedicado la suficiente atención.

A mediodía llegó a casa y solo encontró una nota de Aída que decía que salía a comer con unas amigas. Se encontraba un tanto abandonado y solo quería un poco de la normalidad que había perdido. No tenía ganas de preparar nada así que fue a la nevera y se calentó unos macarrones que el día anterior habían sobrado.

Después de comer se tumbó en el sofá para ver la televisión, pero la cabeza no paraba de darle vueltas. La desaparición de Lucía, y que Carlos y Aída estuvieran tan esquivos le tenían totalmente desubicado.

Acompañar a Carlos a comisaría le ayudó a quitarse un peso de encima pero, no fue hasta el día anterior, en la cafetería, cuando algo dentro de él empezó a carcomerle por dentro. Ver a su mejor amigo tan esquivo con él y a la vez tan hundido no le dejó apenas dormir por la noche.

Aquel bajón, el día anterior en el servicio de la cafetería, no fue más que una toma de consciencia de que realmente estaba solo. Que ante la situación por la que pasaba su mejor amigo, a él le había llegado con total indiferencia, mientras que al resto le estaba afectando. Quizá se había abstraído de la situación pensando que sería Carlos quién recurriera a él; pero no lo hizo.

Eran ya las cinco de la tarde y Aída no había dado señales de vida. No salía muchas veces a comer fuera, pero cuando lo hacía solía llamarle o enviarle algún mensaje. Así que, sin nadie con quien poder desahogarse decidió ir a casa de Carlos. Cogió la bolsa de deporte para, después de ver a Carlos, ir directamente a jugar su partido semanal, aquel que Carlos jugaba contra él cada semana.

Subía a su coche cuando sonó su móvil. Era de un número desconocido. Esperó a que se conectara el manos libres del coche y los tonos empezaran a sonar por los altavoces. Pulsó el botón de descolgar.

-¿Quién es?

-¿El señor Pablo Escribano? –retumbó una voz bastante madura.

-Soy yo, ¿quién es?

-Soy el inspector Duarte, nos conocimos en comisaría cuando vino con Carlos Pascual a denunciar la desaparición de su mujer, ¿recuerda?

Pablo se sobresaltó, no pensó en ningún momento que fueran a llamarle a él.

-Sí, sí claro inspector. ¿En qué puedo ayudarle?

-Verá, a pesar de no poder llevar una investigación ordinaria, sí que me estoy tomando la molestia de echarle una mano al señor Pascual.

-Ah, me parece un gesto muy amable por su parte –intentando ser los más cortés posible.

Pablo no sabía muy bien qué decir. Más cuando te llama la policía y todavía no te han dicho para qué te están llamando.

-Mire, ayer estuve con su amigo y le vi un poco nervioso con algo. Esperaba que usted me pudiera aclarar algo.

-Usted dirá inspector.

-El tema en cuestión es una pala y un pico que el señor Pascual compró dos días antes de la desaparición..., de que su mujer se marchara de casa. A todas luces es un poco sospechoso, y estuve en su casa echando un vistazo a los enseres que le he comentado.

Pablo, oyendo la jerga policial del inspector, empezó a inquietarse.

-¿Me acaba de decir que Carlos es sospechoso de algo, inspector?

-No, perdone si no me he explicado correctamente. El hecho de la compra, es sospechoso, pero el señor Pascual no, en absoluto. Además no hay desaparición fehaciente ni crimen.

El inspector acabó su explicación añadiendo una sutil risa tranquilizadora, que Pablo respirando un tanto aliviado, pudo detectar en su voz.

-Pude comprobar que las herramientas habían sido utilizadas, tenían un cierto desgaste propio de haberse usado para remover tierra. Pero me comentó que él no las había utilizado.

Pablo aprovechó el momento antes de que el inspector pudiera continuar.

-¿No se lo comentó Carlos? Al verlas en casa se las pedí prestadas un par de días.

-Sí, me comentó algo parecido. Si no le importa, ¿podría decirme para qué las necesitaba?

Pablo se quedó en blanco, le había cazado con los pantalones bajados.

No tenía ni idea de para que podría haberle pedido la pala y el pico a Carlos. No se imaginó en ningún momento que la policía le fuera a preguntar para qué quería esas herramientas. Pero se iluminó de golpe y comenzó a improvisar.

-Mi pareja –dijo secamente para ganar tiempo-.

-¿Qué le ocurre a su pareja?

-Quería hacerse un huerto en casa. No tenemos terreno cultivable así que compramos unas cuantas macetas grandes, de esas alargadas. Y Necesitábamos tierra.

-Entiendo –interrumpió el inspector.

-Fui al campo y recogí unos cuantos quilos. Se lo devolví un par de días después.

-Ya veo. Cuando estuve en casa del señor Pascual no había ningún rastro en su terraza de que las herramientas hubieran sido utilizadas.

Pablo respiró profundamente, como si hubiera estado aguantando la respiración.

-Y ¿no le hubiera sido de más ayuda esos saquitos de tierra preparada que venden en los grandes almacenes?

El inspector solo quería ver cómo reaccionaba a una pregunta tan banal, como esas preguntas de control que se hacen durante la prueba del polígrafo.

-Es que, en ese momento no lo pensé –dijo abriendo bien los ojos, aprovechando que en ese momento no le podía ver la cara.

-Bueno, no querría robarle más tiempo, solo querría hacerle una pregunta más. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar la mujer del señor Pascual?

Pablo aún no había arrancado el motor, y por unos instantes se olvidó de que estaba en el interior de su coche.

-Pues no tengo ni idea inspector. Sé que Carlos llamó a sus padres para saber si estaba con ellos, pero no hubo suerte.

-¿En casa de alguna amiga...?

-Que yo sepa, ella no tiene amigas.

Pues vaya con la señora Lucía Catalá –exclamó-. Una última pregunta: ¿cree que el señor Pascual puede tener algo que ver con la supuesta desaparición de su mujer?

Pablo se asombró por aquella pregunta tan directa.

-Para nada. Carlos es muy buena persona. Sería la última persona de la que sospecharía.

-Bueno. Ya tengo su teléfono por si tuviera alguna duda.

-Por supuesto, llámeme para lo que necesite.

-Espero que no tenga que hacerlo y que Lucía aparezca pronto. Un placer señor Escribano.

-Hasta luego –finalizó Pablo.

Se quedó pensativo un rato con su dedo todavía en el botón del manos libres. Arrancó y puso rumbo a casa de Carlos.

Pablo estaba llegando a casa de Carlos y ya tenía un tema de qué hablar con él. La inesperada llamada le había inquietado por unos instantes.

Tocó el timbre respirando hondo un par de veces. No sabía muy bien de que iba a hablar o si finalmente se sinceraría, cosa que a Carlos seguramente no le haría mucha gracia. Se abrió la puerta y apareció Paula. Lo primero que le pasó por la cabeza, fue si aquella chica definitivamente se había ido a vivir allí. Absurdo, pero fue el primer pensamiento que tuvo.

-Hola Pablo.

Paula no le vio muy buena cara, estaba preocupado y un tanto serio. No era el Pablo que ella conocía. El que no dejaba de piropearla cada día que venía a casa de Carlos.

-Hola guapa, ¿está Carlos? –preguntó echando un vistazo al interior del salón.

-No, me dijo que hoy iba a quedar para comer. ¿Habías quedado con él?

-No, solo venía a hacerle una visita.

Paula vio como, por momentos, se le desencajaba la cara.

-Pasa, no creo que tarde en llegar.

Pablo aceptó la invitación.

-Tienes mala cara, ¿qué te pasa?

-Que bien huele –dijo obviando la pregunta.

-Estoy preparando algo para cenar.

-Joder, si que te lo estás currando, solo son las cinco y media –argumentó Pablo, sin darse cuenta, con un tono un tanto desagradable.

-¿Quieres tomar algo?

-Un poco de agua, por favor.

-Supongo que Carlos no llegará tarde. Después de comer tenía que hacer no sé qué con Aída.

Paula fue a la cocina, quedando Pablo pensando lo que ella acababa de decir. *¿Qué demonios tenía que hacer Carlos con su chica?*, pensó empotrándose en la butaca orientada hacia la cocina. *Su amigo soy yo, Aída*

solo es una ex con la que se lleva bien, y se lleva bien porque su mejor amigo sale con ella. No acertaba con ninguna de sus reflexiones. Los celos empezaron a brotar sin sentido alguno. Paula volvió de la cocina con el vaso de agua observando como Pablo estaba más descompuesto que antes, incluso malhumorado.

-Menos mal que te tiene a ti –afirmó Paula.

-¿Cómo dices?

-Que por lo menos tiene un buen amigo con quien compartir momentos como estos.

-Pues parece que él no necesita mucho de mi.

-¿Cómo dices? –preguntó Paula confusa.

-Que me tiene apartado desde que Lucía se fue. Está mucho más distante conmigo que con cualquier otro. Y se supone que yo soy su mejor amigo, ¿no?

-Claro.

Paula se quedó pasmada con aquella reflexión.

-No te martirices, tu eres el mejor amigo que podría tener.

Pablo pensó en aquellas palabras, sabiendo que Paula no sabía ni la mitad de la historia.

-Bueno, la verdad es que, quizá le iría mucho mejor tener a otro.

-¿Cómo dices? –preguntó Paula sin comprender lo que acababa de oír.

Pablo guardo silencio mientras Paula le observaba. Bebió un sorbo de agua antes de mirarla larga y fijamente a los ojos. Sabía que no debía abrir la boca pero sino se lo decía a alguien, iba a reventar.

-Yo sé donde está Lucía.

Paula no movió ni un solo pelo ante lo que acababa de oír. Aquella noticia la dejó petrificada. Carlos había estado intentando localizarla. Si Pablo sabía donde estaba, significaría que le había estado mintiendo todos aquellos días, incluso aquello de ir a la policía a denunciar su desaparición habría sido una farsa.

-¿Cómo que sabes dónde está Lucía? –inquirió Paula al borde del tartamudeo.

-Más que saber donde está, creo que sé lo que puede haber pasado. El resto es pura deducción.

Paula se acercó hasta la butaca y se sentó frente a él.

-Lo que te voy a decir no lo sabe nadie. Sobra decir que si esto que te voy a contar lo supiera Carlos, lo destrozaría –dijo mientras se recostaba-.

Paula tragó saliva mientras apoyaba sus codos en las rodillas.

-Hace unos meses Carlos empezó a visitar a un psicólogo, ¿recuerdas?

Paula asintió lentamente con la cabeza.

-Después de la muerte de sus padres entró en una dinámica depresiva. Todos nosotros estuvimos muy cerca de él, hasta su hermana pasó por encima de su propio dolor al ver como estaba sufriendo Carlos. Fue entonces cuando Lucía comenzó a mostrar su verdadera cara. Le importaba una mierda el dolor que padecía su pareja. Carlos encima tuvo que vivir con el desprecio y la actitud de Lucía. Empezaba a salir por las noches, dejando a Carlos solo. Carmen, Aída, yo... todos nos hicimos cargo de ese trabajo tan importante que debe hacer la persona con la que compartes tu vida. Pasábamos las noches con él.

Paula olvido por un momento el motivo de aquella charla para empezar a colocar piezas en su cabeza.

-Entonces Carmen, harta de aquella situación, le obligó a visitar a un psicólogo amigo suyo. No pasaron más de tres sesiones para darse cuenta de que todo lo que había vivido con Lucía, el amor que él creía haber encontrado, había sido una mentira. Imagínate; empezó a tomar consciencia de hasta qué punto había llegado su matrimonio. Sabía que para ella no había ninguna conexión con Carlos. En cambio para él, ningún sentimiento había cambiado. Se dio de morros con una infelicidad de la que no había sido consciente hasta ese momento. Contempló la farsa que era su matrimonio. Vio que su vida con Lucía, no iba a ningún lado, pero todavía seguía sintiendo algo por ella, pero hasta que no descubriera qué era, sabría que no sería capaz de dejarla.

Pablo cogió el vaso y dio otro sorbo de agua, sabía que el relato empezaba a hacérsele difícil.

-Un día Lucía me llamo, me dijo que quería hablar conmigo. Yo no quería; la odiaba por lo que le estaba haciendo a mi mejor amigo. Quedamos y empezó a soltarlo todo; entonces me dijo que estaba harta de él, yo la intenté convencer de que él la necesitaba, pero era inútil. Ella ya tenía decidido que le quería dejar. Aquel día se abrió por completo y todavía no sé como lo consiguió, pero por un momento odié a Carlos por como la hizo sentir –Pablo se tomó su tiempo para proseguir-. Es una gran embaucadora, consiguió que me creyera cada una de las patrañas que salían de su boca. Lucía se dio cuenta de que necesitaba otro estímulo, pero, ¿para qué iba a perder la vida tan cómoda que tenía estando con Carlos, si podía tenerla, engañándole?

-¿Qué estímulo?

A cada palabra que decía, Pablo se sentía más impotente para continuar.

-Una Aventura.

Por algún motivo, Paula esperaba en algún momento que le hablara de infidelidad.

-Y la encontró.

-¿Quién es? –dijo Paula encolerizada. No podía soportar que alguien pudiera provocar un dolor tan profundo a Carlos.

-Lleva meses con un tío y creo que definitivamente se ha largado con él. Es un alemán que estaba trabajando en España por una temporada.

-¿Crees que se ha ido a Alemania? –dijo extrañada y a la vez aliviada por la posibilidad de que se hubiera ido tan lejos.

-Si no se hubieran liado... no sé.

-¿Te lo dijo ella?

-Sí. Bueno, más que decírmelo, se lo tuve que sacar. Lo peor de todo es que, aún sabiéndolo no hice nada –dijo Pablo lamentándose.

-No, no lo hiciste –acusó Paula.

Pablo la miró avergonzado.

-Paula, Lucía era mal asunto. Era mala persona y Carlos no se merecía lo que le hizo. Bastante mal lo estaba pasando ya.

-¿Era?

Pablo no supo que contestar. Los dos estuvieron en silencio por unos segundos.

-No se lo merecía –insistió Paula.

-¿Qué me vas a contar a mi?

-¿Quién más sabe esto?

-Tu y yo. Tenía que contárselo a alguien.

-Eres un egoísta, Pablo.

Pablo se incorporó sobre sus rodillas.

-Ahora es cuando soy yo el que te dice; menos mal que te tiene a ti.

-¿Por qué?

-¿Por qué yo la animé? –sus ojos empezaron a humedecerse.

Aquello le sentó como un bofetón a Paula. La dejó estupefacta.

-¿Qué?

Pablo se levantó al ver la reacción de Paula. Comprendió que sus ansias de desahogarse le había hecho irse demasiado de la lengua.

-Creo que mejor me voy.

Pablo se fue directo hasta la puerta principal, pero a medio camino se detuvo.

-Tú le puedes ayudar mucho más de lo que piensas.

-¿No se lo piensas decir? –preguntó de espaldas a Pablo, que todavía estaba en medio del salón.

-Por supuesto que no, Paula. Y si quieres que se le acabé pasando y que no sufra más, tú tampoco se lo dirás.

Pablo se tomó unos instantes más allí de pie.

-Por favor, no le digas que he venido.

Pablo se dirigió hasta la puerta y salió. Paula se quedó allí sin girarse, bloqueada por todo lo que acababa de oír.

Sabía que, por mucho que quisiera, no podía decirle nada a Carlos. Debía aceptar lo que le había pedido Pablo. Si ella se lo contaba todo, sabría que Carlos relacionaría aquella información con ella. Y lo último que quería en aquel momento era que Carlos, el hombre del que estaba totalmente prendada, la mirara con otros ojos.

Quedar para comer con Andrea era como darle un empujoncito a la barra de un metrónomo. Sabías que no iba a detenerse y que marcaría el tempo que le sugirieses. Así, llevaba toda la mañana esperando a la hora de comer. Además era Carlos quién le había propuesto el plan, por lo tanto el acelerón matutino fue bastante intenso. Había dejado un poco de lado a una de sus mejores compañeras de trabajo. Andrea era esa gran amiga con la que no quedas casi nunca pero que siempre está ahí. De esas personas que sabes que te van a destrozar los tímpanos y la paciencia, hablando de banalidades o de aspectos de su vida que realmente te importan un carajo; pero que te aportan mucho. De esas personas que te dicen lo que necesitas escuchar, en vez de lo que quieres oír. A pesar de los caracteres opuestos que tenían los dos, tenían una afinidad especial. Carlos disfrutaba con su compañía además de ser una magnífica confidente, que se arrancararía sus propios brazos antes de soltar algún secreto. Por eso siempre había sido cancerbera de grandes chismes en la oficina, de los cuales se cobraba buenos favores, y alguna que otra copa en las noches de cena.

Y allí estaban, en la calle andando uno junto al otro. Ese día Carlos andaba un poco más distendido de lo habitual en aquellas dos últimas semanas, y a Andrea le congratulaba especialmente que fuera con ella con quien se sintiera así.

Pasada la acera frontal a la fachada de las oficinas, había una acera repleta de comercios y negocios cerrados desde hacía tiempo, por lo que había menos gente transitando por allí. Era el lugar adecuado para las indiscreciones acompañadas de algún otro gesto juguetón.

-¿Me dirás por qué era tan importante aquella factura?

-¿Quién te ha dicho que era importante? ¿La gente estuvo hablando mucho? –repreguntó Carlos no demasiado preocupado.

-Es que, cómo Pérez se alteró tanto...

-¿Pérez se alteró?

-A ver, se plantó allí un policía para verte y tu no estabas. Y no paró de preguntar por ti y tus cosas.

-¿Qué preguntaba?

-No lo sé pero estuvieron todo el rato cerca de tu mesa.

Cada vez que alguien se cruzaba por su camino, Carlos echaba una

miradita de complicidad para que Andrea bajara el tono de su voz, aunque fuera una inofensiva abuelita. Era demasiado discreto.

-Entonces ¿cómo sabes que hablaban de cosas mías?

-No sé Carlos, eso se sabe, se intuye. Te imaginas cualquier cosa.

-Pues no te imagines tantas cosas. La policía vino a casa y me preguntaron.

-¿Y?

-Pues cosas de la factura esa. Que porqué había hecho esa compra.

-Y ¿qué compraste que era tan importante? –insistió Andrea.

-Era una factura de una tienda de bricolaje.

Andrea simuló un exagerado asombro.

-¿Has descuartizado a tu mujer?

-Joder Andrea –dijo Carlos sonriendo la gracia.

Soltó una estrafalaria carcajada

-¿Y qué más?

-Jo nena, que pesada –Carlos levanto un poco su tono habitual-. Lucía ha desaparecido y el policía que nos atendió en comisaría cuando fuimos a denunciar su desaparición, debe tener poco trabajo.

Carlos paró en seco, esperando que Andrea hiciera lo mismo. Esta hizo caso.

-Me gustaría poder hablar con alguien y que mi mujer no sea el tema central de la conversación.

Andrea creía que Carlos necesitaba hablar sobre ella, pero sin ninguna intención de redundar en el tema, tan solo esperar a que Carlos hablara con confianza.

-Lo siento –dijo haciendo aspavientos.

-No lo sientas, no te preocupes, solo que no hay mucho más que decir sobre el tema. ¿Dónde comemos?

-Me gustaría que conmigo te soltaras un poco joder, que estás tenso de narices. Todo el día tristón y apático.

Carlos arrancó a andar agarrándole el cuello con el brazo, como si tuviera doce años y lo hiciera con su mejor amigo.

-¿Hamburguesa? –preguntó ella.

-La última vez también comimos hamburguesa.

En ese momento sonó el móvil de Carlos, lo sacó. Un número exageradamente largo apareció en la pantalla. Habitualmente esos números son de una centralita. Deslizó su dedo sobre la pantalla hasta el símbolo verde

de la derecha.

-¿Dígame?

-Señor Pascual, soy el inspector Duarte.

A Carlos se le cerró la boca de estómago de golpe. Oír su nombre, de aquella voz que ya le empezaba a ser familiar, le dejaba traspuesto. Le echo una mirada a Andrea que notó al momento que algo no iba bien.

-¿Qué tal, inspector?

-El perito calígrafo ha analizado la letra de las cartas comparándola con los documentos que me facilitó –el tono de voz del inspector sonó a decepción.

Carlos dio un respingo al mencionarle el inspector el tema de la caligrafía. Aquella distendida charla con Andrea le había hecho desconectar de aquel encogimiento emocional que le duraba ya dos semanas. La pausa del inspector se hizo angustiante.

-Hay coincidencia. Parece que la letra es la misma que la de su mujer. Así que por mi parte no puedo ayudarle en nada más. No hay posibilidad de seguir tratando este tema.

-Vaya –dijo Carlos con visible alivio.

-Lo siento, me hubiera gustado ayudarle más. Solo puedo decirle que intente ponerse en contacto con ella.

-No se preocupe, le agradezco las molestias.

-No hay de qué. Sí que me gustaría que cuando consiga contactar con ella, me llamara para comunicármelo. Ya le dije que me quedan unos días antes de jubilarme y sería un detalle saber que su mujer se encuentra bien.

-Así lo haré inspector –afirmó con una sonrisa en los labios.

-Manténgame al tanto señor Pascual.

-Claro. Hasta luego.

Carlos colgó el teléfono. Andrea no dejaba de mirarle esperando que empezara a contarle palabra por palabra que le había dicho la policía y que, además le hacía tanta gracia.

-La letra de las cartas coincide con la de Lucía.

-Bueno, eso ya lo sabías ¿no?

Por supuesto que no lo sabía.

-Claro –disimuló Carlos.

De hecho, lo que sabía con certeza era que por mucho que aquella letra fuera la de su mujer, aquellas cartas no las había escrito ella. Ahora sabía que alguien había falsificado la letra de Lucía y, por algún raro instinto, sabía que

quién las había escrito, lo había hecho para ayudarle. Aunque no tenía claro porqué. La duda sobre quién era esa persona empezó a disolverse. Tenía claro que nada más comentárselo a sus más allegados, el autor de las mismas se delataría y empezaría a obtener respuestas.

Los dos prosiguieron su camino en busca de un sitio para comer, con la tranquilidad de haberse quitado un gran peso de encima. Carlos dudaba en aquel momento de si acudir a la policía había sido una buena decisión. Esos angustiosos días de tener un policía rondando su día a día, ya habían acabado, y eso era lo más importante para él. Los días de sorpresas desagradables habían acabado. Pero, contra todo pronóstico, Lucía volvería a su vida con su cara más cruel, para amargarle una vez más.

Dos horas más tarde, Carlos llegaba a casa. Recorría la calle, después de aparcar su coche, con un andar más liviano, menos cansino que antes. Por fin se había quitado a la policía de encima y con ello un peso enorme. No tendría que estar dando explicaciones al inspector, ni le tendría olisqueando cada uno de los pasos que Carlos quisiera dar.

Entraba por la puerta cuando la mirada se fue directamente hacia la mesa del salón, justo donde estaba otra carta, exactamente idéntica a las anteriores. Paula al oír la puerta se acercó desde el pasillo. El cansancio se apoderó de golpe de Carlos, empujando la puerta de espaldas hasta que se cerró. La miró sin saber si debía recriminarle que casi siempre estuviera ella en casa cuando recibía una de las cartas.

-Me la he encontrado cuando he llegado.

Carlos no pudo evitar mirarla con incredulidad. Lanzó su maletín hacia el sofá haciendo una mueca de desaprobación. Se acercó hasta la mesa y cogió el sobre. Lo observó detenidamente y empezó a abrirlo sin el más mínimo cuidado, no como las anteriores veces en las que lo hizo con cuidado. Desgarró la solapa del sobre y sacó la carta. Paula se acercó hasta él mientras este la leía con rapidez.

-¿Cuándo has llegado? –le dijo sin levantar los ojos del papel.

-Pues hace unos diez minutos, ¿por qué?

Acabó de leer la carta, sin darle importancia a lo que en ella había escrito.

-Siempre que recibo una carta, tú estás aquí.

Paula se sorprendió por la actitud que mostraba Carlos hacia ella. No

sabía qué decirle.

-Carlos, hace dos semanas que paso más tiempo aquí que en otro sitio.

-¿Has escrito tú las cartas? –preguntó dejando caer sus parpados.

No quería mirarla a los ojos si la respuesta iba a ser que sí. Pero ella esperó a que los abriera.

-¿Por qué me lo preguntas?

Paula respondió asustada como cuando se lo preguntó el inspector. Se sintió indefensa al pensar que Carlos no la fuera a creer.

-Tú solo respóndeme –le dijo esta vez mirándola a los ojos.

Paula tragó saliva y tomándose lo con calma, respondió.

-No Carlos. Ni esta ni las otras. ¿Por qué me lo preguntas?

-La policía me ha llamado hoy y me han dicho que las cartas han sido escritas por Lucía. Pero yo sé que no ha sido ella.

Carlos esperó a alguna reacción. Esperaba que Paula entendiera por donde quería ir la conversación.

-Entonces, ¿qué quieres decir con que ella no las ha escrito?

-Paula, tu eres la única que tiene acceso a las cosas que hay en esta casa.

-¿Por eso me lo preguntas?

-Te lo pregunto porque eres la única que puedes haber visto documentos escritos por Lucía. La única que puede haber copiado su letra.

Paula estaba alucinando con lo que le estaba exponiendo Carlos.

-¿Me estás acusando de haberte escrito las cartas?, ¿por qué iba a querer hacerlo?

Carlos no quería acceder a ningún otro razonamiento que no fuera el suyo.

-Dicho de otra forma; alguien está imitando la letra de Lucía y se está haciendo pasar por ella.

-Pero, ¿cómo puedes estar tan seguro de que no es ella? –dijo elevando levemente el tono de su voz.

-Te lo podría decir de otra forma pero te lo diré así: Lucía no va a volver, ella no me quiere, y no para de repetir eso en las cartas –dijo levantando la carta que tenía en las manos.

Paula repitió en su cabeza eso de que *ella no iba a volver*. ¿Qué sabía Carlos? solo esperaba que no hubiera hecho ninguna locura. Pero no podía evitar hacer la pregunta.

-¿Cómo sabes que no va a volver? –preguntó titubeante.

Carlos no apartaba la vista de ella, como si hubiera entrado en shock.

Ella no podía dejar de ver en sus ojos, una mirada fría y alterada.

-¿Cómo lo sabes? –repreguntó.

Carlos estiró su brazo, como tantas veces esos últimos días, entregándole la carta invitándola a que la leyera. Paula cogió la carta, con una mezcla de reparo y temor, y empezó a leer.

-Dice que no va a volver –leyó lentamente el final de la carta.

Carlos, por un momento volvió en sí. Aquel arrebató de miedo desapareció tan rápido como llegó. Miró a los ojos de Paula, tomando consciencia del miedo que le había trasladado. El corazón le dio un vuelco al verla asustada. *Arréglalo capullo*, se dijo a sí mismo. Avanzó hacia ella con cautela, amedrentándola más todavía, aunque sin quererlo.

-Dice que no va a volver –dijo Carlos como si fuera él el que estuviera leyendo la carta-. Que no puede estar conmigo y que la perdone.

Carlos acabó dedicándole una sonrisa.

-¿De verdad que no va a volver? –dijo con una mezcla de alivio y alegría.

-Como ya te he dicho antes, Lucía no volverá a mi vida.

Ella le devolvió la sonrisa alzando sus brazos para darle un abrazo. Los dos se entremezclaron cautivos por el alivio. Él solo pudo acariciar su espalda, parecía que fuera él quien la estuviera felicitando por la noticia.

-Joder, ya era hora que esa zorra se fuera de esta casa.

Carlos se sorprendió por la libertad que se tomó para decir esas palabras, aunque no le importó. Paula estaba en lo cierto; Lucía le había engañado, agredido y degradado. Efectivamente, era lo mejor que podía haber salido de su boca. Paula se apartó manteniendo manos en su nuca.

-Exacto Paula.

-Pero explícame, ¿cómo sabes que esta carta no la escribió ella?

-Hoy me ha llamado el inspector y me ha dicho que el perito ha examinado la escritura de las cartas. Dicen que es la misma letra que la suya.

Paula frunció el ceño.

-¿Entonces?

-Lucía lleva dos semanas sin dar señales de vida, sabes de sobra que estas palabras –dijo cogiéndole la carta de las manos- no saldrían nunca de ella, y lo más importante, se acabó lo de tener la mosca de la policía detrás de la oreja. Sinceramente –tomó aire para decir algo que hacía mucho tiempo que quería decir- por mí como si se la ha tragado la tierra. No volverá.

Ella sabía que tenían que celebrarlo. Pudo ver en sus ojos la misma

liberación que le vio el mismo día que cenaron juntos.

-¿Quieres que me quede a cenar hoy contigo?

-Me encantaría, pero hoy viene Carmen. Se te ha adelantado –respondió pasándole su pulgar por la mejilla-. Pero si quieres, podemos cenar mañana.

-Está bien. ¿Quieres que prepare algo?

-No te preocupes, Carmen pedirá comida china. Pero te propongo otra cosa, podemos adelantar la celebración con una merienda.

Paula agrandó su sonrisa.

-Me parece correctísimo.

Solo tenía ojos para él y en ese momento solo tenía ganas de estar con él a solas, ya fuera cenando, merendando o bailando.

Horas más tarde, en la terraza de Carlos, los dos hermanos habían acabado de finiquitar el postre pero ella ya estaba lo suficientemente achispada como para no dejar de beber. Carmen apuraba su copa de vino antes de volver a rellenarla. Se sacó un porro que guardaba en el bolso y lo levantó mostrándoselo a Carlos. Este lo miró y volvió a mirarla a ella.

-¿De verdad? –negándose a creer que le estuviera ofreciendo.

-¿Cuándo fue la última vez Carlos?

-Joder, hará unos seis años –contestó tras pensar unos segundos.

-La mía fue hace una semana. Casi cada fin de semana cae alguno – admitió Carmen con una sonrisa burlona.

Para ellos era normal juntarse con algún otro amigo o amiga para compartir un buen *viaje* juntos. La época en que estuvo con Aída, fue una afición semanal. A menudo daban plantón en el grupo de amigos porque después de una cena les daba por echar unas caladas. Porro va porro viene, acababan tumbados en el sofá y bien vestidos para salir. Y finalmente Carmen acababa durmiendo en casa de Carlos. Esa época pasó a mejor vida en cuanto Lucía apareció en sus vidas. No fumaba, así lo de las *drogas* no lo entendería nunca. Con el tiempo, Carlos entendió que su mujer debía mantener un cierto y absurdo orden en su vida para no caer en un latente orden emocional que mostró en alguna ocasión, y que con la muerte de sus padres se elevó a la enésima potencia. Se obsesionó tanto con su cuerpo, que el gimnasio se convirtió en su segundo hogar y el preparador físico en su mejor amigo, o eso creía ella. Nada más lejos que el deseo de su preparador por echar un polvo con ella. Todo aquello ahondaba, todavía más, la distancia entre los dos.

Su afán por permanecer a todas horas cerca de Carlos, provocaba que esos porros ocasionales no volvieran más, ni siquiera el tabaco. Así que no tuvo a mal aceptar la invitación de su querida hermana.

-Trae eso para acá –aseveró Carlos.

Carmen le acercó el porro y una cajetilla de cerillas. Por malo que fuera el tabaco, Carmen afirmaba que los mecheros eran más tóxicos para encender un cigarro de lo que lo eran las cerillas. Mientras Carlos disfrutaba de su primera calada en años, Carmen cogió la última carta de Lucía que estaba sobre la mesa y que ya había leído antes.

-¿Esto es de verdad?

-Parece que sí. Y que será la última también –respondió Carlos mirando el porro y exhalando el humo.

-¿Seguro?, ¿y si la siguiente se la envían a la policía?

-Joder Carmen, no me cortes el rollo ahora. No lés.

Carlos le acercó el porro.

-Está bien, hablemos de otra cosa –dijo ella.

Carmen dio una buena calada.

-¿Qué tal con Paula?

-¿Qué sabes?

-¿Tú qué crees?

Carlos sabía que de ese tema no se podía librar.

-¿Qué sabes? –volvió a preguntar alargando las vocales.

-Nada, ella no me ha dicho nada, pero está más tiempo de lo normal contigo.

-¿Estás celosa hermanita?

-¿De Paula? Para nada. De Lucía, todavía –dijo con cierto misterio en su mirada. Pero no hay que llevar gafas para ver que esa niña está colada por ti desde hace mucho tiempo.

-Carmen, que Paula tiene veintidós años.

-Y tú vuelves a estar soltero.

-¿Con quién estás casado?, ¿con una desaparecida, una muerta, una zorra?

Carlos evitó dar pista alguna. Si Carmen quería sacar sus propias conclusiones, prefería escucharlas antes que delatarse.

-Con Paula todo bien.

-¿Te has liado con ella?

Carlos guardó silencio mientras miraba el cielo oscuro y estrellado.

-Toma, a ver si te sueltas –dijo Carmen pasándole el porro.

-Carmen, ¿de verdad me preguntas eso? ¿Tu te crees que le pondría los cuernos a Lucía? –respondió burlándose de ella.

-Venga ya. Con la de veces que te los habrá puesto ella a ti. Que le den a esa guarra. ¿O es que no te dan ganas de devolvérsela?

Carlos se empezaba a morder los labios.

-No ha pasado nada Carmen, puedes creerme o no.

-No me lo creo. Pero tranquilo, no insistiré. Ahora, como me entere de que sí...

Carmen ya veía por donde iban los tiros. Carlos no iba a soltar palabra y ella ya empezaba a perder fuerzas por la flojera del porro.

-Joder, esta hierba es buena. Menudo colocón –dijo Carlos cerrando los ojos.

A Carlos le costaba mantener la atención. Demasiado tiempo sin fumar.

-Yo -dijo haciendo una pausa-, me voy a ir a la cama.

-¿Ya me estás echando?

-No, si quieres te puedes quedar. Solo te digo que no aguanto más. Ahí tienes un sofá comodísimo que me hizo comprar la zorra de mi mujer.

Carlos empezó a reír a carcajadas.

-Como se nota que has perdido facultades.

-Será eso –dijo Carlos levantándose.

-Puedes quedarte. Tengo el sofá y otra cama, así que tu decides.

-Puede que no sea Paula pero tu te has liado con alguien –miró fijamente a su hermano incriminándole-. Y averiguaré con quién.

Carlos se acercó hasta ella y se agachó para darle un beso en la frente.

-¿Quieres que mañana comamos juntos?

-Lo averiguaré –insistió Carmen ignorando su pregunta.

-¿Comemos? –repitió Carlos.

-Vale. Oye no irás a la policía a llevar esta carta, ¿verdad?

-¿Tú que crees?

Carlos la miró con una media sonrisa.

-Buenas noches –le respondió Carmen imitándole la sonrisa.

-Buenas noches.

Carlos se metió dentro de la casa. Mientras Carmen se quedó allí fuera acabando su porro.

Una voz femenina que, diluyéndose con el sonido de la lluvia y la tormenta, jadeaba en el interior del dormitorio. Quedó helada, aquello no entraba en su realidad. Aquello no podía encajar en ningún parámetro, pero allí estaba, esa voz que empezó a mezclarse con el inconfundible sonido del gemir de su pareja. No podía encajarlo, pero estaba a punto de vivir lo que alguna de sus amigas le habían contado por propia experiencia. Estaba a punto de contemplar la infidelidad de su compañero.

Al fin y al cabo, ¿cuántas parejas tienen pactos socialmente cuestionables? Los hay que tienen relaciones abiertas, bisexuales cuya condición para estar con otra persona del sexo opuesto es que le permitan tener relaciones con personas del mismo sexo, etc. Ella solo le pedía estabilidad. Quizá Pablo no entendió que aquello significaba no traerse a otra mujer a su cama cuando Aída no estuviera.

Diez segundos antes su mundo era otro, y en ese breve lapso de tiempo todo había cambiado. No, todavía no podía encajarlo. Podía irse y obviar aquello, o tomar una decisión lejos de contemplar lo que ocurría al otro lado de la puerta; pero no. Posó su mano sobre el pomo de la puerta y con su gélido pulso empezó a empujar la puerta milímetro a milímetro hasta tener el espacio para poder asomar la cabeza y tener a la vista su cama, hasta ese momento, nido de amor solo suyo. A medida que introducía su cabeza por el espacio entre el marco y la puerta, iba apareciendo poco a poco y entre más gemidos, la ropa esparcida por el suelo de esa mujer y de su hombre. Ella estaba a la sombra que le proporcionaba el cuerpo desnudo de su pareja que montaba encima de ella. Esta vez la distorsionada cascada de agua se reflejaba en su espalda. Él estaba sudado y no dejaba de empujar a ritmo de sus jadeos, mientras ella abrazaba con sus largas piernas su cintura.

Aída ya tenía su mano frente a sus labios, como si intentara evitar cualquier sonido inesperado que pudieran emitir sus cuerdas vocales. Estaba en estado de shock, quizá por ello pudo estar más de un minuto petrificada sin apartar la vista de aquella maldita lujuria.

Entonces aquella mujer la vio, y Aída entró en pánico. La mujer a la que no pudo reconocer en la sombra no hizo nada, se quedó mirando a Aída, disfrutando del espanto que debía estar sufriendo. Sus ojos brillaron con luz propia en la oscuridad, una mirada que Aída nunca podría olvidar. Aquella

mujer empezó a gemir cada vez más alto, mientras le aguantaba desafiante la mirada al témpano de hielo que había en la puerta. Gemía cada vez más fuerte hasta que salió de su boca un “córrete cariño”. Aída salió despavorida a través del pasillo pudiendo oír a su hombre emitir un último jadeo, el más fuerte, mientras bajaba las escaleras a toda velocidad.

Llegó a la puerta donde estaba su maleta y sus zapatos. Se los puso y cerró la puerta saliendo de su casa.

-¿Qué ha sido eso? –dijo Pablo recuperando la respiración.

-Yo no he oído nada –respondió Lucía.

Los dos estaban empapados de sudor. A pesar del ruido incesante de la lluvia que seguía cayendo fuera, Pablo sabía que había oído el familiar sonido del cerrar de la puerta principal de su casa.

-¿Seguro que no has oído nada?

-Sí, los gritos que me das cada vez que follamos.

Pablo salió de la cama para echar un vistazo por la ventana. Tan solo pudo ver la lluvia caer en la calle a través de la distorsionada cortina de agua que corría por el cristal. No parecía haber nadie en la entrada. De la puerta principal hasta la puerta de metal que daba a la calle, había una pequeña zona embaldosada junto a una pequeña piscina, en la que chapoteaban las gotas de lluvia. A pesar de no ver a nadie, se quedó unos instantes en la ventana observando.

-La puerta solo hace ese ruido cuando se cierra desde fuera –insistió-, ¿sabes? Ese clic.

-Te lo has imaginado. Yo no he oído nada –repitió ella.

Lucía se incorporó lo suficiente para apoyarse sobre la cabecera de la cama. La débil luz de las farolas iluminaba su torso. Lucía era físicamente irresistible. Tenía su oscura cabellera suelta sobre los hombros. Las gotas de sudor que recorrían sus pechos, se confundían con el reflejo de las gotas de lluvia que caían por la ventana. Cogió un cigarro de la cajetilla que Pablo tenía en la mesita junto a la cama.

-¿Quién te piensas que va a venir a molestarnos?, ¿tu chica? –dijo descaradamente tras haber visto a Aída asomarse por la puerta minutos antes.

-Ya te he dicho que se iba de viaje. Pero yo lo he oído.

Pablo seguía de pie frente a la ventana

-¿Has pensado en aquello? –preguntó Lucía mientras encendía el cigarro.

Pablo echó su mirada al suelo sin girarse hacia ella.

-No.

-¿Y cuánto tiempo necesitas?

-No puedo hacerlo Lucía.

-No me jodas –dijo elevando el tono-, ya te dije que estaba tirado. Está todo planeado, pero no puedo hacerlo sola.

Pablo se giró hacia ella.

-¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? Iríamos a la cárcel si nos pillan.

Lucía se levantó de la cama, completamente desnuda. Caminó poco a poco hacia Pablo meneando conscientemente su cintura para que él pudiera contemplarla.

-Pero no lo harán –dijo con su tono más seductor-, parecerá un accidente y nosotros ni siquiera estaremos allí. Más fácil no te lo puedo poner.

-¿Fácil? ¿Tú te estás escuchando? –Dijo totalmente airado-. Si le quieres dejar, le pides el divorcio y ya está. Si se niega le denuncias por malos tratos o de lo que te dé la gana. Pero Carlos es mi mejor amigo y si me haces elegir...

-¿Y qué harás?, ¿seguir con tu triste vida con tu chica mientras te desahogas conmigo dos veces por semana?

Pablo se quedó en silencio. Lucía llegó hasta Pablo dando una calada y poniéndole el cigarro en la boca para que no dijera nada.

-Tu solo tienes que ayudarme a conseguir un poco de dinero –dijo mientras se agachaba poco a poco hasta ponerse de rodillas-. ¿O es que no quieres que estemos juntos?

Lucía cogió su pene ya flácido, y empezó a besarlo y a lamerlo.

-Claro que quiero estar contigo, pero me pides demasiado –insistía mientras jadeaba de nuevo.

Pablo no tardó en excitarse de nuevo mientras Lucía mecía su cabeza con lentitud, introduciendo el miembro cada vez más profundamente en su boca, mientras Pablo daba caladas al cigarro.

-¿Lo vas a hacer o no? –dijo ella haciendo una minúscula pausa.

Pablo solo deseaba que no se detuviera. Era muy persuasiva y sabía a la perfección, cómo convencerle. Lucía le llevó al límite, midiendo por sus gemidos cuanto le faltaba para correrse. Lucía paró y se incorporó.

-Si crees que te pido demasiado, yo te daré todo lo que me pidas.

Lucía le dio la espalda dejando que Pablo le acariciara los pechos.

-Déjame que lo piense –respondió completamente extasiado.

Pablo, completamente excitado, se apoyó en el ventanal y la penetró por detrás mientras mantenía su cigarro en la boca.

Aída, escondida en la entrada de un garaje, observaba aquella bacanal mientras las gotas de lluvia se mezclaban con sus lágrimas.

Durmió del tirón toda la noche, sin ningún sobresalto. Cuando despertó, ni siquiera echó su mirada hacia su lado, como en noches anteriores, esperando encontrar a Lucía allí durmiendo. Había tomado su desayuno, que preparó él mismo. Y se dirigió a la oficina a su hora habitual, aquella mañana no tuvo la necesidad de quedarse compadeciéndose de sí mismo. Se despertó con ganas de que la mañana le rindiera.

Llegó a la oficina cuando todavía estaba la señora de la limpieza, a la que saludó como solía hacer cuando llegaba pronto y la oficina estaba vacía. Eran las ocho menos diez y el aspecto de su lugar de trabajo era exactamente como el que había deseado que fuera las últimas dos semanas; completamente vacío. Ocupó su mesa y empezó a organizar el trabajo. Preparó los documentos que Andrea llevaría más tarde a contabilidad y Pablo a recursos humanos. El tiempo se le pasó en un suspiro hasta que empezó a llegar el personal, entre ellos Pérez.

-Hombre Carlos, que gusto da verte tan pronto.

-Ya tocaba jefe.

-Luego le digo a Cosme que te pase trabajo. Se lo delegué a él hasta estuvieras al cien por cien.

-Me parece perfecto.

Carlos rebosaba energía y eso lo empezó a transmitir a sus compañeros que, poco a poco, llegaban a la oficina. Entre ellos Pablo. Carlos se acercó hasta la mesa de Andrea para dejarle los documentos que le había preparado, y entonces vio a Pablo entrar por la puerta. Fue una mirada fugaz, pero que Pablo pudo cazar. A Pablo le extrañó encontrar a su amigo tan pronto aquella mañana. Dejó sus cosas en su mesa y fue disparado al encuentro de Carlos que seguía de reparto entre mesas.

-Eh Carlos, no pensaba verte tan pronto por aquí. ¿Ya te has animado para volver? –preguntó Pablo buscando su atención.

-Si, eso parece –respondió sin levantar la vista de sus papeles.

-Por cierto ayer te estuve llamando. ¿No viste mis llamadas?

-Ni siquiera miré el móvil en todo el día. Lo he encendido esta mañana. Hasta descolgué el fijo para que nadie me molestara.

-Ah –exclamó sorprendido por la escasa atención que le estaba prestando.

-¿Quieres que merendemos luego?

-Lo siento, no voy a poder, ya he quedado –respondió Carlos con un tono seco-. Por cierto, he recibido otra carta de Lucía.

-No jodas. Y ¿qué dice?

-Básicamente dice que es la última carta que envía.

Carlos le miró a los ojos fijamente por un buen rato, como si esperara alguna respuesta de Pablo. Este no entendió por que estaba actuando así.

-Y ¿ya está? –dijo Pablo intentando romper el momento incómodo.

-No.

Carlos pretendía darle suspense a aquel momento, esperando cualquier reacción de Pablo.

-¿Entonces?

-También me hace una confesión. Una que no me ha hecho ni puta gracia, Pablo.

-¡Carlos! -gritó Pérez desde el fondo de la oficina.

Carlos se giró haciéndole un gesto con la mano dándole a entender que en un momento iría para allá. Y se volvió hacia Pablo, que nunca había visto tanta frialdad en su amigo, le tenía completamente petrificado.

-Pero eso ya te lo contaré en otro momento, por ahora tengo que dársela a la policía para que cierren esta historia.

Carlos se volvió de nuevo para acercarse hasta el despacho de Pérez dejando a Pablo de pie, inmóvil, petrificado ante la posibilidad de que Carlos se hubiera enterado de affaire de su mujer con él. Tenía mucho que perder, no solo a su mejor amigo, sino a Aída.

Unas horas más tarde, Carlos y Carmen estaban tomando el café en uno de sus restaurantes de menú favoritos. Era su punto de encuentro habitual desde hacía años. Ya cuando la relación con Lucía empezó a romperse al año de empezar a salir juntos, Carlos prefería quedar con Carmen a una hora en la que Lucía no pudiera controlarle, así que aquel restaurante se convirtió en su centro de operaciones. Incluso entonces, sin su mujer, le costaba no mantener la misma costumbre. Allí habían tratado cientos de temas importantes; la enfermedad y muerte de sus padres, una oferta de trabajo o alguna ruptura dolorosa de Carmen.

Carlos pidió la cuenta mientras sacaba su cartera. Carmen estaba preparada para la batería de preguntas incómodas que no podía formularle a

su hermano en plena comida.

-Oye –dijo disimulando-, con Aída, ¿ha pasado algo que no me hayas contado? Desde que Lucía no está, me refiero.

Carlos le clavó la mirada mientras abría la cartera.

-Joder, ¿en serio que vas a seguir con esto?

-Carlos, Aída siempre ha estado ahí.

-Aída siempre ha estado ahí y ya tiene suficiente con el daño que le hice en su momento. ¿O te crees que vendría a buscarme a la desesperada nada más quitarse de en medio Lucía?

-Sé que Aída te va a esperar, lo sé, somos amigas y esas cosas se huelen. Si tu quisieras, volvería.

Carlos empezó a resoplar.

-Vamos a ver. Aída está con mi mejor amigo y eso es sagrado entre amigos. Nunca, nunca te lías con la novia de un colega.

-Pablo es un putero –insistió, harta de oír las excusas de Carlos-. Sabes de sobra que se larga cada dos por tres con la primera que ve. Aída no pasa por ningún portal desde hace tres años.

Carlos ya sabía todo eso. Lo había visto con sus propios ojos. Pablo nunca había ocultado su gusto por las mujeres. Siempre que los dos salían a tomar unas copas, Pablo desaparecía misteriosamente para reaparecer minutos más tarde. Las noches acababan de la misma manera: Carlos acababa yéndose mientras Pablo se quedaba a tomarse una copa más. Por si fuera poco, no era difícil cazar a Pablo en la barra charlando de forma animada con otra mujer. El resto era pura deducción.

-Pues que le deje, eso ya no es asunto mío.

Carmen empieza a desesperarse con su hermano.

-Espabila tío –replicó con descaro-. Te estoy diciendo que mandes a la mierda a tu amigote y te quedas con la única persona que te puede hacer feliz – Carmen tomó aire-. Deberías oír la de barbaridades que me cuenta.

No le hacía falta oírlas, las había visto con sus propios ojos.

-Lo siento hermanita, no voy a hacer nada por mucho que quiera a Aída; soy respetuoso con la vida privada de los que me rodean.

Él sabía que estaba traicionando a su ex desde el momento que sabía que Pablo le era infiel y Carlos no se lo contaba.

-Si ella quiere volver conmigo, que hable conmigo.

El camarero trajo la cuenta. Carlos dejó un par de billetes con propina incluida.

-Aída no va a pedirle al tío que la dejó, que vuelva con él. Amor propio no le falta.

-Lo sé, y por eso no voy a hacer nada.

Carmen sonrió y calló mientras desvió su mirada hacia el ventanal que daba a la calle. Carlos reparó en ella.

-Y ¿ahora qué te pasa?

Carmen guardó silencio alargando su sonrisa.

-¿Me vas a decir qué te pasa ahora?

-Me encanta cuando te delatas –desafió Carmen-. Me estás diciendo que si ella vuelve a por ti, no le dirás que no.

-Yo no he dicho eso.

-Mira hermanito; seguís locos el uno por el otro, y lo sabes. Ahora mismo podríais volver a estar juntos, esta misma noche, si uno de los dos diera el paso. Y me estás diciendo que por vuestra niñería no vais a mover un dedo. No podéis ser más tontos, por dios.

Carlos se levantó sin ganas de seguir con el tema. Carmen hizo lo propio siguiéndole hasta la puerta del restaurante.

-Vale, está bien, dejemos a Aída. Pero ya puedes ir pensando qué quieres hacer con Paula, por qué si no sabes que está coladita por ti, es que eres tonto de remate.

Los dos salieron a la calle empezando a recorrer el camino que llevaba a las oficinas. Cuando Carmen, que iba detrás de él, se detuvo de golpe. Carlos se dio cuenta y se detuvo.

-Ya sé lo que estás haciendo –Carlos la miraba extrañado, sin saber de qué hablaba-. Tu estás jugando a dos bandas. No tienes ni idea de lo que quieres y dejas que las dos se te acerquen.

Carlos dio un par de pasos hacia ella y le cogió la cara suavemente con las dos manos.

-Haga lo que haga, Carmen, no lo haré ahora. Es muy pronto para cualquier cosa, o para tomar una decisión. Además... tampoco tengo claro nada.

Carlos no tenía ganas de contar nada de lo que le pasaba por la cabeza al respecto, a pesar de que Carmen iba a ser a primera en saberlo.

-La noche de la cena...

-La noche de la cena no pasó nada –dijo Carlos interrumpiéndola-. Cenamos, Carmen, cenamos tranquilamente.

-Joder Carlos, te lo noto a kilómetros. Tu te has liado con alguien desde

lo de Lucía.

A Carlos le salvó su móvil que comenzó a sonar. Empezó a buscar en su bolsillo.

-Tu lo que quieres es que te diga si nos liamos, ¿verdad?

-¿Lo hicisteis?

No conocía el número que le llamaba. Carlos descolgó el móvil.

-¿Si? –dijo Carlos a su interlocutor.

Carmen se quedó mirándole con los brazos abiertos esperando la ansiada respuesta.

-Carlos, soy el inspector Duarte.

-Hola inspector, precisamente hoy iba a llamarle.

Carlos miró a Carmen torciendo la comisura de la boca.

-He recibido otra carta de mi mujer. Parece que es la última que envía. Dice que no quiere volver conmigo –dijo fingiendo estar apesadumbrado.

El inspector guardó silencio unos instantes. A Carlos le extrañó y reparó en el tono en el que le había hablado segundos antes. Estaba serio, no como en las otras ocasiones.

-¿Inspector?

-Han encontrado a su mujer.

Todo el vello de su cuerpo se erizó. La voz del inspector delataba que no la habían encontrado con vida.

-¿Cómo dice? –preguntó Carlos.

Carmen le miraba sin entender nada, solo podía intuir que algo malo había sucedido.

-Esta mañana, el perro de un cazador ha empezado a escarbar en la tierra y ha aparecido. Lo siento mucho.

Todo tipo de emociones empezaron a recorrerle de arriba a abajo. No podía creer lo que estaba oyendo. No sabía cómo reaccionar a aquello. El pavor empezó a apoderarse de él a medida que veía mentalmente cómo el perro removía la tierra. Empezó a temblar. La sensación que le invadió era espeluznante.

-¿Está totalmente seguro que es ella?

Carmen, que escuchaba cada palabra de Carlos, empezó a descomponerse. Se llevó las manos a la cara, sabiendo que habían encontrado a Lucía.

-Llevaba la documentación encima. Le avisaré en las próximas horas para que venga al hospital para una identificación. Lamento pedírselo, pero es

totalmente necesario. Lo siento.

-Mierda –susurró Carmen consciente de la situación.

-Está bien –respondió Carlos completamente apagado.

-Ahora me voy al lugar donde la han encontrado. Le llamaré.

Los dos colgaron el teléfono. Carlos dejó caer su brazo hasta que el móvil se balanceó rozándole con los pantalones. Carmen le cogió la cara con las dos manos, esperando que Carlos le confirmara lo que su cara decía.

-La han encontrado. Muerta.

La palabra *muerta* retumbó en el interior de su cabeza, como el badajo de una campana, golpeando su cráneo. Carmen se abalanzó para abrazarle.

-Joder. No –dijo Carmen sin podérselo creer.

Carlos la miró buscando ayuda, sabiendo que un nuevo panorama se abría ante él.

-¿Me acompañarás al hospital?

Carmen asintió con la cabeza.

Las luces de las sirenas de los coches de la policía, resplandecían en la niebla que inundaba aquel páramo. Los retorcidos árboles que rodeaban aquella calva en el bosque, parecían contemplar aquel horrible hallazgo. Duarte miró hacia arriba contemplando cómo las copas eran engullidas por la espesura que se aclaraba cerca de la tierra. *¿Qué es lo que habéis visto?*, se preguntó a sí mismo, mientras uno de los jóvenes agentes que habían llegado al lugar se apartaba detrás de un coche patrulla para vomitar.

Junto al coche estaba el cazador que descubrió el cuerpo una hora antes. Su pastor belga que le acompañaba, atado con una correa, miraba con atención el agujero en el que descansaba el cuerpo de Lucía. Duarte se acercó.

-Buenas tardes, caballero –dijo Duarte al cazador-. ¿Es usted quién ha encontrado el cuerpo?

-Desgraciadamente –dijo con la voz rota.

-Permítame que le haga unas preguntas. ¿Viene habitualmente a cazar por esta zona?

-Este coto es mío, yo soy el único que caza por aquí. Pero por esta zona puede pasar cualquiera.

-Ya veo. ¿Hace cuanto que no pasaba por aquí?

-Ayer mismo estuve recorriendo la zona, pero no vine con el perro.

-¿No ha encontrado nada fuera de lo habitual?

-¿A parte de un cadáver enterrado?

-Me refiero a huellas de neumáticos o pisadas donde no suela haberlas.

-Aquí vienen muchas parejas con sus coche para echar un polvo. Hace tiempo que pido a la comunidad que valle esta zona, pero no me hacen caso. Las huellas son algo habitual aquí. Pero eso –dijo señalando con la barbilla hacia el agujero-, es una monstruosidad.

-Describame el momento en que la ha encontrado.

Al cazador se le entrecortó la respiración antes de hablar.

-Al salir de aquel camino –dijo señalando un hueco entre los árboles-, Bruto ha empezado a estirar muy fuerte de la correa. Imaginaba que habría visto alguna perdiz u otro animal. Así que lo he soltado y se ha venido directamente aquí. Ha empezado a llorar mientras escarbaba la tierra. Lo dejé que siguiera hasta que apareció un trozo de pantalón vaquero. Toqué el pantalón y me di cuenta que debajo no había. Al tacto era como gelatina. Entonces llamé a emergencias.

-Ya. Lamento que haya tenido que verlo. Un agente le tomará los datos por si necesitamos más información.

El señor asintió mientras Duarte se fue en dirección al corrillo de policías que se arremolinaban junto al cuerpo.

La ambulancia esperaba con las puertas abiertas a que la policía científica acabara de recoger todas las pruebas que pudieran encontrar. Duarte contemplaba la escena intentando encajar toda la información que tenía en la cabeza. Al llegar junto al agujero, el corazón le dio un vuelco, su estómago no tardó en hacer lo mismo. La cara calcinada de la mujer miraba al cielo con la boca abierta, dejando ver varios dientes partidos en el interior de su garganta. El cuerpo parecía haber sido colocado a la fuerza en un agujero mucho más pequeño que la talla de Lucía. La cabeza estaba ladeada hacia su hombro derecho, igual que sus rodillas. Las primeras larvas ya estaban completamente desarrolladas y el cuerpo había perdido por completo su forma original. Lucía no había desaparecido, había sido brutalmente asesinada y abandonada en aquel hoyo, y el tablero de posibles sospechosos empezaba a agrandarse. Pero Carlos estaba en el centro.

El juez esperaba apoyado a uno de los coches patrulla, mientras fumaba un cigarrillo, a que la policía científica acabara su trabajo. Cada trozo de tierra del hueco, que cada vez se hacía más profundo, era guardado con riguroso cuidado en bolsas. Empezaron a caer algunas gotas y los agentes se apresuraron a colocar una lona sobre el agujero en el que reposaba el cuerpo.

Uno de los agentes que transportaba bolsas de tierra pasó junto al inspector.

-Agente, ¿qué le ha ocurrido? -preguntó Duarte.

-Debía estar inconsciente cuando la trajeron aquí –relataba el agente de la científica-. Cuando la colocaron en el agujero, recobró la consciencia y la golpearon en la cara con un objeto plano pero contundente. Luego la rociaron con algún líquido inflamable y le prendieron fuego. La espalda no esta quemada. No podemos decirle de qué murió exactamente.

-Gracias agente.

Aquello era una atrocidad, una barbaridad propia de un psicópata. Parecía perpetrado por alguien que ya hubiera matado con anterioridad. Duarte, solo esperaba que no fuera así. Menudos cinco días de servicio que le esperaban antes de la jubilación.

Carmen agarraba la mano de su hermano mientras avanzaban, junto al inspector, por el largo pasillo del hospital. Carlos andaba cabizbajo recuperando en su memoria los últimos momentos que pasó con Lucía, a la vez que observaba, con inquietud, en qué momento giraría el inspector para entrar en la sala en la que esperaba Lucía. Algo le hacía pensar que sería una de las puertas de aquel pasillo. Esperaba en aquellas dos semanas no tener que cruzarse nunca más con su mujer, que desapareciera para siempre. Y así fue, pero Lucía todavía le tenía preparada una macabra despedida. Carmen le levantó el brazo para pasárselo por su hombro. Intuía que su hermano necesitaría sentirla muy cerca en aquel momento. No sintió ni un ápice de calma pero sí que percibió el ánimo de Carmen por apoyarle. El inspector intentó no hablar más de lo necesario antes de que Carlos tuviera que identificar el cadáver, y aguardó todo lo que pudo para contarle la situación.

-Recibimos una llamada del uno, uno, dos- empezó a relatar el inspector-. Un perro de caza había olisqueado algo. Llegó la policía y en cuanto encontraron la documentación, en seguida me llamaron a mí. Sabían que yo estaba en contacto con usted. No quise llamarle antes de ver con mis ojos todo aquello, pero he preferido avisarle antes, no fuera que alguien le llamara antes que yo.

-¿Para qué necesitan que la identifique si ya tienen su documentación? – dijo intentando mantenerse en pie.

-Hay que asegurarse. Imagine que esa documentación está en la ropa de la víctima, pero que se la han colocado a otro cuerpo. Es un trámite desagradable pero es completamente necesario. Si usted confirma la identidad del cuerpo... -le costaba encontrar las palabras adecuadas-, podremos empezar a investigar qué es lo que sucedió.

-Mi hermano está muy afectado. ¿Podría hacerlo yo? –propuso Carmen.

-Lo lamento pero tiene que ser él –insistió Duarte.

-No te preocupes, lo haré. Así me quito esto de encima.

Los tres avanzaron pasando por unas cuantas puertas cerradas. El pasillo cada vez se hacía más corto. Duarte, finalmente, se detuvo frente a una de las puertas.

-Aquí es –dijo el inspector.

Carlos sufrió una breve mareo, Carmen le sostuvo con fuerza.

-¿Se encuentra bien? –preguntó Duarte-. Siéntese aquí si no se encuentra en condiciones.

Le acompañó hasta unas sillas que había justo en frente de las puertas. Carlos y Carmen se sentaron. Ella sacó una botella de agua del bolso y se la dio a Carlos, que dio un sorbo.

-Esperen aquí hasta que se encuentre mejor. Cuando esté preparado, entre. Yo le esperaré dentro. ¿De acuerdo?

Asintió con unas ganas locas de deshacer el camino recorrido, exactamente por donde había venido. El inspector entró en la sala.

En ese momento empezó a recordar, incomprensiblemente, la primera vez que besó a Lucía, la dulzura de aquellos labios, su cara angelical que le miraba completamente derretida. Aquella chica sin pasado, venida de otra ciudad escapando de quién sabe qué, que solo quería que la quisieran, sentirse arropada. Solo le vino una sensación; ¿cómo había pasado en cuatro años de ser aquel ángel, a convertirse en un demonio? Seguramente, en un momento de su relación, ella debió empezar a cambiar frente a los ojos de Carlos. Él ni se debió dar cuenta mientras ella se iba transformando en el monstruo en el que había llegado a convertirse.

Una vez le dijeron que las personas se cruzan en la vida de cada uno para enseñarles algo. Que las personas tenían que enfrentarse a retos personales para crecer. ¿Qué se supone que debía aprender de ver a su pareja muerta en la camilla de un hospital? No tenía nada que aprender de aquello. No tenía nada de lo que arrepentirse, aunque los remordimientos se lo comían por dentro. Se puso de pie como un resorte.

-Vamos a acabar con esto –dijo en voz baja, mientras aunaba toda la fortaleza que le quedaba.

Carmen le miró desde la silla.

-¿Quieres que entre contigo?

-Por favor –contestó al instante sin apartar la mirada de las puertas que le separaban del cadáver de su mujer.

Carmen se levantó y cogió la mano de Carlos. Estaba fría y temblorosa.

-Cuando quieras –dijo Carmen en voz baja.

Carlos abrió la puerta con mucha cautela, con miedo por lo que sus ojos pudieran contemplar. Quedó cohibido al ver la aséptica sala que tenía en frente con una enorme lámpara iluminando la sábana que cubría el cuerpo que

estaba a punto de descubrir. Carmen sintió como su mano se estrujaba envuelta por la de Carlos. Junto a la camilla, estaban el inspector y el médico forense esperándole. Quedó paralizado, no quería acercarse hasta allí. Todo el valor que había conseguido reunir instantes antes, se esfumaron por completo. Duarte, con toda la delicadeza, le hizo una señal con la mano para indicarle que se acercaran. Carlos dio un tímido primer paso sin dejar de mirar la pulcra sábana blanca. Poco a poco, a pasos cortos, se acercó hasta quedar al lado del inspector.

-Solo puedo enseñarle los brazos y las piernas –dijo Duarte con mucha suavidad antes de tragar saliva-. Son las únicas partes del cuerpo que no están quemadas.

Carlos tuvo que cerrar los ojos antes de proseguir. Carmen envolvió su brazo con su cuerpo, en parte por miedo a que su hermano perdiera el conocimiento.

-Tómese su tiempo –dijo Duarte antes de descubrir el cuerpo.

El forense cogió la sábana para destapar el brazo a la altura del codo, dejando al descubierto hasta la mano. Aguantó todo lo que pudo hasta que abrió los ojos viendo lo único que le dejaron ver. Había restos de tierra impregnando toda la piel, y algunos de los vellos calcinados. Eso le bastó para poderse imaginar el resto del cuerpo totalmente quemado.

-¿Hay algo que se lea familiar?, ¿lunares, marcas?

Carlos se quedó contemplando el brazo de Lucía de manera catatónica, incapaz de mostrar ninguna emoción.

El forense, ante la duda de que Carlos pudiera reconocer a su mujer con su brazo, se dirigió a la parte de las piernas para destaparlas.

-No hace falta –puntualizó Carlos-. Con la mano me basta. Es ella.

-¿Está seguro? –preguntó Duarte.

Carlos se acercó hasta la mano para mirarla de cerca.

-Aquí, en la uña del pulgar –dijo mientras lo señalaba-. La media luna de la base de la uña esta rota. Lucía se golpeó hace unos años justo aquí. Se le acabó cayendo la uña. Cuando le volvió a crecer esa media luna se quedó rota –tomó aire-. Estoy seguro, es ella.

-El examen dental y el ADN lo confirmarán –finalizó Duarte

El inspector le puso una mano en el hombro.

-Mañana le llamaré. Sé que es duro. Intente descansar.

Carlos no aguantó ni un segundo más allí y se marchó sin despedirse, dejando atrás a Carmen. Y así desapareció de la sala dejando atrás a Lucía

para siempre. El forense se sentó en una mesa cercana para continuar rellenando el informe antes de iniciar la autopsia. Duarte se sentó en una silla sin dejar de mirar la silueta que dibujaba el cuerpo bajo aquel manto, sin dejar de pensar que quizá no le prestó la suficiente atención en su momento cuando vio por primera vez a Carlos en comisaría. De todas maneras el nivel de descomposición del cuerpo apuntaba que el cuerpo había estado enterrado allí desde el mismo día en que desapareció, así que poco podría haber hecho.

El forense miraba de reojo a Carmen, que todavía estaba allí de pie.

-¿No sería mejor que fuera a ver cómo se encuentra su hermano?

Carmen salió de su letargo y cayó en la cuenta de que Carlos había salido segundos antes de aquella sala. Hizo un leve gesto con la cabeza y salió de allí.

-Inspector –llamó su atención el forense-. No quería decir nada delante de él pero he encontrado restos de piel en las uñas de la víctima.

-¿En la mano que él ha visto?

-No, en la otra mano. Por eso le he enseñado esa.

Duarte olvidó de golpe los pensamientos que le habían inundado segundos antes.

-Le diré al señor Pascual que hay que tomarle muestras para las pruebas de ADN.

Ya habían llegado a casa. Carlos volvía a estar delante del ventanal que daba al jardín. Paula le había traído un café con leche que sostenía en las manos, y a pesar de tenerla detrás junto a Carmen, Carlos guardaba silencio. El móvil sonó en el bolsillo de su pantalón. Lo cogió y vio que era Pablo el que llamaba.

-Es Pablo –dijo en voz alta para que le oyeran las dos.

Se quedó mirando el nombre que aparecía en la pantalla con indiferencia. Silenció el teléfono mientras el nombre de Pablo seguía parpadeando en la pantalla.

Carmen y Paula vieron cómo Carlos no cogía la llamada.

-A parte de Paula, también he avisado a Aída para contarle lo que ha pasado –se excusó Carmen-. Imagino que se lo habrá contado.

Carlos se levantó y se dirigió hacia el mueble. Abrió el cajón donde estaban las cartas, una encima de otra. Las apartó dejando al descubierto un

sobre naranja más grande, del tamaño de un folio. Lo sacó del cajón y lo empujó hasta cerrarlo.

-Ahora vuelvo –le dijo a las chicas mientras se dirigía hacia su habitación.

Cerró el pestillo y se sentó en la cama con el sobre en las manos.

Estaba al otro lado de la ciudad, en una cafetería en la que apenas había cuatro personas más. Carlos estaba sentado en una de las mesas del fondo mirando constantemente hacia la entrada, mientras daba un sorbo a un vaso de agua. Había quedado con alguien a quien no había visto nunca pero que estaba a punto de cambiarle la vida.

Un hombre de unos cincuenta años entró por la puerta. Llevaba un maletín colgado del hombro. Como previamente habían quedado, Carlos le esperaría sentado en una mesa en concreto para saber quienes eran. Aquel hombre se acercó hasta la mesa bajo la atenta mirada de Carlos.

-Señor Pascual, imagino.

Carlos asintió. Aquel hombre se sentó frente a él.

-¿Lo tiene? –Carlos preguntó angustiado.

-Sí.

El hombre abrió el maletín y sacó un sobre naranja, que puso sobre la mesa. Carlos lo cogió.

-¿Puedo?

-Es suyo, lo ha pagado –respondió el hombre.

Carlos cogió el sobre y empezó a abrirlo. Metió la mano y sacó un montón de fotografías. En cada una de ellas aparecía Lucía en decenas de lugares; bares, discotecas, coches, etc. En cada una de ellas había un hombre diferente con ella. En la mayoría estaba abrazada y besándose. A Carlos se le empezó a revolver el estómago, pero continuó pasando las fotos una a una cada vez con más rapidez. Entonces llegó a una en concreto y se detuvo a mirarla con calma. Carlos empezó a negar con la cabeza. El detective que había contratado, no dejaba de mirarle hasta el momento en que Carlos se detuvo en aquella foto. Desplazó su mirada a la foto que había captado la atención Carlos.

-Esa la hice en la casa de su amigo –dijo.

Carlos miraba con atención la fotografía. Se veía medio borrosa por la lluvia, pero pudo distinguir perfectamente la identidad de aquel hombre que a

aparecía semidesnudo de pie frente a un ventanal. Pasó a la siguiente fotografía: el hombre estaba de espaldas pero frente a él estaba Lucía con el torso desnudo.

-Llovía a cántaros pero las caras son bastante reconocibles.

-Ya lo veo –constató Carlos con el corazón encogido.

-Pasó algo curioso aquella noche –dijo el detective captando la atención total de Carlos-. Mientras hacía las fotos alguien salió de la casa a toda prisa.

-¿Aída? –dijo sobresaltado.

-Una chica rubia de baja estatura que llevaba una maleta y que minutos antes había entrado en la casa. Imaginé que se montaría una buena pelea allí dentro. Pero parece que no fue así. La chica parecía estar llorando pero no puedo asegurarlo, ya tenía la cara empapada por la lluvia. Cruzó la calle y se resguardó de la lluvia en la entrada de un garaje.

Carlos se puso a enlazar cosas en su cabeza. *Aída lo descubrió*, pensó. Le extrañaba que no le hubiera dicho nada, aunque quizá no llegara a saber quién era ella.

Aquel hombre sacó del maletín un pequeño portátil, parecía de juguete. Lo encendió mientras Carlos seguía mirando aquellas fotos. Decidió seguir pasando el denso mazo de fotografías. En las siguientes Lucía estaba entrando por la puerta de un hostel junto a un hombre. El detective tuvo el acierto de incluir en cada una, la fecha y la hora a la que se había tomado cada una de las fotografías. En la siguiente, dos horas después de la entrada del hostel, Lucía salía del mismo acompañada del mismo hombre. El mismo que el de fotos anteriores. Carlos no pudo evitar sofocarse al ver que era Pablo el que seguiría acompañando a Lucía en el resto de fotografías. No podía concebir aquello. Su mejor amigo acostándose con su *chica*, como pudo observar en una de las fotos del hostel.

-Tiene que oír esto –dijo el detective sacando unos auriculares y enchufándolos al micro ordenador que había puesto sobre la mesa-. Tenían por costumbre ir a la misma habitación del mismo hostel cada día de la semana. Así que alquilé la habitación el día anterior y coloqué un micro.

Le entregó los auriculares a Carlos e inició la reproducción. Era un fragmento corto, de unos veinte segundos, el tiempo justo que el detective quería que escuchara allí mismo. Carlos juntó sus palmas frente a la nariz, totalmente horrorizado con lo que estaba oyendo.

-Tengo que ir a la policía –dijo Carlos quitándose los auriculares.

-Le advierto que esta grabación en un juicio podría no ser una prueba válida. Las fotografías sí, pero el contenido de la grabación debe ser una información que debe quedarse para usted.

-¿No se la entregaría a la policía?

-Puede hacerlo, incluso puede dar mi nombre, ya me conocen. Saben cómo trabajo. Pero le harán la misma recomendación.

-¿Entonces de que me sirve esta grabación?

-Es lo que usted me pidió. *Saber*. El resto ya es cosa suya. Usted decide qué quiere hacer.

El detective le entregó un pen drive.

-Aquí está el material editado. Hay unas dos horas de conversaciones que le pueden ser de utilidad. Espero que le baste. Los veinte segundos que le he puesto ahora, están en otro archivo, aunque le sabrá a poco cuando escuche el resto.

El detective se levantó de su silla y se dirigió hacia la salida.

Carlos había dejado las fotografías sobre la cama y tenía el pen drive en la mano. Pensó que todo aquel material se le podría volver en contra si la policía tuviera conocimiento de aquello. Sería un móvil perfecto para asesinar a su mujer. Debía guardarlo en un lugar seguro. ¿Quién sabe? quizá era el momento de usar la pala para enterrar todo aquello en el jardín.

En aquel justo momento, el teléfono móvil empezó a sonar. En la pantalla apareció un número excesivamente largo. Intuyó que era el inspector. A Carlos le dio un vuelco el corazón. Descolgó.

-¿Dígame?

-Señor Pascual, soy el inspector Duarte. Perdona que le llame tan tarde pero le he visto irse, lógicamente, alterado; pero quería saber cómo se encontraba.

-Bueno –hizo una pausa-, ver a mi mujer en una camilla de aquella manera. No es lo que esperaba. Creo que todavía no lo tengo asimilado.

Las palabras de Carlos zumbaron en la oreja del inspector de una manera extraña. Cualquiera puede estar en estado de shock por una cosa así, pero aquella manera de expresarse, tras haber perdido a su mujer, solo le transmitía indiferencia.

-También le llamaba por otro motivo. Para poder agilizar la investigación, necesitaría que a algunas personas cercanas a su mujer, incluido

usted, pasaran por comisaría para tomar una muestra de cabello, para posibles pruebas de ADN.

-¿Tienen que hacerlo tan pronto? –preguntó extrañado Carlos.

-Dadas las características del crimen y del hallazgo, el juez ha autorizado todas las pruebas necesarias.

Carlos esperaba, inocentemente, que identificar el cadáver fuera necesario para cerrar aquel tema.

-Está bien, le daré los teléfonos de las personas con las que ella había mantenido algún tipo de relación.

En los minutos siguientes, Carlos le proporcionó al inspector los números de Paula, Carmen, Aída y Pablo. Lucía prácticamente no había mantenido relación con nadie más del entorno de Carlos.

-Le dejaré descansar mañana y el lunes le llamaré –finalizó Duarte.

Si hubiera sido por Carlos ya habría zanjado todo aquello el día anterior pero todavía tenía por delante, pero le quedaban unos cuantos malos tragos más por pasar.

Horas más tarde, a las dos de la madrugada, las rotativas echaban humo como cada noche. La noticia del macabro descubrimiento de un cadáver en el bosque iba a ser la comidilla de los bares, oficinas y consultas. De nuevo, la policía, iba a ser el blanco de los canales de televisión, al acecho de cualquier pista para comunicar al gran público. Y todo partiría de aquella noticia, con una fotografía, fugada de la cámara de algún indiscreto móvil, del cadáver semicarbonizado de Lucía y tapado con una manta térmica, en la que se veía envuelta de agentes de policía, coches patrulla y dos ambulancias. La instantánea era tan tétrica como el titular que la rezaba; *“Una mujer desaparecida es encontrada enterrada en el bosque, quemada y con la cara aplastada”*.

Aquello que Carlos no quiso que trascendiera más que a sus allegados y, desgraciadamente, a la policía, se iba a convertir en un círculo mediático hasta el momento en que encerraran a alguien por aquel crimen. Pero él todavía no iba a ser consciente de la génesis del revuelo.

Al día siguiente, tras confirmarse la muerte de su mujer, casi todos sus amigos y conocidos le enviaron un órdago de llamadas y mensajes. En todo el derecho, apagó el móvil y aquella mañana decidió perderse y que nadie le pudiera localizar. Decidió coger su coche y perderse durante la mañana. Compró una rosa en una tienda cerca de su casa sin reparar que a un par de metros, en el quiosco de al lado, la fotografía de su mujer copaba las portadas de todos los periódicos locales.

Apuntó con el volante hacia las afueras. Recorrió las carreteras que le separaban del rincón secreto que tenía con Lucía, allí donde le sorprendió el inspector. Pensó que difícilmente volvería a seguirle justo cuando empezaba una investigación; aquel señor, a punto de jubilarse, ya no tendría tanto tiempo libre.

Caminó dejando atrás el coche en la carretera, atravesando la perpetua neblina que rezumaba en aquellas tierras, en ocasiones espesa y en otras liviana como la de aquella mañana.

Estaba de pie donde hicieron el amor por primera vez después de comprometerse. Aquel lugar era un hervidero de emociones para él. Posiblemente era el único lugar en el que tenía más recuerdos buenos que malos con ella. Miró con cariño la falda de aquel árbol y depositó la rosa allí.

En lo que no había reparado era de que, como la última vez que estuvo allí, alguien le había seguido. Pero en esta ocasión alguien había sido más cuidadoso, y aprovechando el susurrante y vaporoso sonido del bosque en aquella mañana brumosa, como la anterior, habían camuflado el ruido de los pasos hasta colocarse a escasos cinco metros por detrás de él. Fue entonces cuando una voz femenina le dejó petrificado.

-¿Te gustó mi última carta?

Aquella voz le sobresaltó. Pensaba que estaba completamente solo, aunque lo más extraño era que la voz le era extremadamente familiar. Entonces le aterrorizó saber que estaba a punto descubrir quién le había martirizado durante esas dos semanas. Se dio la vuelta con rapidez. Quedó completamente turbado al verla.

-No me lo has puesto nada fácil –contestó Aída con una monumental aunque contenida sonrisa en los labios.

Carlos empezó la ardua tarea de ordenar todos los sucesos de las últimas dos semanas con una mezcla de desorientación y alivio.

-Has sido tú –afirmó titubeante-. Pero... -las preguntas se agolpaban en su mente-. ¿Cómo has podido falsificar la letra de Lucía?

-No ha sido fácil. Con cuidado y practicando mucho. Te he intentado salvar el culo. Pero ahora no querrás que te lo cuente con detalle ¿verdad?

Carlos la miraba atónito. Aída empezó a acercarse a él.

-Tu mujercita se lo estaba montando con mi hombrecito –dijo sonriente.

Carlos tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular que no tenía ni idea de lo que acababa de escuchar.

-¿Con Pablo? –dijo exagerando.

-Sí. Yo no sospechaba nada hasta que un día les encontré por accidente en casa. En mi propia cama –dijo ralentizando su discurso-. Pablo nunca lo supo, se cree demasiado listo como para pensar que una chica, *su chica*, le fuera a descubrir.

A Carlos le sorprendió la entereza con la que Aída lo estaba contando, y a pesar de que sabía que Lucía y Pablo estaban liados, no supo hasta el mismo día que el detective le mostró las fotografías, que Aída también lo supiera. Una cantidad de información importante, toda de golpe.

-Un día tenía que tomar un avión. Mi vuelo, el que salía a última hora, fue cancelado por mal tiempo y me dieron un billete con el que salí a primera hora del día siguiente. Me fui a casa para darle una sorpresa, pero no le avisé. Al llegar, entré con cuidado para no despertarle. El resto, te lo puedes imaginar.

Aída seguía contando la historia sin perturbarse demasiado. Solo cuando mencionaba a Pablo desaparecía la sonrisa de sus labios.

A Pablo pude reconocerlo, su forma de jadear es muy característica. A ella no la pude reconocer, estaba oscuro y no le vi la cara. Fue al salir de la casa cuando pude ver lo que al entrar no pude observar. Que allí estaba el coche de Lucía. Aquella manera tan chabacana de dejar ver su coche en frente de nuestra casa me pareció de lo más delicado por su parte –apuntilló con ironía.

Ya tenía alguien que podía corroborar lo que el detective le había demostrado. Aída también debía guardar silencio, más en ese momento en que se le venía encima una investigación policial, y en la que él sería el principal sospechoso.

-Ella... -titubeó Carlos.

-No quiero saber nada de lo que hayas hecho –le interrumpió Aída-. Ni siquiera me interesa saber si tienes que ver algo con su muerte. Pero una cosa sí te digo –dejó una pausa dramática en el aire; así está mucho mejor.

Carlos tenía muchas preguntas y todo el tiempo del mundo.

-No entiendo por qué has hecho todo esto.

Aída se dispuso a dar unos pasos alrededor de aquel árbol.

-Casi fue sin querer –dijo en un suspiro-. Aquel viernes Lucía entró en tu coche hecha una furia. Minutos después ella estaba inconsciente, arrancaste el coche y te fuiste. Luego, una hora y media más tarde volviste solo. Y por arte de magia –abriendo las manos-, nadie volvió a verla desde ese momento. El lunes le dijiste a Pablo que Lucía había desaparecido.

Aída se quedó en silencio esperando alguna reacción por parte de Carlos, el cual solo podía escuchar. Ciertamente, alguien le había visto aquella noche. Afortunadamente fue ella.

-Bueno no podrás negarme que no ha sido una coartada cojonuda –dijo ella, sacándole de la confusión, con su sonrisa permanente instalada en su rostro.

-Aquél viernes, ¿me estabas vigilando?

-Sí y no. Esperaba que Pablo viniera del partido contigo, como hacía habitualmente. Pero solo llegaste tú. El desgraciado de mi novio no tuvo delicadeza de avisarme que se iba a ir de cañas. Después vi como *aquella* salía de casa y empezabais a discutir.

Carlos esperaba que Aída no hubiera visto demasiado.

-No sé por qué pero me quedé allí, agazapada tras el volante. Aquello no

me daba buena espina. Arrancaste el coche y al cabo de una hora y media volviste solo y con la ropa llena de manchas de tierra, mientras mirabas compulsivamente a tu alrededor.

Aída le dedicó una sonrisa de complicidad, quería hacerle entender que hubiera hecho lo que hubiera hecho, ella estaría de su parte. Carlos fue consciente de lo que aquella sonrisa significaba.

-Todavía no me has contestado a una cosa. ¿Por qué lo has hecho? A las cartas me refiero.

-Te lo he dicho hace un momento y ni te has enterado.

Carlos pensó por un momento intentando recordar.

-Para que tuvieses una coartada. Si Lucía estaba muerta, tendrías una excusa con la policía, y después de ir a comisaría, ya no podía dejar de enviarlas. No iba a imaginarme que un perro la fuera a descubrir.

-¿Y si hubiera estado viva?

-Tendrías otro misterio que resolver. Qué más da ya.

Aída miró la rosa que había depositado hacía un rato.

-¿Y esta mariconada de traer una rosa a un árbol? ¿Te has vuelto más blando todavía?

-Aquí nos prometimos.

-¿Cómo pudiste ponerme los cuernos? –dijo ella cambiando de tema.

-Yo no te puse los cuernos. Yo insistí en dejarte antes –dijo Carlos receloso-, y te dejé. Nunca debía haberlo hecho.

-Tarde –le replicó Aída fingiendo seriedad-. Hayas hecho lo que hayas hecho no me importa. Esa zorra me quitó lo que más quería -ella se acercó hasta que solo les separaba un palmo-, así que, por mi, que le den.

Por un momento Carlos pensó que iba a besarle, pero ella se detuvo antes de que pudiera ocurrir.

-Ahora me debes dos.

Carlos quedó desconcertado.

-¿Dos qué?

-Dos polvos.

Y así, tan a gusto se dio la vuelta para regresar, sabiendo que Carlos la seguiría. Solo se detuvo un par de segundos más para volver a mirar la rosa. Unos pasos por detrás de Aída, Carlos no dejaba de mirarla de espaldas.

-El lunes tengo que acercarme a comisaría para las muestras de ADN –dijo ella-. ¿De verdad piensas que yo he tenido algo que ver? –preguntó con un dulce descaro.

-Claro que no, pero tenía que decir nombres de personas cercanas que la conocieran, así que tú eras una de las elegidas.

-La lista no debe ser larga –dijo mofándose de Lucía.

-¿Cuándo decidiste mandar las cartas?

-Al día siguiente. Mi intuición no falla y algo me dijo que debía hacer algo. Escribí la primera carta y esperé. Cuando, al lunes siguiente, Pablo me dijo que ella te había dejado todo cobró sentido y supe que aquella carta debía llegar a tus manos.

Carlos seguía intentando colocar las piezas que Aída le iba dando, y aunque le costaba, las iba encajando. Mientras, ella contemplaba aquel lugar envuelto por la bruma e inhalaba ese olor tan peculiar a humedad que regala la tierra por las mañanas.

-Es bonito este sitio. Mira, algo bueno has sacado de esa zorra. ¿Te lo enseñó ella?

-No, la traje yo.

-Así que ya lo conocías y no tuviste narices de traerme a mi cuando estábamos juntos.

-Si quieres partir de ahora te traeré a ti.

Carlos todavía caminaba un par de pasos por detrás de ella, detalle que a Aída le encantaba. Le daba la sensación de sentirse observada y por ende, más atractiva.

-Sí, ya te gustaría. Además ya sabes que soy muy clásica y que prefiero una cama, es muchísimo más cómodo.

-¿Recuerdas aquella vez que fuimos de acampada cerca del monasterio?

-Desgraciadamente.

Carlos frunció el ceño.

-¿Desgraciadamente? ¿No te lo pasaste bien?

-Sí, con todas aquellas piedras clavándose en mi espalda.

-Joder, llevamos una cama hinchable.

Aída se detuvo para girarse hacia él.

-Te recuerdo que no eras tú el que estaba empujando desde abajo, era yo la que estaba rebotando en aquella dichosa cama, y a cada saltito –hizo una pausa para juntar sus palmas y chocarlas entre sí- un ejercito de jodidas piedras se me iban clavando por toda la espalda.

Carlos dejó de ahondar en el tema.

-Por lo menos dormiste bien ¿no?

-Eres único –dijo mientras le miraba como si no tuviera remedio.

Siempre le había encantado ser socarrona con él y ahora que no estaban juntos el jueguito le parecía mucho más sensual. Carlos, por supuesto, le seguía la corriente, para él, aquel *feeling* era excitante, más todavía sabiendo que Lucía no volvería a molestar nunca más.

-Bueno, te traeré a pasar las tardes.

Aquel jueguito dialéctico siempre había estado presente desde hacía años, cuando los dos empezaron su relación. Les encantaba chincharse sin parar ya que sabían que esas pequeñas trifulcas inocentes y graciosas de pareja les llevaba siempre al mismo lugar; un cariñoso revolcón. Era su manera de mantener una chispa constante que, sin darse cuenta, se había convertido en una pieza sana e indispensable de su relación.

-Claro, a pasear al perro que nunca quisiste tener y que siempre me prometías. Olvídalo, mejor me invitas a merendar a tu casa... que hay cama.

Las mariposas volvían a revolotear en su interior. Días antes ya le había ocurrido con Paula y aquello le tenía desconcertado. Las sensaciones nuevas y viejas se juntaban, y no sabía por qué camino debía seguir. Por un momento pensó que, quizás, no era el momento de tener que elegir.

Era domingo, hacía dieciséis días que Lucía había muerto y solo dos que se había descubierto su cadáver y, a pesar de eso, Carlos durmió del tirón toda la noche. Salió de la habitación camino de la cocina donde se encontraba Paula preparando el desayuno, como de costumbre. Esa mañana no iba vestida de deporte como era habitual por las mañanas cuando iba a casa de Carlos. Llegó al umbral de la puerta y la observó por unos instantes. Cada día que pasaba la veía más bonita. *Podría despertarme cada mañana junto a ella*, pensó.

-Buenos días –dijo ella sin darse la vuelta.

Todavía andaba un tanto consternada por la noticia de la muerte de Lucía.

-Buenos días, no sabía si me despertarías.

-Me pediste que viniera, no que te despertara.

Paula tenía el café, el zumo de naranja y las tostadas preparadas en la mesita de la cocina, con una escrupulosidad y elegancia propia de quien quiere agradar. Carlos vio la mesa y se sintió especialmente atendido.

-Te voy a tener que pagar cientos de horas extras.

-Ya sabes que no vengo por hacer horas extras –dijo colocando el plato con las tostadas en la mesa- el tiempo extra que paso en esta casa lo hago porque quiero.

Los dos se sentaron. A pesar de que desayunaban juntos desde hacía pocos días, a los dos les daba la sensación de llevar mucho tiempo con aquella rutina. Se les hizo raro, pero se encontraban muy a gusto así. A pesar de eso les costó seguir hablando. Era difícil encontrar algo de qué hablar. Así que esperaron a que el otro dijera algo.

-Y ¿ahora qué? –rompió el hielo Paula.

-Pues ahora a seguir hacia delante.

Paula esperaba algo más concreto. Imaginaba que se referiría al tema de Lucía, pero en su interior deseaba que le dijera algo respecto a ellos dos. La noche de la cena la había dejado a merced de él, totalmente despojada de razones para no estar siempre allí.

-¿Estás triste?

-No, no estoy triste. No estoy contento tampoco, pero estoy bien.

-Sabes que puedes pedirme lo que necesites.

Carlos observó la tierna mirada que Paula le dedicó. No pudo evitar

enternecerse.

-Solo falta que te ponga una habitación en casa.

Me basta un rincón de tu cama, pensó Paula, aunque sin poder evitar que Carlos entendiera lo que estaba pensando.

-Tengo que contarte algo, pero no puede salir de aquí.

-Soy una tumba –prometió ella.

-¿Tienes idea de quién ha estado enviando las cartas?

Paula se extrañó, había eliminado de su consciencia el tema de las cartas desde hacía un par de días. Negó con la cabeza, temerosa de que sospechara de ella.

-Lo hizo Aída –Paula se quedó boquiabierta a medio masticar una de las tostadas-. No preguntes cómo, pero consiguió engañar a la policía con la caligrafía.

Paula, alucinando con la noticia, continuó masticando lentamente.

-Y ¿eso por qué lo ha hecho?

-Ayer por la mañana me fui a dar una vuelta por el bosque. No me percaté pero me siguió. Allí me lo contó todo. Por lo visto Pablo la había estado engañando con Lucía y después de que desapareciera pensó que así me estaría protegiendo.

Paula meditó sobre la información que estaba a punto de contarle, aun sin saber si él la conocía.

-¿Recuerdas el día de la discoteca? –Carlos asintió-. Viste a Lucía ¿verdad?

-Claro –afirmó convencido.

-¿Solo la viste a ella?

Carlos arrugó el entrecejo, sabiendo que algo se le había escapado.

-Cuando me pediste que la siguiera, sabía que debía llamarte cuando la viera con otro hombre. Pero cuando la vi después de entrar allí, dude en hacerlo –hizo una pausa apartando su mirada de la de Carlos-. Estaba con Pablo. Entonces dude en avisarte. No era lo mismo que la vieras con otro a que la vieras con tu mejor amigo.

Rebuscó en su archivo mental, intentando recordar si le era familiar el hombre que vio en la pista de baile con Lucía. Pero todas las imágenes que le venían a la mente ya estaban sucias con la cara de Pablo. Se levantó sin previo aviso y salió de la cocina. Paula quedó estupefacta, temerosa de haber cometido un error al contárselo.

Carlos abrió el cajón donde estaba el sobre naranja con las fotos del

detective. Lo abrió y empezó a pasar las fotos rápidamente hasta que llegó hasta las de la discoteca. No pudo ver con claridad si el hombre que la acompañaba era Pablo, pero si tuviera que haber apostado, lo habría hecho. Los había tenido, juntos a los dos, a menos de un metro y ninguno de los tres se había percatado de ello. Un hormigueo le subió desde el estómago hasta la garganta mientras apartó su mirada de las fotos. Las volvió a esconder con lentitud, sintiéndose cien veces más engañado que un minutos antes. Guardó el sobre en el cajón y volvió pensativo hasta la cocina donde Paula le estaba mirando con desasosiego.

Se sentó en su silla y pensó largamente lo que estaba a punto de pedirle a Paula, a sabiendas que empezaría a pedirle demasiado.

-Te tengo que pedir que hagas algo por mí.

-Lo que quieras –dijo entregada a él.

-No le cojas el teléfono a ningún número que no conozcas. Tampoco descuelgues el teléfono de casa.

-Claro, ¿pasa algo?

-No, solo que hasta que no vuelva a hablar con el inspector no quiero que por equivocación cojas una llamada suya.

A pesar del día festivo, el descubrimiento de un cadáver provocó que el inspector Duarte quisiera echar unas horas de más. El equipo forense trabajó sin descanso para poder determinar todos los elementos de aquel asesinato. Eran las once de la mañana cuando llegó al hospital a recoger el examen. Llegó a la misma sala donde Carlos había reconocido el cuerpo de su mujer. El médico forense estaba sentado frente al ordenador acabando el informe preliminar.

-Aquí tienes –dijo el médico mientras le daba el informe-. La causa principal parece asfixia, aunque no descartaría el traumatismo craneal.

El forense empezó a relatar el resumen de lo que a primera vista, el inspector iba leyendo.

-No lo entiendo –exclamó Duarte.

-Le rompieron el hueso frontal –empezó a razonar- y aunque el hundimiento del tabique nasal fue el principal motivo de la muerte, todavía podía respirar con dificultad. Eso ocurrió previamente a la combustión. Hay restos de dióxido de carbono y de sevoflurano en los pulmones. Es un anestésico común...

-Sé qué es el sevoflurano –interrumpió duarte para agilizar la narración del forense.

-Eso ralentizó su función metabólica y por consiguiente su respiración. Cuando la quemaron estaba prácticamente muerta. Su respiración se detuvo seguramente cuando la estaban enterrando.

-¿Sabe con qué la rociaron para quemarla?

-Gasolina –confirmó el forense.

Una de las fotografías del cuerpo en el agujero apareció en el informe unida con un clip. El horror que sintió, nubló su capacidad de hacerse las preguntas más obvias pero, tras unos instantes de contemplación, al ver una de las fotos de perfil del cadáver en la mesa de metal, una pregunta surgió sola.

-¿Con qué la han podido golpear?

-Intuyo unas cuatro contusiones. Creo que por un objeto contundente, sin bordes afilados. La podrían haber golpeado con la suela de un zapato, pero no hay marcas. Me decanto por un objeto metálico.

Los cabos empezaban a unirse en el imaginario del inspector y esas pequeñas pistas que en una simple desaparición no tienen relevancia, cobraban sentido en un asesinato.

-¿La misma pala con la que cavaron el agujero encajaría en la descripción del objeto al que se refiere?

-Perfectamente –respondió el forense con contundencia.

Duarte pensó mientras miraba el informe.

-¿Qué hay de los restos en las uñas?

-Es piel humana -confirmó el forense-. Parece que la víctima arañó en algún momento a su agresor, aunque después de más de dos semanas, dudo que este tenga alguna señal del arañazo. Solo tendremos las pruebas de ADN. Los resultados me llegaran en los próximos días con el resto de análisis químicos.

-Creo que mañana mismo tendremos las muestras de las personas que me facilitó el señor Pascual.

-Perfecto.

El informe contenía decenas de folios y fotos, que el inspector prefirió revisar detenidamente en su casa. Justo en ese momento recibió una llamada de uno de los agentes de guardia. Duarte descolgó el móvil.

-Dígame.

-Inspector, debería venir a comisaría –dijo el agente denotando cierto retintín.

-Voy para allá ¿Qué ocurre?

-Ha venido alguien que dice tener información sobre el asesinato de Lucía Catalá.

Veinte minutos después, Duarte entraba por la puerta que daba a su departamento en la comisaría. En la sala había tres agentes en sus ordenadores, cuando allí podían trabajar unos treinta, así que el aspecto era el propio de un domingo; bastante desolador. Uno de los agentes le hizo una señal, a su lado había un chico de unos dieciocho años sentado enfrente y de espaldas al inspector. Vestía unos tejanos y una sudadera holgada con capucha.

-Agente.

-Este es el chico.

-¿Y tú eres...? –dijo dirigiéndose al muchacho.

-Soy Marcos.

-Bien Marcos, me ha dicho el agente que tienes información sobre el asesinato.

El chico, que jugueteaba con un mechero en el bolsillo de su sudadera, titubeó.

-Puedes hablar –insistió Duarte esperando que empezara a hablar.

-Antes que nada, tienen que prometerme que no les contarán nada a mis padres –dijo asustado.

Duarte y el agente se miraron de refilón, habituados a ese tipo de comentarios de jóvenes que han hecho algo que no bebían. El inspector se sentó sobre la mesa del agente.

-Aquí no prometemos nada, muchacho. Empieza a contarnos lo que has venido a contar, sino, ¿por qué estás aquí?

El chico se quedó pensando. Después de tomar el valor suficiente para acudir a la policía, empezó a sentirse acorralado.

-Hace un par de semanas me llamó un amigo. Había conseguido algo de marihuana y me dijo de ir a fumar, así que me pasó a buscar por casa y nos fuimos. Yo no supe donde me llevaba pero me comentó que era un sitio donde no va nadie más que a pegar un polvo con el coche. Salimos de la ciudad y nos metimos en una carretera que daba a un bosque –hizo un pequeño esfuerzo por recordar detalles-. Mi amigo metió el coche por un camino de tierra unos metros, para que el coche quedara escondido, aunque bueno, por aquella zona no pasaba nadie. En eso que nos pusimos a fumar. A mí me dio un colocón

bastante rápido y dejé de darle caladas al porro, pero mi colega siguió. Me dijo que era un rajado y estas cosas que se dicen cuando vas emporrado. La cosa es que al cabo de una media hora mi colega estaba tan fumado que se quedó dormido y yo empecé a despejarme.

El agente y el inspector miraban con desgana al chico esperando que contara lo importante y se dejara detalles intrascendentes. Pero el muchacho no se dio por aludido.

-Así que me preparé otro porro y lo encendí. Mi amigo estaba catatónico así que decidí salir del coche para... ya saben –se quedó mirando a los agentes que le miraban sin entender por donde quería ir-, flipar con la niebla, los árboles y todo eso. Bueno, llevaba un par de minutos allí fuera cuando oí que un coche se acercaba. No le di importancia así que esperé a que el coche pasara, pero el coche se detuvo muy cerca de donde estábamos nosotros. Hasta ahí todo bien, ¿no? Del coche salió alguien que echó un vistazo a su alrededor. Se fue hasta el maletero y de allí sacó un pico y una pala.

Duarte, inconscientemente, empezó a acercarse al muchacho completamente absorto en lo que estaba empezando a relatar. El agente empezó a tomar notas en la hoja que tenía preparada sobre la mesa. “Pico y pala” fueron las palabras mágicas que captaron toda la atención de los dos.

-Entonces entonces el tío empezó a picar en la tierra.

-¿Has dicho “un hombre”? –interrumpió Duarte.

-Sí, era un hombre. Se había puesto detrás del coche así que no lo pude ver bien.

-Espera. ¿Se puso en la parte trasera?, ¿al lado del maletero?

No, el tío estaba junto a la puerta del acompañante. Yo estaba en el otro lado, entre los árboles, por eso su coche me tapaba la vista.

-¿A qué distancia estabas del coche? –insistió el agente.

-No lo recuerdo bien, supongo que a unos treinta metros.

Duarte se quedó en silencio. Bastaba una noticia como aquella en la prensa para que cualquier chiflado quisiera llamar la atención.

-¿No le dijiste nada a tu amigo? –dijo el agente mientras seguía apuntando el en papel.

-No, se habría reído de mí –dijo avergonzado levantando los hombros-. Bueno, yo llevaba una fumada del carajo. Pensaba que me lo había imaginado, a saber de dónde sacó aquella hierba –dijo con una media sonrisa-. Por eso he venido ahora, cuando la noticia salió por la tele. La cosa es que el tío siguió cavando durante una media hora. Yo estaba congelado pero no podía dejar de

mirar. Entonces vi que se acercaba al asiento del acompañante y sacó un cuerpo –los pelos se le pusieron de punta-. Ni me había fijado, parece que tenía el asiento abatido hacia atrás. Y entonces empecé a flipar de la ostia: el tío le dio un palazo... o dos, no lo recuerdo. Fue al maletero, cogió un bidón y volvió para tirar la gasolina o lo que fuera sobre el cuerpo.

Marcos se detuvo para tragar saliva. Recordar todo aquello le había alterado sin apenas darse cuenta.

-Entonces prendió fuego. Todo se iluminó de golpe. Al cabo de un rato empezó a tirar tierra sobre el fuego y se apagó. Luego lo metió todo en el maletero y se fue.

-¿Y qué hiciste? –dijo Duarte.

-Me acerqué, encendí el mechero y vi un montón de tierra removida. Estaba acojonado, no sé ni cómo pude acercarme. Mi colega tardó un rato más en despertarse y luego nos fuimos.

-¿Pudiste ver la matrícula?

-No.

-¿Y el modelo del coche?

-Estaba muy fumado, pero creo que era negro o de un color oscuro.

-¿Podrías reconocer a ese hombre?

-Ni de coña.

-¿Recuerdas qué día fue aquel y la hora?

-Sí, el nueve de este mes. Mi amigo me vino a buscar sobre las ocho así que todo aquello debió pasar sobre las nueve.

Duarte quedó en silencio por un buen rato mientras se acariciaba la barbilla.

-¿Por qué no viniste esa misma noche?

-Si yo hubiera venido esa noche, hasta arriba de marihuana, y les hubiera contado todo aquello... ¿me habrían tomado en serio?

-Por lo menos lo habríamos comprobado.

Marcos les miró a los ojos sabiendo que tenían razón.

-Ya pero entonces no tenía ni idea de si todo aquello me lo habría imaginado, por la fumada me refiero. Si llego a venir y es todo fruto de mi mente, mis padres me habrían currado por mentiroso y por fumeta. No gracias –declaró jocosamente.

-Está bien, déjanos tus datos y mañana te llamaré. Y no te preocupes por tus padres. Pero quiero que vengas para hacerte análisis de orina para ver si sigues fumando, si es así, sí que tendrás que preocuparte por tus padres.

-Venga, no me joda.

-Esa boca –le riñó el agente.

El chico bajó la cabeza. Esperó a que alguno de los dos le pidiera algo más.

-¿Puedo irme ya?

-Sí –dijo Duarte.

El chico se levantó tras dejarle su teléfono y empezó a caminar hacia la salida.

-¿Has hablado de esto a alguien?

Marcos se giró y negó con la cabeza.

-Pues no lo hagas hasta que yo te lo diga.

-Vale.

Desapareció tras la puerta de madera del departamento. El agente se quedó mirando a Duarte.

-¿De verdad le vas a hacer los análisis?

Duarte le miró como si no supiera de qué le estaba hablando.

-¿Estas de broma? Yo me jubilo esta semana. Ya se lo encargará a alguien; a ti, por ejemplo.

-Claro, encima de que me toca currar en domingo, me tendré que poner a recoger meados.

Duarte se fue a casa, el día siguiente iba a ser bastante largo y prefería descansar el resto de la tarde.

Después de disfrutar de otro cálido desayuno con Paula, Carlos decidió pasar por la oficina para informar a Pérez de lo ocurrido. Desde el momento de la salida de su casa hasta la llegada a la oficina, tuvo que compungir un tanto su gesto, no quería que nadie pensara que era otra la actitud de un hombre cuya mujer ha sido asesinada. Al llegar pasó de largo por todas las mesas ignorando la presencia de Pablo, que estaba allí. Este le vio, aunque no tuvo tiempo de reacción, Carlos se metió en el despacho de su jefe. Carlos prefería tener unos días más de *descanso* para poder afrontar aquella situación con más tranquilidad. Pérez no tuvo el más mínimo inconveniente. La charla fue corta y le dejó claro que aquello debía llevarse con cautela y que nadie de la oficina debía conocer demasiados detalles de la noticia. No quería que aquello se convirtiera en la comidilla, aunque aquello ya era inevitable.

Al salir, Pablo estaba esperando impaciente el momento para abordarle. Llevaba días con un comportamiento esquivo con él y eso le empezaba a mosquear bastante. Su mesa estaba junto al pasillo que atravesaba toda la oficina, así que solo tuvo que levantarse y esperar a que llegara Carlos que iba directamente hacia la salida.

-¿Por qué no me has cogido el teléfono en todo el fin de semana? – preguntó asustado Pablo.

-Lo he tenido en silencio, no quería hablar con nadie.

-Aída me ha contado lo de Lucía. Lo siento tío.

-Ya. Ahora no tengo tiempo Pablo, tengo que ir a la policía –dijo Carlos cortándole-. Te agradecería que no contaras nada a nadie, ni siquiera a Andrea.

-Claro. Pero tienes que saber que todos ya lo saben y no dejan de preguntarnos a ella y a mí. Escucha, ¿cuándo podemos vernos? Tengo ganas de hablar contigo –preguntó deseoso de mostrarle un acercamiento hacia su amigo.

-No lo sé, esta tarde tengo cosas que hacer. Ya te llamaré.

Pablo tuvo la sensación de que no lo haría y seguiría esquivándole.

-Yo también tengo que ir por lo de las pruebas. Me han llamado hoy a primera hora...

-En serio, me tengo que ir. Ya te llamaré –dijo Carlos largándose de allí dejando a Pablo con la palabra en la boca.

Pablo se quedó mirando como salía por la puerta de la oficina. Una vez más se quedó sin poder compartir ni dos minutos con su amigo, al que echaba de menos y con el que tenía la sensación de que le hubieran cambiado por otro. Simplemente, Carlos había interpuesto entre los dos un muro de cinco metros de altura.

Carlos estaba de camino al ascensor cuando tuvo una corazonada, algo que no era propio de él. Cogió el teléfono y llamó.

-Dime –contesto Paula.

-Paula, ¿dónde estás?

-En mi casa.

-¿Puedes dejar lo que estés haciendo y volver ahora a la mía?

Carlos parecía haberle inundado, en un instante, una fuerte impaciencia.

-Claro.

-Te veo allí. Date prisa.

Carlos no tardó más de quince minutos en llegar a casa, en la que ya esperaba Carmen. Los dos esperaron a que llegara Paula que lo hizo tres minutos después de Carlos. Llegó jadeando como si hubiera venido corriendo desde su casa. Al entrar, le esperaban sentados en las butacas del salón.

Ni Carlos ni Paula repararon en que el inspector esperaba sentado en su coche, aparcado en la acera contraria, justo en frente de la casa. Los vio entrar en casa con urgencia, lo cual le causó cierta inquietud. En ese preciso instante recibió un mensaje. Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y lo leyó: <ya lo tengo, estaré allí en quince minutos>. Escondió el móvil y se recostó sobre el asiento.

-¿Qué ha pasado? –dijo Paula recuperando el aliento.

-Siéntate –respondió Carlos.

Paula se asustó. Ninguno de los dos parecía muy tranquilo.

-La policía no solo os va a tomar muestras de cabello. Seguramente también os van a tomar declaración.

-¿Saben quién lo ha hecho?

-No –respondió Carlos con mucha tranquilidad.

-¿Y qué quieren que declare?

-No lo sabemos. Nos harán algunas preguntas. A ti y a mí para empezar.

-¿Te acuerdas de lo que hiciste la noche que desapareció Lucía? – preguntó Carmen.

-Sí, fui al cine. Sola.

El silencio se hizo presente. Carlos se quedó mirando al suelo sin saber como formular la pregunta. Con mucha cautela empezaron a salir las palabras de su boca.

-Me gustaría pedirte algo.

Carlos se tomó unos segundos para continuar.

-Podrías...

-Diré que estuve contigo.

Carlos y Carmen reaccionaron al unísono mirándola. No supieron si su sorpresa fue por la rápida reacción de Paula o porque había entendido a la perfección lo que estaba a punto de pedirle Carlos.

-Diré que pasé contigo toda la noche.

Carlos no podía transmitirle más amor con una sola mirada.

-No quiero que te la juegues si no estás segura de lo que vas a hacer, ni de lo que ello supone.

Paula le devolvió la mirada. Una llena de ternura, aquello era lo más parecido a un compromiso o a una declaración de amor.

-Yo diré lo mismo si tú dices lo mismo.

Carmen miraba estupefacta aquel cruce de declaraciones, casi empalagosa. En ese momento cayó en la cuenta. Si su hermano se había liado con alguien, esa debía ser Paula. No podía estar más claro.

-¿Estáis completamente seguros de lo que vais a hacer? –interrumpió Carmen, mientras Carlos y Paula asintieron mutuamente sin dejar de mirarse.

Solo tuvieron que concretar entre los dos cuál era la versión que iban a dar a la policía.

-Yo no tengo otra coartada –insistió Carmen un tanto alarmada.

A través del retrovisor, Duarte pudo ver como un coche patrulla de la policía nacional aparecía al final de la calle. El coche se detuvo en la entrada de vehículos de la casa de Carlos, momento en que Duarte cerraba la puerta del suyo.

Carlos acompañó hasta la puerta a Carmen. Ahora estaban más unidos que nunca. Ella le susurró para que paula no pudiera oírla.

-¿Qué pasa... -Carmen dudó en continuar- si encuentran algo que te pueda

incriminar?

Carlos fijó sus ojos en los suyos sin contestar. No le dijo nada. Carmen entendió con aquella mirada que todo lo tenía bajo control. Le pasó la mano por la mejilla. *Espero que sepas lo que estás haciendo*, pensó. Se dio media vuelta y abrió la puerta. Para su sorpresa en la puerta estaba el inspector acompañado de dos agentes de uniforme. El corazón se le aceleró de golpe.

-Buenos días señorita –anunció Duarte.

-Buenos días –repitió Carmen, completamente bloqueada.

Carlos aguantaba la puerta y a Duarte le dio la impresión de que le estaba esperando. Carmen se giró hacia su hermano con la intención de decirle algo pero este se apresuró para que no lo hiciera.

-Vete, luego te llamaré.

-¿No irá a detenerle verdad? –preguntó Carmen.

Duarte no pudo evitar que se le escapara una minúscula sonrisa.

-No, solo vengo a hacerle una visita de cortesía.

Aquella respuesta no la convenció ya que cuando la policía aparece en manada en tu casa, lo último que buscan es cortesía. Volvió a girarse hacia su hermano que esta vez le concedió una bajada de barbilla.

-Pase inspector –dijo Carlos.

Carmen se alejó mirando de reojo como la policía entraba en la casa.

Carlos miró a los agentes esperando a que Duarte dijera algo.

-¿No vienen a detenerme?

-¿Por qué tendría que hacerlo? –dijo con semblante serio-. Solo vengo con una orden del juzgado para llevarme la pala y el pico de su jardín.

-No hace falta.

-¿Cómo dice? –preguntó extrañado.

-Que no le hacía falta una orden. Bastaba con que me la pidiera, no tengo ningún problema en dárselos. Yo soy el primer afectado en esto y quiero que se esclarezca lo antes posible –dijo con toda tranquilidad mientras se giraba para ir hacia el jardín.

-La primera afectada es su mujer, que ha aparecido muerta en un hoyo al borde de una carretera –dijo Duarte con dureza.

Carlos siguió caminando como si no le afectaran aquellas palabras. El inspector esperaba que algún tipo de reacción surgiera, pero no fue así. Llegaron al jardín y el inspector indicó a los agentes donde estaban las herramientas que debían recoger.

-¿Sabe ya quién ha sido quien le ha mandado esas cartas? –dijo mientras

los agentes metían la pala y el pico en bolsas transparentes.

La pregunta pilló completamente desprevenido a Carlos, que no pudo ocultar su sorpresa.

-Porqué está claro que no fue su mujer –Carlos negó con la cabeza-. Antes de que me suelte alguna ocurrencia quiero que piense en ello. Ahora mismo no es lo que nos atañe, pero quiero que sepa que si no sacamos algo en claro en las próximas fechas, no podré evitar que todo el mundo le apunte con el dedo hacia usted.

Los agentes salieron del jardín en dirección al coche patrulla mientras Duarte acababa su conversación.

-Queda claro inspector.

-Bien –dijo con voz trémula cuando Duarte ya se metía en la casa.

Paula, escondida en la cocina, pudo intuir la inquietud de Carlos solo con oír las palabras del inspector. Esperó a que saliera por la puerta para salir al encuentro de Carlos que se había quedado petrificado junto a la puerta de cristal, desmembrado tras las *amistosas* amenazas de Duarte.

Tan solo unas pocas horas después, Paula estaba citada para declarar en la comisaría. Subía los escalones de la entrada mientras se cruzaba con algunos agentes que salían. A pesar de estar bastante tranquila, no pudo evitar que un escalofrío le subiera por toda la espalda. Tan solo esperaba haber cuadrado en su cabeza toda la información que Carlos, Carmen y ella habían pactado. Preguntó, a un agente con el que se topó por los pasillos, dónde podría encontrar al inspector Duarte. La acompañó traspasando la puerta de madera que daba paso al departamento. Una vez allí le señaló donde se encontraba el inspector; justo al final del pasillo de mesas, en su despacho junto a un agente de la policía científica. Bajo la atenta mirada del inspector, que la vio justo cuando entraba, Paula atravesó la amplia sala llena de agentes sentados en sus mesas. El simple hecho de saber que iba a mentir a un policía, hizo que la culpabilidad se apoderara de ella rodeada de tantos agentes. Cerca ya de su despacho, Duarte le hizo una seña para que entrara. Paula tomó aire profundamente antes de abrir la puerta.

-¿Se puede?

-Claro, siéntate.

Paula miraba de reojo al agente que estaba junto a la mesa, que empezaba a colocarse unos guantes de látex. Duarte se puso sus gafas.

-El agente te va a tomar una muestra de cabello. Mientras, si no te importa, me gustaría hacerte unas cuantas preguntas.

Carlos había acertado, aquella cita para las muestras no se iba a quedar en una saludo y una despedida.

-Será una charla informal, así que no te preocupes.

-Con usted cualquier cosa puede pasar –dijo Paula quitándose los nervios de encima.

Recordaba la última charla que tuvieron en la cafetería, cuando le preguntó el motivo de por qué ella estaba escribiendo las cartas. Esperaba, de un momento a otro, alguna pregunta belicosa. El agente se acercó a ella preparado para extraer la muestra.

-Esto no le molestará demasiado –dijo el agente.

-Vamos a ver –empezó el inspector-, la noche del pasado viernes nueve de abril, ¿dónde estuviste?

-Estuve toda la noche con Carlos.

Duarte la miró por encima de las gafas. No esperaba una respuesta tan directa y típica nada más empezar. Aquello le empezaba a oler a relato preparado. Solo tenía que seguir indagando para buscar algún detalle.

-Estuviste con él toda la noche –repitió Duarte.

Duarte soltó su bolígrafo, se recostó en el respaldo y se cruzó de brazos. Sabía que si ella empezaba a defender a Carlos con tanto descaro, él debería empezar a intimidarla.

-Cuéntame.

-Llegué a casa sobre las siete para preparar la cena como de costumbre - empezó a relatar Paula-. Carlos acababa de llegar de su partido de fútbol semanal. Todavía no se había duchado y seguía con la ropa de deporte todavía puesta. Estaba bebiendo en el sofá, llorando. Me contó que había discutido con Lucía porque no tenía la intención de dormir en casa, que se iba con otro.

El agente de la científica ya le había extraído los cabellos para las pruebas y ella ni siquiera se dio cuenta, totalmente concentrada en su relato. Se sorprendió al ver que al agente ya estaba recogiendo un par de sus cabello en un tubito de plástico. Duarte esperó a que el agente saliera del despacho.

-¿Sabes quién es el otro? –preguntó Duarte.

-No, la cuestión es que me quedé con él para que se desahogara.

Duarte la miró detenidamente. Paula supuso que el inspector la había malinterpretado.

-Es decir, en el buen sentido, ya me entiende.

-La cuestión tengo que decidirla yo, ¿no crees?

Paula se dio cuenta de que estaba anticipando el relato de los acontecimientos. Así que decidió tomárselo con más calma. Duarte esperó, con una ceja levantada, a que continuara.

-Siguió bebiendo toda la noche, le dije que lo dejara, pero no hubo manera. Nos quedamos hablando bastante rato hasta que al cabo de unas horas se quedó dormido –tomó aire-. Conseguí llevarle hasta la cama, Yo me fui al sofá y allí me dormí. No me atrevía a dejarle solo.

Duarte volvió a coger el bolígrafo para empezar a apuntar cosas. El relato empezaba a chirriarle un poco menos.

-¿Temías que hiciera alguna locura?

-Cuando tu pareja te deja, se agradece que alguien se quede a tu lado. ¿No cree? Me quise quedar para que tuviera alguien cerca.

-Así que crees que le había dejado.

-Le dijo que se iba con otro. Está claro que no se llevaban bien, pero

Carlos siempre había mantenido la esperanza de que ella cambiara.

Duarte se quedó mirando los papeles donde estaba apuntando las cosas relevantes que le estaba contando.

-¿No te estarás inventando todo esto para ayudarlo?

-Ya me conozco sus intentos inspector –dijo sonriéndole-. Pero la respuesta es no. Estuve con él. Lucía se fue con otro y dejó a Carlos completamente destrozado.

-Te voy a decir una cosa –dijo con semblante serio-. Piensa bien cualquier cosa que me cuentes, porque como la cosa se ponga más seria de lo que está, como que Carlos Pascual sea acusado de asesinato en primer grado, y luego sepa que le has estado encubriendo, serás cómplice. Imagino que eres consciente de eso.

Ese tipo de intimidación inocente siempre le había funcionado muy bien en los interrogatorios, aunque aquello no lo fuera. Ella asintió un tanto asustada.

-¿Cómo sabes que Carlos te había dicho la verdad sobre el comportamiento de su mujer?

-Porqué sé... sabía que Lucía tenía aventuras con otros hombres. Por eso no dude en creerle.

Duarte sabía que si la chica le estaba contando la verdad, ahora vendría un plato jugoso.

-¿Sabías? Ya estás tardando en contármelo –dijo Duarte con mucha lentitud.

Paula volvió a coger aire, eso se lo sabía a la perfección.

-Una tarde estábamos los tres en casa. Yo preparaba la cena y Carlos miraba la tele. Lucía salió de casa bien vestida, con un vestido muy provocativa, de esos que dejan poco a la imaginación. Carlos me dijo que sabía dónde iba y me pidió que fuera a mi casa, me arreglara y fuera a una discoteca. Supongo que ya la habría seguido en alguna ocasión y sabía dónde iría.

-¿Y lo hizo?

-Sí. Tenía bastante miedo de que me pudiera ver. Así que fui a la discoteca y me quedé en una barra mientras empezaba a buscarla.

-¿Y la viste?

-En la pista de baile. Estaba muy *concentrada* bailando con un tío. Ni se percató de que estaba allí, y tampoco parecía preocupada porque nadie le reconociera.

Duarte escuchaba con atención a cada detalle que salía de la boca de Paula, que relataba la historia con asombrosa fluidez.

-¿Avisaste a Carlos de lo que viste?

-No, tenía pensado hacerlo pero en ese momento comprendí que le iba a hacer daño –hizo una breve pausa para mirar hacia otro lado-. La idea era que le avisara si veía algo interesante, es decir con otro tío. Y de hecho me fui de su casa convencida de ello, pero no fue hasta el momento que la vi allí con otro hombre que me di cuenta que iba a ser un shock para él. Así que no lo hice.

La mentira empezaba a tomar forma. Aunque Paula iba relatando los sucesos, en su mente reaparecía Carlos entrando en la discoteca y descubriendo a Lucía.

-¿Qué le dijiste?

-Le dije que la vi con un par de chicas más.

-¿Pudo ver quién era el hombre que estaba con Lucía?

-No, ya me costó lo mío verla en medio de la pista. Imagínese en mi situación, intentando encontrar a alguien sin saber a quién buscas.

El inspector escrutaba cada ligera mueca que surgía de la cara de Paula. Nada le pareció sospechoso. Lo cual ya le parecía sospechoso de por sí.

-Volviendo a la noche de la desaparición. ¿Tenía planes para aquella noche?

-Tenía pensado ir sola al cine o quedar con algunas amigas de la facultad, pero al ver el percal preferí quedarme con Carlos. De todas maneras todavía no había concretado nada con nadie.

Duarte recibió un mensaje en su móvil; “adn masculino en uñas víctima Lucía Catalá”. Por un momento olvidó que tenía a Paula allí en frente, y toda su atención se fue al momento del asesinato. Supuestamente no había sido una mujer. El testimonio de Marcos empezaba a confirmar alguna cosas. Ya se imaginaba que para mover un cuerpo de unos sesenta kilos de peso, una mujer debía estar muy en forma. La opción más plausible era la de un agresor masculino. A todo ello se juntaba que un crimen de aquellas características era propio de un hombre; algo violento, visceral, con un claro uso de la fuerza. Las mujeres tenían otros métodos de cometer un crimen; el veneno era la más usada. No cuadraba una paliza, la incineración, ni tampoco un enterramiento. Carlos era su principal sospechoso a priori. Pero Paula estaba allí, tirando por tierra su opción más clara. Así que continuó escuchando sus divagaciones mentales, o al menos intentando desmontarlas.

-Perdone –dijo intentando recordar por donde iba-. Usted pasaba muchas horas a la semana en aquella casa, ¿verdad?

-Solo las necesarias. Carlos me avisaba el día anterior de lo que necesitaba. Sí que tenía unas horas a la semana fijas para limpiar.

-Si tuviera que decirme una media de horas semanales, ¿cuántas serían?
Paula contó mentalmente.

-Pues calculo que unas veinte horas a la semana.

-Y en los días o semanas previas, ¿no vio nada que le hiciera sospechar que Lucía Catalá fuera a irse de casa?

Paula tuvo que pensar durante unos segundos, qué es lo que podía o no decir. No tenía repuestas preparadas ni pensadas para ese tipo de preguntas y Duarte lo sabía.

-Supe que las últimas semanas las discusiones en casa habían sido mucho más violentas. Carlos nunca le hubiera puesto una mano encima, cosa que yo hubiera hecho en su lugar, así que no tenía ni idea de cómo iba a acabar aquello. Creía que en algún momento sería ella la que le mandaría a paseo. Y así ocurrió.

-¿Cuándo fue la última vez que viste a Lucía?

-El día que desapareció Lucía, ella se fue a trabajar sobre las nueve y media, y yo me quedé preparando la comida para los dos. Ni siquiera se despidió de mí. Ya le dije que no podía ni verme. Después de eso no la volví a ver, ya no volvería a casa hasta la tarde cuando me encontré a Carlos.

El seguía apuntando cosas en su libreta. Paula intentaba, disimuladamente, escrutar qué era lo que estaba apuntando.

-¿Qué tal es tu relación con su hermana?

-¿Cómo sabe que tengo una hermana? –preguntó inquieta.

-Perdona, quiero decir con la hermana de Carlos.

Paula respiró aliviada, por un momento pensó que estaban indagando en su vida privada.

-Buena, conmigo es discreta y educada. Estas semanas, desde la desaparición, ha estado más tiempo por casa.

-Lógico –puntualizó Duarte-. Y ya para acabar; ¿quién crees que ha podido cometer el asesinato?

No supo que contestar. Sus ojos bailaban de un lado al otro intentando encontrar alguna respuesta a esa pregunta que, hasta el día anterior, no se había planteado.

-No sabría decirle. No puedo concebir que alguien haga algo así.

-¿Alguien del entorno de Carlos?

-No sé quién tendría motivos para hacerlo.

Acabó de apuntar un par de cosas más en la libreta.

-¿Y las Cartas?

Duarte volvió a pillarla.

-Pues, hasta el viernes pensaba que había sido Lucía, aunque lo que le escribiera no tuviera mucho sentido. Pero va a ser que no.

-Ciertamente –dijo el inspector mirando su libreta-, va a ser que no. Pues por mi parte ya hemos acabado. Si necesito volver a hablar contigo, te llamaré.

-Claro –respondió aliviada al ver acabada la conversación-. Hasta luego inspector.

Paula se levantó y salió del despacho. Duarte miraba cómo se alejaba mientras cogía su móvil. Llamó al forense esperando que le diera alguna información más. El siguiente iba a ser Carlos, que llegaría en cualquier momento. El forense contestó la llamada.

-Inspector.

-¿Sabemos algo más?

-¿Además del ADN? Tan solo que la víctima debió propinarle un buen arañazo a su agresor. No hay sangre pero sí un buen pedazo de piel en dos de las uñas. Sobre la combustión le puedo decir que la rociaron con gasolina sin plomo antes de prenderla fuego. Hay restos de la misma en su esófago y sobre todo en su estómago. Seguía viva cuando lo hicieron, ya que se le cerró la epiglotis como acto reflejo.

Duarte apuntaba con rapidez.

-De acuerdo, hoy deberían llegarte las muestras de Carlos Pascual, de Paula Fernández y de... -buscó en su libreta el nombre de la hermana de Carlos-, Carmen Pascual. Mañana tendremos más.

-Una cosa Duarte.

Ya estaba dispuesto a colgar el teléfono, cuando retornó el auricular a su oreja.

-Estuve pensando en aplastamiento de los huesos faciales de la víctima.

-Le escucho –dijo Duarte.

-Al encontrar el cadáver justo al lado de la carretera, ¿ha pensado que quizá usaron una de las puertas del coche para golpearla?

Pensó por un momento que era una opción más que válida.

-Tendremos que ver un par de coches entonces. De todas formas la científica tiene una pala que encontramos en casa de la víctima.

-Solo era una sugerencia, inspector.

-Gracias doctor.

Lucía podría tener amigos, amantes, personas desconocidas para Carlos de una vida paralela que al parecer tenía. Si ninguna vía alternativa de investigación, debía centrarse en el entorno de Carlos, lo cual le ponía a él en el centro de todo. Un marido sumiso y tranquilo, al parecer, maltratado psicológicamente por su mujer. Cuando aparecía una mujer muerta que vivía en una situación de maltrato, la víctima solía aparecer en su casa. Pero Lucía Catalá apareció drogada, golpeada, calcinada y enterrada en una fosa improvisada a la vera de una carretera poco transitada. Aquello no era común, ni mucho menos propio de un marido que era poco más que *una mosquita muerta*. Después tenía el lugar del hallazgo del cadáver; no había huellas claras, ni siquiera de un vehículo. Tan solo una amalgama de partes de huellas de neumáticos, sobre una tierra ligeramente húmeda, que la policía científica intentaría descifrar. El espacio entre el asfalto y la fosa en la que se encontraba Lucía Catalá llegaba a penas a los dos metros, y quien la enterrara allí habría necesitado espacio para moverse. Tampoco se encontraron huellas de zapatos, por lo visto el autor del crimen había sido lo suficientemente cuidadoso como para remover la tierra por la que había pisado. Si no había sido el marido, aquello tenía pinta de ser obra de un psicópata. El autor, incluso podría no conocer a la víctima. Las cartas podrían haber sido escritas por la misma Lucía bajo coacción. Todo era demasiado confuso y Duarte ya debería de haber dejado el cuerpo de policía para empezar disfrutar de su merecido retiro. Y allí estaba, el primer día de su jubilación intentando comprender que demonios había sucedido con aquella mujer.

Una hora más tarde apareció Carlos, con buen aspecto, por comisaría. Le acompañaba Carmen. La apariencia de Carlos no era la que suele tener un hombre en su situación. Al verlos llegar, Duarte llamó por teléfono a los compañeros de la científica para que vinieran a realizar la toma de muestras. Carlos entró directamente en el despacho acompañado de Carmen.

-Buenas tardes inspector.

-¿Cómo se encuentran? –dijo mientras se levantaba.

-Mejor –respondió Carlos-, más tranquilo.

-Si no le importa –dijo dirigiéndose a Carmen-, quisiera hablar un momento a solas con su hermano. Serán solo un par de minutos.

Muy cortésmente Carmen asintió y salió del despacho. Uno de los agentes de uniforme le indicó a Carmen que se sentara junto a su mesa mientras esperaba.

-Siéntese por favor –dijo Duarte señalando una de las dos sillas que tenía enfrente. -¿Cómo se encuentra hoy?

-Bien, dentro de lo que cabe.

-Ahora vendrán a tomarle la muestra para las pruebas de ADN. Si me permite me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

-Contaba con ello –respondió Carlos con toda naturalidad.

Carmen, con mucho disimulo, echaba miradas de reojo al despacho del inspector.

-Tengo los informes preliminares del forense y de la científica.

Carlos evitó mirarle directamente. No parecía tener intención de escuchar los detalles escabrosos que Duarte estaba a punto de relatarle. El agente de la científica entró por la puerta con su maletín.

-Si no quiere saber nada al respecto no hace falta que los escuche.

Carlos pensó por unos momentos en silencio mientras se llevaba la mano a la boca.

-Será mejor escucharlo de usted que por cualquier otra persona. Mejor que sea el primero en saber lo que me tiene que decir.

Duarte sabía que no debía ser brusco con la información que estaba a punto de desvelarle. A la vez debía estar atento de cualquier reacción de Carlos. El agente se acercó hasta Carlos para la extracción de la muestra.

-Hemos encontrado restos de piel en las uñas de Lucía.

La cara de Carlos cambió por completo, el asombro se apoderó de él, dato que Duarte no supo bien como interpretar.

-Por favor, no se mueva –dijo el agente.

-¿Saben de quién son? ¡Au! –exclamó cuando el agente le quitó varios cabellos de la cabeza de golpe.

-Todavía no, por eso necesitamos muestras de ADN de personas conocidas por ustedes dos. Si no hay resultados positivos las cotejaremos con nuestra base de datos. Si hay alguna coincidencia lo sabremos esta misma semana.

A pesar de la experiencia de Duarte en aquellas situaciones no dejaba de

sentirse un tanto incómodo por dar determinadas informaciones sensibles.

-Bueno, parece que la autopsia ha determinado que su mujer murió a causa de las quemaduras en buena parte de su cuerpo.

Carlos, incómodo, se retorció en la silla escuchando aquello. No le hacía ninguna gracia pero prefería saberlo, como el que mira esas imágenes por televisión “que pueden herir la sensibilidad de los espectadores”.

-Por otro lado, no parece que ella fuera consciente durante la combustión –dijo mientras empezaba a leer el informe-. El forense ha encontrado restos de varios fluorometilos. Posiblemente sevoflurano; es un gas anestésico. Parece que la sedaron, así que probablemente no fue consciente de nada, por si le consuela.

-Joder –dijo Carlos en voz baja.

-¿Tiene idea de quién pudo hacerle esto?

Carlos negó con la cabeza.

-Eso mismo iba a preguntarle yo a usted.

-¿Alguien que quisiera hacerle daño?, ¿algún enemigo?, ¿algún amante vengativo? –buscando en la inexpresiva mirada de Carlos.

-Mi mujer se iba cada semana con uno diferente. No tengo ni idea de si estaba metida en algo ni con quién.

El agente que había recogido las muestras y las había escondido en su maleta, salió por la puerta. Se detuvo junto a Carmen que disimulaba no prestar atención a lo que ocurría al otro lado de la puerta. Sacó otro tubo de plástico y se dispuso a extraer un par de cabellos de Carmen.

-Comprendo que esté afectado pero cuanto antes podamos aclarar ciertas incógnitas, antes acabará todo esto –Duarte no le quitaba mirada-. ¿Dónde estaba la tarde-noche del pasado nueve de abril?

Carlos se sorprendió por la pregunta propia de un acusado.

-¿Soy sospechoso?

-Todavía no Carlos, pero tenemos que atar cabos y corroborar las versiones de cada uno de ustedes, sobre lo ocurrido aquella noche.

-Estuve en casa con Paula.

-¿Toda la tarde?

-No, por la tarde estuve jugando un partido de fútbol de seis a siete. Luego vine a casa y me quedé con ella.

-¿Solían quedarse solos muchos días?

-No, solo aquel día.

-¿Qué hicieron?

- Yo le dije que se fuera a su casa pero no quiso dejarme a solas. Tuve un mal día y ella se ofreció a quedarse.

-¿Para echar un polvo?

Carlos no podía creer que las preguntas fueran por ese derrotero. No le gustó el tono en que lo hizo.

-Cuando llegué sobre las siete y cuarto, Lucía me esperaba para decirme que se iba. Se puso violenta cuando le pregunté que dónde iba. Me dijo que esperaba no volver a verme nunca más, que ya no aguantaba más y que se iba con otro hombre. Por supuesto no le pregunté quién era.

-¿Porqué nunca me dijo nada respecto de esa conversación? Me dijo que aquel día no volvió a casa y que ya no la volvió a ver más.

Carlos empezó, demasiado pronto, a buscar respuestas que no tenía preparadas.

-No creía que viniera al caso. Pensaba que me había dejado por otro y punto. Nunca hubiera imaginado que ella acabara muerta.

-¿De verdad que no tiene nada con su asistente?

Carlos empezaba a mosquearle que sacara en la conversación a Paula en ese sentido.

-¿A qué viene esto?

-Por lo que cuenta es la conclusión a la que llegaría cualquiera.

-Cualquiera que estuviera sentado en esa silla –respondió Carlos señalando la silla del inspector con la barbilla.

-¿Le atrae sexualmente su criada? –insistió Duarte.

Si quería salir airoso de aquella *conversación* debía seguir el juego del inspector con toda la calma que pudiera. Tenía las de perder si se alteraba ante sus preguntas. El inspector solo buscaba que Carlos desatara su parte más emocional, al empezar a ver que las versiones de Carlos y Paula iban en la misma dirección.

-Contésteme –preguntó Duarte con más cordialidad en su tono que en su mirada.

-Paula es una chica atractiva...

-Yo diría que demasiado atractiva –interrumpió el inspector.

Iba a ser presionado, así que Carlos tomó aire.

-Paula es una chica muy atractiva. No me excita a pesar de estar muy buena –Carlos empezó a hablar claro-. La cuestión es que con ella cerca me siento mejor, mucho mejor de lo que me hacía sentir mi mujer.

-Bien, esa era la sinceridad que quería oír.

-Por cierto, no es mi criada, es mi asistente y mi amiga.

-Lo que usted me diga.

Duarte volvió a la actitud sería de antes.

-Por cierto, ayer vino a verme un alguien que dice que fue testigo del asesinato o por lo menos del enterramiento.

Carlos fue noqueado al instante y dejado fuera de combate. Tuvo una necesidad irrefrenable de buscar a su hermana con la mirada pero consiguió contenerse. Duarte contempló como su cara se desencajaba. *¿Estaría a punto de derrumbarse?* Pero algo extraño ocurrió. La lucidez de Carlos apareció haciendo que una sensación de calma absoluta se apoderara de él. Su lánguida mandíbula que había quedado descolgada de su cara, empezó a subir para cerrar su boca. Se colocó en la silla y cruzó las piernas con confianza.

-No debió ver mucha cosa si todavía no han detenido a nadie.

-La verdad es que no es tan sencillo, pero ciertamente no pudo decir mucho. Estaba por la zona fumándose unos porros, así que con ese tipo de testigos hay que tener mucha cautela. Pero volvamos a lo nuestro, si le parece. ¿Sabe quién es ese hombre con el que se fue?

Carlos se quedó pensando en ese chico que, supuestamente, lo había visto todo.

-Señor Pascual –dijo interrumpiendo los pensamientos de Carlos.

-No –tragó saliva-, aunque era ya la enésima vez que, sin intención de ocultarlo, se iba de casa para irse con algún hombre.

La cosa se ponía interesante, pero no le bastaba.

-Explíquese.

-Muchas noches dormía fuera de casa o llegaba por la mañana y se echaba a dormir siete u ocho horas. No dormía en casa de ninguna amiga y sus padres viven en otra ciudad. Además muchos días ya me dejaba claro que no iba a dormir en casa.

-Así que su vida en pareja, no tenía nada de pareja.

Carlos volvió a negar con la cabeza.

-Quería creer que algún día cambiaría.

-¿Cambiaría?

-Ella no era así. Al principio todo era muy diferente, era una chica encantadora. Podría haber enamorado a cualquiera. Pero luego todo cambió.

Duarte escuchaba con mucha atención mientras apuntaba notas sin parar.

-Mi madre cayó enferma y Lucía se distanció, parecía no tener interés por el mal trago que pasábamos en la familia. Al poco tiempo murió y yo empecé a

visitar un psicólogo y luego me derivó a un psiquiatra. Cuando empecé a mejorar, Lucía ya estaba a años luz de mí. Me estaba dejando claro que lo primero para ella, era ella misma. Pero tampoco me demostró que quisiera separarse.

-¿Ve ahora la muerte de su mujer cómo el único final posible de su relación?

-Verá inspector. Yo adoraba a mi mujer, y cuando tu relación se transforma en lo que yo he vivido, llega un punto en que lo único que quieres es que la situación cambie por completo. Es igual si la solución es que ella tuviera una aventura o si la solución pasaba por un consejero matrimonial. Ella ya no me quería. De hecho pienso que nunca lo ha hecho. Ahora, encajando piezas, solo me puedo preguntar por qué quiso estar conmigo.

-Su patrimonio es considerable, ¿no es así? A lo mejor solo buscaba eso.

-Como ya le he dicho, ella podría embaucar o enamorar a cualquiera. Podría haberse ido a buscar a cualquier ricachón podrido de dinero. No entiendo por qué fui yo. En nuestros buenos tiempos se llevaba bien con casi todo el mundo. Nunca salía de fiesta sino era conmigo, pasábamos mucho tiempo en casa. La mujer con la que he convivido estos últimos años... simplemente, era otra mujer diferente.

-Y ¿nunca han querido tener hijos?

-Yo sí, aunque no la veía como una buena futura madre. No así como con Aída, mi antigua pareja. Ella sí que sería una buena madre, y realmente me arrepiento de haber dejado pasar una persona así en mi vida.

-Y ¿ella quería?

-¿Lucía?

Duarte asintió.

-“Ahora no”, era lo que decía siempre. Me dejó claro que le apetecía – dijo entonando con ironía-, y que yo era el hombre perfecto para tener un hijo con ella.

Duarte dejó el bolígrafo sobre la mesa después de varios minutos sin apuntar nada. No tenía nada más relevante que preguntar. Sabía que las pruebas de ADN era lo único sólido que tenía hasta el momento.

-Lamento su pérdida señor Pascual. Aquella chica con la que ha venido es su hermana, ¿verdad?

-Sí.

-Si le parece, me gustaría hacerle unas preguntas a ella también. Hágamela pasar, por favor.

-Por supuesto.

El inspector se levantó para estrecharle la mano. Carlos se levantó aceptando su invitación. Justo antes de que Carlos pudiera agarrar el pomo de la puerta, el inspector lanzó otra pregunta más, con toda la intención de pillarle con la guardia bajada. Ese era siempre un buen momento para cazar alguna expresión delatora.

-Disculpe señor Pascual.

Carlos se giró.

-¿Qué tipo de combustible consume su vehículo?

-Diésel –afirmó sin pestañear.

-Gracias. Estaré en contacto con usted –dijo Duarte apuntando en su libreta.

Carlos salió del despacho y fue directamente hasta donde se encontraba Carmen para decirle que el inspector la esperaba. No se esperaba que quisieran hablar con ella. Mientras su hermana se dirigió hacia el despacho, Carlos se fue hasta la salida para esperarla tomando un café frente a la comisaría.

-¿Inspector?

-Pase señorita Pascual.

-Llámeme Carmen, por favor.

-Está bien. Siéntese, no le robaré mucho tiempo, tan solo quiero hacerle un par de preguntas rápidas.

Duarte escudriñó las notas que tenía de su conversación con Carlos, subrayando algunos de los datos que le llamaban la atención.

-Antes que nada, ¿cómo se encuentra su hermano?, le veo bastante sereno, cosa que no suele ser habitual en su situación.

-Le veo bien. Buena parte de lo que está pasando la esté llevando por dentro. Siempre ha sido así.

-¿Qué opinión le merecía la señora Catalá?

-Mala.

Duarte volvió a mirar por encima de sus gafas, sorprendido por la rapidez y seguridad de la respuesta.

-¿Tan mala era?

-Era una zorra sin escrúpulos, una guarra infiel, una traidora, desleal y oportunista. Podría describirla con más adjetivos pero creo que le he transmitido la idea general que me inspira la difunta señora Catalá –dijo entrecerrando los ojos.

Carmen había soltado aquella verborrea sin pestañear ni mover un solo músculo del cuerpo a excepción de los de la boca. Duarte no podía creer lo rápido que transcurriría aquella conversación.

-Me alegro de que sea tan directa y que no se ande con rodeos. ¿Sabe quién asesinó a su cuñada?

-Políticamente podría serlo pero la realidad es que, incluso antes de salir con mi hermano, esa mujer ya no podía ni verme. Pero respondiendo a la pregunta, no tengo la más mínima idea de quién la pudo matar.

La conversación se antojaba hartito divertida como para limitarla a solo dos preguntas breves.

-¿Qué hizo usted la tarde-noche del nueve de abril pasado?

-Llegué a casa directamente del gimnasio. Había sido un día bastante duro así que cené, y me dispuse a ver una película en casa.

-¿Estuvo sola?

-No, mi gata no se separó de mí ni un minuto.

-Ya veo –musitó Duarte levantando una ceja.

Tanta seguridad empezaba a abrumar a Duarte que no quiso indagar más sobre esa noche. No parecía preocuparla demasiado que el inspector sospechara de ella.

-¿Cuándo fue la última vez que vio a Lucía?

-Pues no lo recuerdo pero haría por lo menos una semana que no coincidía con ella.

Debía indagar por aspectos menos relacionados con ella.

-A parte del suyo, tengo otros cuatro nombres sobre la mesa; Aída, Pablo, Carlos y Paula. ¿Cree que alguno de ellos puede haber cometido el crimen?

-No creo que ninguno de los tres lo haya hecho. Y sobre Carlos le agradecería que no insinuara esa posibilidad. Como comprenderá, su hermana no va a decir nada malo de él, y mucho menos dudar de su inocencia en un caso de asesinato. Carlos es el hombre más inofensivo que he conocido.

-Parece que la seguridad entre hermanos se la ha quedado toda usted.

-Cierto. Siempre ha sido un poco pánfilo. Ya me entiende. Pero él tiene otras virtudes de las que yo carezco.

-En algún momento de la relación de su hermano con Lucía Catalá, tuvo la sensación de que estaba el límite, dentro de la relación me refiero.

-Sobretudo en los últimos tres o cuatro meses. Su relación empezó bien, Carlos estaba ilusionado, pero poco a poco se fue apagando. Tras dos años de relación, él ya estaba bastante desquiciado. Luego murió mi madre y todo se

fue al garete.

-No me ha respondido exactamente a lo que le he preguntado.

-En varias ocasiones estuvo al límite, pero siempre acababa haciendo lo mismo. Me llamaba o venía a verme, y después agachaba la cabeza. Su tendencia natural es la de no afrontar los retos. Yo le animaba a que dejara a su mujer pero siempre encontraba una excusa para postergarlo o para cambiar de tema. Creo que lo único que buscaba hablando conmigo era tranquilizarse después de una bronca con ella. Como ya le he dicho, le falta iniciativa.

-¿Por eso trabaja donde trabaja?

-Exacto.

-Explíquemelo.

-Por la formación que tiene, podría ser el director general de la empresa. Pero prefirió un trabajo sencillo. De todas maneras, se puede decir que tenemos la vida más que asegurada tanto él como yo.

-¿Cree que Lucía estaba con Carlos por eso?, ¿por tener el futuro asegurado?

-Evidentemente, a Lucía no le iba a faltar nada estando con mi hermano. Eso lo veíamos todo los que estábamos a su alrededor, y cuando pasó lo de mi madre todo quedó clarísimo. Antes de eso, yo era la única que se lo veía venir. Por lo tanto, yo era la hermana arpía que confabulaba contra ella. Todos me acabaron dando la razón.

-Le voy a hacer una última pregunta, y me gustaría que pensara detenidamente la respuesta.

Los dos se miraron fijamente.

-Según el comportamiento que tenía la señora Catalá, por cómo me la han descrito todos con quien he hablado, no parecía que pretendiera estar el resto de su vida con su hermano. ¿Cree que hubiera sido capaz de hacer algo, delictivo por decirlo de alguna manera, contra Carlos?

-No, creo que es lo único bueno que puedo decir de ella. Se dedicó a hacer daño a mi hermano y a mí a través de él. Y lo hubiera seguido haciendo, estoy segura.

Le habían hablado suficientemente mal de Lucía, pero nadie como Carmen. Era el retrato más directo y horrendo que tenía de ella.

-Con esto es suficiente. Tengo su número de teléfono por si necesitara alguna cosa más. Gracias por su tiempo.

Carmen se levantó mostrándole una simpática sonrisa de cortesía.

-Perdone –dijo Duarte interrumpiendo la marcha de Carmen-. ¿A qué se

dedica usted?

Carmen ya tenía la puerta abierta.

-Soy abogada, inspector. Buenas tardes.

Ya decía yo, dijo Duarte para sí mismo. En ese momento cayó en la cuenta de que las personas que Carlos le había facilitado había ciertas relaciones personales que se salían de una simple amistad. El mejor amigo, la hermana, la asistenta y la ex pareja. Tomó el teléfono y echó un vistazo a través de la cristalera mientras marcaba una de las extensiones de comisaría. Uno de los agentes descolgó.

-Luís, consígueme para ayer una relación de llamadas de los últimos tres meses de los números fijos y móviles de Carlos Pascual, Pablo Escribano, Paula Fernández y Aída Herranz. Necesito que me destagues sobretodo las llamadas entre ellos.

El agente que miraba en todo momento al inspector, asintió mientras apuntaba los nombres. Con la orden judicial que obtuvo el día anterior no iban a demorarse mucho en obtener esa información. Al día siguiente esperaba aclarar algunos detalles más con la visita de los amigos de Carlos. Hasta el momento, solo había sacado en claro el poco aprecio que le tenían a la difunta y las coartadas que parecían tener. A excepción de Carmen, que tenía labia suficiente como para no necesitarla.

Mucho tiempo atrás, esa carretera era de tierra, el típico camino de cabras donde solo circulaban los carruajes y los caballos. Con los años el servicio contra incendios forestales instaló, en un punto elevado, una torre de vigilancia que era usada los siete meses más calurosos del año. En invierno eran recurrentes las nevadas en la zona, por lo que durante unos meses al año, aquella carretera era abandonada a su suerte, ocasionalmente transitada por excursionistas. Con el paso del tiempo se decidió asfaltar aquel camino para facilitar el acceso de vehículos pesados para la extinción de incendios. El propietario de los terrenos tramitó los permisos para hacer, de aquella vasta extensión, un coto privado de caza. De no ser así, el cuerpo de Lucía seguramente nunca hubiera sido descubierto por un perro.

Cuatro días antes, la policía nacional cortó la carretera, evitando que los curiosos accedieran a la zona del hallazgo del cadáver. Todas las pruebas ya habían sido recogidas pero aun así, la circulación por la zona debía permanecer prohibida. Las barreras frente a la carretera adentrándose en el bosque, transmitían una lúgubre sensación. La bruma del lugar, a causa de la altura, teñían, aun más si cabe, de un azul grisáceo aquella estampa invernal.

Carlos salió del vehículo dispuesto a saltarse la prohibición de continuar avanzando por la carretera. Aparcó en un camino de tierra dejando el coche lo más escondido posible; no quería que ninguna visita inesperada, fuera de uniforme o no, descubriera su expedición. El inquietante silencio se quebraba por el sonido de las ramas zarandeadas por la viento. Hacía frío y la humedad persistente desde hacía semanas, calaba profundamente a todo aquel que se adentraba en el bosque. La carretera picaba hacia arriba con suavidad, pero lo suficiente como para que el frío se notara más y los primeros escalofríos aparecieran por su espalda.

El ambiente denso apenas dejaba ver unos treinta metros a la redonda, pero tras quince minutos de caminata pudo atisbar el repiquetear de unas franjas amarillas que sobresalían del gris que inundaba el lugar. A medida que se acercaba el ritmo de sus latidos aumentaba. Las cintas amarillas que rezaban un “prohibido el paso”, y atadas a dos árboles a sendos lados de la carretera, pretendían bloquear el paso. Levantó la cinta y pasó por debajo. Miró hacia su izquierda buscando dónde podría haber estado el coche del testigo que habló con el inspector, y allí lo vio; el inicio de un camino de tierra

que daba a una pequeña explanada que hacía las veces de aserradero, con troncos enteros y apilados, y montañitas de serrín por doquier. Volvió, de nuevo, su vista al frente para avanzar hasta la zona del hallazgo. El sonido de las cintas hacían de aquel bosque un lugar no tan solitario, pero igual de inquietante. Agudizó su vista para localizar otras cintas que acordonaban una zona concreta del lateral de la carretera y que estaban sujetas a unas varas metálicas clavadas en la tierra a conciencia. El asfalto estaba húmedo y resbaladizo, sus pasos inseguros eran un reflejo de la angustia que le provocaba estar allí; avanzando hacia el escondite de su mujer durante las últimas dos semanas y media. Pudo ver como sobresalía entre la bruma un montículo de tierra removida que se elevaba unos cincuenta centímetros del suelo. Justo detrás se escondía el hoyo alargado en el que había sido escondido el cadáver de Lucía. Estaba de pie frente a él. Y allí pudo verla, tumbada e impoluta, hermosa como la recordaba. Su cabello ondulado cayéndole por los hombros, las manos cogidas frente a su ombligo y con un vestido de gasa blanco, tal y como hubiera esperado tenerla en el velatorio. Al menos eso le habría gustado. Pero eso no iba a ocurrir. De pronto la visión de su cadáver se tornó sucia y calcinada. El cuerpo deformado tal y como la debió descubrir la policía a medida que la iban desenterrando. Otra vez retornaron esos pensamientos bellos de cuando la conoció y solo pensaba en pasar horas y horas junto a ella. Cuando todos se giraban para mirarla y pensaba “ella es solo para mí”, y se sentía el hombre más afortunado del mundo. Él todavía seguía enamorado de aquella chica que conoció hacía ya cinco años. Pero era la ilusión de querer a alguien que ya no estaba, aunque se despertara cada mañana a su lado. Ese alguien se fue y solo dejó a otra persona en su lugar. ¿Cómo poder superar un profundo amor del que nunca te pudiste despedir? Verla cada día era como ver su ropa en vez de a ella, como vivir solo una parte muy pequeña de lo que fue. Despojada ya de su ternura y calidez.

Los ojos se le humedecieron por un breve momento recordando todo aquello, justo antes de que las primeras y minúsculas gotas empezaran caer humedeciendo más aún la tierra que tenía en frente. Las gotas cada vez pesaban más y más, hasta convertir la llovizna en un aguacero. El agujero no tardó en encharcarse, y el cuerpo y la ropa que sus ojos veían empezó a empaparse. El hermoso cuerpo de su mujer se transparentaba a través del vestido blanco y se ajustaba cada vez más una piel que marcaba en la tela cada curva y cada arista del cuerpo de Lucía. El charco sobre el que descansaba

empezó a engullirla poco a poco recorriendo cada rincón de su cuerpo hasta dejarla completamente sumergida en aquel agujero.

Estaba totalmente empapado cuando se percató de que sus zapatos empezaban a hundirse en la tierra. Los surcos de agua que se formaban en la carretera que tenía detrás, eran cada vez más caudalosos y el frío ya era doloroso calándole el agua hasta la piel. Era hora de irse, no sin antes hacer algo que no pudo hacer en el mortuorio.

-Adiós Lucía.

El susurro sin voz fue su particular despedida. Así era mucho más fácil, observándola con toda su belleza en un agujero en el bosque, que no en la fría mesa de un hospital a punto de ser diseccionada.

Pablo nunca despertaba a Aída por las mañanas cuando se despertaba, cosa que sí hacía Carlos cuando estaban juntos. Le encantaba esa forma especialmente delicada y cariñosa de hacerlo. Era uno de esos detalles a los que cada persona se acostumbra y que al estar con otra persona, pasas por alto por tener otros detalles que también te alegran el día. Pero Pablo no. No tenía esas otras cosas que te alegran el día; era práctico y egoísta, y ella simplemente lo pasaba por alto. Ya le vino bien no quedarse sola cuando Carlos la dejó por otra y eso tampoco la reconfortaba. Pablo no era un hombre de detalles, simplemente era un conquistador que, siempre al acecho, esperó pacientemente la aparición de Lucía en la vida de Carlos para lanzarse al cuello de Aída. La típica novia de tu amigo que deseas más que a cualquier otra que ves por la calle. Pero al conquistarla, al tenerla en tu *poder*, ese deseo ponía el punto de mira en otro lugar que no fuera ella. Para él, Aída era demasiado fácil de manejar, una persona capaz de no crearle problemas y no meterse demasiado en su vida fuera de la pareja.

Levantarse en aquella cama le producía un soberano rechazo. El plan para acabar su relación con Pablo lo tenía perfectamente dibujado en su cabeza, pero no tenía el valor de ejecutarlo. Tres semanas atrás estuvo a punto pero la desaparición de Lucía era un acontecimiento que le hizo replantearse el momento adecuado para hacerlo. Carlos debía tener cerca a sus amigos, y ellos debían estar ahí. Para Aída sería más sencillo, pero Pablo era uno de los puntales fundamentales de Carlos y su única preocupación debía ser estar cerca de su mejor amigo, y no preocuparse de una ruptura con su pareja. Pero fue en vano, quizá si le hubiera dejado cuando lo tenía planeado, Pablo se hubiera apoyado en Carlos y así tener un respaldo mutuo entre amigos. O quizá hubiera pretendido acaparar toda la atención dejando el pesar de Carlos en segundo lugar. Sea como fuere las cosas habían ocurrido así.

Nada más acabar su relación, lo primero que haría sería deshacerse de aquella cama en la que descubrió la infidelidad de su compañero. Había sido tan descuidado que cuando Aída volvió casa después de su viaje, Pablo ni se había preocupado de lavar las sábanas. Las había puesto en el cesto de la ropa sucia, al que ella acudió para comprobar que su ropa de cama, todavía olía a sexo y al perfume habitual de Lucía. ¿Para qué iba Pablo a molestarse en poner una lavadora? Le dio la sensación de que Pablo ya sabía que ella tenía

constancia de sus infidelidades.

Todo aquello acabaría en el servicio de recogida a domicilio del ayuntamiento.

Cuando Aída se despertó a las ocho de la mañana, Pablo ya estaba desayunando en la cocina. Se dio una ducha como cada mañana, pero esta vez más larga de lo habitual. Esperó a que Pablo se fuera a trabajar y, como era de esperar, ni siquiera subió a despedirse de ella. Supuestamente demasiado concentrado en la declaración que tenía prevista en comisaría a las once de la mañana, una hora antes que ella. Descuidado en los detalles, como siempre, tendría muchas cosas que ordenar en su cabeza.

Tuvo tiempo de relajarse y salir a pasear. De camino a una de las cafeterías que estaban frente a comisaría, decidió comprarse un paquete de tabaco, así que el café se lo tomó en la terraza que tenía el toldo desplegado por la lluvia que, aquella mañana, iba y venía. Mientras, Pablo había empezado a declarar.

Eran las once y media y ya había revisado tres periódicos diferentes cuando vio a Pablo bajando las escaleras de comisaría. Salió mucho antes de lo que esperaba. Hizo un amago de levantarse para ir a su encuentro pero finalmente se detuvo. Le pudo la curiosidad de observar a su pareja sin saber que era observado. Pablo no tenía muy buena cara ya desde hacía días, pero en aquel momento le vio bastante más afligido y agitado. O algo no había ido bien en la declaración o la situación le había empezado a afectar de verdad. Ya había desaparecido por una esquina cuando Aída decidió entrar en comisaría, a pesar de que faltaban unos veinticinco minutos para su turno.

Aída veía el mundo un tanto diferente a la mayoría de la gente. Su estatura hacía que todos parecieran mucho más altos en una comisaría, en cierto modo porque es un lugar intimidante cuando tienes que ir a declarar. Tuvo que preguntar un par de veces hasta dar con el despacho. El inspector se fue a buscar un café a la máquina que había en la misma sala que atravesó Aída segundos antes. Gran parte de los agentes no pudieron evitar dar media vuelta para dejar llevar sus ojos tras aquella menuda aunque atractiva mujer. *Bendita juventud*, pensó Duarte desde la máquina de café, viéndola recorrer el pasillo bajo la mirada del resto de los agentes.

Esperó en la puerta a que llegara el inspector, que ya se estaba acercando.

-¿Aída Herranz?

-Sí, soy yo.

-Inspector Duarte –dijo presentándose mientras abría la puerta del despacho-. Pase por favor.

Los dos entraron, y se sentaron frente a la mesa. La voz de Aída le resultó profundamente familiar.

-Bueno, tenía muchas ganas de hablar con usted –dijo él.

Aída le extrañó esas ansias por hablar con ella.

-Y ¿eso por qué?

-Es la única a la que no conocía en persona y de la que ya he oído hablar en un par de ocasiones.

Por un momento temió que le preguntara sobre las cartas, pero no tenía porqué sospechar de ella. Cogió el teléfono y marcó una extensión. Levantó su dedo índice pidiéndole que esperara uno instante. Alguien descolgó al otro lado de la línea.

-¿Puedes volver? Ha venido alguien más.

Colgó el teléfono y cogió la libreta que tenía guardada en uno de los cajones del escritorio.

-Ahora vendrán para las muestras. Bueno –dijo suspirando-. Amiga, ex novia, novia de su mejor amigo... cualquiera pensaría que tiene mucha información que darnos –resaltó Duarte.

-Estaré encantada de colaborar.

-Bien, para empezar, usted y Carlos fueron pareja. Cuénteme la historia.

La actitud del inspector parecía bastante informal. Daba la impresión de querer una conversación distendida.

-Conozco a Carlos hace poco más de nueve años. Yo trabajaba entonces en un estudio de sonido como locutora habitual. Él llegó un día para realizar unas comprobaciones en la contabilidad del estudio. En un descanso coincidimos y aquello fue un flechazo.

Su relato empezó sosegado y sensato, sin exaltaciones emocionales, a pesar de estar contando una de las experiencias más bonitas de su vida. Poco a poco, el brillo en sus ojos comenzó a florecer.

-Yo hice algo que nunca había hecho y le tiré los tejos descaradamente –dijo sonriendo-, y le di mi número. No tardó más de una hora en llamarme y estuvimos hablando unas dos horas. Nunca olvidaré ese día.

Duarte escuchaba con cierta emoción aquel relato contado con tanta ilusión por Aída.

-A partir de ahí la cosa fue rápido. Solo teníamos ojos para nosotros dos. Y bueno, la cosa duró cuatro años hasta que Lucía apareció. Él la conoció tras

una cena de empresa. Salieron a tomar unas copas y allí coincidieron. Yo no supe de ella hasta que me dijo que debía cortar conmigo.

-No lo entiendo –interrumpió el inspector.

-¿Qué no entiende?

-Usted es una mujer muy atractiva.

De no ser por la absoluta seriedad con la que hablaba el inspector, cualquiera hubiera entendido que estaba intentando ligar con ella.

-No me malinterprete, pero a veces en una pareja ocurren cosas que desde fuera no se entienden.

Aída no entendió muy bien a qué se refería el inspector.

-Quiero decir que si estaban tan bien, a sus amigos les debió extrañar su ruptura. Ya me entiende; la pareja perfecta que se rompe.

-Ella era tremendamente atractiva, y sabía usar eso a la perfección.

Una hora antes, Pablo ya había empezado a contar su relación con Carlos.

-Conozco a Carlos desde que éramos adolescentes. Acabamos la secundaria sentados mesa con mesa así que nuestra amistad ya por entonces era muy fuerte. Cuando empezamos la universidad yo me fui a Barcelona y él se quedó aquí, nunca le gustó la idea de cambiar de ciudad. En ese sentido es un tío muy poco... dinámico, por decirlo así.

Duarte sabía que no había mejor manera para que la gente se soltara que hacerles hablar con toda libertad. Que contaran su historia siempre le había funcionado.

-¿Cómo empezó su relación con Aída?

-Lógicamente ya la conocía de su relación con Carlos y solíamos hacer cosas juntos, con más gente me refiero. Cuando lo dejaron yo estaba allí. Siempre me había llamado la atención pero, claro, era la novia de mi mejor amigo.

-¿Qué relación tenía usted con Lucía?

Pablo solo podía relatar lo que ocurrió cuando la situación era más calmada, exactamente al principio de su relación con Aída, y Carlos empezaba su idilio con Lucía.

-Éramos amigos. Es decir, íbamos a cenar los cuatro juntos. Lo normal con la novia de tu mejor amigo.

-Nula –aseveró Aída-. Me robó a mi pareja, así que no me hacía ni puta gracia lo de ser su amiga, ni mantener una conversación con ella, ni por supuesto ir a cenar los cuatro juntos; cuando dos hombres pretenden tomar la iniciativa, a veces meten la pata hasta el fondo. Nunca me dio buena espina ni siquiera cuando se me pasó lo de la ruptura. Pero ¿qué iba a hacer?, tenía que tragármela –hizo una pausa-. Sigo apreciando mucho mi amistad con Carlos, por eso apechugué todo ese tiempo.

-¿Qué siente ahora que ella está muerta?

Aída dejó que sus sentimientos revolotearan, sin dejar de dudar de cada palabra que decía.

-No es que me alegre de que esté muerta –dijo silabeando cada palabra-, pero... Carlos se merece alguien bueno a su lado y, en cierto modo, es un alivio que ella haya desaparecido.

Aída empezó a negar con la cabeza mientras miraba el bolígrafo que el inspector tenía en las manos.

-No lamento su muerte. Y tampoco lamento decirlo, por duro que suene.

El bolígrafo que hasta el momento no había escrito ni una sola palabra, empezó a moverse compulsivamente. Aída se percató de aquello temiendo que hubiera dicho alguna cosa inapropiada. Duarte se dio cuenta del temor que surgió de la mirada de ella.

-A veces lo que escribo son pequeños detalles que se me habían escapado. No se preocupe, los comentarios que pueda hacer vienen de los sentimientos que afloran en estas circunstancias. Cualquier cosa que diga no será susceptible de ser incriminatorio.

A pesar de las palabras tranquilizadoras del inspector, sabía que debía vigilar mejor sus palabras.

-¿Cree que Carlos pudo matarla?

-No –dijo con rotundidad.

-Entre usted y yo –puntualizó Pablo-, Carlos es una persona un tanto parada, a veces parece que la sangre no le fluye.

-Los psicópatas son los más sospechosos de cometer un asesinato. Y suelen ser personas bien integradas y que pasan desapercibidas.

-Pero Carlos no es un psicópata. Lo conozco de hace demasiado. Es imposible que Carlos haya podido matar a Lucía.

Los dos se mantuvieron en silencio mientras Duarte escribía. Ante la

momentánea pausa en sus preguntas, Pablo empezó a mosquearse.

-¿No dudarán de él verdad?

-Tan solo son preguntas rutinarias –dijo con una sonrisa-. Como comprenderá, el marido siempre es el primero en el que se piensa cuando no hay un sospechoso claro. Y cualquier información podría ayudarnos.

-Entiendo –dijo Pablo un tanto más tranquilo.

-¿Recuerda qué hizo usted la tarde-noche del pasado nueve de abril?

Pablo tuvo que hacer memoria un buen rato antes de responder.

-¿Se refiere a la noche en que desapareció Lucía?

Duarte asintió. Las dudas le hicieron intuir que una posible versión inventada podría estar fraguándose en la mente de Pablo.

-A ver, ese día jugamos un partido de fútbol sala. Jugamos de seis a siete de la tarde.

-Pues al acabar de comer –empezó a relatar Aída-, estuve haciendo la sobremesa con mis amigas. No hay nada mejor que compartir cotilleos a la hora del café –dijo recordando alguno de ellos-. Luego llegué a casa sobre las cinco y media. Ví a Pablo de milagro, casi salía por al puerta de camino al partido de fútbol que juegan cada semana, pero ese día lo cambiaron...

-Lo sé, me lo ha contado –interrumpió para agilizar la exposición.

En ese momento entró el agente de la científica encargado de recoger muestras de ADN.

-Habitualmente va a casa de Carlos, deja el coche y van juntos. Donde juegan esta a unos quince kilómetros y la casa de Carlos le viene de camino. Luego cuando acaban van hasta casa de Carlos. Pero ese día hubo algo que me extrañó bastante.

Dejó de apuntar en su libreta con cierta extrañeza, para levantar la vista.

-Normalmente sale de casa con la ropa con la que habitualmente juega y con una mochila pequeña. Ese día salió vestido de calle y con una maleta de deporte más grande. Siempre se lleva una pequeña para ducharse en el polideportivo.

-¿Nunca lo había hecho?

-Nunca –se tomó unos instantes para seguir recordando-. Luego, a eso de las siete y media salí al supermercado a comprar algo para cenar. Llegué antes de las nueve y me quedé en casa a esperar a que llegara del partido.

-Carlos y yo jugamos en equipos contrarios. Normalmente jugamos los miércoles pero lo aplazamos. Al acabar me tomé una cerveza con los compañeros.

Duarte escuchaba con atención el relato.

-¿Carlos fue con ustedes? –preguntó.

-No, dijo que quería irse a casa. Yo insistí pero no quiso. Luego, a eso de las ocho llegué a casa, mi novia no había llegado. Lo hizo a las diez, más o menos.

-¿Qué estuvieron haciendo?

-Cenamos y luego vimos una peli en casa. Ella quería ir al cine pero yo estaba muy cansado y allí nos quedamos.

-¿Toda la noche?

-Toda la noche –afirmó Pablo.

-¿Aída Herranz me corroborará su versión?

-Por supuesto –dijo con toda seguridad.

-¿Qué hicieron cuando Pablo llegó a casa? –preguntó Duarte.

-Nada.

Las palabras se sucedían en la libreta confirmando, a excepción de algún detalle sin importancia, las dos versiones de la pareja. El agente salió del despacho con sus muestras.

-Porqué yo ya estaba durmiendo –continuó Aída.

El bolígrafo, que no había parado de escribir durante toda la entrevista, se detuvo en seco. Aquello no era un detalle sin importancia. Duarte levantó la vista, dudando, sobre como debía formular la pregunta.

-¿Usted ya estaba durmiendo cuando Pablo llegó a casa?

-Eso he dicho.

Despegó su espalda del respaldo de su silla y apoyó los codos dejando el bolígrafo y las gafas sobre la mesa. De repente se dio cuenta de que no escuchaba ningún sonido fuera del despacho a pesar de que su visión periférica percibía un gran movimiento detrás de Aída.

-¿A qué hora llegó el señor Escribano a casa ese día? –sus palabras resonaban con gran lentitud en su cabeza.

-Digamos que ese día no llegó a casa.

-¿Cómo es eso? –preguntó completamente desconcertado.

-Llegó a las seis de la mañana del día siguiente.

No se dio cuenta, pero Duarte se quedó con la boca abierta mirando a los ojos de Aída. *¿Qué cojones estaba pasando?* pensó Duarte.

-Es a mi a quién debería sorprender –dijo ella con una sonrisa viendo el asombro del inspector-. Para mi fue otro desplante más, solía hacerlo. Alguna otra le debía estar esperando –dijo con haciendo una mueca con la boca, mientras su ceja levantada le decía otra cosa.

-¿Me está diciendo que pasó toda la tarde-noche del nueve de abril sola en casa?

-Dudo que los del supermercado se acuerden de haberme visto allí, pero desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana, estuve sola en casa.

-¿Estuvo sola en casa desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana del día siguiente?

-Eso mismo es lo que le he dicho.

Duarte, ante la disociación de versiones de la pareja, recapacitó durante un largo rato en silencio.

-¿Todo va bien? –se interesó ella.

-¿Alguien puede corroborarlo?

-Nadie. Como le he dicho, me quedé sola.

En ese preciso instante tuvo algo, un hilo del que tirar.

-Una cosa más. Me han comentado que usted y la señorita Carmen Pascual mantienen una relación bastante cordial. Como se suele decir; que se llevan muy bien.

-Así es. Prácticamente desde que Carlos y yo nos conocemos. Los dos son muy buena gente. La verdad es que me cuesta recordar a alguien con quien no me lleve bien. En ese sentido Lucía y yo éramos completamente diferentes. Todavía me cuesta entender como pudo dejarme por alguien así.

-¿Por qué era una manipuladora? –preguntó retóricamente el inspector.

Aída le miró extrañada por el comentario.

-No se extrañe. Creo que tendría que buscar mucho para encontrar a alguien que me hablara bien de ella. Aunque yo no soy nadie para juzgarlo.

-No se equivoca –le confirmó-. ¿Han conseguido averiguar algo más? Carlos seguramente me llamará y querrá saber que tal me ha ido.

-Lamento decirle que no puedo dar información de ningún tipo. Lo que me recuerda que debo pedirle que no comente nada de lo que ha hablado hoy aquí conmigo, aunque puede hacer lo que quiera, está en su derecho. En estos casos es mejor dejar que la policía saque sus conclusiones.

Aída se levantó de su silla cuando, cuando en ese momento, una luz

cegadoramente iluminó la lucidez del inspector. El reflejo pulido de una pala le dejó cegado por un instante.

-¿Cómo lleva su huerto?

Aída no sabía de qué demonios le estaba hablando. Duarte la miraba con la certeza del que sabe que está haciendo la pregunta adecuada.

-¿Qué huerto? –dijo empujando sus enormes ojos.

-Me comentó el señor Escribano que necesitaba tierra para su huerto. ¿No tiene un huerto?

-Sí que tengo un pequeño huerto en casa. Compré tierra preparada con abono.

-¿No le pidió a su pareja que le fuera a buscar tierra del campo?

-Ni la necesito ni se lo he pedido nunca.

-Entiendo -dijo Duarte-. Muchas gracias por venir.

Asintió y salió del despacho. Duarte no tardó en volver a coger el teléfono y marcar.

-¿Sabéis algo de la pala?

-Hemos encontrado algo interesante. Entre restos de tierra y alguna mella hemos encontrado restos de sangre.

-No jodas –dijo arrugando la frente.

-Parece ser que han lavado la pala, pero no a conciencia. Los pocos restos que hemos hallado estaban entre el metal y la pintura erosionada que recubre el metal. Pero lo más curioso no es eso.

-Sorpréndeme –insistió Duarte con excitación.

-Hay restos de ADN en el mango y la madera.

-¿Sabéis de quién?

-Suyos.

-¿Míos? –respondió extrañado.

-Seguramente debió coger la pala en algún momento, ese no es el problema. Lo curioso es que hay restos del señor Carlos Pascual pero solo en el mango, no en la madera.

-Ya veo.

-Al haber tan poca sangre creo que el análisis tardará un poco más. Le tendré informado.

Duarte colgó dándole vueltas al mango de la pala. Él había cogido la pala en casa de Carlos pero, ¿por qué solo había ADN de Carlos Pascual en el mango? Cuando alguien coge un objeto similar lo coge por el cuerpo de madera, no por el asa.

Más cabos difíciles de atar y otro día, mínimo, que tendría que esperar para el retiro.

El hoyo ya está acabado, es más que suficiente. Aquí cabe perfectamente el cuerpo de Lucía. Las emociones me martillean la cabeza, estoy demasiado cansado, y la tensión se me desborda. Cuanto más tiempo pase aquí, más opciones hay de que me descubran, y solo quiero acabar con esto para siempre lo antes posible. Me incorporo y echo un vistazo a mi alrededor. Alguna lechuza o quizá algún otro bicho que pase por aquí podría estar observando el espectáculo. Pero estoy seguro de que no hay nadie más. Esto está desierto Una verborrea incontrolable surgía de su entumecida cabeza. Entonces la miró. Pensó cómo debía coger aquel peso muerto. Con cierto reparo la agarró por brazo y tiró de ella. Se dio cuenta en ese momento que manejar a una persona inconsciente era una tarea complicada. Volvió a tirar de ella con la intención de levantarla pero el balanceo de su cabeza decantó su cuerpo hacia él. El tronco se desplazó hasta caer del coche dándose un brutal golpe contra el asfalto. El sudor que se acumuló entre sus manos y los guantes de látex que tenía puestos debajo de los de cuero, provocó que se le escurriera el cuerpo. La cabeza se golpeó con fuerza emitiendo un ruido seco. Un escalofrío le recorrió la espalda desde el espinazo. *Lucía merece morir*, volvió a pensar Carlos. *Todo esto es demasiado cruel, incluso para alguien tan despreciable como ella.* Los pies habían quedado en el interior de su coche. La agarró de las muñecas y la arrastró hasta el hoyo, la colocó al borde y, colocando sus manos en su trasero, la volteó hasta que su cuerpo se precipitó en el agujero. Carlos tuvo que colocarse encima de ella para incrustarle los brazos y piernas en los huecos que quedaban entre su cuerpo y la pared del hoyo.

La lámpara de gas que había llevado consigo alumbraba la trágica escena, que miraba con horror y, a la vez, cierto alivio. No podía dejar de mirarla, cualquier remordimiento ya no tenía cabida. Lo que había hecho ya no tenía vuelta atrás. Sería la última vez que la iba a ver. O quizá no.

¿La entierro viva o le asesto un golpe de gracia?, recapitó. Su alma no podría soportar un acto más de crueldad. Y cualquiera de las opciones lo era. Su imaginario no dejaba de dar vueltas.

Aquel cuerpo inerte tembló. Un espasmo de dolor recorrió la columna vertebral de Lucía. La miró con estremecimiento. *Está viva*, pensó ante el pánico que empezó a envolverle. Una segunda señal llegó en otro espasmo

exactamente igual que el primero, aunque acompañado ahora de un leve gemido. Lucía empezó a levantar los párpados y ser consciente del espanto de su situación. Los ojos de Lucía, envueltos todavía de un narcotizado entumecimiento, estaban empezando a reconocer quién se daba la vuelta para recoger la pala con la que había cavado su tumba. Carlos volvió a la vera del hoyo pala en mano. Lucía con la inexpresión de su rostro por la anestesia, pudo ejecutar un leve temblor con la cabeza. Mientras Carlos agarraba a dos manos y con fuerza el trozo de madera de la herramienta, Lucía miró horrorizada la cara de su marido de la que manaba un odio incontrolable. Una leve y sutil negación salieron de los labios de Lucía. Carlos pudo contemplar su miedo por primera y última vez. Ésta vez no dudó, sólo se detuvo unos segundos, los necesarios para regodearse en aquel momento de sublime superioridad. Sus brazos cayeron golpeando sin compasión. Un certero palazo en la cara.

Lucía quedó atontada como si la droga en el pañuelo la hubiera insensibilizado la cara. Seguía consciente de todo a pesar de habersele partido el tabique y los labios. Sus ojos se corrían de un lado a otro, como si de sus piernas se tratara, intentando huir de allí. Pero estaba completamente paralizada. Vista la situación, y a punto de vomitar, Carlos empezó a incrustarle el metal en su cara, una y otra vez, hasta dejarla inconsciente y desfigurada. Nada quedaba ya de aquella belleza de cabellos negros ahora lamidos por la sangre que no dejaba de brotar desde el interior de su rostro. No se atrevió a acercarse para comprobar si tenía pulso, aunque poco le importaba. Se dirigió hacia el maletero de su coche y volvió con una garrafa de gasolina que empezó a derramar sobre ella. El pestazo de combustible le gustaba, a pesar de que mucha gente lo detesta en ese momento le generaba más placer todavía. Una última mirada a aquel horror, otra a su alrededor y encendió la cerilla.

La barbacoa iluminó aquel paraje y la niebla se tiñó de un rojo intenso. El hedor era insoportable; tuvo que taparse la boca y la nariz con el pañuelo de algodón para no responder con arcadas a aquella escena.

Cuando el rostro de Lucía se había empezado a carbonizar, y la sangre a burbujear, volvió a agarrar la pala y empezó a tirar tierra sobre ella, palada tras palada. El fuego empezó a remitir hasta apagarse bajo la tierra. Fue en ese momento en que empezó a tener prisa por terminar. Aquella fogata, el olor insoportable y el ruido que inevitablemente había provocado; ¿y si alguien pudiera haberle visto? Tuvo miedo. Empezó a dar vueltas buscando entre los

árboles pero su pupilas ya estaban demasiado encogidas como para escudriñar alguna figura en la oscuridad.

Miró el reloj; las ocho y cincuenta y cinco. Intentó repartir bien la tierra para no delatar demasiado aquella parcela revuelta. Ya escogió un lugar en que fuera difícil saber si la tierra había sido removida. Carlos cargó sus enseres en el maletero, lámpara apagada incluida. Se quedó mirando por un momento el humo que todavía rezumaba en el aire y que se iba diluyendo poco a poco con la niebla. Por un momento se tranquilizó y se quedó contemplando como el último coletazo de humo dejaba de diluirse en la bruma para despejar un pequeño claro, dejando a la vista un espectacular cielo estrellado. Le dio la sensación que las estrellas habían preferido ocultarse para no contemplar asesinato que Carlos acababa de cometer.

Su teléfono empezó a sonar. El pánico se apoderó de él en un instante. Sus manos empezaron a recorrer sus bolsillos para silenciarlo, pero no lo tenía encima. Abrió la puerta del acompañante de su coche pero no sonaba desde dentro. En el suelo tampoco parecía estar cuando, cayó en la cuenta; se le había caído en el hoyo. Acababa de enterrar a Lucía junto a su móvil. *Menudo imbécil*, dijo para sí. Se arrodilló y empezó a cavar con las manos. El sonido del móvil cada vez sonaba más cerca. Sentía la vibración como si tuviera el teléfono pegado a la cabeza. Sus uñas empezaban a sangrar.

La llamada entrante en el móvil, sonaba insistentemente en la mesita de noche de Carlos. Cuando consiguió agarrar su teléfono, despegó sus pestañas para ver la pantalla. El número no lo tenía memorizado en la agenda, pero que le era muy familiar, parpadeaba en la pantalla. Deslizó su dedo por la misma para descolgar varias veces hasta que consiguió atinar con el botón.

-¿Diga? –dijo con voz ronca.

-Señor Pascual, soy Duarte. Tengo noticias.

-¿Cómo dice? –todavía medio dormido no entendía muy bien de lo que le estaba hablando.

-Tenemos un posible sospechoso.

-¿Tan pronto?

Todavía adormecido y con el sueño tan presente en su consciencia, la noticia le provocó un profundo pavor. *Duarte le iba a señalar a él.*

-Tengo que ir a casa del señor Escribano para hacerle unas cuantas preguntas. ¿Sabe a qué hora sale de casa para ir a trabajar?

Miró el reloj que tenía junto a la cama. Marcaban las siete y cuarenta. De hecho la claridad del amanecer todavía no había traspasado el estor de su habitación.

-Ehm, ¿Pablo? –dijo completamente desorientado.

-Sí, nos gustaría hacerle unas preguntas más.

-¿Ha ocurrido algo nuevo? –dijo intentando incorporarse en la cama.

-Tenemos los resultados de ADN, señor Pascual. ¿Sabe a qué hora empieza a trabajar?

-Sí, empieza a las nueve.

-Bien. No se comunique con él. Tenemos un coche patrulla esperando en su puerta.

-¿Creen que ha sido él?

-No puedo decirle más. Luego le llamaré para informarle.

Duarte colgó sin despedirse dejándole con la palabra en la boca. Junto al listado de llamadas que tenía sobre su mesa, estaban los resultados de ADN de Carlos y las cuatro personas que él mismo le había facilitado a la policía.

Dobló la lista de llamadas de los cinco y se la metió en el bolsillo, a vez que salía de su despacho. Hizo una señal a otro agente de paisano que estaba sentado en una mesa para que le siguiera.

-Mi turno acaba en quince minutos inspector –dijo malhumorado mientras se levantaba de su mesa.

-Apúntalo a las horas extra.

Todavía en la cama y con el teléfono en la mano, volvió a mirar el reloj de la mesita. Paula seguramente ya estaría preparando el desayuno. Metió sus pies en las pantuflas y sin haber soltado el teléfono, buscó un contacto y pulsó “llamada”. *Joder, no pensaba que esto fuera a suceder tan pronto, pensó.*

Eran las ocho de la mañana. Los dos agentes de la policía secreta, que esperaban aparcados en el coche frente a la casa de Pablo y Aída, vieron llegar el coche del inspector a través del retrovisor. Al aparcar el coche, Aída salía de su casa sin cerrar la puerta con llave. Duarte, después de esperar a que se alejara de su casa, salió de su vehículo para acercarse hasta el coche patrulla. Uno de los agentes bajó la ventanilla.

-Bueno días señores. ¿Ha salido de casa?

-La chica es la primera persona que sale en la última hora –respondió el agente.

-Gracias. Estén prevenidos, no tardaremos. En cuanto entremos en la casa vayan hasta la puerta y esperen allí.

Duarte y el agente se dirigieron hacia la puerta de la casa sin perder de vista ninguna de las ventanas que daban a la calle.

Tras tocar varias veces, la puerta se abrió. Cuando Pablo vio al inspector se quedó completamente descuadrado. Ya estaba vestido a falta de la americana, que era lo único que dejaba para justo antes de salir de casa.

-¿Buenos días? –dijo mirando a la persona que acompañaba al inspector, intuía que sería otro agente.

-Bueno días señor Escribano. Quería hacerle unas cuantas preguntas más, ¿podemos pasar?

-Por supuesto –abriendo del todo la puerta-. ¿No es un poco pronto para una visita? –desconfiaba a pesar de la cortesía del inspector.

Duarte y el compañero entraron al recibidor escrutando todos los detalles de la casa que estaban a la vista. Pablo se dirigió hacia la cocina que estaba a la derecha de la puerta de la entrada.

-Iba a tomar el café, ¿quieren tomar algo?

-No gracias, pero le acompañamos.

Pablo y Duarte entraron en la cocina donde había una mesa a la que le invitó a sentarse. El otro agente esperó en la puerta de la cocina sin perder de vista al anfitrión.

-Perdone que haya venido tan pronto pero no he pegado ojo esta noche. No he podido dejar de darle vueltas a la declaración de su pareja.

Pablo empezaba a estar un tanto asustado. Investigaban el asesinato de la mujer de su mejor amigo, y al día siguiente de su declaración estaban en su

casa para seguir preguntándole.

-Usted dirá –dijo con inquietud.

Duarte sacó de su bolsillo interior de la chaqueta, el listado de llamadas para ponerlo sobre la mesa.

-Tenemos todas las llamadas realizadas desde su móvil en los últimos meses, y me llama la atención el incontable número de llamadas realizadas al teléfono móvil de Lucía Catalá.

Pablo entró en pánico. Su aventura con la difunta iba a ser descubierta en una investigación y Aída, con toda seguridad, acabaría sabiéndolo.

-¿Puede explicármelo?

-¿Quiere que le explique por qué hay tantas llamadas entre nosotros?

El inspector no movió ni un músculo de su cara. Pablo sabía que tenía que empezar a hablar, ya sabía cómo se las gastaba aquel policía. Mientras no le apretaran, no iba a delatarse.

-Verá. Éramos buenos amigos.

-¿Hasta qué punto? Porqué usted me dijo que tenían una relación normal, no que fueran tan buenos amigos.

-Lucía... -Pablo tuvo que tragar saliva, los nervios se empezaron a apoderar de él-, no lo estaba pasando bien. Ella y Carlos pasaban una mala racha, y necesitaba un amigo al que poder contarle ciertas cosas.

-¿Qué cosas? –Duarte casi pisaba cada frase que Pablo acababa.

-Tenía que desahogarse y Carlos estaba un poco ausente.

-Hasta donde yo sé, Lucía le estaba haciendo la vida imposible a Carlos. ¿No hubiera sido más acertado apoyar a su amigo en lugar de su mujer?

Pablo se sintió acorralado muy pronto, y aquello no le pasó desapercibido a ninguno de los agentes.

-Carlos ha estado un poco alejado de mi las últimas semanas. No parece que tenga muchas ganas de hablar conmigo.

-Eso no responde a la pregunta. Las llamadas a las que hago referencia son de antes de la muerte de Lucía Catalá.

Pablo, que no perdía de vista al otro agente, se quedó mudo.

-Le agradecería, por su bien, que sea completamente sincero, porque sino, la conversación tendrá lugar en comisaría y no en la cocina de su casa. Así que se lo preguntaré de otra forma. ¿Qué relación tenía usted con Lucía Catalá?

Posiblemente era el momento de adelantarse a cualquier otra pregunta y tomar la delantera a pesar de las consecuencias. Le valía más la pena

delatarse a que la gente lo supiera por boca de la policía.

-Ya que no estamos en comisaría –dijo con lentitud y mostrando serenidad- y que es una conversación no formal, les agradecería discreción con lo que estoy a punto de decirles.

-Hable –dijo juntando las manos sobre la mesa.

A Pablo ya le costaba mirar a los ojos de los agentes.

-Lucía y yo tuvimos una aventura. Ella se sentía desplazada por Carlos. Yo intenté que arreglaran su situación pero habían llegado a un punto en que ella estaba muy tocada.

-¿Cuánto duró esa relación?

-No duró mucho, fue poco tiempo.

-Responda con más concreción a mis preguntas, ¿cuánto?

-Aproximadamente un año.

Duarte expandió sus parpados lo más que pudo, costándole creer lo que acababa de oír.

-¿A eso le llama usted poco tiempo? Se la estaba pegando a su pareja con la mujer de su mejor amigo, ¿y un año le parece poco tiempo?

Los pies de Pablo no dejaban de moverse bajo la mesa y las axilas de su camisa delataban los nervios que empezaba a padecer.

-Yo no era el único que estaba liado con ella.

-Dígame qué hizo el pasado nueve de abril.

-Ya se lo dije ayer, estuve en casa con mi pareja viendo una película.

-Bueno a eso me refería cuando le he dicho que no he dejado de darle vueltas a la declaración de su pareja.

-¿Cómo? –balbuceó extrañado.

-La señorita Herranz, su pareja –recalcó con retintín-, me dijo que usted llegó a eso de las seis de la mañana del día siguiente.

Pablo no podía creérselo.

-No puede ser, se habrá confundido.

-Me dijo que era habitual en usted volver muy tarde a casa sin avisarla.

-Bueno, eso es verdad –dijo avergonzado-, pero ese día me fui a tomar unas cañas, como le dije ayer.

-¿Y alguien puede corroborar que volvió a casa a... -sacó su libreta del bolsillo para comprobar la declaración de Pablo del día anterior- las nueve, como me dijo ayer?

-No –dijo dudando-, dejé a mis compañeros a eso de las ocho menos veinte.

-¿Mató usted a Lucía Catalá?

Pablo se quedó completamente blanco y paralizado a excepción de sus manos que empezaron a temblar.

-¿Me lo está preguntando en serio?, yo no la maté –negó con rotundidad.

-El forense encontró restos de piel bajo las uñas de Lucía que coinciden con su ADN. ¿Puede explicármelo?

-¿Cómo? Tiene que haber un error, hacía una semana que no la veía.

Recordó cuando fue la última vez que se acostó con Lucía. Duarte se puso de pie mientras el otro agente se ponía a su lado.

-Quizá la señora Catalá le dijo que no quería seguir viéndole y a usted no le hizo mucha gracia. Sinceramente señor Escribano, esperaba que los restos fueran del señor Carlos Pascual. No me imaginaba que fuera usted. Queda usted detenido. En comisaría podrá llamar a un abogado.

Pablo entró en cólera.

-¡Se están equivocando! ¡Yo no he hecho nada! –gritó-. ¿Tiene que ver algo de esto con la pala?

-¿Cómo dice? –dijo Duarte extrañado.

-Carlos me pidió si podría decirle a la policía que yo le pedí la pala y el pico. Fue cuando encontraron la factura, ¿se acuerda? Carlos estaba acojonado.

-No señor Escribano. Esto tiene que ver con restos de ADN suyos en las uñas de un cadáver.

-No puede hacer esto inspector –dijo con un tono más sosegado.

-Claro que puedo. Agente, léale sus derechos.

Duarte se quedó en la puerta de la cocina viendo como el agente le esposaba. Haciendo gala de su cobardía, Pablo no opuso resistencia. Solo pudo mirar con incredulidad al inspector. Los dos agentes ya estaban esperando en la puerta de la casa para llevárselo a comisaría. Duarte miraba con satisfacción desde el umbral de la puerta de la casa. Posiblemente, ese iba a ser el último detenido de su carrera policial.

-¿Tostadas o croissant? –preguntó Carlos.

-¿Te ha llamado el inspector? –dijo Aída obviando la pregunta.

-¿Tostadas o croissant? –insistió.

-¿Qué si te ha llamado el inspector?

A Aída le encantaba hacer aquellas cosas. Él detestaba que no

contestaran a sus preguntas y ella sabía que era una manera fácil de alterarle. Carlos entendió aquel jugueteo como lo que era, y le gustaba.

-No respondas con más preguntas a mis preguntas.

-La pregunta es muy sencilla pero tienes que hacerla correctamente –dijo sin quitar la vista del café, al que le estaba echando el azúcar-. ¿Quieres tostadas o croissant?, y yo te responderé tostadas, de toda la vida. Los croissants que le compras a Pablo no tienen azúcar. ¿Te ha llamado el inspector?

-Sí. Ahora deben de estar en tu casa, por eso te he pedido que vinieras tan rápido.

Aída se detuvo. Se dio cuenta, sin que nadie se lo dijera, de lo que estaba ocurriendo.

-¿El inspector te ha llamado hoy?

-Sí –Carlos la vio ausente por unos instantes-. ¿Estás bien?

Aída asintió con la vista perdida en el suelo del salón de Carlos. Necesitaba hablar para no pensar en Pablo. Carlos no tardó en darse cuenta del traqueteo emocional que estaba sufriendo ella.

-Echaré de menos algunas cosas –dijo él.

-Y yo –pensó-. Bueno no tantas.

Los dos sabían que esa mañana iban a cambiar muchas cosas, pero solo Carlos tenía la certeza de lo que ocurriría en realidad. Aída solo deseaba que se descubriera la aventura de Pablo y Lucía, y así tener la excusa perfecta para poderle dejar, por mucho que pudiera demostrar su inocencia. Desde ese desayuno solo tenía en mente volver a esa casa en la que tantas cosas buenas vivió con Carlos. No le costaría mucho trabajo borrar de su memoria el lamentable paso de Lucía por aquella casa.

En ese silencio entre mordisco y sorbo de café, Aida aprovechó para seguir jugando sus cartas. No dejaba de mirar el salón con añoranza.

-Menudos recuerdos me trae esta casa.

Carlos intentó no cruzar su mirada con la de ella por vergüenza.

-Los mejores recuerdos.

-Joder Carlos –dijo ella alterándose-, y aun así seguías con ella.

A pesar de conocerse a la perfección, todavía le costaba aquellos arranques inofensivos que tenía ella. Entonces sin previo aviso, Aída se lo contó todo.

-Desde que supe que Pablo me estaba engañando, no he podido evitar buscarte más de la cuenta.

Carlos empezó a mirarla con curiosidad.

-¿A buscarme?

-Miraba fotos nuestras, sobretodo del principio, nuestros e-mails, vídeos, mensajes... Y cuando podía, iba a verte; aunque no supieras que yo estaba cerca. Ibas a comer y te seguía. Cada miércoles iba al campo a verte jugar, lógicamente me escondía. Otros días simplemente me iba hasta tu casa y esperaba para ver cómo salías. Nunca supiste, hasta ahora, que yo estaba observándote. Te estaba echando tanto de menos como cuando me dejaste. Supe entonces que tenía que dejar a Pablo y recuperar lo que sabía que era mío. Solo me detenía ese carácter tan hostil que tenía Lucía. Ella iba a pelear, hubiera hecho las paces contigo volviéndote a embaucar como ya lo hizo, solo para que no volvieras conmigo. Esperaba que dejando a Pablo tuvieras la tentación de volver conmigo. Pero no lo hice. La Aída más Aída no se atrevía. Así que no dejé de buscarte.

El corazón más tierno de Carlos se lo había engullido. Sus ojos empezaron a humedecerse y fue incapaz de interrumpirla.

-Hasta que llegó el nueve de abril. Fui al campo a veros, vi como te fuiste solo y te seguí hasta casa. Cuando llegaste iba a pasar de largo, pero en cuanto vi a Lucía esperarte en la puerta de casa aparqué el coche en el primer sitio que vi libre. La vi dándote voces, vi como le pediste que entrara en el coche y como apagaste la luz interior.

Carlos se tensó de golpe y el corazón que se había ablandado, empezó a latir con fuerza. Aída evitaba mirarle a los ojos en los momentos más incómodos de su relato.

-Vi el forcejeo. Y luego todo se calmó –hizo una pausa para beber un sorbo de café, debía dejar que Carlos pensara-. Entonces arrancaste el coche de nuevo y te fuiste. No supe que hacer. Te podría haber seguido o te podría haber llamado, pero no me atreví. Y me quedé allí esperando hasta que dos horas después volviste solo. Saliste del coche, con tu chándal sucio, igual que tu cara. Echaste un vistazo a tu alrededor y entraste en casa.

Carlos supo en aquel momento que no podía ocultarle nada a Aída.

-¿Crees que lo hice yo? –preguntó.

-Como ya te dije en el campo, no quiero saber nada al respecto –respondió ella.

-Si quieres saber algo, solo tienes que preguntar.

-No quiero saber nada Carlos.

Las lágrimas habían empezado a brotar de los enormes ojos de Aída

cuando el teléfono de Carlos empezó a sonar. El número que le llamaba ya casi se lo sabía de memoria. Descolgó.

-¿Dígame inspector?

-Señor Pascual, tenemos coincidencia de ADN –contestó.

Carlos se volvió a tensar.

-Tenemos coincidencia con usted por unas escamas de piel muerta, pero no son concluyentes, teniendo en cuenta que vivían en la misma casa. El forense casi se lo esperaba. Pero las muestras de piel son de otra persona y también tenemos coincidencia.

Carlos se sorprendió.

-¿Con quién?

-Con el señor Escribano.

-No me joda –dijo mostrando más sorpresa de la que en realidad sentía.

-Lo lamento señor Pascual. Supongo que será un golpe duro.

Aída miró extrañada pidiéndole con los hombros algo de información.

-Y ¿qué hay que hacer ahora? –preguntó Carlos.

-Nada. Pablo Escribano está detenido en comisaría y pasará a disposición judicial.

-¿Están seguros que fue él?

Aída se llevó las manos a la boca del susto. Hasta el momento todo lo había deducido ella sola.

-Me gustaría que viniera por mi despacho para hablar con usted –le rogó el inspector-, y poder cerrar un par de temas de la investigación.

-Por supuesto.

Las lágrimas de Aída ya recorrían sus sonrojadas mejillas. Carlos, a pesar de que sabía que Aída intuía lo ocurrido, no supo cómo suavizar lo que estaba obligado a decirle.

-Acaban de detener a Pablo como sospechoso de la muerte de Lucía.

Solo la impresión de descubrir a Pablo en la cama con otra mujer, podía equipararse a lo que sintió en aquel momento. Un tremendo rechazo se apoderó de ella, mientras Carlos sintió una profunda satisfacción que supo contener.

-Lo siento –dijo él.

-Yo pensaba... -no pudo acabar la frase.

-Pensabas que lo hice yo –afirmó él otorgándole el perdón.

Aída se secó sus mejillas.

-No creía que lo hubieras hecho tú. No sabía si tenías algo que ver –hizo una pausa-. Perdóname.

-El inspector me dijo que el forense había encontrado restos de piel. De ahí las muestras que os tomaron a todos. Antes de llamarte esta mañana, el inspector me ha llamado para decirme que habían encontrado una coincidencia de ADN, y que irían a tu casa. Por eso te he pedido que vinieras a desayunar conmigo. Y como nunca me dices que no... sabía que vendrías enseguida. Así que, ahora tendrás que pensar qué le dirás cuando puedas hablar con él.

A las ocho y media y tras acompañar a Pablo al calabozo, el inspector volvió a su despacho para empezar a rellenar el papeleo. Al llegar se encontró algo que no esperaba y que iba a finiquitar aquel caso de un plumazo, si las pruebas de ADN no lo habían hecho ya. Un sobre tamaño folio descansaba sobre la mesa. Era de un servicio de mensajería exprés y había llegado mientras estaba deteniendo a Pablo. Lo examinó con atención. El destinatario era él pero no tenía indicado ningún remitente. Lo abrió con cuidado y miró el interior del mismo. El sobre estaba lleno de fotos en las que, en la mayoría, podía identificarse a Pablo Escribano y a Lucía Catalá, algunas inofensivas, pero otras completamente y lujuriosamente explícitas. Aquella información carecía de relevancia, ya que Pablo le había confirmado su aventura con la mujer de su amigo. Pero entre las fotos apareció una funda de plástico con un CD en el interior. La curiosidad se apoderó de él. Podrían ser las copias digitales de la fotos. No tardó más que unos pocos segundos en abrir la bandeja del lector de CD's de su ordenador e introducir el disco.

Al abrir la carpeta, aparecieron dos archivos de audio. Buscó unos auriculares que tenía por alguno de sus cajones. Entonces cayó en la cuenta de que casi todas sus cosas estaban en un par de cajas que ya había empaquetado y que tenía junto a su silla. Abrió la primera rebuscando entre varios objetos, y allí aparecieron. Los conectó a la torre del ordenador y se los colocó. La grabación que pudo oír a través de sus auriculares no le dejaban duda alguna. Pablo y Lucía hablando entre ellos y haciéndose referencia directa a ellos mismos. En la grabación pudo escuchar, palabra por palabra, el móvil que podría haber inducido a Pablo para ejecutar a Lucía. Si bien era cierto que los dos podían mantener una amistad, aquella grabación confirmaba que entre los dos había algo más que una simple amistad o una aventura amorosa. Solo tenía que adjuntar toda aquella documentación en el informe, en el caso de que alguien quisiera indagar aún más en aquel caso solo tendría que reproducir aquella grabación. Ni siquiera era necesario comunicárselo a Carlos. Aquel documento iba a encerrar a Pablo durante mucho tiempo.

Mientras seguía escuchando con atención aquella conversación levantó la vista instintivamente para ver como Carlos aparecía por la oficina. No se molestó en quitarse los auriculares pero sí en esconder en la cajonera el sobre que había recibido. Cuando Carlos entró, Duarte le hizo una seña con la mano

para que se sentara y para que esperara unos segundos antes de atenderle. Todavía siguió escuchando aquella conversación unos treinta segundos más antes de detenerla.

-Buenas días señor Pascual –dijo quitándose los auriculares.

-Después de la llamada de antes, me he imaginado que querría hablar conmigo lo antes posible, ¿verdad?

-Sí. Quería comentarle un par de cosas. Su amigo está en el calabozo. Aunque a partir de ahora, no sé si lo será tanto. Mañana pasará a disposición judicial. El fiscal recibirá toda la información junto con las pruebas. El otro tema sobre el que quería hablar con usted es... -Duarte tomó aire conteniendo la tentación de mostrarle las fotos-, ¿usted sabía que su mujer tuvo una aventura con Pablo?

Carlos ya se esperaba que el tema surgiera y, por supuesto, sabía que debía ocultar a toda costa su conocimiento de la aventura.

-No me joda –dijo visiblemente afectado-. Aunque, visto en perspectiva, imagino que debía ser cuestión de tiempo.

-¿Por qué lo dice?

-Mi mujer era una fresca, o al menos así lo veía todo el mundo, y Pablo era de bragueta fácil. Dos más dos...

-Ya. No hace falta que sepa todos los detalles si no quiere.

Carlos cerró los ojos mientras negaba con la cabeza.

-Ya tendrá conocimiento más adelante. Sí que tengo que decirle que los dos tenían previsto hacer algo bastante desagradable.

-¿Cómo dice? –la sorpresa surgió de pronto en él.

-Lo que oye. Pero lo importante ahora es que intente seguir con su vida. Todo llegará cuando se celebre la vista ante el juez. Siempre puede enviar a su abogado o a otro representante para que esté presente.

-La verdad es que no tengo ganas de volver a ver a Pablo nunca más.

-Bien. El caso, señor Pascual, está bastante claro. Pero hay algunas cosas que debe saber y que me gustaría comentarlas.

Carlos no tenía ni idea de por dónde iban a ir los tiros.

-Me gustaría que fuera sincero. Si hay algo de lo que le voy a contar que le resulta familiar, espero que me lo diga.

Carlos asintió.

-Claro.

-La sangre. Lo primero de todo son los restos que el forense halló debajo de dos de las uñas de Lucía. El análisis indica que los restos coinciden con el

ADN de Pablo. Esta mañana he mandado que revisaran si Pablo pudiera tener marcas de un par de arañazos. No han tardado en encontrar marcas en su brazo izquierdo, propias de un fuerte arañazo. Todavía tenía las costras.

A Carlos no le sorprendió.

-También se hallaron restos suyos –Carlos se señaló al pecho con cara de inocente-, pero son recurrentes, es decir, son restos que puede dejar cualquiera cuando le da la mano a otra persona. Muy superficiales, y hay que tener en cuenta que ustedes dos vivían en la misma casa. Si le analizáramos a usted estoy seguro que encontraríamos ADN de su asistente con toda probabilidad.

No se puede usted hacer a la idea, pensó Carlos con picardía.

-Por otro lado, también encontramos restos de sangre en su pala.

Todavía le sugería cierta inquietud oír hablar de aquel tema.

-Y después de analizarlo en profundidad, cosa que no fue fácil ya que los restos eran casi microscópicos, corroboramos que la sangre era de su mujer. ¿A dónde lleva eso? La pala es de su propiedad, pero tanto usted como el señor Escribano, aseguran que usted le dejó la pala a él para, no sé qué tareas de la señorita Herranz y su huerto. Y las fechas coinciden con las de la desaparición de su mujer. Aún así, no encontramos ni un solo rastro de ADN del señor Escribano en la dichosa pala.

El retrato que estaba haciendo Duarte de la situación era lo suficientemente claro como para que Carlos entendiera lo que le pasaba por la cabeza al inspector.

-Encontramos huellas de neumáticos en el lugar donde enterraron a su mujer, pero no hemos podido concretar ninguno de los surcos del mismo. Así que será algo que quedará en el aire.

Duarte se quedó pensativo, parecía haber perdido el hilo de su discurso. Recurrió a su libreta, que estaba a un lado de su escritorio. Empezó a rebuscar entre las hojas.

-Ah, sí. Luego tenemos otro tema. El combustible. Nuestros investigadores han estado indagando; su vehículo consume diésel, ¿verdad?

-Correcto.

-No es algo concluyente pero el vehículo del señor Escribano consume gasolina sin plomo. Y Los restos que hallamos en le cuerpo de su mujer, indican que es ese el tipo de combustible con la que la calcinaron.

Carlos tragó saliva, incómodo por el tema y por lo explícito que estaba siendo el inspector. Duarte reparó en ello.

-Perdóneme si le resulta duro, pero hay pocas maneras más suaves para

contar esto.

-¿Por qué dice que no es concluyente?

-Porqué si hubiera sido un crimen pasional, se entendería que el señor Escribano llevara una garrafa de emergencia en el coche y la usara para calcinar el cuerpo de Lucía. Pero si ya lo tenía planeado, como parece ser por el tema de la pala, podría haber usado cualquier tipo de combustible.

-Entiendo.

Duarte siguió hurgando entre las hojas de su libreta.

-Según él, después del partido que jugaron ustedes el día nueve, se quedó tomando unas cañas con unos amigos mientras usted se fue para casa para compadecerse de usted mismo. El señor Escribano me dijo que a las ocho llegó a su casa y esperó allí hasta que a las diez llegó su pareja. Pero según ella, la señorita Herranz, Pablo no llegó a su casa hasta las seis de la mañana del día siguiente.

Por primera vez, durante aquella conversación, Carlos no tenía ni idea de lo que le estaba contando. Hecho que Duarte no dio importancia.

-Por lo que, no parece tener nadie que corrobore su versión. A pesar de todas las pruebas, el señor Escribano niega haberla matado y, sinceramente, para mí el caso está bastante claro, pero... hay una cosa que todavía no consigo encajar.

El inspector cerró su libreta, la dejó donde la había cogido instantes antes y miró fijamente a Carlos. Podía intuir perfectamente por dónde iban a ir los tiros.

-Antes de ayer, después de hablar con usted, con su hermana y con su asistente, llamé al perito calígrafo y le pedí que revisara la caligrafía de las cartas que usted había recibido. Me dijo que no podía confirmar al cien por cien que la letra fuera la de su mujer, pero que casi podía asegurarlo. Así que, si Lucía ya estaba muerta desde el fin de semana del nueve de abril, y así lo indica el forense, ¿quién demonios le ha estado enviando las cartas?

-Cierto –el alzamiento de cejas fue inevitable.

-La verdad es que es un cabo suelto bastante recurrente, pero me resulta imposible obviarlo.

Los dos se escrutaron mutuamente, esperando a que el otro hablara primero.

-Solo se lo preguntaré una última vez, y créame, no tendrá ninguna importancia para la investigación. Ya solo es porque me pica la curiosidad. ¿Quién le escribió las cartas?

Carlos sabía que decir la verdad iba a mosquear al inspector, a pesar de sus palabras. Y mentir iba a dejar las cosas como estaban.

-Sinceramente inspector; a mí me intriga mucho más que a usted.

Duarte le miró con condescendencia. Algo, en un lugar muy profundo, le decía que Carlos estaba metiendo una patraña por el trasero.

-Pero no dude que si lo averiguo, será el primero en saberlo.

-Sinceramente, no me apetece que venga a mi casa a contarme historias. Mañana por la tarde, por fin, me largo de aquí. No se imagina las ganas que tengo de acabar el papeleo. No tengo nada más que decir –se detuvo en seco-. Bueno sí, hay algo más.

Carlos estaba agotado de oír tantos datos juntos.

-No sé si será plato de su agrado lo que le voy a contar, pero creo que vale la pena que lo sepa.

Ya había escuchado suficientes datos escabrosos, uno más no podría afectarle más.

-En los análisis de la autopsia que me pasó el forense, había un dato que me dejó desconcertado.

Duarte se tomó con calma la información que iba a darle.

-Su mujer estaba embarazada, señor Pascual.

Carlos se quedó completamente paralizado, petrificado ante la noticia. Sabía que Lucía era muy cuidadosa con él, e imaginaba que lo sería en sus aventuras. Un embarazo no entraba en el esquema que tenía de ella.

-Embarazada –repitió como un autómata.

-Eso parece. Los análisis de ADN del feto, para saber si es usted el padre, tardarán unos... -Duarte fue interrumpido.

-No quiero saberlo. No sé si es necesario para su informe pero no quiero saber si era mío –pensó por un momento-. ¿Sabe cuánto tiempo tenía el feto?

Duarte, con curiosidad, abrió el cajón en el que guardaba el informe forense. Era lo único que guardaba ya en aquel cajón. Lo sacó y empezó a ojearlo, mientras Carlos, cauto, prefirió mirar hacia otro lado. No quería, que por accidente, que sus ojos contemplaran alguna fotografía adjuntada al informe.

-Aquí está. El feto tenía una gestación de entre cinco y siete semanas.

-Pues ya está, no es mío.

-¿Está seguro?

-Mi mujer no me tocaba desde hacía cuatro meses. Así que ya se puede hacer una idea de quién podía ser.

-Pablo Escribano –afirmó el inspector.
-Por mí no hay nada más que hablar –dijo con una profunda calma.
Duarte le miró con una mezcla de compasión y alivio.
-Espero que le vaya todo muy bien señor Pascual.
Carlos se levantó.
-Un placer señor Duarte. Le deseo un feliz retiro.
-Gracias señor Pascual –dijo dedicándole una sonrisa.
Carlos se la devolvió y salió del despacho perdiéndose en la comisaría.

Tras un día intenso en el juzgado, Carmen no tuvo ocasión de ver a su hermano en todo el día. Nada le hubiera gustado más a Carlos que poder estar en compañía de su hermana en un día como aquel. Le había dejado decenas de llamadas perdidas en el móvil, desde el momento en que aquella mañana llamó a Aída para invitarla a desayunar. Sabía que debía tranquilizarla después de que el inspector le dejara caer que Pablo iba a ser el principal sospechoso. Todas aquellas llamadas no hicieron más que inquietarla más.

-¿Has podido verle? –preguntó Carmen.

-No, y tampoco creo que me vayan a dejar verlo. Tampoco me apetece, ¿sabes?

Al otro lado del teléfono Carmen suspiraba de alivio. La tensión generada durante el día empezaba a disiparse.

-Al final te has librado, mamón. Lo que no me explico es cómo podía haber restos de piel de Pablo en sus uñas.

-Yo tampoco lo entiendo. No tuvieron ocasión de verse ese día, a no ser que se me escape algo.

-¿Qué te ha dicho el inspector?

-Muchas cosas. Solo quería informarme antes de cerrar el caso y poder jubilarse. Pero se ha quedado con la mosca detrás de la oreja con lo de las cartas.

-No le habrás dicho nada –insinuó.

-Le he dicho la verdad. Qué no sabía quien me las había enviado.

-Escucha, acabo de salir del despacho y me voy para casa. Estoy destrozada y necesito descansar. Mañana vendré por la mañana y me cuentas el resto.

-Claro, no te preocupes, yo estaré bien.

-Te quiero –le dijo con una sonrisa que Carlos pudo discernir en su voz.

-Y yo.

Carlos colgó y dejó su teléfono móvil en el escalón de la terraza donde estaba sentado. Prácticamente había anochecido y Carlos ya era libre. Pablo iba a ser condenado a muchos años si admitía el asesinato y sino lo hacía le esperarían muchos más. Los diecinueve días más largos de su vida habían acabado y tenía que empezar a decidir, entre otras cosas, quién debía de compartir, a partir de ese momento, esa casa que había perdido su dueña.

Se levantó y entró en el salón. Se fue directo al mueble donde tenía guardadas las cartas y del que el sobre con las fotos había desaparecido. Abrió el cajón, apartó una copia del CD de las grabaciones y sacó las cartas. Levantó la mirada y se vio reflejado en un espejo por el que, días atrás, había sustituido el cuadro. Se miró como un hombre nuevo. Sonrió.

Carlos volvió a la terraza con las cartas, que Aída le había regalado durante esos días, en sus manos. Cartas que le habían atormentado pero que a la postre le hicieron ganar tiempo. Cogió un cubo de metal que tenía por allí, se sentó en el escalón que precedía al césped, junto a su móvil, y sacó su encendedor. Se resistía a deshacerse de ellas pero ya no pintaban nada en su vida y en el futuro no harían otra cosa que recordarle aquellos cuatro años de tormento.

Miraba las cartas cuando Paula apareció desde dentro de la casa. Al ver las cartas empezó a recordar.

-Las dichasas cartas. Ya ni me acordaba de ellas –dijo sentándose al lado suyo-. ¿Todavía no sabes quién las escribió?

-Claro que lo sé –dijo sin apartar la vista de ellas-. Las escribió Lucía.

Paula le miró más extrañada que nunca. Carlos le devolvió la mirada. Estaba serio, lo que la confundió más todavía. Una ligera mueca brotó de la comisura de la boca de Carlos.

-Las escribió Aída.

-¿Aída? ¿Para qué? –preguntó con un tono con regusto a celos.

Carlos volvió a observar las cartas mientras seguía decidiendo si debía prenderles fuego o no.

-Que más da –respondió él quitándole importancia.

Prendió su mechero y lo acercó a las cartas. Paula prestaba toda su atención a cada movimiento que hacía. Carlos pasó el manojo de cartas por encima de la llama, regando las puntas de cada sobre hasta que todas prendieron. Las caras de los dos se iluminaron del tono cálido que proporcionaban las llamas. Las sostuvo hasta que el calor empezaba a lastimarle los dedos y las cartas estaban prácticamente envueltas por llamas. Entonces las soltó en el cubo metálico que esperaba debajo.

-Ya está hecho –dijo él.

-¿Cómo te sientes?

-Raro, nunca me había sentido tan raro. Mi mejor amigo va a ir a la cárcel por quitarme de encima a la zorra de mi mujer, que a la vez se lo estaba tirando –Carlos suspiró-. Supongo que necesitaré algo de tiempo para acabar

de entender todo esto.

-¿No preferirías realmente que te hubiera dejado?

Carlo se giró hacia ella. Y negó con la cabeza. Lucía parecía no tener límites con tal de salir victoriosa. Poco a poco había ido aumentando su nivel de desafección con los sentimientos hasta convertirse en un monstruo.

-No tienes ni idea de lo que era capaz.

Ahora con el camino completamente libre, Paula no tenía impedimentos para ocupar el lugar de Lucía. Intuía que debía dejarle caer algo a Carlos. Posiblemente hacerlo el mismo día que descubren el asesino de su mujer, era un tanto precipitado, pero si realmente Carlos tenía alguna intención de estar con ella, ya no tenía por qué demorarlo.

-¿Y ahora qué?

Paula le miraba aterrorizada, mientras él había vuelto a perder su vista en el cubo.

-¿A qué te refieres? –dijo sin prestar mucha atención.

Ahora Paula debía volver a insistir con el trabajo que le había costado decir aquello. El miedo a recibir una negativa por su parte hizo que le empezaran a temblar las manos. Cosa que a Carlos no pasó por alto.

-Pues, me refiero a que... ¿qué vas a hacer respecto a mí?

Carlos se dio cuenta de lo que en realidad le estaba pidiendo y no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco. Sus ojos la buscaron instintivamente. Los de ella estaban completamente perdidos en la oscuridad que les contemplaba frente a ellos, esperando una respuesta, que a la vez no quería oír. Su mente se inundó de esos momentos tan tiernos que ella le había regalado aquellas semanas y que tanto le habían hecho olvidarse de lo que estaba sucediendo. Pero sabía que no era el momento, por muchas razones. La realidad de Carlos era que estaba sentado en una roca en el campo, con dos caminos frente a él y pensando qué camino debía tomar. Sabía que los dos caminos llevaban al mismo sitio y que le era imposible decidirse por uno de ellos en ese momento.

-Lo que ha sucedido me ha servido para darme cuenta de muchas cosas – dijo pausadamente-. Creo que lo más sensato ahora es tomarme un tiempo para pensar.

Los ojos de Paula ya estaban encharcados.

-Debo esperar, Paula. Por muchas ganas que tenga de tomar una decisión ahora mismo, no puedo hacerlo. Y aún así no sé qué decisión tomar.

-Está bien –dijo ella manteniendo el tipo con toda la entereza que le

quedaba.

Paula se agarró a su brazo. Y allí se quedó apoyada a su hombro esperando que la decisión llegara pronto. Carlos se acercó hasta su frente y la besó mientras le acariciaba la mejilla para secarle las lágrimas. Para él hubiera sido sencillo dejarse llevar en aquel momento y desdecirse de sus palabras. No le gustaba verla así de triste, pero no podía echarse atrás, sabía que a la larga sería lo mejor para los dos. Paula solo deseaba que los atardeceres en aquel escalón se sucedieran un día tras otro.

El aparcamiento de la penitenciaría no estaba especialmente lleno. Carmen detuvo en coche, y acompañó a su hermano con el suficiente tiempo para que se lo tomara con mucha calma.

-Si quieres entro contigo –sabía que lo que iba a hacer su hermano no era nada fácil.

-No hace falta –contestó Carlos.

-Ni siquiera tienes que hacerlo.

-Pero es lo que he decidido. Ya va siendo hora de que me dé un par explicaciones.

-Está bien. Me iré a tomar un café por aquí cerca.

Carlos abrió la puerta del coche. Salió y cerró la puerta asomándose por la ventanilla.

-Te llamaré cuando acabe –levantó su puño mostrándole el meñique y el pulgar.

Carmen arrancó el coche, observando como se alejaba. La llamada de su hermano, no tardaría más de media hora en recibirla.

El coche se alejaba a la vez que Carlos iba acercándose a la puerta la puerta de visitas, donde ya esperaba una media docena de personas.

El sonido de las verjas y puertas de metal, abriéndose y cerrándose, consiguieron ponerle los pelos de punta. Los avisos sonoros se activaban cada vez que se abría un acceso. Así fue aumentando su tensión hasta llegar al pasillo de los locutorios.

-¿Nombre? –preguntó uno de los funcionarios.

-Carlos Pascual.

El funcionario revisó su lista sin encontrar el nombre. Levantó la mirada con gesto cansino.

-El del recluso –dijo con desgana.

-Perdón. Pablo Escribano -especificó-. Haberlo dicho antes.

Volvió a buscar, y esta vez, a la primera, localizó el nombre en la lista.

-Cabina número nueve.

El destino, al parecer, no carecía de cierta ironía.

Avanzó por el pasillo pasando por el resto de las cabinas. Era la primera

vez que veía a presos de verdad en persona. Todos ellos hablaban a través del cristal con sus mujeres, hijos, amantes, abogados, socios o mejores amigos. Algunos llevarían muchos años, otros tan solo unos meses al igual que Pablo. Se estaba aproximando a la cabina número nueve y la tensión acumulada se empezaba a concentrar en sus manos sudadas y temblorosas. Al fin llegó y se sentó en frente. Los reclusos siempre eran los últimos en llegar, lo que le dio la oportunidad de mirar de reojo a los reclusos que las cabinas contiguas. Eran personas normales, como él y como Pablo. Los más veteranos hablaban con tranquilidad de cosas triviales, los neófitos rebosaban nervios por sus poros. Lo más probable es que Pablo todavía no se hubiera hecho a aquel lugar. Menos su abogado, nadie había solicitado hacerle ninguna visita. Justo antes de que trajeran a su ex amigo por el pasillo pudo observar la silla vacía que estaba frente a él. Levantó la mirada y se vio reflejado en el cristal. Una jugada equivocada del destino y habría sido él el que se sentara en el lado gris de aquel locutorio.

Al fondo del pasillo apareció Pablo con la ropa gris que caracterizaba a los reclusos de aquel módulo. Parecía asustado, por enfrentarse al hombre al que, supuestamente, le robó la mujer en todos los sentidos. No sabía si debía aguantarle la mirada a su amigo, le horrorizaba la idea de que su mejor amigo pensara que él había cometido el asesinato. Cuatro meses encerrado lo habían hundido anímicamente. Pablo se sentó en la silla sin dejar de mirarlo. Carlos se había preparado mucho para aquel momento. Su mirada era distante y aunque no le acusaba, tampoco le compadecía. Los dos cogieron el teléfono de la cabina.

-Hola Pablo –su rostro era gélido.

Las mejillas de Pablo empezaron a estremecerse y sus ojos a brillar. El sonido distorsionado del teléfono le dio la sensación de que estaba más lejos de lo que en realidad estaban.

-¿Cómo estás, Carlos?

-Muy bien. Tan solo he venido a darte las gracias.

Pablo padeció una extraña sensación de desconcierto.

-No te entiendo.

-Me ha costado unos cuantos meses decidirme, ha sido duro. Quería decirte que agradezco que hayas hecho desaparecer a Lucía de mi vida.

-¿De qué estás hablando Carlos? –Pablo no alcanzaba a comprender de qué iba todo aquello. Él se seguía sintiendo inocente.

Carlos le lanzó una profunda mirada condescendiente.

-Lo que has oído. Mi vida ahora es mucho más tranquila. Mi *nueva* vida, mi pareja. Hasta tengo un perro –Carlos sonrió-, y todo es gracias a ti.

El convencimiento en las palabras de Carlos hizo derrumbar a Pablo que empezó a llorar.

-Carlos, yo no lo hice. Te lo juro por mi madre. No sé cómo llegó mi ADN a las uñas de Lucía. Tienes que ayudarme a salir...

-¿Connigo nunca fue agresiva en la cama? ¿Contigo sí?

Pablo descubrió en ese momento que Carlos sabía de su aventura y tuvo que enfrentarse a la verdad que poseía su amigo, soportando la vergüenza de una mirada cargada de cruel simpatía. Simpatía cargada de odio.

-Lo siento Carlos, nunca tuve que hacerte eso. Soy un cerdo pero eso no me convierte en asesino.

Carlos empezó a quitarle importancia al engaño.

-Mira Pablo, Lucía ya no me quería. Y eso lo sabías perfectamente. Se había encaprichado de ti; eres más guapo, tienes más labia; seguro que hasta follas mejor que yo. Siempre has sido el ligón, el que nunca volvía solo a casa –hizo una pausa para regodearse-. Pero matar a alguien... -dijo con todo de repulsa-, eso es pasarse de la raya tío.

Pablo no podía creer que su mejor amigo dudase de él. Cómo él mismo le había dicho en multitud de veces a Carlos, “una infidelidad podría entenderse, incluso en la más benévola de las mentes”, pero estaba seguro de que Carlos no podría creer nunca que él la hubiese asesinado.

-Carlos sabes que yo no sería capaz de hacer algo así nunca y menos en la manera en la que lo hicieron.

-Lo sé Pablo. Tu no serías capaz de hacer algo así.

Pablo atisbó por un momento que Carlos, del que no supo nada desde su detención, podría estar de su lado.

-¿De verdad? –dijo ilusionado.

-Claro –dijo convencido-. Tu nunca harías algo así. Eres un cobarde, un gallito. Nunca tendrías las agallas de matar a nadie.

Las lágrimas volvieron a brotar de los ojos de Pablo, que apoyó su cabeza en la mano que tenía libre.

-Tienes que hablar con mi abogado –dijo con la voz temblorosa, mientras seguía llorando.

-No voy a hablar con nadie Pablo.

Pablo le miró aterrado preguntándole con la mirada *¿por qué?* Carlos se mantuvo en silencio hasta que intuyó que Pablo iba a hablar.

-No voy a dar la cara por alguien que ha conspirado contra mi.

Pablo no entendía nada.

-Le pedí a Carmen que hablara personalmente con el fiscal, y que si era suficiente con las pruebas que ya tenía la policía, obviarán esto.

Carlos sacó su móvil ante la expectante y aterrorizada mirada de Pablo. Lo desbloqueó y pulsando sobre la pantalla, colocó la pantalla del teléfono pegada al cristal. Pablo se acercó para leer. La integridad del texto ocupaba toda la pantalla.

“Esto que vas a leer es la transcripción de una grabación que tiene la policía y que me entregó un investigador privado. Lee con atención:”

Pablo, con la cara a medio desencajar, continuó leyendo mientras rememoraba en su cabeza los sonidos de una conversación que recordaba a la perfección.

“¿Tienes idea de lo que le han dejado en herencia a Carmen y a Carlos?”

La voz de Lucía retumbaba en la cabeza de Pablo. La mano en la que instantes antes apoyaba su cabeza, fue colocándose poco a poco sobre su cara consciente de lo que significaba aquello. Carlos miraba de reojo a los agentes que había en la cabina, donde seguramente escuchaban las conversaciones de los telefonillos de los locutorios.

“A mi me tiene al margen, se cree que soy tonta. Solo tenemos que quitárnoslos de encima. Puedo contactar con alguien que conoce a alguien que podría hacerlo. Parecerá un accidente. Y todo será nuestro. ¿Qué dices?”

Pablo dejó de llorar consciente de que Carlos tenía todo el poder en aquel momento. De hecho lo tenía desde hacía meses. Carlos apartó el teléfono del cristal a la vez que evitaba mirarle a la cara.

-Como ya te he dicho, la pena podría haber sido mucho mayor, pero ya me parecía bastante con la pena por asesinato, y encima con ensañamiento. Deberías darme las gracias por no incluir conspiración para asesinarnos a mi hermana y a mi. No saldrías ni con la permanente revisable. De hecho si llega la condicional, el fiscal recurrirá con esta y otras grabaciones, y pedirá que te la denieguen por riesgo a que puedas hacernos algo.

En ese momento, Pablo supo que sus esperanzas de salir eran nulas. Entonces Carlos se acercó al cristal manteniendo el teléfono en su oreja.

-Lo que seguramente, te ha estado devanando los sesos estos meses, y que durante unos minutos has olvidado –dijo Carlos-, es ¿cómo cojones ha acabado mi ADN bajo las uñas de Lucía?

El registro de incredulidad de Pablo empezaba a agotarse.

-Lucía podría agredirme, eso ya lo sabemos todos. Pero cuando ella empezaba una relación no se andaba con tonterías. Usaba todo su arsenal de manipulación, quisiera lo que quisiera. Así que te manejó como ella quiso, seguramente se acabó liando contigo para joderme.

Pablo podía encajar a la perfección el *modus operandi* de Lucía en su propia experiencia.

-Imagina una situación –prosiguió Carlos-, en la que alguien puede propinarte un buen arañazo, suficientemente fuerte como para arrancarte un buen trozo de piel. No sé –Carlos simuló buscar alguna situación-, durante una pelea o por ejemplo intentando evitar que alguien se intente escapar de tu lado. Durante una discusión o jugando a fútbol ¿no crees? –Carlos relataba con total naturalidad.

Carlos le clavo de nuevo su gélida mirada y en ese momento Pablo lo entendió todo. Podía visualizarlo a la perfección como si lo viera proyectado en una pantalla de cine.

-Con la excusa de que se le ha movido una lentilla, se acerca a su bolsa y ahí los restos de piel, quedan depositados cuidadosa y pulcramente en la pequeña caja de las lentillas, bien cerrado. Luego, esa persona consigue quedar con Lucía, con cualquier pretexto. La invita a subir a su coche y allí, cuando nadie le viera, la dejaría inconsciente. Ahora viene lo fácil –Carlos detallaba con minucioso detalle los momentos más truculentos de su propio plan-. La llevaría a un lugar apartado, una carretera con tránsito nulo, buscaría un buen lugar y allí cavaría un hoyo en el que introduciría el cuerpo. Se enfundaría unos guantes de látex, abriría la cajita de lentillas con los restos de piel y con unas pinzas los incrustaría bajo las uñas de Lucía. El resto ya lo

sabes; un objeto contundente, posiblemente una pala, gasolina y una cerilla.

El odio se apoderó por completo de Pablo. Un asesino se sentaba enfrente y solo lo sabía él.

-¿Qué has hecho? Eres un hijo de puta –rebuznó Pablo lleno de rabia-
¿Por qué?

-¿Por qué lo hubieras hecho tú? –repreguntó Carlos.

-Yo nunca lo hubiera hecho, nunca os habría hecho daño. Nunca accedería a eso.

-Las grabaciones que tiene la policía no dicen eso –objetó Carlos-. ¿O me dirás que le dijiste que no?

-Hablaré con mi abogado.

-Está grabado Pablo.

-Me es igual –dijo lleno de rabia.

-¿Y qué le dirás?

-Toda la verdad, cabrón.

-Y ¿quién te creará?, ¿el juez?, ¿tu chica? ¿La que dijo que no apareciste en toda la noche por casa?

En ese momento volvió a caer en la cuenta de que Aída también le traicionó, que, incluso, ella podría ser copartícipe con Carlos desde un principio o que lo hubieran planificado entre los dos, incluida la relación de Pablo con el asesinato. No tenía nadie en quien confiar.

-¿También le enseñarás esto?

Carlos sacó de nuevo de su bolsillo el móvil y buscó una de las fotos en las que Lucía y Pablo están practicando sexo y la estampa en el cristal.

-Haberlo pensado antes capullo.

Pablo la mira impotente.

-¿Eres tan idiota como para pensar que Aída no lo sabía? Claro que lo sabía. Antes que yo, por cierto.

Apartó la foto mientras se levantaba de la silla. Carlos tuvo todavía una dedicatoria más para Pablo antes de irse.

-Por cierto, una cosa más. Lucía estaba embarazada de ti.

Pablo, completamente exhausto de emociones, no pudo más que perder su mirada en la pared que estaba detrás de Carlos.

-Bueno, de ti o de cualquier otro capullo que se la estuviera follando, mientras jodía contigo –Carlos se regodeó en una extensa pausa mientras le fusilaba con la mirada-. Que te vaya bien, amigo mío.

Carlos encaminó el pasillo de las cabinas como si del vencedor de un

combate de boxeo se tratara. Todo aquel recorrido hasta la salida le supo a gloria. Solo tenía un espinita clavada; cometer un asesinato. Por muy bien que le hiciera el mundo acabando ella, fue el inicio de un camino de expiación que debía acabar. No sabía cuanto tardaría en completarlo pero era un perdón que debía buscar.

Al salir al exterior de la cárcel, empezó a pensar en todo lo que podría hacer para intentar reparar el mal que había hecho.. Lo mejor de todo era que podía hacer ese camino de redención junto a la persona cuyo amor le ayudaría a superar ese sabor amargo que te deja el asesinato.

Epílogo

Tras cruzar la última puerta que daba paso al exterior de la prisión, envió un mensaje a Carmen para que le pasara a recoger. Esperaba que al menos hubiera tenido tiempo de acabarse el café. Seguidamente buscó en le registro de llamadas recientes y pulsó uno de los contactos.

-Dime –contestó una voz femenina.

-Ya he salido, Carmen me acercará ahora a casa.

-Espero que haya ido bien. Luego me cuentas.

Colgó y se fue a esperar a la parada de autobús. Carmen apenas tardó cinco minutos en llegar.

Tan solo un par de minutos después de subirse al coche, y mantener un sepulcral silencio, Carmen preguntó.

-¿Me vas a contar que ha ocurrido o también quieres que te pregunte?

-Todo ha ido según lo planeado. Daba pena verlo –dijo con cierta tristeza.

-Eras tú quién quería hacerlo. ¿Qué le has contado?

-Lo que acordamos. Cuando le he contado cómo lo hice, exactamente cómo tú me dijiste que lo hiciera, se ha puesto como una furia. Me ha amenazado con hablar con su abogado, pero no hará nada.

-¿Le has dicho lo de las pruebas?

-No ha hecho falta, he mencionado a Aída y se ha callado.

A su cabeza volvía una y otra vez la cara de Pablo llorando, con aquel traje gris con dos presidiarios escoltándole en los locutorios contiguos. No podía evitar imaginárselo en una celda minúscula y encerrado tras unos barrotes. Le invadió el remordimiento y la tristeza al pensar que todo aquello lo había provocado él, solo para salvarse el culo. Podría haber denunciado a su mujer por maltrato psicológico, sus amigos le habrían apoyado. Quizá así todo hubiera ido por otro camino.

Carmen miraba de reojo cómo su hermano rondaba pensativo. Quizá la visita a la cárcel le había afectado más de lo que pensaba. Pero, después de tantos años a su lado, sabía que aquella expresión no denotaba otra cosa más que culpabilidad.

-Quería acabar con nosotros y Pablo accedió.

-Ya –dijo redundando en sus pensamientos.

Un mensaje sonó en el móvil de Carmen. Lo cogió del bolso y se lo dio a Carlos.

-Léeme el mensaje, por favor.

Carlos miró la pantalla.

-Es Mariano. “Ha habido un problema en la vista, te necesito en el despacho. Tenemos hasta las tres”.

-Mierda –refunfuñó Carmen.

-No te preocupes.

Quince minutos más tarde el coche se detuvo frente a la casa de Carlos.

-Dile que no puedo quedarme a comer.

-No te preocupes –dijo Carlos-. Lo primero es lo primero.

-Gracias.

-No, gracias a ti. Por todo.

-Asegúrate de que me guarde canelones, que cada vez que los prepara me tengo que acabar yendo.

-Claro.

Carlos salió del coche y Carmen arrancó. Se quedó mirando como el coche se perdía por el final de la calle. Se giró y contempló su casa, que resplandecía con una luz diferente.

Abrió la puerta de casa y le sobrevino un intenso olor a bechamel. Su plato favorito se había estado fraguando para celebrar el *reencuentro* con su mejor amigo.

-Llegáis pronto, dijo una voz femenina desde la cocina.

Nada más oír la voz de su dueña, el pequeño labrador que habían adoptado hacía escasas semanas, entró por la puerta del jardín. Al ver a Carlos fue directo hacia él levantando sus patitas de cachorro para apoyarlas sobre sus piernas manchándole los tejanos de tierra.

-Tu perro es un cochino –vociferó para que le oyera desde la cocina.

-¿Cuando tengamos un crío y haga alguna trastada, también será solo mi hijo?

Tras jugar un rato con las perneras del pantalón, Rocco se fue disparado hacia la cocina, disperso como todo cachorro, a buscar alguna recompensa. Carlos lo siguió. El delicioso aroma que salía de los fogones se hacía cada vez más intenso a medida que se acercaba. Bajo el umbral vio a su chica enfundada en el delantal.

-Te queda muy bien –dijo él con una sonrisa burlona en los labios.

EL AMIGO INVISIBLE

A photograph of a road shoulder. On the left, there is a concrete curb. A dark, vertical shadow is cast on the curb, resembling a person's silhouette. The ground is covered with dry leaves and twigs. The overall lighting is dim, with a blueish tint.

D.J.57

David
Navarro

-La próxima vez que se te ocurra regalarme uno de estos –dijo sonriendo a la vez que se cogía de la falda del delantal-, piensa en mi talla ¿vale?

Carlos no respondió. Para sus ojos, cualquier trapo que se pusiera encima le quedaba perfecto; aunque el dichoso delantal le llegara a los tobillos.

FIN